

PREMIO HISPANOAMERICANO DE DRAMATURGIAS PARA LAS NUEVAS INFANCIAS II

"Nuevas infancias, nuevos desafíos"

Directores de Colección:

Jorge Dubatti y Nora Lia Sormani



.UBA4000
AÑOS DE
DEMOCRACIA

.UBAFILO

Facultad de Filosofía y Letras

IAE

Instituto de Artes del Espectáculo



MACEDONIA
EDICIONES

Elena Bossi - Carolina Erlich - Claudio Ariel González
Leonardo Herrera González - Paula Cueto - Anabel Ares
Margarita López Aguilar - Gastón Espeche
Bryan Vindas Villarreal - Tomás Buccella
Karina Paola Belletti

II PREMIO HISPANOAMERICANO DE DRAMATURGIAS PARA LAS NUEVAS INFANCIAS

“Nuevas infancias, nuevos desafíos”

Directores de Colección:
Jorge Dubatti y Nora Lia Sormani

II Premio Hispanoamericano de dramaturgia para las nuevas
infancias : nuevas

infancias, nuevos desafíos / Elena Bossi ... [et al.] ; Editado
por Nora Lía Sormani ;

Jorge Dubatti. - 1a ed. - Morón : Macedonia Ediciones, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-8255-64-4

1. Teatro . 2. Literatura Infantil y Juvenil. I. Bossi, Elena
II. Sormani, Nora Lía, ed. III. Dubatti, Jorge, ed.

CDD 860.9282

Macedonia Ediciones

Cartagena 924, 1708 Morón, Provincia de Buenos Aires,
Argentina.

web: macedoniaediciones.com

email: macedonia.ediciones@gmail.com

Directores de Colección: Jorge Dubatti y Nora Lía Sormani.

Corrección: Martina Antognini.

Primera edición, mayo 2025.

Índice

Hacia el mundo - Jorge Dubatti.....	5
Las nuevas infancias tienen sus dramaturgos - Nora Lía Sormani y Rodrigo Ures	6
<i>Bandidos por todas partes</i> - Elena Bossi (Argentina).....	9
<i>Levelibélula</i> - Carolina Erlich (Argentina)	19
<i>Kikito y Ñacuñán</i> - Claudio Ariel González (Argentina).....	41
<i>¿Qué me ves?</i> - Leonardo Herrera González (México)	65
<i>Hijolusa</i> - Paula Cueto - (Argentina)	98
<i>¿Ya llegamos?</i> - Anabel Ares - (Argentina).....	124
<i>Siesta</i> - Margarita López Aguilar (Guatemala).....	147
<i>Un millón de seguidores</i> - Gastón Espeche - (Argentina).....	185
<i>El misterioso circo embrujado</i> - Bryan Vindas Villarreal (Costa Rica)	213
<i>La dinastía más grande sobre la faz de la Tierra</i> Tomás Buccella (Argentina).....	247
<i>Yo soy Juana Manso</i> - Karina Paola Belletti (Argentina).....	281

Hacia el mundo

Estamos convencidos de que este libro constituye un valioso mirador (en el sentido etimológico de la palabra “teatro”) de la situación contemporánea de la escena en el ámbito hispanoamericano y que contribuirá a multiplicar las puestas en escena en nuestros escenarios y será fuente de consulta para especialistas de todo el mundo.

Enorgullece al Instituto de Artes del Espectáculo “Dr. Raúl H. Castagnino” (IAE), de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), ser parte de esta iniciativa y nos alegra especialmente saber que, mientras este segundo tomo empieza a pasar de mano en mano, pronto se convocará la tercera realización de este **Premio Hispanoamericano de Dramaturgia para las Nuevas Infancias. “Nuevas infancias, nuevos desafíos”**. Nuestra gratitud a la Editorial Macedonia.

Dr. Jorge Dubatti
Director del IAE
Universidad de Buenos Aires
Academia Argentina de Letras

Las nuevas infancias tienen sus dramaturgos

En los años el teatro para niños y jóvenes asiste a una profunda modernización, tanto en las prácticas escénicas como en los hábitos del público como en la formulación de categorías teóricas. La región es un espacio de tensiones muy productivas entre tradición e innovación. Registramos cambios fundamentales que se produjeron tanto en los temas como en los lenguajes e interrelación de la escena teatral con las competencias del “nuevo niño” y el “nuevo joven”, especialmente en lo tecnológico y lo mediático. A la vez, es curioso cómo estas grandes coordenadas asumen diferencias y singularidades locales en cada ciudad y país. Es decir que tradición e innovación varían de acuerdo con la historicidad de cada contexto.

Somos especialistas e investigadores interesados en dar a conocer estas “nuevas dramaturgias” regionales. Y por eso iniciamos este proyecto que se sigue concretando y se cristaliza con este nuevo libro.

EL PREMIO HISPANOAMERICANO DE DRAMATURGIAS PARA LAS NUEVAS INFANCIAS es una convocatoria realizada desde el Instituto de Artes del Espectáculo “Dr. Raúl H. Castagnino” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) por iniciativa de Nora Lía Sormani, Rodrigo Ures y Jorge Dubatti. En conjunto con el Centro de Documentación María Elena Walsh y la Cátedra Latinoamericana y Caribeña de Lectura y Escritura (con sede en

La Habana, Cuba) esta convocatoria ha significado el descubrimiento y valorización de muchos artistas dedicados seriamente a producir textos teatrales para las infancias y adolescencias. Un abanico de nacionalidades, temáticas y géneros que pone de relieve el desarrollo y evolución de la concepción del teatro para los pequeños y la alta calidad de sus producciones. El Premio, que ya lleva su segunda edición, se propone dar a conocer la dramaturgia de jóvenes escritores de Latinoamérica, el Caribe y las regiones de habla hispana. Además de su publicación en forma digital, el Premio cuenta con ediciones impresas para sus autores.

El panorama luce riquísimo y da cuenta por sobre todas las cosas de la variedad lingüística, los imaginarios y las distintas culturas, tan diferentes y similares a la vez. Una riqueza regional que es señal de varios aspectos para tener en cuenta.

Cuando dimos a conocer la convocatoria en 2022 nunca imaginamos que los interesados pudieran ser tantos, alrededor de 73, divididos en 3 categorías (1. primeras infancias; 2. infancias y 3. adolescencias). En ese entonces los ganadores fueron: Categoría 1: Primeras Infancias: *Obra ganadora: Soona' / Somos luna*, de **Brenda Contreras Paredes (México)**. Mención: *Tierra*, de **Carina Biasco (Uruguay)**. Categoría 2: Infancias: Obras ganadoras: *Moco-yoyo*, de **Stephanie Liset Molina Ríos (México)** y *La Niña Salvaje*, de **Juan Pablo Santilli (Argentina)**. Mención: *Vilton el valiente*, de **Estefan Esquivel Valverde (Costa Rica)**. Categoría 3: Adolescentes: Obras ganadoras: *Apostemos un beso*, de **Carlos Andrés Bastidas Barahona (Ecuador)** y *Rilar no ayuda, pero advierte*, de **Luis Bartolomé Herrero (España)**. Menciones: *Al fin*, de **Luis Alarcón Moraga (Chile)** y *Mirarse de lejos*, de **Víctor Torres (Argentina)**. Obra Recomendada por el Jurado para su publicación: *Viaje a Miró*, de **Alberto Barrientos (México/Argentina)**.

En 2024 lanzamos el II PREMIO HISPANOAMERICANO DE DRAMATURGIAS PARA LAS NUEVAS INFAN-

CIAS. Y los tesoros encontrados fueron: Categoría 1: Primer premio (compartido sin orden de mérito): *Bandidos por todas partes*, de **Elena Bossi (Argentina)** y *Levelibélula*, de **Carolina Erlich/Paula Vargas (Argentina)**. Categoría 2: Primer premio: *Kikito y Ñacuñañ*, de **Claudio Ariel González (Argentina)**. Segundo premio: *¿Qué me ves?*, de **Leonardo Herrera González (México)**. Tercer premio: *Hijolusa*, de **Paula Andrea Cueto (Argentina)**. Mención especial: *¿Ya llegamos?*, de **Anabel Ares (Argentina)**. La Categoría 3: Primer premio: *Siesta*, de **Margarita López Aguilar (Guatemala)**. Segundo premio: *Un millón de seguidores*, de **Gastón Antonio Espeche (Argentina)**. Tercer premio: *El chico que se perdió en su habitación*, de **Jesús Torres (España)**. Mención especial: *El misterio del circo embrujado*, de **Bryan Vindas Villarreal (Costa Rica)**. Fueron recomendados para su publicación: *La dinastía más grande sobre la faz de la tierra*, de **Tomás Buccella (Argentina)** y *Yo soy Juana Manso*, de **Karina Paola Belletti (Argentina)**. Próximamente, a disposición de los lectores, con descarga gratuita desde el sitio web del Instituto de Artes del Espectáculo.

Nuestro agradecimiento a los artistas por su creatividad y su compromiso para con las infancias. Y nuestro deseo de ayudar a difundir obras de calidad a los pequeños y jóvenes lectores/espectadores.

Nora Lía Sormani y Rodrigo Ures

Bandidos por todas partes

Elena Bossi
(Argentina)

Personajes:

PATRICIA: una nena de entre cinco y seis años.

GABRIELA: una nena de entre cinco y seis años.

PANCHO: hermano de Patricia, disfrazado del Bandido
Malvado.

Escena I

Patricia y Gabriela están en la playa, cerca de un médano.

GABRIELA: No puedo creer que me hayan dejado venir con vos de vacaciones. Van a ser las mejores vacaciones de nuestras vidas.

PATRICIA: Vas a ver, es hermosa la casa. Detrás del médano, está la playa, y hay sulkys, que son como taxis, pero con caballos, y los estacionan ahí cuando van a comer, y, si nadie nos ve, podemos trepar los médanos, tirarnos rodando y, cuando llegamos abajo, acariciar a los caballos y jugar a las vaqueras y perseguir bandidos malos.

GABRIELA: ¡Uh, qué bueno! Vamos a correr ahora por la arena, un rato, hasta que nos llamen a comer. Dale. Te juego carrera hasta el muelle de los pescadores.

PATRICIA: ¡Vamossssss!

Corren por la playa, hasta que Patricia se detiene en seco para mirar en la distancia.

PATRICIA: ¡Mirá! ¡Mi mamá y mi papá con la caña y el mediomundo! Se van a pescar... Vamos con ellos.

GABRIELA: ¿Nos van a dejar pescar a nosotras también?

PATRICIA: Seguro. Mi papá nos ayuda con el mediomundo y pescamos.

GABRIELA: ¿Hay tiburones?

PATRICIA: No, nena. No pescamos tiburones.

GABRIELA: ¿Qué pescamos?

PATRICIA: Cornalitos.

GABRIELA: ¿Fritos?

PATRICIA: Salen crudos. Después los cocinamos con harina. Quedás toda blanca.

GABRIELA: ¡Carrera hasta el otro muelle de pescadoresssss!

Agarran un mediomundo y se ponen a pescar. Sacan cornalitos, camarones y pulpos. Cada vez que sacan el mediomundo del agua, miran con atención los peces agarran y los colocan en un balde enorme, del que los peces y camarones salen y se escapan. Ellas los persiguen por todos lados. Los llenan de harina y juegan a cocinarlos y a comerlos con saleros enormes e instrumentos de cocina de juguete muy grandes y coloridos.

GABRIELA: Che, me aburrí. Vamos a jugar a los castillos de los cuentos.

PATRICIA: Dale. ¡Yo no soy la princesa ni el príncipe! ¡Canté!

GABRIELA: *(Al público.)* ¿Quién quieres ser princesa? Quienes quieran ser princesas tienen que ponerse el bonete rojo.

PATRICIA: *(Al público.)* ¿Quién quiere ser príncipe? Los príncipes se ponen bonete violeta.

GABRIELA: *(Al público.)* ¿Quién quiere ser castillo? Los castillos usan este sombrero de cubos.

PATRICIA: *(Al público.)* ¿Quién quiere ser el bosque? Los bosques usan los sombreros de árbol.

GABRIELA: A mí me tocaba ser el dragón que largaba fuego por la boca, ahora.

PATRICIA: El médano es el castillo. El bidón de agua de lluvia es el pozo con los cocodrilos. Yo era cocodrilo. Verde. Grande. A cuadritos. Dientes re grandes tenía. Ojos rojos. Y, cuando me miraban a los ojos, se convertían en piedra.

Escena II

Patricia y Gabriela en el médano. Juegan a ser dragones y cocodrilos. Una sombra amenazante aparece detrás del médano. Entra Pancho, disfrazado de Bandido Malvado.

GABRIELA: ¡El bandido malvadoooo!

PATRICIA: ¡Huyamosssss!

PANCHO: Aquí veo dos nenas indefensas a las que arrojaré por

las torres del castillo.

PATRICIA: No somos dos nenas indefensas. Soy un cocodrilo feroz. *(A Gabriela.)* El Bandido Malvado se parece demasiado a mi hermano.

GABRIELA: Y yo soy un dragón que echa fuego por la boca. *(A Patricia.)* ¿Te parece que es Pancho disfrazado?

PANCHO: Ahora se hacen las valientes, pero yo enviaré monstruos debajo de sus camas cuando duerman tranquilas por las noches. Monstruos que las van a cortar en pedacitos y se las comerán.

GABRIELA: Vos no vas a poder hacer eso, porque en la casa están la mamá y el papá de Patricia, que nos cuidan.

PANCHO: A la mamá y al papá de Patricia también se los van a comer los monstruos que voy a enviar.

PATRICIA: ¡Además, yo no tengo mamá y papá normales! ¡Son cocodrilos feroces que te van a comer a vos, Bandido Malvado!

PANCHO: Además, las voy a encerrar en un calabozo oscuro y húmedo, lleno de ratas, de arañas, de alacranes y de todos los bichos a los que ustedes más miedo le tienen, y no van a salir nunca más de ahí, porque ni mamá ni papá las van a encontrar jamás.

GABRIELA: No vas a poder, Pancho, porque yo soy un dragón y voy a largar fuego por la boca y voy a abrir mis alas y a poner al cocodrilo en mi lomo y vamos a volar lejos. Y vos te vas a quedar ahí, para siempre, con tu maldad. Y andate que nadie te invitó a jugar aquí.

PATRICIA: Y ahora somos dos perros feroces y te vamos a sacar... *(Al público.)* ¡Por favor, ayúdennos aladrar y a gruñir!

Patricia y Gabriela se ponen en cuatro patas y ladran y gruñen, como perros feroces. Pancho retrocede y se cae del médano.

Escena III

Patricia y Gabriela se quedan solas. Siguen jugando a ser perros. Corren por la playa ladrando y aullando, en cuatro patas. Suben y bajan corriendo del médano.

GABRIELA: Yo era Lassie.

PATRICIA: Yo soy Rin Tin Tin.

GABRIELA: ¿Ese cuál es?

PATRICIA: Uno que me contó mi abuela.

GABRIELA: ¡Vamosssss!

PATRICIA: Ahora soy un caballo. Soy un caballo negro brillante, hermoso. *(Se pone a correr como un caballo, elevando las dos manos y resoplando, imitando el sonido que hacen los caballos.)*

GABRIELA: Yo soy un caballo blanco con manchas marro-
nesssss. ¡A galoparrrrr!

Corren por la playa imitando el galope y los resoplidos de los caballos. Suben al médano y se detienen, de golpe, en la cima. Espían.

PATRICIA: *(En voz baja, para que no la escuchen del otro lado del mé-
dano.)* Mirá, están estacionando los sulkys. ¿Ves?

GABRIELA: Re grandes los caballos.

PATRICIA: Y los sulkys.

GABRIELA: ¿Cómo se sube y baja la gente? ¿Se tira?

PATRICIA: ¡Pero no! ¿No ves que tienen como una escalerita?

GABRIELA: ¿En dónde?

PATRICIA: Ahí abajo. Mirá.

GABRIELA: ¿A dónde se van los señores?

PATRICIA: Se van a ese comedor de allá, ¿ves? Se van a almorzar.

GABRIELA: Los dejan mucho rato.

PATRICIA: Un montón.

Patricia y Gabriela se miran.

GABRIELA: ¿No nos prestarán uno para dar una vuelta mientras comen?

Patricia mira a Gabriela con cara de que no, de que es imposible.

PATRICIA: No creo. Nos van a ver muy chicas.

GABRIELA: Pero les podemos decir que estuvimos viendo cómo manejar un sulky, que ya sabemos dónde está la escalerita para subir.

PATRICIA: Desde el restaurante no se ve dónde están los caballos.

GABRIELA: ¿Vos decís?

PATRICIA: Y, además, no están sueltos.

GABRIELA: Es verdad. Están pegados a los carros y no les quitaron nada.

PATRICIA: ¿Sabés cómo se manejan?

GABRIELA: Cada una agarra una rienda. Para avanzar derecho, movemos juntas de arriba abajo y decimos: “arre”, “chooo”. Y después, si queremos doblar a la derecha, tiramos de la rienda derecha. Para la izquierda, lo mismo.

PATRICIA: ¿Cómo lo mismo? Tirás de nuevo para la derecha.

GABRIELA: No. Para la izquierda.

PATRICIA: ¿Cómo sabés eso?

GABRIELA: Porque una vez fui en uno como estos, con un tío de La Falda, en Córdoba, para llenar un tanque de agua en el campo.

PATRICIA: ¿Y para frenar?

GABRIELA: Tiramos al mismo tiempo de las riendas y decimos: “¡oh, quieto!”.

PATRICIA: Yo me canto la rienda de la derecha.

GABRIELA: Yo la de la derecha.

PATRICIA: Yo canté primero.

GABRIELA: Ufa.

PATRICIA: ¿Vamos?

GABRIELA: Bueno. Lo sacamos prestado un ratito. Eso no es robar, ¿no?

PATRICIA: No me parece. Lo devolvemos enseguida.

GABRIELA: Antes de que terminen de comer. Damos una vuelta corta.

PATRICIA: Cortita.

GABRIELA: ¡Vamooooo!

Bajan del médano y miran los sulkys. Hay muchos caballos de colores. Patricia y Gabriela se pasean mirando a los caballos. Eligen el que más les gusta.

PATRICIA: ¿Este violeta?

GABRIELA: Me gusta más el verde.

PATRICIA: ¿El azul?

GABRIELA: Este, este, este. ¡El rojo!

PATRICIA: Vení, aquí está la escalerita.

Patricia se sube.

GABRIELA: Dame la mano. Ayúdame.

Patricia ayuda a Gabriela. Después de maniobrar un rato, las dos se acomodan en el sulky.

PATRICIA: Agarrá la rienda esa.

GABRIELA: ¿Es la derecha o la izquierda?

PATRICIA: No sé. Le preguntamos a estas chicas que están aquí mirando.

GABRIELA: ¡Eh! ¡Ustedes! Ahí, en esas sillas, en la playa. (Grita al público.) ¿Cuál es esta rienda? ¿La derecha o la izquierda?

Juego con el público para dilucidar cuál es la derecha y cuál la izquierda, según desde dónde se mire. De a poco, prueban varias opciones, hasta que

hacen girar el sulky para el lado de la playa.

PATRICIA Y GABRIELA: ¡Arreee!

GABRIELA: Chup, chup, chup.

PATRICIA: ¡Arreee!

GABRIELA: ¡Vamosss!

Avanzan y hacen ruidos de caballo y de sulky andando.

PATRICIA Y GABRIELA: Cloc, cloc, cloc. Chengue, chengue, chengue.

PATRICIA: ¡Ahí vamos! ¡Las vaqueras valientes corriendo por las tierras peligrosas de los bandidos!

GABRIELA: ¡Estamos en el lugar más alto del mundo!

PATRICIA: ¡Cuidado allá! Otra vez.

Se oyen gritos y sonidos de disparos.

GABRIELA: ¡El Bandido Malvado!

PATRICIA: ¡Hay bandidos por todas partes!

GABRIELA: Nos rodean.

PATRICIA: ¡El Bandido Malvado está con toda su banda de peligrosos bandoleros salvajes!

GABRIELA: ¡Cuidado! ¡Arre, arre! ¡A toda velocidad, Rayo!

PATRICIA: ¡Ahora Rayo puede correr más que ninguno!

Escena IV

Entra en escena Pancho, disfrazado de Bandido Malvado, tiene puesto un antifaz. Lo siguen otros bandidos (títeres).

PANCHO: No van a poder salvarse del ataque de los bandidos malvados. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

PATRICIA: ¡Nunca nos atraparán!

GABRIELA: Rayo corre más que ninguno.

PANCHO: ¡Vamos, mis malvados! ¡Persigamos a estas nenas que no van a poder con nosotros!

GABRIELA: Vamos, Rayo. Allá, por ese río torrentoso.

PATRICIA: Arre, arre. Cruzaremos el río torrentoso y no podrán seguirnos.

Patricia y Gabriela cruzan el río torrentoso y, del otro lado, se quedan los bandidos. Están a salvo.

GABRIELA: Sooo, quieto.

PATRICIA: Buenooo, buenooo, Rayo. Quietos. No bufe.

GABRIELA: ¿Es tu papá la voz que se escucha?

PATRICIA: Creo que nos llaman a comer. *(Al público.)* ¿Qué nos van a dar de comer?

GABRIELA: Vamos.

PATRICIA: Chup, chup.

Patricia y Gabriela regresan en el sulky y lo acomodan como estaba. Enrollan las riendas. Acarician al caballo.

PATRICIA: Vamos a casa. A comer.

GABRIELA: Vamos.

Se ponen en marcha caminando despacio, duras. Tratan de no mirar atrás, las sonrisas, enormes.

GABRIELA: Pasaron tantas cosas...

PATRICIA: Tuvimos una gran, gran aventura. Y vencimos al Bandido Malvado.

GABRIELA: Rayo es el mejor caballo del mundo. ¡Vamooooo!

Levelibélula

Carolina Erlich
(Argentina)

Personajes:

ACTRIZ

LALI-LALIBÉLULA

LULA-LIBELÚLA

LALÁ-LIBELULÁ

LAIÁ LAIÁ LAIÁ

CHUDITA 1, CHUDITA 2 Y CHUDITA 3: trío antagonista conformado por tres libélulas unidas que, sentadas sobre un tronquito, hacen comentarios criticones y malintencionados.

MAESTRA MARI QUITA, MAESTRO GRILLO Y

MAESTRA LIBÉR-LULA: sabios de la comunidad.

LIBELULITA 1, LIBELULITA 2, LIBELULITA 3: alumnas.

El espacio escénico es un retablo vertical de media altura que deja ver la parte superior del cuerpo de las y los titiriteros. El retablo consiste en un dispositivo tipo crankie o rotafolio, en el que se reproducen paisajes del Mundo Libélula y que van cambiando ante la mirada del público. Las y los títeres son tridimensionales. Son manipulados desde arriba con varillas verticales.

Oscuro. Se escuchan zumbidos, aleteos, chirridos, golpeteos de alas. La Actriz entra a escena, distraída. Parece tener la mirada perdida, está siguiendo el vuelo de bichos imaginarios que vuelan a su alrededor. Hace un sonido característico y singular, que repetirá en varios momentos, a intervalos: es la acción típica de llamar a una mascota con un silbido o un chistido, pero, en este caso, el sonido reproduce el aleteo de algún tipo de insecto. La Actriz sigue un vuelo imaginario con la mirada, hasta que se detiene, mirando al frente, y descubre al público.

ACTRIZ: (Primero, tímidamente, luego entrando en confianza.) ¿Las vieron? (Hace una pausa, en la que espera una respuesta de los espectadores. Retoma a partir de la respuesta.) Si las vieron, pregunto... A las lebúlulas... Digo, a las libúlilas... (Comienza una seguidilla de intentos de decir la palabra "libélula", que, evidentemente, le cuesta pronunciar.) A las lalélibu... A las lalbulis... (Pausa. Frustrada. Luego, firme.) Estoy esperando a mis amigas. (Suspira, se pone risueña al evocar.) Son unas amigas que me hice hace un tiempo, una vez que me tocó quedarme en mi casa muuucho rato sin poder salir. Me acuerdo de que, al principio, fue aburridísimo, pero después encontré cosas para entretenerme. Fue en esa época que estuve largos ratos observando a las labelí... (Se interrumpe antes de comenzar.) A mis amigas. Y así fue como, después de tanto mirarlasss, de tanto contemplarlasss, de prestarlesss mucha atención... (Todas las "s" finales las pronuncia imitando el zumbido característico de moscas y otros insectos.) Después de un tiempo, empecé a entenderlass... Ssssss... Ssssss... Ssssss... (Ingresa al retablo. Luego, mira si aparece alguna libélula volando

desde la distancia. Vuelve a llamarlas.) Es a esta hora que suelen venir, más o menos... Capaz que llegué un poquito temprano. Pero ya van a aparecer. Ahora, enseguida... (Pausa.) Tengo tantas ganas de ver a mis amigas... (A continuación, la Actriz irá nombrando a las libélulas de la comunidad. Al nombrar a las cuatro protagonistas, encuentra más fácil decir la palabra "libélula" a continuación del nombre completo del personaje.) Lali-libélula, Lula-libelúla, Lalá-libelulá y Laiá... (Pausa, mirada perdida. Luego de un momento, la acción continúa.) Ella fue la que me contó esta historia. Sí, fue Laiá... (Va saliendo mientras entona: "Laiá Laiá Laiá Laiá", imitando el estribillo de Carnaval carioca.)

Escena I: Mundo Libélula

Música. Coreografía inicial. Transición a Mundo Libélula. Primero, solo está Lali-Lalibélula. Vuelos en una y otra dirección. Luego, aparecen las tres amigas: Lula, Lalá y Laiá, giros y vuelos circundantes hacia un lado y otro. Salen. Vuelve a entrar Lali-Lalibélula. Se activa el dispositivo rotafolio y el paisaje va cambiando. Lali-Lalibélula sobrevuela y sale. Cesa la música. Aparece el trío antagonista y se ubica en una ramita, en uno de los laterales. Lali-Lalibélula vuelve a entrar, sin darse cuenta de que están allí. Las libélulas antagonistas conversan acerca de las peripecias que Lali-Lalibélula está intentando realizar.

LALI-LALIBÉLULA: *(Hace tres intentos de alguna peripecia de vuelo que, evidentemente, no logra realizar.)* Ya me voy a animar... La próxima, seguro. Ya me va a salir...

CHUDITA 1: No lo hace muy bien.

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: ¡Nada bien!

CHUDITA 1: ¡Qué poca gracia, esos movimientos!

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: ¡Muy poca gracia!

CHUDITA 1: Yo creo que, si sigue así, en cualquier momento termina estampada contra una rama.

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: ¡Una rama! (*Las otras dos la miran, porque lo que acaba de decir no tiene mucho sentido.*)

Lali-Lalibélula las escucha, detiene su vuelo y se posiciona en el centro de la escena, con intención de defenderse.

LALI-LALIBÉLULA: ¿Y por qué no prueban hacerlo ustedes, eh? ¡Criticonas! Si saben que acuatizar es lo más difícil del mundo...

CHUDITA 1: ¡Ay, pero qué carácter!

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: ¡Muy mal carácter!

El trío antagonista se retira, riendo a carcajadas, repitiendo alguna de las últimas frases. Llegan las amigas de Lali-Lalibélula.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: No les hagas caso, Lali. Ellas, de envidiosas, porque saben que sos la más rápida y la más inteligente, ¡y que pronto vas a poder hacer todas, todas, todas las peripecias de aterrizaje y acuatizaje a la perfección! Y eso porque sos la más grande. La más preparada. (*Las otras libélulas comienzan a revolotear a su alrededor, haciendo ruido para tapar lo que está diciendo. Intentan disimular, hacen zumbidos para darle a entender que cambie de tema.*) Y todos sabemos que pronto vas a estar lista para... (*Se interrumpe de pronto y se produce un silencio incómodo.*)

LALI-LALIBÉLULA: ¡Ay! No quiero ni pensar en eso todavía. No sé ni lo que tengo que llevar...

LALÁ-LALIBELULÁ: No tanto, en realidad...

LULA-LALIBELÚLA: Casi nada...

LALÁ-LALIBELULÁ: ¡Puras excusas!

LALI-LALIBÉLULA: Parece fácil, pero hay mucho que pensar,
meditar, repensar...

LULA-LALIBELÚLA: Siempre lo mismo.

LALÁ-LALIBELULÁ: ¿Para qué tanto pensar?

LULA-LALIBELÚLA: Ni qué tanto repensar.

LALI-LALIBÉLULA: Y, además, hay que seguir investigando.
¿Qué se supone, que una llega a cualquier lugar que ni conoce y decide que va a vivir ahí toda la vida, sin saber nada del clima, de los recursos? ¿Acaso una va a comer cualquier polen, cualquier pelusa que trae el viento? ¡Ay, chicas! Por favor, cambiemos de tema. Tengo mucho que hacer y mucho por aprender todavía...

Canta la canción La mar de dudas.

LALI-LALIBÉLULA:

Tengo que decidir y definir qué llevar,
tengo que tener todo muy ordenado.

Tengo que prepararme y acomodarme para viajar.

Tengo todo muy desorganizado.

LALÁ-LALIBELULÁ: Poné lo mínimo indispensable. No hace falta mucho para viajar.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sacale peso a tu equipaje. Las dudas y los miedos son algo natural.

LALI-LALIBÉLULA:

Tengo que decidir y definir si quiero ir.

¿Por qué no puedo yo tener mis dudas?

Yo sé que es tradición y que se espera esto de mí,
mas la idea de partir no me hace feliz.

Ya sé, es esto lo que me pasa, estoy sintiendo que este viaje no es para mí.

Ya sé que todo el mundo lo hace,

pero yo no sé realmente si quiero ir.
Pero yo no sé si quiero irme de aquí.
Pero yo ahora creo que no me quiero ir.
Pero yo ahora creo que...

Concluye la canción.

LALI-LALIBÉLULA: ¡Chicas, chicas! Creo que no me quiero ir.
LULA-LIBELÚLA, LALÁ-LIBELULÁ Y LAIÁ LAIÁ LAIÁ:
¡Eh! ¡Ah! ¡Uh!

Escena II

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: ¿Entonces?
LALI-LALIBÉLULA: Eso. Que no me quiero ir.
Las tres amigas se sorprenden y sobresaltan.
LULA-LIBELÚLA: Pero, Lali, todas sabemos que ese momento
va a llegar, tarde o temprano.
LALÁ-LIBELULÁ: Y es algo maravilloso...
LULA-LIBELÚLA: Para lo que nos hemos preparado tanto
tiempo...
LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Mucho tiempo.
LALI-LALIBÉLULA: Es cierto. Pero no me quiero ir.
LULA-LIBELÚLA: Pero, Lali, desde el principio de los tiempos,
todas las libélulas parten al llegar el momento indicado.
LALI-LALIBÉLULA: Lo sé. Pero, ¿por qué tengo que hacer
algo solo porque es costumbre o porque todos lo hacen?
LALÁ-LIBELULÁ: Además, las libélulas siempre han partido y
formado una nueva comunidad.
LALI-LALIBÉLULA: Lo sé. Pero, ¿por qué tengo que hacer
algo si no tengo necesidad ni deseo de hacerlo?
LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Pero, Lali, si no vas a ir, eso significa que te
vas a quedar y, en ese caso, no sería... Vos no harías... Es

decir, no irías... No estarías... (*Se queda sin palabras, no puede terminar de expresar la idea.*)

LALI-LALIBÉLULA: Ya lo sé. Pero, ¿por qué tengo que hacer algo solo porque es lo que se espera de mí?

Música. Anochece. Se escuchan grillos y otros signos que indican que la noche ha llegado. Las libélulas se amuchan, se abrazan y acurrucan, todas juntas, para dormir.

Escena III: Lula y Maestro Grillo

Las libélulas toman como propias cada una de las inquietudes de Lali-Lalibélula. Se dirigen a los diferentes sabios de la comunidad para intentar resolver los interrogantes planteados por su amiga.

Música de fondo. Lula-Libelúla vuela, se dirige a la casa de Maestro Grillo. El rotafolio avanza hasta mostrar un paisaje verde, con muchas ramas y follaje.

LULA-LIBELÚLA: (*Llama.*) ¡Maestro Grillo! ¡Maestro Grillo!

MAESTRO GRILLO: ¡Oh! Lula-Libelúla, ¿qué te trae por aquí en esta mañana? Mmm... En esta mañana que tendrías que estar preparando tus vuelos rasantes para el examen del próximo solsticio...

LULA-LIBELÚLA: Disculpe, Maestro. Sí, ya sé... Bueno, en realidad, hay tiempo para eso, pero esto que tengo que preguntarle es bastante urgente.

MAESTRO GRILLO: Claro, por supuesto. Puedes preguntarme lo que quieras. ¿Tienes problemas con tus aleteos? ¿O acaso necesitas comprender el impulso del salto de arranque? Claro que puedo ayudarte con eso, pequeña Lula, no te olvides que los saltos de envión son mi especialidad... (*Se pone a dar saltitos hacia un lado y otro, revelando una gran habilidad.*)

LULA-LIBELÚLA: No, no es eso. En realidad, Maestro...

MAESTRO GRILLO: (*Sigue en la suya.*) Es muy importante que

prestes atención a tus rodillas. Fíjate, fíjate en mis movimientos. Y los pies, en la posición inicial, bien acomodados para tomar impulso...

LULA-LIBELÚLA: ¡Maestro Grillo! ¡Maestro Grillo! (*Subiendo la voz.*) ¡¡¡Maestro Grillo!!!

MAESTRO GRILLO: ¡Oh! Sí... Dime, ¿cuál es tu inquietud, pequeña Libelúla?

LULA-LIBELÚLA: Es Lali, Maestro. Resulta que no entiende el asunto del viaje y se pregunta por qué está obligada a partir.

MAESTRO GRILLO: ¿Obligada? Obligada... Pues no, en verdad, no está obligada. Eh... Ejem, claro que nadie va a obligarla, simplemente... (*Se pone firme.*) ¡Ella deberá partir llegado el momento!

LULA-LIBELÚLA: Claro, Maestro, eso es lo que nos preguntábamos. ¿Ella “debe” partir?

MAESTRO GRILLO: Claro, claro. Sí... Algo así.

LULA-LIBELÚLA: Entonces, Maestro, usted dice que no es una obligación, pero que “debe” hacerlo. Es decir, es algo que tiene que hacer sí o sí. ¿Verdad? O sea, así las cosas, sería como un deber, digamos.

MAESTRO GRILLO: Pero, ¿por qué no lo haría? ¿Desde cuándo una libélula se resiste a hacer el viaje? ¿Dónde se ha visto? Pero, ¿qué clase de interrogante es este? ¿Una libélula que no quiere partir, acaso?

LULA-LIBELÚLA: Eso parece, Maestro.

MAESTRO GRILLO: (*Luego de un momento.*) Bueno... Bueno, pues no. No hay ninguna obligación, y tampoco es un deber. Es, simplemente, algo que hacemos. Y que siempre hemos hecho, desde el principio de los tiempos.

LULA-LIBELÚLA: Comprendo... Algo como una costumbre, dice usted.

MAESTRO GRILLO: Bueno, pues... Sí, algo así. Algo a lo que

nos hemos acostumbrado. Algo que siempre se ha hecho, y nunca nadie se hizo demasiadas preguntas al respecto.

LULA-LIBELÚLA: Claro. Hasta ahora...

Escena IV: Lalá y Maestra Mariquita

El rotafolio avanza hasta la próxima escena. Aparece Lalá-Libelulá, se ve el último tramo de su vuelo. Llega a un paisaje verde, con algunas flores.

LALÁ-LIBELULÁ: (*Llamando.*) ¡Maestra Quita! ¡Maestra Quita!

MAESTRA MARIQUITA: (*Aparece entre el follaje. Es medio chicata. Se asoma y no ve nada. Mira a un lado y al otro.*) Sí. Aquí estoy. ¿Quién me llama?

LALÁ-LIBELULÁ: (*Se le acerca y capta su atención.*) Maestra, soy yo, Lalá.

MAESTRA MARIQUITA: ¡Oh! ¡Lalá! ¡Oh, Lalá! ¿Qué te trae por estas ramas?

LALÁ-LIBELULÁ: Maestra, tengo que hacerle algunas preguntas.

MAESTRA MARIQUITA: Claro, pequeña, lo que quieras preguntarme. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

LALÁ-LIBELULÁ: Es Lali, Maestra. Ella...

MAESTRA MARIQUITA: Mmm... ¿Sigue frustrada con el acuatizaje? Ya estuve conversando con ella. Es cuestión de tiempo. Con práctica y entrenamiento pronto le va a salir muy bien. Ya le dije que no es bueno exigirse tanto. Hay que tener paciencia...

LALÁ-LIBELULÁ: No, no es eso, Maestra. Es que estuvimos conversando y ella tiene algunas dudas acerca de...

MAESTRA MARIQUITA: ¿Mmm?

LALÁ-LIBELULÁ: Del viaje, Maestra. Parece que... (*Baja el volumen del tono de voz.*) Que no quiere ir...

MAESTRA MARIQUITA: (*Se le escapa una exclamación muy sono-*

ra.) ¿Que no quiere ir?

LALÁ-LIBELULÁ: (*Mira para un lado y para el otro, cerciorándose de que nadie las haya escuchado.*) Eso parece, Maestra. Es lo que ella dice.

MAESTRA MARIQUITA: Pero, eso es muy extraño. Cada libélula, al llegar el momento, parte y busca un nuevo territorio para formar su comunidad...

LALÁ-LIBELULÁ: Lo sé, Maestra. Es que Lali dice que ella no siente el deseo de hacerlo.

MAESTRA MARIQUITA: Mmm... Qué interesante. Lo que pasa es que todas las libélulas de tu edad parten al llegar la estación fría. Y eso muy pronto pasará, pequeña, aunque ella no lo desee.

LALÁ-LIBELULÁ: Claro, Maestra. Entonces, lo que usted dice es que es una necesidad partir y crear una nueva comunidad, ¿no? Porque (*Recita de memoria.*) toda buena libélula debe desarrollarse en la creación de una comunidad que haya sido fundada por ella. ¿Verdad?

MAESTRA MARIQUITA: Claro, claro... (*Ríe.*) Lo has aprendido muy bien, pequeña.

LALÁ-LIBELULÁ: El asunto es que ella dice que no entiende por qué tiene que hacer algo si no tiene deseo ni necesidad de hacerlo.

MAESTRA MARIQUITA: Mmm... Es un interrogante muy complejo. Creo que esto nunca antes había pasado...

LALÁ-LIBELULÁ: Comprendo. Y por eso usted piensa que ella “tiene” que hacer el viaje, digamos.

MAESTRA MARIQUITA: Bueno... Tener, lo que se dice tener, pues... (*Piensa.*) No es algo que tenga que hacer. Es, simplemente, algo que hacemos y que siempre hemos hecho, y nunca nadie se hizo demasiadas preguntas al respecto. Al menos, no que yo recuerde...

LALÁ-LIBELULÁ: Parece que Lali sí se hace muchas preguntas, Maestra.

MAESTRA MARIQUITA: Qué interesante. Realmente, nunca antes había pasado.

Escena V: Laiá y Maestra Libér-lula

El rotafolio avanza, muestra fondo de colores suaves, como si los reflejos del sol se filtraran entre las ramas.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: (*Llama, tímidamente.*) Maestra... (*Mira a su alrededor, fascinada: el ambiente da la idea de una cueva luminosa. De pronto, flotando, aparece la Maestra Libér-lula, una veterana medio hippie, que está meditando.*) Maestra Libér-lula...

MAESTRA LIBÉR-LULA: (*Sale de su meditación, serena, centrada.*)

Laiá Laiá Laiá, ¡buen día! Has volado mucho esta mañana.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sí, Maestra. Necesitaba hablar con usted.

MAESTRA LIBÉR-LULA: Estaba pensando que alguna de ustedes vendría pronto a hablar conmigo. Pero no pensé que fueras tú, Laiá.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Ah, ¿no? Bueno. Igual la pregunta que tengo que hacerle... Como que es mía, pero no tanto, Maestra. Un poco mía, sí. Un poco, no. Es que, en realidad, estábamos conversando con las chicas...

MAESTRA LIBÉR-LULA: ¿Las chicas? ¿Todas las chicas? ¿Cuántas chicas? ¿Muchas o pocas chicas? ¡Oh! Esto puede llegar a ser un problema...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: No, Maestra. No todas. Solo Lali, en realidad.

MAESTRA LIBÉR-LULA: Mmm... ¿Lali?

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sí, Maestra. Ella viene sintiendo... Pensando... En realidad, lo que pasó es que primero ella no sabía qué llevar y le vinieron muchas dudas, porque pensaba que nos va a extrañar mucho o que no le va a gustar la comida.

No entendí bien. Y también un poco, entre nosotras, yo creo que es porque no se siente muy segura con el acuatizaje en el mar. Pero la verdad, la verdad, Maestra, es que parece que no quiere ir...

MAESTRA LIBÉR-LULA: Mmm... ¿Que no quiere ir?

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sí, Maestra. Eso, lo que le acabo de decir.

MAESTRA LIBÉR-LULA: Mmm... Sorprendente.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sí, ¿no es cierto? Porque, por lo que estuvimos averiguando, nadie nunca se había hecho antes estas preguntas.

MAESTRA LIBÉR-LULA: Mmm... ¿Nunca?

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Y no. Parece que no, Maestra. También nos dijeron que es algo que siempre se hizo, que todas las libélulas lo han hecho siempre hasta ahora. (*Enfatiza la palabra “siempre” las dos veces.*)

MAESTRA LIBÉR-LULA: Bueno, eso no es del todo cierto. Hace algunos años... Unos cuantos años, ji, ji, ji... Una libélula se sintió igual que ella, se hizo las mismas preguntas. ¿Por qué tengo que partir? ¿Acaso estoy obligada a hacerlo? ¿Por qué debería fundar una nueva comunidad, si me siento tan a gusto en esta?

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Ah, Maestra, mire qué interesante. Justo eso mismo se está preguntando Lali. ¿Y qué se respondió esa libélula?

MAESTRA LIBÉR-LULA: (*Se queda pensativa. Luego de un momento, responde con tranquilidad.*) Mmm... Todavía no me he respondido nada, pequeña. Ji, ji, ji. Pero, lo que es seguro, es que no me he arrepentido ni un solo día de tomar esa decisión. No he formado mi propia comunidad, pero he ayudado a muchas de ustedes a formar las suyas. Las he visto partir felices y he recibido noticias de todos sus logros. Y eso, para mí, ha sido tan valioso como hacer el viaje yo

misma. Desde aquí, he volado más millas de lo que nunca hubiera imaginado y he descubierto rincones que muchas libélulas no han conocido jamás. Y todo eso enseñando a cada pequeña libelulita a encontrar su propio camino. No me he cuestionado ni una sola vez mi decisión de ser, para todas ustedes, la querida Maestra Libér-lula. Aunque, ahora que lo pienso, no me vendría nada mal un poco de ayuda en la escuela, a esta altura, si Lali quisiera quedarse...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Entonces, Maestra, ¿ella podría quedarse?

MAESTRA LIBÉR-LULA: (*Recita, como si lo estuviera leyendo en un manual.*) Si está dispuesta a soportar los embates del crudo invierno, si es capaz de enfrentarse a las más recias tormentas, atravesar los bancos de nieve...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Maestra, acá casi nunca llueve. Menos que menos, nieva ni hace frío.

MAESTRA LIBÉR-LULA: Bueno, pero ella debería estar dispuesta de todas maneras, ji, ji, ji, para el caso de que alguna vez suceda. (*Ríe.*)

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Entonces, Maestra, ¿usted dice que ella no está obligada a viajar, si no quiere?

MAESTRA LIBÉR-LULA: Pero claro que no. ¿En qué comunidad de libres libélulas se ha visto que alguien esté obligado a hacer lo que no desea? Para algo somos libres, pequeña Laiá. Y así debemos tomar nuestras decisiones, con libertad.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Uy, Maestra, ¡se va a poner re contenta Lali cuando le cuente! ¡Qué alegría! Gracias, Maestra. Nos vemos en la pista para el examen. ¡Me voy volando a contarle a las chicas!

Laiá Laiá Laiá emprende el vuelo de regreso. Canta la Canción del vuelo de Laiá.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ:

Vuelo porque sí,
vuelo en compañía, vuelo para mí,
y ahora entendí
que mi amiga quiere estar aquí.
Yo la voy a acompañar
en cualquier decisión que tenga que tomar.
Y sé que sí, ella necesita estar aquí.
Y sé que sí, ella necesita estar aquí.

Aparece la Actriz, quien activa el dispositivo rotafolio a la vista del público, sin elegancia, mecánicamente. Mientras habla, vuelve al paisaje inicial.

ACTRIZ: En esta parte, yo debería decir: “Y mientras tanto, Lali se había quedado en la escuela, sola, pensando, meditando, cavilando en lo profundo de sus ideas”. Pero siempre me pasa lo mismo con las historias. Es decir, cuando el personaje se queda solo, ¿cómo saben los demás qué es lo que se quedó haciendo? Así que, en realidad, lo que yo preferiría decir es: por lo que me contó Laiá, yo creo que, mientras tanto... (*Pausa. El rotafolio se detiene en el paisaje inicial.*) Y sí, mientras tanto, seguramente, Lali estaba pensando mucho. Mucho, mucho...

Escena VI

Lali-Lalibélula en el paisaje inicial. Llegan las tres amigas haciendo gran alboroto. Todas quieren contar, a viva voz, lo que averiguaron.

LULA-LIBELÚLA: Lali, Lali, estuve hablando con el Maestro Grillo...

LALÁ-LIBELULÁ: Esperen, esperen, chicas, tengo la respuesta...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Paren, paren. Si me dejan que les cuente...

LALI-LALIBÉLULA: Chicas, de a una. No entiendo nada.

LULA-LIBELÚLA: Por eso, escuchen. Lo que dice el Maestro

Grillo...

LALÁ-LIBELULÁ: No, escúchenme a mí. La señora Quita...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Por lo que yo averigüé...

LULA-LIBELÚLA: Parece que no es una obligación, es algo que deberías hacer...

LALÁ-LIBELULÁ: Claro, es más como una costumbre, en realidad...

LALI-LALIBÉLULA: Ay, no entiendo.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: No, chicas, la Maestra me contó que...

LULA-LIBELÚLA: Es que, en realidad, esto nunca antes había sucedido...

LALÁ-LIBELULÁ: Claro, eso es lo que pasa, parece que nunca antes nadie había querido quedarse...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Eso no es del todo cierto...

LALI-LALIBÉLULA: Ah, ¿no?

LULA-LIBELÚLA: ¡Claro que es cierto! Es lo que me dijo el Maestro Grillo, que sabe mucho de la historia de la comunidad.

LALÁ-LIBELULÁ: Y la Maestra Quita dijo lo mismo. Aunque no estaba del todo segura...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: (*Imponiéndose.*) Chicas, me escuchan un momento, por favor.

Todas se quedan en silencio.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: ¿Nunca se les ocurrió pensar cómo es que, de entre todos nuestros maestros, una de ellas es la Maestra Libér-lula?

Las otras se miran entre sí. Luego, miran a Laiá Laiá Laiá, interrogándola con la mirada.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: (*Tranquila.*) Está claro, chicas, que, si tooodas las libélulas siempre hubieran partido, si tooodas las libé-

lulas siempre se hubieran ido a formar una nueva comunidad, si de tooodas las libélulas nunca antes ninguna hubiera querido quedarse...

Lula-Libelúla y Lalá-Libelulá se miran entre sí, sin comprender.

LALI-LALIBÉLULA: *(Comienza a dar saltitos de alegría, primero en el lugar, luego por la escena, cada vez más feliz.)* ¡Claro! Si ella no hubiera decidido quedarse, aquí no habría una Maestra Libélula. Entonces... ¡Esto sí había pasado antes! Entonces...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Claro, Lali. No es obligación que hagas el viaje y, aunque es una costumbre, vos podés decidir libremente y hacer lo que tengas ganas de hacer, o lo que necesites. O, bueno, lo que te diga tu corazón.

LULA-LIBELÚLA: ¿En serio?

LALÁ-LIBELULÁ: Tiene bastante lógica, ahora que lo decís de esta manera...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sí, chicas. Todas podemos decidir qué queremos hacer respecto al viaje. Bueno, respecto a todo, en realidad...

LALI-LALIBÉLULA: Entonces, ¿puedo quedarme?

LULA-LIBELÚLA: ¿Puede?

LALÁ-LIBELULÁ: Podría.

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Sí, podés, Lali. Y dice la Maestra que, si vos querés, hay un buen puesto de trabajo en la Escuela de Vuelos Libelulares.

LALI-LALIBÉLULA: ¡Ay! ¡Qué emoción! ¡Es la mejor noticia de todas!

LULA-LIBELÚLA: ¿Y nosotras?

LALÁ-LIBELULÁ: Eso. Porque yo sí quiero hacer el viaje...

LULA-LIBELÚLA: ¡Yo también! Me siento muy preparada. ¡Estoy contando los días!

LALÁ-LIBELULÁ: Claro, me pasa lo mismo. ¡No veo la hora de salir volando!

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: A mí también la idea me encanta.

LULA-LIBELÚLA: Volar muchas, muchas horas. Muchos días seguidos...

LALÁ-LIBELULÁ: Irnos lejos, muy lejos...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Volar, volar... El viento en la cara, las gotitas de agua... Cuando suben las olas y te salpican un poco...

LULA-LIBELÚLA: Todo eso, ¡me encanta!

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: ¡A mí también! Y pensaba, ¿se dan cuenta, chicas, de que en algún momento vamos a llegar a un lugar que no hayamos visto nunca?

LALI-LALIBÉLULA: ¡Ay, chicas, las voy a extrañar un montón!

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Nos vamos a poder mandar mensajes muy seguido, Lali. Mirá mis alas, ya falta poquito. En cuanto estén apenas un poco más tornasoladas, voy a poder comunicarme con todo el mundo.

LULA-LIBELÚLA: Vas a tener noticias nuestras a cada rato.

LALÁ-LIBELULÁ: Y cuando parta la nueva camada, tus pequeñas alumnitas, las vamos a poder recibir y orientar en otros territorios...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Suena bien, ¿no?

LULA-LIBELÚLA: Suena bien.

LALÁ-LIBELULÁ: ¡Suena muuuy bien!

Las cuatro amigas se amontonan y se amuchan, dando la idea de un abrazo libelular. De pronto, Lali-Lalibélula sobresale entre ellas, se pone formal y seria, encarnando, por un momento, a la Maestra Libélula que pronto será.

LALI-LALIBÉLULA: Bueno, bueno, señoritas, a ver si dejamos la parte emocional para después de la clase, ¿eh?

Todas se ríen y comienzan a revolotear.

Escena VII

Una nueva mañana. En la plataforma de vuelo, las amigas comienzan a despedirse.

LALI-LALIBÉLULA: ¿Todo listo, chicas?

LULA-LIBELÚLA: ¡Listo y preparado!

LALÁ-LIBELULÁ: Preparado, listo...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: ¡Paren, paren! ¡Un último abrazo libelular antes de irnos!

Las cuatro vuelven a amucharse. Luego se separan, se miran y suspiran.

LALI-LALIBÉLULA: Chicas, por favor, me avisan cuando lleguen...

LULA-LIBELÚLA: Sí, Lali.

LALI-LALIBÉLULA: Y cuando encuentren un lindo lugar...

LALÁ-LIBELULÁ: Claro, Lali.

LALI-LALIBÉLULA: Y no anden juntando cualquier cosa por ahí. Miren que después es mucha carga, y eso las puede demorar.

LULA-LIBELÚLA, LALÁ-LIBELULÁ Y LAIÁ LAIÁ LAIÁ: ¡Sí, Lali!

LALI-LALIBÉLULA: Bueno, está bien. No les digo más nada. Pero, acuérdense, por favor... (*Las tres la miran. Lali-Libélula calla.*) Listo. Cierto. No digo nada.

Aparece el trío de libélulas antagonista y se ubica en su rama.

LALI-LALIBÉLULA: (*Sorprendida.*) ¿Y ustedes? No las veo muy preparadas para el viaje.

CHUDITA 1: Es que decidimos tomar algunas clases más.

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: Sí, algunas clases.

CHUDITA 1: Para estar bien seguras y tranquilas con todas las

peripecias.

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: Seguras y tranquilas.

CHUDITA 1: No es que no nos salgan. Las hacemos a la perfección, pero...

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: (*Mira a las otras dos, no sabe qué decir.*) ¿Pero qué, Chudi?

CHUDITA 1: Es que supimos que hubo algunos cambios en la escuela y no nos queremos ir sin aprender todo lo necesario.

CHUDITA 2: Mmm...

CHUDITA 3: Eso, eso. Lo que dijo ella.

El trío de libélulas antagonista sale volando y desaparece, mientras las cuatro amigas estallan en carcajadas. Luego de un momento, todas se acercan a Lali para tener su momento personal de despedida.

LULA-LIBELÚLA: Gracias, Lali. A mí me sirvió para pensar un montón. Yo, la verdad, sí quiero viajar. Estoy re ilusionada. ¡Siempre quise hacer este viaje!

LALI-LALIBÉLULA: Qué bueno, amiga. Por un momento, pensé que podía confundirlas a ustedes también.

LALÁ-LIBELULÁ: Lali... (*Se miran de frente y se quedan así un momento, sin decir nada. Apoyan sus caritas, una junto a la otra, como gesto de despedida. Suspiran.*)

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: No te preocupes, Lali. Vamos a estar todas muy bien.

LALI-LALIBÉLULA: Lo sé...

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: Nos escribimos, ¿dale?

LALI-LALIBÉLULA: ¡Por favor! ¡No dejen de hacerlo!

LULA-LIBELÚLA: Pero claro, mañana mismo nos estamos comunicando.

LALI-LALIBÉLULA: Cuando puedan, chicas. Siempre me va a dar alegría tener noticias tuyas.

Pausa.

LALI-LALIBÉLULA: Entonces...

LALÁ-LIBELULÁ: ¿Preparadas?

LULA-LIBELÚLA: ¡Listas!

LAIÁ LAIÁ LAIÁ: ¡Yaaa!

Las tres amigas salen, una por una, haciendo alguna pirueta simpática y característica, hasta que desaparecen. Lali-Lalibélula se queda por un momento sola en la plataforma de vuelo, mirando a sus amigas, emocionada. Enseguida, llegan un montón de pequeñas libélulas que, a partir de ahora, serán sus alumnas. Se oyen sus vocecitas.

LIBELULITA 1: Es la Maestra Lali. Es nueva, pero dicen que es la mejor.

LIBELULITA 2: Sí, mi tía Belu la conoce. Creo que fueron juntas al jardín.

LIBELULITA 3: ¡Y tuvo los mejores maestros cuando era chiquita como nosotras!

LALI-LALIBÉLULA: Bueno, señoritas, nos vamos ordenando... Por favor, un poco de silencio, así podemos empezar. A ver, todas en fila. ¿Me acompañan? Vamos yendo hacia la laguna, hoy las flores están hermosas... (*Salen.*)

ACTRIZ: A mí me encanta esta historia. Y siempre me deja pensando... (*Mira hacia un lado y hacia el otro, como al principio, y su mirada se pierde en la distancia. Pausa.*) Me gusta tanto pensar en mis amigas.

Canción final.

No todos necesitamos lo mismo,
No siempre para todos es igual.
Entender que somos todos muy distintos

y que igual nos podemos acompañarr.

Decidir cada uno su destino,
elegir lo que querés de verdad.
Seguir volando por mí y por ellas
y quedarte donde te querés quedar.
Seguir viajando por mí y por ellos
y quedarte donde te querés quedar.

Las letras de las canciones han sido escritas conjuntamente con Paula Vargas.

Kikito y Ñacuñán

Claudio Ariel González
(Argentina)

Personajes:

KIKITO: niño de entre diez y doce años.

ÑACUÑÁN: niño de entre seis y ocho años.

ABUELA: abuela de Ñacuñán.

FUNCIONARIO: funcionario de la Dirección del Menor,
con sobrepeso.

AMICHEVOLE: funcionario subalterno, muy delgado.

Escena I

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Ñacunián entra jugando con unas llantas de bicicleta, las hace rodar mientras corre entre ellas. Las lanza con mucha fuerza y salen de escena. Corre tras ellas. Entra Kikito, cargando mangueras viejas, se enreda con ellas, tropieza y cae. Mientras intenta desenredarse, pasa una llanta rodando. La observa, extrañado, sigue su trayectoria con la mirada. Insiste en desenredarse, pasa otra llanta y la sigue con la mirada. Entra Ñacunián corriendo, no logra frenar, choca con Kikito. Ambos quedan tirados en el suelo.

KIKITO: ¡Eh! ¡Sos tonto, nene!

ÑACUÑÁN: No.

KIKITO: ¿Qué no?

ÑACUÑÁN: ¡Que no soy tonto!

KIKITO: Si no sos tonto, entonces, ¿por qué me atropellaste?

ÑACUÑÁN: No te vi.

KIKITO: ¡Claro! ¡Soy invisible!

ÑACUÑÁN: No. En realidad, sí te veo. Quise decir que no te vi.
Mi abuela me explicó que esa es una manera de decir. Así que no sos invisible.

KIKITO: ¿Qué te pasa? ¿Te hacés el vivito?

ÑACUÑÁN: No me hago. Estoy vivo. Mirá. Respiro, hablo, me muevo.

KIKITO: ¿Sabés qué les hago a los vivos como vos? Los entierro.

ÑACUÑÁN: ¿Los matás y los enterrás?

KIKITO: ¡No! Los EN-TIE-RRO. (*Le tira tierra.*)

ÑACUÑÁN: (*Se mira la ropa sucia.*) Pero no me estás enterrando, me estás ensuciando. No me ensucies la ropa de la escuela, que mi abuela me dijo: “No te vayas a ensuciar”.

KIKITO: (*Burlándose.*) ¡Ay! La abuela lo va a retar.

ÑACUÑÁN: Sí. Me dijo que no me ensucie y, si me ensucio, me va a retar. Tenés razón.

KIKITO: ¿Seguís haciéndote el vivito? Si no querés que te ensucie, raja de acá, que este es mi lugar.

ÑACUÑÁN: Ya te dije que no me hago el vivo, que estoy vivo, y este lugar no es tuyo. Es un espacio público, y un espacio público puede ser utilizado por todos, así que puedo seguir jugando acá.

KIKITO: Este lugar es mío, porque yo soy de acá, del barrio, y vos no sos de acá. Rajá, que voy a armar mi cuadrilátero para entrenar y, si no te vas, te voy a usar como bolsa de boxeo.

ÑACUÑÁN: Pero no me podés usar como bolsa de boxeo, soy un ser humano. Y yo también soy del barrio, así que tengo derecho a jugar en este espacio público.

KIKITO: (*Se incorpora, acomodando las mangueras.*) Rajá de acá, nene. ¿Qué vas a ser del barrio, vos, si no te veo nunca?

ÑACUÑÁN: No me ves nunca porque yo no vivía en este barrio. En realidad, mi abuela vive acá, y ahora yo también, porque ella me cuida. Por eso voy a jugar en este espacio público y no me digas “nene”. Vos también sos un nene.

KIKITO: Pero soy más grande que vos ¡Rajá de acá, nene! (*Recoge un puñado de tierra.*) ¿O querés que te rete tu abuelita, nenito? (*Amaga a tirarle tierra. Ñacuñán sale corriendo.*) Sí, mejor andate, nenito miedoso.

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Kikito comienza a armar un cuadrilátero con cajones. Las mangueras son las sogas. Cuando coloca uno de los cajones, entra una llanta rodando y lo golpea, él la observa por un momento, mira alrededor, vuelve a mirar la llanta, pensando que tiene vida. La toca con el pie. La llanta se balancea hasta quietarse. Kikito sonríe, la levanta y la tira. Sigue armando el ring. Entra de nuevo la llanta y lo golpea. La levanta y, mientras la lanza, entra otra y también lo golpea. Se

da vuelta, la lanza, entra otra y lo golpea. Observa a su alrededor, se asusta cuando no ve a nadie. Se escucha la campana del orfanato, que avisa que es la hora del almuerzo. Desde el otro lado del muro, se asoma Amichevole.

AMICHEVOLE: ¡Enrique! ¡Vení ya para acá! (*Kikito niega con la cabeza.*) Vení, te digo, que me mandó a buscarte el director.

KIKITO: ¿Y a mí qué me importa?

AMICHEVOLE: Vamos, que si no va a venir él, y sabés que es peor.

KIKITO: Cuando sea campeón, no se va a hacer el vivo el gordinflón.

AMICHEVOLE: ¡Campeón peso supermosca!

KIKITO: ¡No me digás así!

AMICHEVOLE: Entonces, vamos, que es hora de comer. Te va a servir para entrenar mejor.

KIKITO: ¿Después puedo volver?

AMICHEVOLE: Cuando el director se acueste a dormir la siesta, te podés venir a entrenar.

KIKITO: Gracias, Amichevole. Cuando sea campeón, te voy a sacar de este trabajo.

AMICHEVOLE: Más te vale, campeón. Ahora, dale. ¡Vamos!

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Kikito sale corriendo, cruza para el otro lado del muro. Entra Ñacuíñán riendo, toma las llantas como si fueran el premio por una victoria, desarma lo poco que construyó Kikito y sigue jugando. Fuera de escena, se escucha la voz de la Abuela que lo llama. Ñacuíñán busca lugares en los que esconderse. Los gritos de la Abuela son cada vez más cercanos e insistentes. Ñacuíñán encuentra una cocina vieja, abre la puerta del horno y se desliza en su interior.

Escena II

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Entra en escena la Abuela, descendiendo por un montículo de cosas viejas que forman una

especie de montaña o muro.

ABUELA: Ñacuñán... Ñacuñán... Sé que estás acá. Salí, que te ensucias la ropa... Vamos, que tenés que comer para ir a la escuela. (*Mira a su alrededor y escucha, como un radar. Ñacuñán estornuda desde el interior de la cocina. La Abuela fija su atención en la cocina. Mira al público y sonríe. Se acerca al horno.*) Bueno, no debe estar acá. Me voy a buscarlo a otro lado. (*Grita.*) ¡Ñacuñán! (*Baja el volumen del grito.*) ¡Ñacuñán! (*Grita como alejándose, imita el efecto doppler.*) Ñacuñaaaaaaaan...

Ñacuñán abre la puerta. Se asoma. Sale. La Abuela le salta encima y se lo carga al hombro.

ABUELA: ¡Te dije que no vinieras a jugar al basural! ¡Vamos, que tenés que comer para ir a la escuela!

ÑACUÑÁN: Soltame, abu. Me quiero quedar jugando acá.

ABUELA: ¡Mira cómo te has llenado de tierra! ¿Qué te dije? ¿Qué te dije?

ÑACUÑÁN: Me dijiste que si me ensuciaba me ibas a retar, pero no me podés retar, porque yo no me ensucí.

ABUELA: ¿Qué? No te hagas el vivito conmigo.

ÑACUÑÁN: No me hago el vivito. Estoy vivito. Mirá. Respiro, hablo, me muevo.

ABUELA: (*Lo baja y lo sacude.*) Pero, ¿cómo te vas a ensuciar así la ropa de la escuela?

ÑACUÑÁN: Yo no me ensucí.

ABUELA: Entonces, te ensució el hombre invisible.

ÑACUÑÁN: No. Era un niño invisible.

ABUELA: ¿Cómo?

ÑACUÑÁN: En realidad, el niño, en un momento, me dijo que era invisible, pero yo le expliqué que no era invisible, que yo no la había visto...

ABUELA: ¡Basta, Ñacuñán!

ÑACUÑÁN: Cuando me decís “Ñacuñán” así, es porque me retás, y no me podés retar, porque yo no me ensucí.

ABUELA: Sí te puedo retar, porque soy tu abuela, y te dije quichicientas veces que no te ensuciaras la ropa de la escuela.

ÑACUÑÁN: ¡Pero yo no me ensucí!

ABUELA: (*Inspira profundo.*) A ver, Ñacuñán, ¿qué te pasó, entonces?

ÑACUÑÁN: Un niño me EN-TE-RRÓ. Así que no me podés retar.

ABUELA: ¿Cómo que un niño te EN-TE-RRÓ?

ÑACUÑÁN: Eso. Un niño me EN-TE-RRÓ.

ABUELA: ¿Te quisieron enterrar vivo..., vivo? ¿Qué le pasó a mi nene chiquitito? ¿Te asfixiaste?

ÑACUÑÁN: No me digas “nene”. Un niño me lanzó tierra, porque no quería que yo jugara acá, en este lugar.

ABUELA: ¡Ay! ¡Mi nene!

ÑACUÑÁN: ¡No me digas “nene”!

ABUELA: ¡Bueno, nenooo! ¡Te había dicho que no vinieras a jugar al basural! Por eso te pasó. Te lo dije. Quichicientas veces te dije.

ÑACUÑÁN: ¡Quichicientasuna veces me lo dijiste, contando esta!

ABUELA: ¡Ah! ¿Entonces?

ÑACUÑÁN: ¿Entonces, qué?

ABUELA: Si te dije quichicientasuna veces que no...

ÑACUÑÁN: Quichicientas dos.

ABUELA: Bueno... Quichicientasdos veces te dije que no...

ÑACUÑÁN: Quichicientas tres...

ABUELA: (*Grita.*) ¡Quichicientas cuatro veces te dije que no vengas a jugar al basural! (*Silencio.*)

ÑACUÑÁN: ¡Pero esto no es un basural! Mirá el cartel lo que dice.

ABUELA: (*Lee con dificultad.*) Prohi... No alcanzo, no traje los lentes. (*Ñacuñán toma los viejos faroles de un auto, les saca los cristales de adelante y arma unos lentes. Se los da a la Abuela, que lee.*) Espacio público. Prohibido arrojar basura.

ÑACUÑÁN: Puedo jugar acá, porque es un espacio público, y todo esto no es basura, porque aquí nadie puede tirar basura, y esta suciedad me la hizo el niño que me EN-TE-RRÓ, por ende, no me podés retar.

ABUELA: Vamos, que es hora de ir a la escuela.

ÑACUÑÁN: No quiero ir a la escuela. Quiero jugar con las llantas, acá.

La Abuela recoge cosas que luego cuelga, estratégicamente, en el cartel.

ABUELA: ¿Qué dice acá?

ÑACUÑÁN: (*Lee.*) Espacio público. Prohibido jugar.

Salen.

Escena III

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Entra Kikito. Mira a su alrededor mientras junta los elementos con los que va a armar de nuevo su cuadrilátero.

KIKITO: ¡Pucha, che! Este pibe me desarmó el ring. Si aparece de vuelta, le pego hasta el nocaut. (*Realiza gestos, como si peleara con alguien.*) ¡Síiiii! Señoras y señores, el nuevo campeón del mundo de pesos pesados es AR-GEN-TI-NO y se llama KIII-KIII... (*Suena la campana del orfanato, que corta la fantasía de Kikito.*) ¡Puchaaa! (*Mira al retador imaginario.*) Te salvó la campana. Mejor sigo entrenando, antes de que se den cuenta. Todavía no puedo hacer sombra, necesito entrenar para poder ser el campeón y ganar plata. (*Rea-*

liza entrenamiento de sombra. Sube la intensidad, parece ser una pelea por el campeonato.) ¡Señoras y señores, impresionante pelea de Enrique “Kikito” González! Un verdadero campeón aparecido en la escena del boxeo internacional. Va a terminar... Los aplausos del público... Va a terminar la pelea y suena la campana... ¡Terminó! Y escuchen al público que le canta al nuevo campeón. Dale, campeón, dale, campeón, dale, campeón, dale, campeón... Gracias, dedico este triunfo a mi papá y a mi mamá, que espero poder verlos pronto, ahora que gané este premio...

Desde el otro lado del muro, se asoma el Funcionario. Grita.

FUNCIONARIO: ¡Enrique! ¡Vení ya para acá! (*Kikito niega con la cabeza y sigue entrenando.*) Enrique, ¿te voy a buscar? (*Kikito asiente con la cabeza y hace como si peleara contra el Funcionario.*) ¡Enrique, mira que voy y, si voy, ya sabés lo que te va a pasar!

KIKITO: ¡Amichevole me dejó venir a entrenar!

FUNCIONARIO: ¡Amichevole! ¡Venga ya para acá!

AMICHEVOLE: (*Asomando, repentinamente, la cabeza por detrás del muro de basura.*) ¡Sí, señor!

FUNCIONARIO: ¿Usted lo dejó venir a entrenar?

AMICHEVOLE: ¡No, señor!

KIKITO: ¡Qué rata sos! Me dijiste que cuando el gordinflón durmiera la siesta podía venir a entrenar.

AMICHEVOLE: Está mintiendo, señor director.

KIKITO: Vos estás mintiendo, Amichevole. Cuando sea campeón ni bosta te saco de este trabajo.

FUNCIONARIO: ¿Qué dice?

AMICHEVOLE: Delirios de grandeza, señor director.

KIKITO: Vas a tener que bancarte al gordinflón para siempre.

FUNCIONARIO: ¿Me dijo “gordinflón”?

AMICHEVOLE: Sí, señor.

FUNCIONARIO: ¡Vos te lo buscaste! Ahora voy. (*Intenta saltar el muro, pero se cansa. Pausa. Toma aire. Grita.*) ¡Amichevole!

AMICHEVOLE: ¡Sí, señor!

FUNCIONARIO: Vaya usted.

Kikito se esconde dentro del horno de la cocina vieja.

AMICHEVOLE: ¡Sí, señor!

FUNCIONARIO: Me lo trae. Va a ver... Gordinflón...

AMICHEVOLE: A la orden, señor.

FUNCIONARIO: ¡Apúrese, Amichevole!

AMICHEVOLE: (*Descendiendo despacio por el muro de basura.*) En eso estoy, señor, en eso estoy.

FUNCIONARIO: (*Gritando.*) ¡Apúrese, Amichevole!

AMICHEVOLE: (*Se asusta, pierde el equilibrio y cae rodando por el montículo. Queda atascado patas para arriba en un agujero.*) ¡Auxilio! ¡Auxilio!

KIKITO: (*Asoma la cabeza por la puerta del horno.*) ¿Estás bien, Amichevole?

AMICHEVOLE: (*Al hablar, mueve las piernas.*) ¡Sí!

KIKITO: Entonces, no te ayudo. (*Cierra el horno.*)

AMICHEVOLE: ¡No! Estoy bien, pero no puedo salir. Ayúdame, Kikito.

KIKITO: (*Asoma la cabeza por la puerta del horno.*) ¡No!

AMICHEVOLE: Ayúdame, por favor.

KIKITO: No. Si te ayudo, me vas a llevar con el gordinflón ese y me va a castigar.

FUNCIONARIO: (*Grita.*) ¡El lunes empiezo la dieta!

AMICHEVOLE: Dijo eso el lunes pasado, señor.

FUNCIONARIO: ¡Cállese, inútil! Y tráigalo, si no le hago un acta. Y hoy viene el supervisor.

AMICHEVOLE: Kikito, mientras más nos demoremos peor va a ser. Ayúdame y vamos.

KIKITO: *(Sale del horno y sigue entrenando.)* ¡No! Me quedo a entrenar.

FUNCIONARIO: ¡Amichevole, apúrese! ¿O usted también quiere que vaya yo?

AMICHEVOLE: ¡Dale, Kikito! ¡Dale, que hoy viene el supervisor y yo me morfo un acta en el cuaderno de supervisión!

FUNCIONARIO: ¡Apúrese, Amichevole, que tiene que ir a comprar las tortitas para la media tarde del supervisor!

AMICHEVOLE: ¡Ya las compré, señor! Están en su escritorio.

FUNCIONARIO: ¡Ya vuelvo! *(Desaparece tras el muro.)*

AMICHEVOLE: ¡Dale, Kikito! ¡Vamos! Ahora estará entreteniéndose comiendo y no va a estar tan enojado.

KIKITO: *(Sin parar de entrenar.)* Dije que no voy. Tengo que entrenar para ser el campeón mundial de peso pesado y ganar la plata.

AMICHEVOLE: Peso supermosca, mejor dicho.

KIKITO: No me digas así. Ahora no te ayudo nada.

AMICHEVOLE: Igual ni tenés fuerza para ayudarme, supermosca.

KIKITO: Sí tengo fuerza.

AMICHEVOLE: Qué vas a tener fuerza, supermosca.

KIKITO: ¡Sí tengo fuerza, por eso voy a ser campeón!

AMICHEVOLE: No tenés.

KIKITO: ¡Sí tengo!

AMICHEVOLE: ¡No!

KIKITO: ¡Sí!

AMICHEVOLE: No tenés fuerza ni para sacarme de acá.

KIKITO: ¡A que no! *(Va y lo ayuda.)*

AMICHEVOLE: Gracias, Kikito. Vos sí que tenés fuerza, campeón.

KIKITO: ¡Viste! Voy a ser un peso pesado.

Amichevole y Kikito juegan a boxear. Aparece el Funcionario.

FUNCIONARIO: ¡Amichevole! No compró las que me gustan a mí... ¿Qué hace?

AMICHEVOLE: Entreno con el campeón.

FUNCIONARIO: Traígalo para acá, que llega el supervisor.

AMICHEVOLE: Vamos, Kikito.

KIKITO: ¡Ni loco voy!

FUNCIONARIO: ¡Amichevole! ¿Quiere un acta?

AMICHEVOLE: ¡Vamos! (*Quiere agarrar a Kikito.*)

KIKITO: (*Lo esquivo con un movimiento estilo Locche.*) ¡No voy!

FUNCIONARIO: ¡Amichevole, ¿qué espera?!

AMICHEVOLE: (*Intenta, otra vez, agarrarlo.*) ¡Vení!

KIKITO: (*Vuelve a esquivarlo.*) ¡No voy!

AMICHEVOLE: (*Intenta agarrarlo.*) ¡Vení, te digo!

KIKITO: (*Lo esquivo.*) Soy el INTOCABLE.

AMICHEVOLE: No puedo agarrarlo, señor.

FUNCIONARIO: ¡Inútil! Ya voy yo. Ahora, Enrique, sí que te ganaste un cinturón, y, usted, un acta para la Supervisión.
(*Quiere cruzar, se resbala y cae en el agujero.*) ¡Auxilio! ¡Auxilio!

AMICHEVOLE: Ya voy, señor.

FUNCIONARIO: ¿Agarró al niño?

AMICHEVOLE: No, señor.

FUNCIONARIO: ¡Pero agárrelo, inútil!

AMICHEVOLE: (*Intenta agarrarlo varias veces, pero Kikito lo esqui-
va.*) ¡No puedo, señor!

FUNCIONARIO: Sáqueme de acá, entonces, y entre los dos lo agarramos a ese.

AMICHEVOLE: ¡Sí, señor! (*Va en su ayuda. Kikito se esconde dentro del horno.*)

FUNCIONARIO: ¿Y Enrique?

AMICHEVOLE: No sé, señor.

FUNCIONARIO: No perdamos más tiempo.

AMICHEVOLE: Sí, señor. Los demás niños han quedado mucho tiempo solos, señor.

FUNCIONARIO: No perdamos más tiempo... Para hacer su acta, Amichevole... Su acta para el Supervisor. Ese va a volver solito cuando le dé hambre.

Salen.

Escena IV

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Ñacuñán salta el muro de objetos. Mira si alguien lo sigue. De su mochila saca una botellita de agua y bebe. Baja. Se sienta frente al cartel y lo mira fijo. Kikito abre la puerta del horno y asoma la cabeza.

KIKITO: ¿Se fueron?

ÑACUÑÁN: ¿Qué?

KIKITO: ¡Si se fueron!

ÑACUÑÁN: ¿Quiénes?

KIKITO: Dos señores que había acá.

ÑACUÑÁN: (*Mira a su alrededor.*) Parece que sí.

KIKITO: ¿Y a vos qué te dije?

ÑACUÑÁN: ¿Y a vos qué te dije?

KIKITO: ¿QUÉ-TE-DI-JE?

ÑACUÑÁN: ¿QUÉ-TE-DI-JE?

KIKITO: Encima te seguís haciendo el vivito.

ÑACUÑÁN: Ya te dije que no me hago. Estoy vivo.

KIKITO: ¡Pero te pregunté que qué te dije!

ÑACUÑÁN: Y yo te contesté que te dije, porque “qué te dije” era lo que me estabas diciendo, como ya te dije.

KIKITO: ¿Qué me estás diciendo?

ÑACUÑÁN: ¿Qué te dije?

KIKITO: ¡Uh! Ya me hiciste calentar. Ahora sí que estás en el horno.

ÑACUÑÁN: Vos estás en el horno y no te podés calentar, porque ese horno no funciona.

KIKITO: (*Saliendo rápido del horno.*) Ya me enojé de enserio. (*Llena un balde con tierra y cosas viejas. Se lo vacía en la cabeza a Ñacuñán.*) Ahora sí que tu abuelita te va a retar.

ÑACUÑÁN: No me importa. Ya me retó por culpa tuya.

KIKITO: No fue mi culpa. Yo te avisé que este era mi lugar.

ÑACUÑÁN: Sí fue tu culpa. Vos me EN-TE-RRAS-TE y ella se enojó y miró el cartel que me escribió. (*Le señala el cartel.*)

KIKITO: (*Lee con dificultad.*) Pro... Prohi... bi... d... d... do...

ÑACUÑÁN: ¿No sabés leer?

KIKITO: Más o menos.

ÑACUÑÁN: ¡Pero si sos más grande que yo!

KIKITO: Y por eso te voy a pegar si no te callás... Qué me importa lo que dice el cartel.

Arma el cuadrilátero. Entrena haciendo sombra.

ÑACUÑÁN: ¿Qué hacés? No podés jugar. Lo dice el cartel.

KIKITO: ¡Nada que ver! Ese cartel decía que no había que tirar mugre o algo así.

ÑACUÑÁN: Pero mi abuela escribió que ahora no se puede jugar.

KIKITO: ¿Y le vas a hacer caso a un cartel?

ÑACUÑÁN: Sí.

KIKITO: Bueno, mientras no me jodas y me dejes hacer sombra, quedate ahí mirando el cartel. (*Continúa entrenando.*)

ÑACUÑÁN: Todos hacemos sombra.

KIKITO: ¿Qué?

ÑACUÑÁN: Todos proyectamos una imagen oscura. Nuestro cuerpo es opaco, entonces intercepta los rayos de luz, y nuestra sombra es lo que se proyecta en la superficie.

KIKITO: Hacer sombra es entrenar en boxeo, nene.

ÑACUÑÁN: ¿Qué es hacer sombra en boxeo?

KIKITO: ¿No sabés lo que es hacer sombra en boxeo?

ÑACUÑÁN: No.

KIKITO: Hacer sombra es imaginarte que tenés un retador adelante y lanzás golpes. Es re importante para un boxeador, porque te enseña a preparar una estrategia cuando peleas. Mirá. (*Sigue entrenando.*) Te enseña a caminar, a practicar golpes. (*Repentinamente, se detiene y se toca la panza.*)

ÑACUÑÁN: ¿La sombra te pegó?

KIKITO: ¡Qué chistoso que sos!

ÑACUÑÁN: ¿Qué te pasa?

KIKITO: Un retorcijón.

ÑACUÑÁN: ¿Por qué?

KIKITO: Tengo hambre y me duele la panza.

ÑACUÑÁN: Andate a comer algo.

KIKITO: Ni loco. Si voy, no me dejan venir a boxear.

ÑACUÑÁN: ¿Y quién te enseñó a boxear?

KIKITO: Mi papá.

ÑACUÑÁN: ¿Él es boxeador?

KIKITO: Sí.

ÑACUÑÁN: ¿Y él te va a venir a entrenar?

KIKITO: No.

ÑACUÑÁN: ¿Por qué?

KIKITO: Porque no.

ÑACUÑÁN: ¿Y por qué no?

KIKITO: Porque no puede.

ÑACUÑÁN: Pero, ¿por qué no puede?

KIKITO: Porque no está.

ÑACUÑÁN: ¿Dónde está?

KIKITO: ¿¡Qué te importa dónde está!? *(Se abraza fuerte la panza y agacha la cabeza.)*

ÑACUÑÁN: ¿Estás llorando?

KIKITO: ¡No estoy llorando!

ÑACUÑÁN: ¿Llorás por tu papá o porque te duele la panza?

KIKITO: *(Sin cambiar su postura.)* Ya te dije que me duele la panza porque tengo hambre. Andate y dejame de molestar, porque te voy a pegar.

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Ñacuñán saca de su mochila un sándwich y lo deja junto a Kikito. Comienza a subir por el montículo, se va. Kikito se incorpora despacio. Mira a su alrededor y descubre el sándwich. Lo come. Desde el otro lado del muro, se escuchan los gritos de la Abuela llamando a Ñacuñán.

Escena V

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. La Abuela aparece y baja por el montículo.

ABUELA: ¡Acá estás! *(Toma al niño y lo carga sobre su hombro.)*

KIKITO: *(Con la boca llena.)* ¡Soltame, vieja loca!

ABUELA: *(Sorprendida.)* Pero, ¿quién sos vos? ¿Y mi nieto?

KIKITO: Que sé yo quién es tu nieto. Soltame o te denuncio.

ABUELA: Perdoname, nene. Pensé que eras mi nieto. Él se me escapa y se viene a jugar acá.

KIKITO: (*Dando un mordisco al sándwich.*) Acá no juega nadie. Acá entreno yo.

ABUELA: Pero ese sanguche...

KIKITO: (*Con la boca llena.*) ¡Está riquísimo!

ABUELA: Se lo preparé a mi nieto, para la escuela. ¿Qué le hiciste a mi nieto?

KIKITO: ¡Bah! Yo no hice nada.

ABUELA: Ya sé. Vos sos... Sos... el que lo quiso EN-TE-RRAR.

KIKITO: ¡Ah! Ya sé quién es su nieto...

ABUELA: (*De repente, lo toma por los hombros.*) Enterraste a mi nieto para robarle un sanguche. ¿Dónde está? ¿Dónde lo enterraste?

KIKITO: Pero, ¿usted está loca? Suélteme. Yo no le hice nada a ese pibito.

ABUELA: Decime ya dónde está, porque nos vamos a la policía.

KIKITO: Bueno, señora, pero bájeme. Mire, está ahí. Se metió adentro de la cocina.

ABUELA: (*Lo baja y corre hasta el horno, lo abre y mete el torso.*) Mi nenito...

KIKITO: (*La empuja dentro del horno y traba la puerta.*) ¡Loca como el nieto! Y este sanguche es mío, como este lugar.

Kikito se esconde detrás del horno y se come el sándwich.

Escena VII

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Desde el otro lado del muro, se asoman Amichevole y el Funcionario. Ven que el horno se mueve. Bajan en silencio. Se paran arriba del horno sosteniendo una gran bolsa. Destran la puerta.

ABUELA: (*Saliendo del horno, agitada.*) Menos mal...

FUNCIONARIO Y AMICHEVOLE: ¡A él! (*Saltan, atrapan a la Abuela con la bolsa.*)

FUNCIONARIO: Te dije que te íbamos a agarrar.

AMICHEVOLE: Te lo dijo, te lo dijo.

FUNCIONARIO: Ahora vas a ver cuando lleguemos al comedor.

AMICHEVOLE: Vas a ver, vas a ver.

FUNCIONARIO: Te voy a poner en penitencia, de florero delante de todos.

AMICHEVOLE: De todos, de todos.

FUNCIONARIO: Amichevole, deje de repetir todo lo que digo como si fuera mi eco.

AMICHEVOLE: Eco, eco.

FUNCIONARIO: (*Grita.*) ¡Amichevole!

AMICHEVOLE: Digo, eso, eso.

Kikito se asoma por detrás del borno.

KIKITO: Che, cállense.

FUNCIONARIO: ¿Qué hacés ahí?

KIKITO: Dormía. Después de comer siempre me da sueño.

AMICHEVOLE: Claro, porque la sangre se va al sistema digestivo, y eso da sueño.

FUNCIONARIO: Cállese, Amichevole.

AMICHEVOLE: Claro. Así Kikito puede dormir.

FUNCIONARIO: (*Mira el cielo.*) Dios, ¿qué hice para merecer esto?

AMICHEVOLE: Señor, si Kikito está ahí, ¿quién está adentro de la bolsa?

FUNCIONARIO: No sé. Abra la bolsa, Amichevole.

Amichevole abre la bolsa. Sale la Abuela de un salto.

ABUELA: Me quiere enterrar, me quiere enterrar. Ese niño me quiere enterrar. Ya enterró a mi nieto por un sánguche.

FUNCIONARIO: Tranquila, señora. Tranquila. ¿Qué le hiciste a su nieto?

AMICHEVOLE: Sí. ¿Qué le hiciste?

FUNCIONARIO: Amichevole, ¿qué le dije?

AMICHEVOLE: ¡Que no repita lo que dice!

ABUELA: Por favor, ayúdenme. Ese niño le robo el sánguche a mi nieto y luego lo enterró.

KIKITO: Nada que ver.

FUNCIONARIO: Callate, Kikito, y decime dónde está el chico.

ABUELA: Cuando yo me di cuenta de que tenía el sánguche, me metió en el horno y fue a buscar una bolsa y me metió, para enterrarme por ahí.

FUNCIONARIO: Tranquilícese, señora, así podemos solucionar este malentendido.

AMICHEVOLE: Sí. Tranquila, señora. Es un malentendido. Nosotros la metimos en la bolsa.

ABUELA: ¡Auxilio! ¡Policía, auxilio! Me quieren enterrar. (*Sale corriendo, trepa el muro de basura.*)

FUNCIONARIO: ¡Espere, señora! (*Sale corriendo tras ella.*)

AMICHEVOLE: ¡Espere, señora!

FUNCIONARIO: (*Corriendo.*) ¡Amichevole!

AMICHEVOLE: (*Corriendo.*) ¡Digo, espere, señor! (*Sale corriendo.*)

KIKITO: (*Aparte.*) ¡Adultos! Mejor me pongo a entrenar. (*Comienza a hacer sombra con música que marca las acciones, como en el cine mudo.*)

Escena VII

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Kikito entrena sombra. Ñacuñán baja por el montículo. Se sienta y observa a Kikito.

KIKITO: ¡Otra vez sopa!

ÑACUÑÁN: Comiste sopa.

KIKITO: ¿Qué?

ÑACUÑÁN: Ya no te duele la panza.

KIKITO: Pero, ¿vos no entendés las indirectas?

ÑACUÑÁN: No.

KIKITO: “Otra vez sopa” es como decir “¿Qué hacés vos de nuevo acá?”.

ÑACUÑÁN: Me hubieras dicho eso.

KIKITO: Es lo mismo.

ÑACUÑÁN: No es lo mismo. Yo no entiendo el doble sentido.

KIKITO: ¡Ah, sos medio tonto!

ÑACUÑÁN: No soy tonto...

KIKITO: ¿Y a mí qué me calienta lo que sos? Ya te expliqué, así que rajatela de acá.

ÑACUÑÁN: Mi abuela no estaba en mi casa. Seguro vino a buscarme acá.

KIKITO: La vieja loca.

ÑACUÑÁN: No está loca. Se preocupa mucho por mí.

KIKITO: De tal palo, tal astilla.

ÑACUÑÁN: No entiendo.

KIKITO: Es un dicho.

ÑACUÑÁN: ¿Qué?

KIKITO: Una manera de decir algo.

ÑACUÑÁN: Yo no entiendo las maneras de decir algo.

KIKITO: De tal palo, tal astilla... Es como que el palo, si es de madera, va a tener una astilla de madera también.

ÑACUÑÁN: ¿Y?

KIKITO: Y que tu abuela sería el palo y vos, que sos su nieto, serías la astilla.

ÑACUÑÁN: Mi abuela no es de madera.

KIKITO: Te dije que era una manera de decir.

ÑACUÑÁN: Te dije que yo entiendo las cosas literalmente, como son.

KIKITO: Bueno, que vos sos raro porque tu abuela está loca.

ÑACUÑÁN: No soy raro.

KIKITO: Sos re raro, vos.

ÑACUÑÁN: ¡No soy raro yo!

KIKITO: Mejor dicho, sos rarísimo, nene.

ÑACUÑÁN: ¡No soy raro yo! ¡Y no me digás más “nene”! (*Sale corriendo.*)

KIKITO: ¡Andá, llorón! ¡Contale a tu abuelita! Al fin se las tomó... Ahora sí, a entrenar. (*Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Kikito realiza entrenamiento de sombra. Sube la intensidad, parece ser una pelea por el campeonato.*) ¡Señoras y señores, impresionante pelea de Enrique “Kikito” González! Un verdadero campeón aparecido en el boxeo internacional... Va a terminar. Escuchen los aplausos del público... Va a terminar la pelea... Y suena la campana... Terminó, y escuchen al público que le canta al nuevo campeón. Dale, campeón, dale, campeón, dale, campeón, dale, campeón. Gracias, dedico este triunfo a mi papá y a mi mamá, espero poder verlos pronto, ahora que gané este premio...

Aparece Ñacuñán corriendo, agitado.

ÑACUÑÁN: (*Respira profundo. Le cuesta terminar las frases.*) Ahí... ahí... vie...

KIKITO: Vos de nuevo acá. Calláte, que me desconcentrás.

ÑACUÑÁN: Pero...

KIKITO: Callate, te digo.

ÑACUÑÁN: Pero que ahí...

KIKITO: Ya me calenté de nuevo. (*Se acerca y le lanza un golpe.*)

Ñacuñán lo esquivó.)

ÑACUÑÁN: Escuchame...

KIKITO: Te hacés el intocable. Quedate, que vas a ser mi esparrin.

ÑACUÑÁN: No. Esperá. Lo que te quiero decir es que... (*Kikito le lanza un golpe. Ñacuñán lo esquivó.*) ¡Pará! ¿Qué haces?

KIKITO: Sos bueno como esparrin. Eso me viene bien. (*Vuelve a lanzar un golpe que es esquivado.*) Muy bien, eso, defendete. (*Lo persigue.*)

ÑACUÑÁN: (*Escapa.*) ¡Esperate! Quiero decirte algo.

KIKITO: No te escapés. Atacá. El esparrin puede atacar, hacer estrategias...

ÑACUÑÁN: ¡Eso! ¡Una estrategia!

Kikito persigue a Ñacuñán y le lanza golpes que este esquivó, mientras recoge cosas, ata sogas y mangueras con llantas que va ubicando de modo estratégico.

Escena VIII

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Desde el otro lado del muro, se asoman Amichevole y el Funcionario. Bajan en silencio. Kikito está muy concentrado persiguiendo a Ñacuñán. Sorpresivamente, Amichevole captura a Kikito.

FUNCIONARIO: ¡Te agarré!

AMICHEVOLE: Pero yo lo agarré, señor.

FUNCIONARIO: ¡Cállese, Amichevole!

KIKITO: ¡Soltame!

AMICHEVOLE: Quedate quieto, Kikito.

KIKITO: ¿Y vos por qué no me avisaste que venían estos dos?

ÑACUÑÁN: ¡Eso era lo que te quería decir!

Funcionario y Amichevole se sorprenden.

FUNCIONARIO: ¿Y vos qué hacés acá?

ÑACUÑÁN: Solo quería jugar.

FUNCIONARIO: Creo que tenemos un nuevo integrante en la familia Amichevole.

ÑACUÑÁN: Usted no es mi familia.

FUNCIONARIO: ¡Pero qué gallito que es!

AMICHEVOLE: Seguro que Kikito le enseñó a contestar así, señor.

ÑACUÑÁN: No soy un gallito. Y él no me enseñó nada. Solamente no me deja jugar.

FUNCIONARIO: Traiga a ese también, Amichevole.

AMICHEVOLE: Pero no puedo, señor, tengo a Kikito.

FUNCIONARIO: Amichevole, es un inútil. Tengo que hacer todo yo.

KIKITO: Pero él no es de la calle. Tiene una abuela.

FUNCIONARIO: Pero, mirá, si está todo sucio. Este se viene al orfanato y vamos a averiguar de dónde salió. (*Toma a Ñacuñán del brazo.*)

AMICHEVOLE: ¡La vieja de la bolsa!

FUNCIONARIO: No me asuste, Amichevole. Esas cosas no existen.

AMICHEVOLE: Digo, es el nieto de la vieja que metimos en la bolsa.

FUNCIONARIO: ¡Bingo, Amichevole! Le llevamos al nieto y no nos denuncia al supervisor.

ÑACUÑÁN: ¿Señor?

FUNCIONARIO: ¿Qué?

ÑACUÑÁN: Antes de irnos, ¿me puede leer lo que dice ese cartel?

FUNCIONARIO: (*Lee.*) Espacio público. Prohibido... No sé.

Esperá, que está lleno de basura. (*Se acerca, quita los elementos con los que la abuela había escrito “jugar” y los tira. Lee.*) Espacio público. Prohibido arrojar basura.

ÑACUÑÁN: Ahora sí puedo jugar. (*Toma una llanta, la hace girar. Se activa un mecanismo Rube Goldberg que hace ingresar dos llantas colgadas que golpean al Funcionario y a Amichevole, haciéndolos caer tras el muro.*) Castigados por tirar basura.

KIKITO: Che...

ÑACUÑÁN: Ya sé. Este es tu lugar. (*Comienza a trepar el muro para irse.*)

KIKITO: ¿Cómo te llamás?

ÑACUÑÁN: Ñacuñán.

KIKITO: Kikito.

ÑACUÑÁN: ¿Querés jugar conmigo?

KIKITO: ¡Sí!

Música que marca las acciones, como en el cine mudo. Comienzan a jugar, mientras la luz baja, lentamente.

¿Qué me ves?

Pieza didáctica

Leonardo Herrera González
(México)

Personajes:

BETO: estudiante de tercer año de secundaria.

LAURA: psicóloga.

BALLINAS: estudiante acosador o bully.

PROFESORA: profesora de español.

Otros personajes, interpretados por los mismos actores:

SUPERHÉROE

MARILÚ: alumna de la secundaria, compañera de equipo de
Beto.

TUTORA: tutora de Beto y Ballinas.

PADRE: padre de Ballinas.

MADRE: madre de Ballinas.

Época actual. La acción transcurre en cualquier ciudad en la que tenga lugar el fenómeno del acoso o bullying. El escenario está dividido en diferentes áreas: el salón de clases, el patio de la escuela, el privado del consultorio de Laura, el cuarto de Beto, la casa de Ballinas. La sala del teatro será empleada cuando la acción transcurra en la calle.

Escena I

Música azarosa o plena de ansiedad. Beto entra por el fondo de la sala y avanza observando con desconfianza a los espectadores. Saluda a algunos casualmente con un movimiento de cabeza. Tiene puesto el uniforme escolar y lleva una pesada mochila. Llega al escenario, sube y avanza hacia el centro del proscenio, se sienta en el borde. Comienza a hojear, rápidamente, una revista de superhéroes, pero no logra concentrarse, se voltea constantemente para observar a los espectadores y sujeta la mochila, porque desconfía de ellos. Cierra la revista y balancea los pies sobre su asiento. Recuerda algo y saca, con timidez, una manzana o una torta de su mochila. Comienza a comer, mastica despacio, sin dejar de observar a los espectadores. Pasa de una persona a otra, pero sin interactuar con ellas. Solo observa, discretamente, y come. A veces cohibido, pero decidido. La música comienza a ceder. Beto se relaja y se recuesta sobre la espalda, usa la mochila como almohada. Mira hacia arriba. Se saca un moco, lo amasa y lo lanza lejos, a la sala, con indiferencia.

Escena II

El privado del consultorio de Laura. Ante la voz de la mujer, Beto avanza hacia esa área.

LAURA: ¿Y tú qué le contestaste?

Beto no responde. Permanece sentado, mira el suelo o la pared opuesta a Laura. Pausa larga. Laura espera.

LAURA: ¡Beto!

Nuevamente, silencio. Laura espera.

LAURA: Beto, ¿no me vas a responder?

Silencio. Beto juega nerviosamente con los botones de su camisa.

BETO: (*Casi en un susurro, pregunta.*) ¿Mmm? (*Pausa larga.*) El domingo van a pasar una película por televisión.

LAURA: ¡Ah! ¿Sí? ¡Qué bueno! (*Realmente interesada.*) Si es una buena película, ten por seguro que yo también la voy a ver. Pero, primero quiero que me respondas: ¿qué le contestaste?

Nuevamente, silencio. Beto se muerde el labio inferior y comienza a balancear los pies en el asiento. Va a sacarse nuevamente un moco, pero Laura alcanza a ofrecerle un pañuelo de papel.

LAURA: Toma. Límpiame con esto. (*Pausa.*) ¿Te dejaron tarea?

BETO: (*Muy bajo.*) Sí. (*Pausa.*) De historia. No, de matemáticas. (*Pausa. Luego, tímido.*) Y también unas oraciones para español.

LAURA: Bueno, pues no tarda en llegar tu mamá. Ya sé que te ayuda con este problema, pero también tiene que encargarse de la casa. (*Pausa.*) Así que no nos vamos a pasar toda la tarde aquí esperando a que me respondas. No puedo ayudarte a resolver el problema si no cooperas conmigo. No puedes hacer tarea de matemáticas si no descargas un poco tu problema. (*Pausa.*) La solución está en ti mismo, Beto. Quiero ayudarte a encontrar una solución, pero si tú no me dices nada, si no respondes a mis preguntas... (*Pausa.*) ¿Qué le respondiste a Ballinas?

Pausa larga nuevamente.

BETO: Nada. Esperé a que me volviera a preguntar. (*Pausa.*) “¿Qué me ves?”, me dijo. Y me tiró un golpe. (*Pausa.*) Me dio un puñetazo.

LAURA: ¿Qué más?

BETO: Nada.

LAURA: ¿Nada?

BETO: Me jaló fuerte de aquí, de la camisa. Se me acercó muchísimo. Respiraba aquí, junto a mi cara. Me respiraba muy fuerte y me apretaba cada vez más. Yo me quise zafar, pero me dolía el cuello. Me estaba lastimando, y me escupía cada vez que hablaba. (*Pausa.*) Me dio un cabezazo en la nariz y me gritó una palabra muy fea.

LAURA: (*Presionándolo.*) ¿Qué palabra?

BETO: ¡Es muy fea!

LAURA: ¿Qué palabra?

BETO: ¡No la puedo decir!

LAURA: ¿Qué palabra? ¡Dila! ¡Ya me dijiste lo que pasó, Beto!
¡Ahora dime qué palabra te dijo! ¿Qué palabra dijo?

BETO: ¡No puedo!

LAURA: ¡Dila!

BETO: ¡Puto!

LAURA: ¡Otra vez! ¡Dímela!

BETO: ¡Puto!

LAURA: ¿Es la primera vez que te dice así?

BETO: No. Se burla siempre de mí y así me dice. Dice que yo no soy igual a él por una sola cosa.

Laura: ¿Qué cosa? ¡Dímelo, Beto!

Oscuro en el área del privado.

Escena III

Área del patio de la escuela. Ballinas hostiliza a un Beto que no vemos.

BALLINAS: ¿Qué me ves, güey? (*Lanza un golpe a la altura del pecho del Beto imaginario.*) ¿Qué pex contigo? ¡No quiero ver que lloras, porque te va peor! ¡Y tú vas a llorar hasta que yo quiera! (*Pausa.*) ¡No me veas! ¡No quiero que me veas!

(*Da una bofetada.*) ¡Y no llores! ¡No me gusta ver llorar! ¡Solo los débiles lloran! (*Lo suelta, súbitamente. Saluda de manera casual, con la cabeza, a alguien que pasa. Finge que patea algo en el suelo. Espera a que el testigo involuntario salga y se lanza sobre Beto.*) Quiero que mañana me traigas hecha la tarea de español, a ver si de veras eres muy sabrosito con las (*Remarca, burlonamente.*) frases subordinadas. ¡Y cuidado y escribas pendejadas, porque te la cobro doble! (*Comienza a apretarlo nuevamente.*) ¿Me oíste? Y me la traes en hoja de color trigo y en un folder nuevo, azul. Azul es el color de los hombres. (*De súbito.*) ¡Cállate! ¡No vayas a llorar! ¡No pongas tu cara de niñita, porque ya sabes cómo te va! (*Pausa.*) ¡Nunca vas a pasar de ser una niñita! ¿Y sabes por qué? (*Lo dice agresivamente, como si lo hiciera frente a su rostro y muy de cerca, cortando las palabras.*) ¡Porque tú no tienes papá! ¡Nunca has tenido padre! (*Riendo, burlonamente.*) ¡Te dejó! ¡No quería estar al lado de una niñita como tú, que solo sabe llorar y entregar tareas! ¡Nunca llegarás a ser valiente como yo! ¡Nunca vas a ser fuerte! ¡Nunca vas a ser un hombre! ¡Puto! (*Lanza un cabezazo a la nariz del Beto imaginario, luego un puñetazo.*)

Oscuro.

Escena IV

Nuevamente en el privado de Laura.

BETO: (*Con la mano sobre la nariz.*) Y me sacó el mole. Por eso se dio cuenta mi mamá. Me pedía a gritos que le contara lo que pasó en la escuela y que le dijera quién me lo había hecho, que esa situación no podía seguir así. (*Pausa.*) La tutora me vio entrar así al salón, pero dijo que era por falta de vitamina K, (*Recitando.*) que está en las hojas verdes y en los germinados. Que me sale sangre porque no debo estar comiendo bien. Así que iba a decirle a la maestra de biología que nos diera una plática sobre alimentación sana.

Pausa.

LAURA: ¿Y tú qué piensas?

BETO: ¿De qué?

LAURA: De lo que te dijo.

Desconcierto de Beto. No sabe cómo interpretar la pregunta de Laura. Tarda en responder.

BETO: No sé. No lo sé, Laura. (*Pausa.*) ¿Hasta cuándo me va a seguir lastimando?

LAURA: Hasta que tú lo decidas.

BETO: No puedo hacer nada.

LAURA: Todavía no, pero sí puedes. Y lo vas a hacer tú mismo.

BETO: ¡Yo tengo la culpa de todo!

LAURA: No. Aquí nadie tiene la culpa, y menos tú. Tenemos un problema con muchas aristas, pero no hay culpa. ¿De acuerdo?

BETO: ¡Es que yo no sé pelear!

LAURA: ¡Nadie dijo que tuvieras que pelear! No tienes por qué responder también con violencia. (*Pausa.*) Ya sé que no es una situación fácil esta que estás viviendo, por eso estás aquí. Se trata de ayudarte a entender lo que está ocurriendo. Juntos vamos a encontrar una solución. Tú, tu mamá y yo. ¿De acuerdo? (*Pausa.*) Ella sabe que te ocurre algo desde hace tiempo. Ella escucha que no estás pudiendo dormir, porque te levantas a ver televisión por la noche. Y tú no le quieres contar. (*Pausa.*) Pero yo se lo tengo que decir.

BETO: No, Laura. Por favor. No le cuentes nada.

LAURA: Ella ya lo sabe. Pero quiere que se lo cuentes tú mismo.

BETO: Me da vergüenza. Ella no sabe que soy un cobarde.

LAURA: No eres ningún cobarde. No tienes que demostrarle a nadie nada, Beto. (*Pausa.*) No tienes por qué sentir ver-

güenza de nada. Y ella sabe que debe escuchar. (*Pausa.*)
¿No siempre ha estado a tu lado y te ha escuchado?

BETO: Sí. Pero esto es diferente. No me sé defender.

LAURA: Tú no tienes por qué avergonzarte, porque no has hecho nada indebido. (*Pausa.*) Esto se tiene que comentar en la escuela.

BETO: (*Precipitado.*) No me van a creer. No le van a creer a nadie. Yo traté de decírselo a la tutora, pero no me creyó. Además, van a pensar que soy un cobarde y un rajón.

LAURA: ¡Que no te importe lo que ellos piensen! No eres el primer niño que está viviendo este problema. Ni el primero ni el último. Debe de haber uno o dos más que estén sufriendo los abusos de ese niño. Y a la tutora le hablaremos simplemente con la verdad. Es importante que ella lo sepa, por eso es la tutora, y su trabajo es cuidar que esto no ocurra en la escuela. (*Pausa.*) Dime, entonces, ¿qué piensas de lo que te dijo Ballinas? ¿Piensas que no eres hombre?

BETO: (*Rápidamente y enojado.*) Sí soy un hombre.

LAURA: No te escuché. Díselo a Ballinas otra vez.

BETO: ¡Sí soy un hombre!

Laura se acerca a él.

LAURA: Algún día se lo vas a poder decir a la cara y sin miedo. (*Pausa. Le tiende la mano.*) Eres un muchacho todavía, Beto. Eres muy, muy joven, pero ante todo eres un hombre. No como Ballinas piensa que debe ser un hombre. Un hombre no es el que pega ni el que grita más. Es algo mucho más complejo, donde, sobre todo, está de por medio la cabeza, la inteligencia, el respeto. (*Pausa.*) Eres un muchachito que merece ser respetado por todo mundo. ¿De acuerdo, Beto?

BETO: (*Tras una pausa.*) Sí.

LAURA: (*Atenta y sinceramente.*) Así que no tienes por qué creer las tonterías que él te diga. Lo importante es lo que tú sabes

acerca de ti... y que hasta ahora te ha hecho salir adelante. *(Pausa.)* Tienes el cariño y la atención de tu mamá. ¿Crees que eso no cuenta? *(Pausa.)* Siempre ha hecho lo mejor por ti. No olvides su esfuerzo y su cariño. Todo lo que ella ha hecho ha sido por el bien tuyo, el de los dos. Y eso vale muchísimo más que otras cosas. ¿De acuerdo?

BETO: Sí.

LAURA: Así que, vas a hacer también favor de comer bien. Tu mamá ya notó que estás perdiendo el apetito. *(Pausa.)* ¿Comiste tu torta?

BETO: No era torta, era manzana.

LAURA: ¿Te la comiste?

BETO: Sí. De camino para acá.

LAURA: Muy bien. Entonces, a comer bien. *(Pausa.)* La próxima vez que te hagan daño, recuerda todo lo que tu madre hace por ti y valóralo. Y también todo lo que tú sabes hacer por ti mismo. Te ha costado esfuerzo. *(Le señala el pecho.)* Eso debe de estar aquí, dentro de ti, para que no sientas miedo. Y puedas decirle a Ballinas, o a cualquier otra persona, que te respete. Ese tiene que ser tu punto fuerte, Beto. No lo olvides.

BETO: Está bien, Laura.

Pausa larga. Beto se dispone a partir, guarda la historieta en la mochila y los pañuelos de papel en su bolsillo.

LAURA: Bueno. Nos vemos la próxima semana. Tú mamá ya debe estar en la recepción. ¡Ah! Antes de que te vayas, quiero que pienses algo y lo grites bien fuerte.

BETO: ¿Qué?

LAURA: ¿Hay algo que quisieras decirle?

BETO: ¿A quién? ¿A mi mamá?

LAURA: No. A Ballinas.

BETO: ¿A Ballinas?

LAURA: Sí.

Pausa. Beto reflexiona.

BETO: Pero no puedo.

LAURA: Claro que puedes. Aquí sí puedes. Piénsalo bien y díselo muy fuerte.

Pausa. Beto busca las palabras y, al cabo, asiente con la cabeza.

BETO: Ya.

LAURA: ¿Ya lo tienes?

Beto asiente nuevamente.

LAURA: Pues dilo, entonces.

Beto se incorpora, de frente al público.

BETO: (*Gritando.*) ¡Pinche Ballinas!

Oscuro. Ad libitum, se escuchan otros dos gritos de voces diferentes.

VOCES: ¡Vas a ver a la salida! ¡Me las vas a pagar!

Escena V

Cuarto de Beto. Suena la música de alguna película o serie de aventuras en la televisión. Beto comienza a cambiarse de ropa, se viste como un superhéroe. Su traje improvisado consistente en un pijama y una toalla en lugar de capa, además de algún elemento o signo distintivo en su indumentaria. Habla como si interpretara al superhéroe.

BETO: ¡Esta es la misión más difícil que nos han encomendado!

El monstruo es peligroso, porque no se sabe en qué momento va a reaccionar, así que, para neutralizarlo, debemos tomarlo por sorpresa. La estrategia nos dice que debemos sujetarlo por las manos para inmovilizarlo. En caso de que dispare o lance el primer golpe, debemos esquivarlo o tra-

tar de devolverlo. (*Transición rápida a Beto.*) ¡No! ¡Imposible! ¡Él pega más fuerte! O puede soltarse de las manos y comenzar a ahorcarme de nuevo. (*Pausa. Angustiado.*) ¿Qué voy a hacer? (*Transición al superhéroe.*) ¡No hay escapatoria! ¡No podemos regresar a la nave! ¡El monstruo tiene la llave y debemos recuperarla! Nosotros tenemos la fuerza. (*Pausa. Transición a Beto.*) ¿Por qué la tutora no me creyó?

Se escucha en off la voz de la tutora.

VOZ DE LA TUTORA: ¡El que se lleva, se aguanta! ¡Aguántate! ¿Qué? ¿No eres hombre?

BETO: No puedo ir de chillón nuevamente con ella. Los demás se volverían a reír de mí. Y yo no soy un rajón. Mi mamá se moriría también de vergüenza. No la puedo defraudar. (*Pausa.*) Tampoco puedo cambiar de escuela. (*Enfatizando las palabras, para convencerse.*) Esa siempre fue mi escuela. (*Pausa.*) ¡Tengo que llenarme de valor y enfrentarlo también a golpes!

En otro lugar del escenario, aparece Ballinas, vestido también como superhéroe, pero con un vestuario más elaborado y llamativo, de villano. Habla como si se burlara de alguien del público.

BALLINAS: ¡Mariquita sin calzones! ¡Se los quita y se los pone! ¡Siempre llora, siempre llora! ¡Le voy a dar hasta que se mee en los pantalones! ¡Siempre llora! ¡Chilla y llora! ¡Y solo las niñas lloran!

Sus gritos son suplantados por una serie de sonidos en pista de lo más grotescos: un claxon viejo, un perico, ladridos de un perro pequeño, un burro que rebuzna, etcétera. Ballinas, bravucón, gesticula en su sitio, como retando a todo mundo. Beto se cubre los oídos, para no escuchar los gritos imaginarios. Comienza a sonar la canción Pichicúas, de Chava Flores. Si la actriz canta, puede hacerlo en primer plano y haciendo referencia a los otros dos personajes. La escena transcurre de manera muda: Ballinas ejecuta en silencio y en cámara lenta una rutina de calentamiento de artes marciales.

En otro momento, boxea o aplica una llave de lucha libre a un personaje imaginario. En su área, Beto pelea también, aunque las acciones físicas hablan más de golpes recibidos, caídas, sangre que se limpia. La música cesa y los dos muchachos se dirigen al frente del escenario y dicen sus textos en un clima pleno de ansiedad.

BETO: ¡No voy a ser un rajón!

BALLINAS: ¡Nadie puede conmigo!

BETO: ¡Tus golpes no me duelen!

BALLINAS: ¡Soy el mejor de todos!

BETO: ¡No quiero sentir vergüenza!

BALLINAS: ¡La fuerza está en las manos!

BETO: ¡No volverás a golpearme!

BALLINAS: ¡Nadie me va a maltratar!

BETO: ¡Quisiera ser como tú!

BALLINAS: ¡Nunca me verás llorar!

BETO: ¡Tengo que perder el miedo!

BALLINAS: ¡No volverás a humillarme!

BETO: ¿Por qué dices que soy diferente?

BALLINAS: ¡Mi madre espera y llora!

BETO: ¡Mi madre se esfuerza!

BALLINAS: ¡Mi madre llora!

BETO: ¡Mi madre trabaja!

BALLINAS: ¿Por qué se tiene que humillar?

BETO: ¿Qué diferencia hace un padre?

BALLINAS: ¡Puedo ser mejor que mi padre!

BETO: ¿Por qué no está conmigo?

BALLINAS: ¡Le voy a ganar!

BETO: No más miedo. ¡Esto tiene que cambiar!

BALLINAS: *(Estalla.)* ¿Por qué no se va? ¡Se tiene que largar de una vez por todas!

Escena VI

El consultorio de Laura. Esta se dirige al público. El parlamento debe ser pronunciado con suma seriedad, aunque con cordialidad, para los espectadores.

LAURA: ¿Qué es el *bullying* o acoso? ¿En qué consiste? Se trata de una serie de acciones agresivas, ejercidas de manera premeditada sobre una persona que es considerada de menor valor, más débil o diferente. Generalmente, esta conducta tiene su origen en una situación de abuso o maltrato, vivida también por el agresor. Es una reacción inconsciente a situaciones violentas o incómodas, vividas también por él. Así, esta persona piensa que, ejerciendo violencia sobre los demás, puede tener control sobre ellos. Y de este modo se instala en una situación cómoda y que solo le da satisfacciones (*Remarca.*) imaginarias. (*Pausa.*) La mayoría de la gente suele ver al acoso o *bullying* como algo... (*Hace un gesto de comillas con las manos.*) “normal”, “algo necesario para madurar”, o como una inofensiva travesura entre niños y adolescentes, sean hombres o mujeres. (*Pausa.*) Casi todo el mundo cree, y afirma, que esa es la manera natural de crecer, que es algo necesario para forjar el carácter del individuo en formación y que es parte del proceso de... (*Repite el gesto de comillas.*) “hacerse hombre” o “hacerse mujer”. (*Pausa.*) Aunque nos sorprenda, ese es el tipo de expresiones que solemos dirigir a nuestros hijos e hijas cuando nos comentan, cuando pueden y deciden hacerlo, que han recibido algún tipo de maltrato o agresión por parte de algún igual en la escuela. “No te dejes. Si te pegan, pues tú también pégalos”. O incluso en casa: “Pues aguántate, no llores. Se están llevando pesado y entonces se aguantan. El que se lleva se aguanta”. (*Pausa.*) “Aprende a defenderte.

¿Qué? ¿No eres hombre?”. (*Pausa. Cambia su disposición en escena.*) Hacerse hombre no es ocultar nuestros sentimientos ni maltratar a los demás, incluso a nuestra propia familia, solo para demostrar que es... (*Gesto con las manos.*) “por su propio bien” y porque esa es nuestra manera de mostrarles nuestro cariño. (*Pausa.*) “Le pegué por su bien”. Desafortunadamente, seguimos viéndonos, y viviendo, como una sociedad de castas, con divisiones de clases, de razas, de religión, de edad... Porque hasta niños y adultos mayores son maltratados y vistos con poca consideración. (*Pausa, como si llegara a una conclusión.*) La escuela y el hogar son los espacios de socialización por excelencia. No puede haber contextos escolares violentos, como tampoco debería haber violencia en casa. No podemos cerrar los ojos ni hacer que impere la ley del silencio, del “no pasa nada”, del “así somos”. (*Pausa.*) Vamos a poner manos a la obra. Las autoridades educativas necesitan elaborar estrategias para abordar el problema, pero necesitamos de la cooperación y la voluntad de todos y cada uno de nosotros. ¿Me ayudan en esta empresa? (*Pausa.*) Les aseguro que será para bien de nuestros hijos y por una tranquilidad legítima para todos nosotros. (*Sincera.*) Educar para la paz.

Oscuro.

Escena VII

El aula, durante la clase de español. La actriz interpreta ahora a la Profesora, quien revisa la tarea de los alumnos.

BETO: Son dos oraciones, o dos períodos semejantes, relacionadas entre sí por una conjunción. Cuando las conjunciones relacionan oraciones o términos de la misma categoría o función, se llaman conjunciones coordinativas. Y entonces tenemos dos oraciones coordinadas.

PROFESORA: ¿Por ejemplo?

BETO: Pusieron la mesa y comenzaron a comer.

PROFESORA: Muy bien. Así sencilla, es bastante clara. Claro que después se van haciendo más complejas, pero no perdamos de vista que ninguna de las dos acciones determina a la otra. Son afines, hay una coherencia entre ambas. ¿De acuerdo? (*Pausa.*) ¿Y las subordinadas?

BETO: Cuando una de las dos oraciones determina o completa el sentido de la otra.

PROFESORA: Deme un ejemplo.

BETO: Mañana no vendré a la escuela, porque tengo que ir a consulta médica.

PROFESORA: Perfecto, Alberto. ¿Esa era la...?

BETO: Subordinada.

PROFESORA: Y ahí, ¿cuál es la conjunción?

BETO: “Porque”. Está introduciendo la explicación. Dice por qué no vendrá a clase.

PROFESORA: De acuerdo. (*Pausa.*) Ahorita regreso con usted. Déjeme escuchar a los demás.

Pausa. Busca a otro alumno y se dirige a alguien entre los espectadores. Escoge al azar.

PROFESORA: Usted, señorita (o joven). Si yo digo: “Está lloviendo, pero hace calor”, ¿estoy empleando una oración coordinada o una oración subordinada?

Espera la respuesta. Si la espectadora (o espectador) responde acertadamente, la Profesora la felicita. En caso contrario, dice:

PROFESORA: Tiene que estudiar un poco más, jovencita(o). Recuerde que tenemos el examen en dos semanas. Tome ese mismo ejemplo y lo analiza conforme a las definiciones que viene en su libro de texto. ¿De acuerdo? (*Pausa.*) Aho-

ra, de este lado. A ver, usted, señor Ballinas. Hizo la tarea, ¿verdad?

BALLINAS: (*Muy seguro.*) Sí, maestra.

PROFESORA: Muy bien. Ya escuchamos la definición que dio Alberto Campos. Ahora, deme un ejemplo de una conjunción adversativa y una conjunción explicativa.

Pausa. Desconcierto de Ballinas. Busca en su cuaderno, la Profesora espera.

BALLINAS: (*Enseñando el cuaderno.*) Pero sí la hice.

PROFESORA: Sí. Ya sé que la hizo. Pero déjeme ver que la entendió. (*Pausa.*) Léame una de sus oraciones.

BALLINAS: ¿Cualquiera?

PROFESORA: Sí, la que sea. Escójala usted.

Ballinas revisa brevemente los apuntes, comienza a mostrarse nervioso. Finalmente, se decide y lee.

BALLINAS: Después de comer levantaron la mesa.

PROFESORA: Bien. ¿Y cuál es la conjunción?

Desconcierto de Ballinas.

BALLINAS: Pues la que está en medio, ¿no? La que une las dos partes.

PROFESORA: Sí. ¿Y cuál es?

Más nervios de Ballinas, que no despega la vista del cuaderno.

PROFESORA: Ya me dijo la oración. Y está bien, es una subordinada. Ahora, nada más dígame cuál es la conjunción.

BALLINAS: ¡Por eso! ¡Es la de en medio! La que está en medio de toda la oración y junta a las otras dos. Porque son dos, ¿verdad? Por eso. Están tomadas de la mano. Están conjuntadas.

PROFESORA: ¿De veras, señor Ballinas? Entonces, dígame la conjunción.

BALLINAS: (*Nervioso.*) El florero... Está en medio de la mesa.

(*Pausa.*) ¿O es el chiquihuite de las tortillas?

PROFESORA: No esté jugando, Ballinas.

BALLINAS: “Comer”... o “levantaron”. (*Pausa.*) Sí, ¿no? O sea, ¿cómo, profesora? (*Pausa.*) ¡Es que ese día no vine!

PROFESORA: ¡Sí vino usted, Ballinas! Pero no entró. Lo vi caminando en dirección contraria a la escuela. ¿Por qué pasa tanto tiempo en el patio? ¿No sabe que su lugar es estar en el salón de clases? (*Pausa.*) “Comer” y “levantaron la mesa” son dos acciones verbales. Son semejantes como categorías gramaticales. Pero, ¿qué los une como conjunción? ¿Cuál es la conjunción?

Pausa larga.

BALLINAS: No sé, profesora.

PROFESORA: Pero sí pudo usted armar la oración completa. ¡Solo piense en cuál es la conjunción!

BALLINAS: (*Molesto.*) ¡Pues no lo sé!

PROFESORA: ¡Piense!

BALLINAS: (*Alterado.*) ¿No entiende cuando digo que no lo sé? (*Cada vez más alterado.*) ¡No me dé órdenes! ¡No soporto que me levanten la voz!

PROFESORA: ¡No grite! ¡Cálmese!

BALLINAS: ¡Pues no me dé órdenes!

PROFESORA: ¡Cálmese, Ballinas! ¡No se enoje! No es una orden. Es una tarea y todos deben de cumplirla. (*Dirigiéndose a todo el grupo.*) Si no lo entienden, no hay problema. Podemos repasarlo de nuevo. (*Pausa.*) ¿Campos?

BETO: ¡Mande!

PROFESORA: ¿Cuál es la conjunción?

Reacción sumamente nerviosa de Beto. Las miradas de los dos muchachos

se cruzan.

BETO: No lo sé profesora.

PROFESORA: ¿Cómo? ¡Pero si usted mismo me dio las definiciones! ¿Ahora resulta que se le olvidó? La conjunción es “después”. Es una conjunción subordinante temporal, porque está indicando en qué circunstancias ocurrió la segunda acción. ¿A qué hora levantaron la mesa? Después de comer. (*A Ballinas.*) Y no necesariamente tiene que estar en medio. (*A Beto.*) ¿Podría darme el ejemplo de una adversativa?

BALLINAS: (*Robando el turno.*) ¿Adversativa?

PROFESORA: Sí. De advertencia... Que da un aviso.

BALLINAS (*Con otra actitud.*) ¡Esa sí la sé!

PROFESORA: ¿Cuál es?

BALLINAS (*A Beto.*) ¡Te advierto que te vas a acordar de mí! ¡Me las vas a pagar!

Sale riendo, burlonamente. Oscuro.

Escena VIII

Entrada intempestiva de luz en otro punto del escenario, hasta el que Beto se desplaza. Suena una música de piano de juguete, que remite a un ambiente apacible y al mismo tiempo incómodo. Beto se comporta como si no coordinara sus ideas ni sus movimientos.

BETO: (*Calmándose a sí mismo.*) Cinco elefantes se columpiaban... sobre la tela de una araña... Como veían que resistía, fueron a llamar a otro elefante. Seis elefantes se columpiaban... sobre la tela de una araña.... Como veían que resistía, fueron a llamar a otro elefante. Siete elefantes... (*Pausa.*) ¡No puedo! ¡Sigo sintiendo miedo! ¿Por qué no puedo defenderme? ¿Hasta cuándo me va a seguir pegando? Lo malo es que Rubiales y Martínez ya se dieron cuen-

ta y también empiezan a pasarse conmigo. Me dieron dos pelotazos cuando iba pasando. ¡Y yo no hice nada! *(Pausa.)* Pero si antes eran mis amigos. ¿Qué hice mal? ¿Por qué me pasa esto a mí? *(Pausa.)* Me arde la cara de vergüenza cada vez que los demás miran cómo me pega. Los mismos maestros no dicen nada. ¿Qué hice mal? Así no era mi escuela. *(Angustiado.)* Un elefante, dos elefantes, ¡tres elefantes! *(Pausa.)* Quisiera tener la fuerza de un solo elefante y, entonces, nadie se burlaría de mí. *(Comienza a enojarse.)* Al primero que intentara hacerme algo le...

Entra, sorpresivamente, Marilú, una niña de la secundaria. Beto cambia rápidamente la actitud.

MARILÚ: ¡Beto! ¿Ya tienes equipo para la tarea de historia? *(Beto no responde.)* ¿No hiciste equipo con Francisco Mora y los de su fila? *(Pausa.)* A mí me parece que un equipo pequeño es mejor. ¿No crees? Un equipo de dos o tres, porque luego, si es de seis, no todos trabajamos igual. Hay unos que no hacen nada y luego ni siquiera vienen a la primera reunión... O no quieren ir a la biblioteca. Solo mandan sus hojas de internet, pero no hacen nada. Se cuelgan del trabajo de uno.

BETO: *(Bajo.)* Cuatro elefantes...

MARILÚ: *(Sin reparar en la actitud de Beto.)* ¿Estás repasando las tablas? ¡Pero si vas bien en matemáticas! ¿Así estudias tú? *(Pausa.)* ¡Pues yo no! Yo me las sé rete bien desde tercero de primaria. Casi no tengo problemas con nada. *(Pausa.)* Bueno, casi con nada. Nada más me da miedo exponer frente al grupo. *(Molesta y en voz baja.)* No me gusta que me estén viendo mis piernas flacas y empiecen a secretarse entre ellos. *(Pausa.)* ¿Sí haces equipo conmigo?

BETO: *(Menos a la defensiva.)* ¿De veras quieres trabajar conmigo?

MARILÚ: Sí, claro. Tú tienes seguridad para hablar. Eres...

¿Cómo dijo la de historia? ¡Asuntivo!

BETO: ¡Asertivo!

MARILÚ: ¡Pues eso! (Pausa.) ¿Y eso qué es?

BETO: No sé. Pero suena bien.

MARILÚ: ¡Ah! ¡Órale!

Breve silencio en que los dos no saben qué decir. Marilú saca de su bolsa un caramelo y se lo ofrece a Beto, quien estaba por sacarse un moco. Beto esconde el dedo y rechaza el dulce.

BETO: Gracias. Traigo una manzana.

Ella come. Saluda a alguien a lo lejos. Beto espera que ella diga algo, Marilú también. Voltea a verlo y sonríe, tímidamente. Ambos desvían las miradas. Ella arregla su vestido y su cabello con disimulo. Beto recupera valor y arregla su persona.

BETO: ¿Y qué tengo que hacer?

MARILÚ: ¿Qué?

BETO: Hacer. Digo... No. ¿Por qué?

Momento de confusión, lo cual los divierte. Ríen.

BETO: Para la tarea, amiguita. ¿Y yo qué hago?

MARILÚ: ¡Ah! Pues primero tenemos que ir a la biblioteca y sacar la información de los cinco puntos que dijo la maestra. Escribimos el texto y luego repartimos lo que cada uno va a exponer.

BETO: Sí. Está bien. ¿Vamos mañana antes de la clase?

MARILÚ: Pues, si quieres, vamos ahorita. Bueno. Más tarde. Nada más que salga la Quiñones de la biblioteca.

BETO: ¿Quiñones?

MARILÚ: Sí. (Pausa.) Me cae gorda. Se siente la bonita del salón. (Pausa.) Y se burla de mí. Dice que no sé hablar, solo porque no hablo como ella, de fresa. Critica mi ropa y mis

zapatos. Les dice a las muchachas que no me baño. ¡Si me baño diario! (*Pausa.*) Pero yo no me voy a dejar. ¿Por qué no se fija en ella misma? Si está toda flaca y se pone los maquillajes de su mamá.

BETO: ¿Por qué?

MARILÚ: ¿Por qué está flaca?

BETO: ¿Por qué se maquilla?

MARILÚ: ¡Está barrosa! No se fija cómo está y se la pasa poniéndonos apodos a todos. A cada rato me echan de habladas sobre mis pechos... Que si me sobra... Que si me falta... Que si no me sé vestir... ¡Puros chismes! (*Pausa.*) A mí no me bajan de... ramera, solo porque saludo y platico con los muchachos de las jícamas. Pues, ¿qué tiene? Si ellos me hablan bien y no están de manchados como muchos de aquí adentro. (*Pausa.*) ¡Ah, no! “Pero eso no es normal”. Pues, ¿cómo va a ser? Si ellos son nacos y nosotros estudiantes de (*Con las manos, hace un gesto de comillas.*) “buenas familias”. ¡Charros! ¡Esa vieja! ¡Está rete mal ubicada! (*Con energía.*) ¡Está barrosa! (*Pausa.*) Pero yo no le tengo miedo.

Risa liberadora de Beto.

MARILÚ: Está igual que el baboso del Ballinas, que se burla de todos. ¡Si es un pedorro! ¡Y se burla de los demás! ¡Charros!

Más risas de Beto.

MARILÚ: ¿Qué? ¿Qué dije?

BETO: No, nada. Simplemente, me hizo gracia. (*Pausa.*) Los conoces muy bien a todos.

MARILÚ: Pues, ¿cómo no? Si se la pasan cargándome carrilla.

BETO: Oye, ¿y nunca has sentido miedo?

MARILÚ: ¿Cómo miedo?

BETO: Sí. Miedo... Miedo.

MARILÚ: ¡Ay! ¡Pues sí! Varias veces. Si es de lo más normal. Todos sentimos miedo alguna vez. (Pausa.) Mira, por ejemplo, no me gusta que dejen abiertas las puertas o los cajones. (Pausa.) ¡Ah! Y una vez que mi papá tardó en llegar de su trabajo. (Pausa.) ¿Por qué?

BETO: No. Por nada. Pensé que eras valiente.

MARILÚ: Sí soy valiente. Yo no me sé dejar de la Quiñones. Pero tampoco me tengo que pelear con ella. Yo soy más inteligente, por eso no le hago caso. Esa babosa piensa que todo se arregla con golpes. Pero no le voy a dar la razón.

BETO: Claro. Claro. (Pausa.) Vamos a la biblioteca o no nos va a alcanzar el tiempo.

MARILÚ: Vamos primero por mi cuaderno al salón.

BETO: Vamos. (Pausa.) Oye, ¿te gustan los *Beatles*?

MARILÚ: Sí. ¿Y Bob Marley?

BETO: ¿Y ese quién es?

MARILÚ: ¡Oh! ¡Ya verás, pastel de hojaldra!

Salen.

Escena IX

La casa de Ballinas. Luz en cenital sobre la actriz, que ahora interpreta a la Madre. Ella está tirada en el suelo, como si acabara de recibir una golpiza. Entra Ballinas, de espaldas al público, sin mostrar la cara. Interpreta a su Padre.

PADRE: ¡Pues no! ¡No tienes nada qué preguntarme!

MADRE: (Sin levantar la mirada.) ¡Pero si no pregunté nada!

PADRE: ¡Pero estás queriendo averiguar! ¡Te mueres de ganas por preguntar! “¿Dónde estás?”, “¿dónde fuiste?”, “¿cuándo vuelves?”. (Pausa.) ¿Ves por qué no puedo estar contigo? ¡Porque no me entiendes! No hay manera de hacerte entender. No te enteras de que no soporto tus lágrimas.

Eso es puro chantaje. Es lo que sacas por andar viendo tus novelas. Eso es lo único que aprendes.

MADRE: No dije nada. No tengo nada que decir. Solo quise saber si estabas bien.

PADRE: ¡Estoy bien! ¡Estoy bien! ¡A ver si te enteras! ¿Por qué tendría que pasarme algo malo? Si no vengo es porque no me gusta ver caras largas. Regreso porque siempre hace falta un hombre en la casa. Tengo que darle un ejemplo a mi hijo. *(Pausa.)* Por cierto, ¿dónde está?

MADRE: Lo mandé a comprar tortillas.

PADRE: ¡Pues no lo andes mandando! Esa es labor tuya. ¿O quieres que se burlen de él por andar de mandilón?

MADRE: Ya vamos a comer.

PADRE: Pues comerán ustedes. Yo voy a salir de nuevo. *(Rápido.)*
¡Y no preguntes a dónde!

Entra Ballinas. Lo sabemos por las acciones del Padre.

PADRE *(A Ballinas.)* ¿Por qué te tardaste? ¿No sabes que tu lugar es estar al frente de la casa cuando yo no estoy? *(Pausa.)*
¡Que sea la última vez que vas por las tortillas! ¡Eso es cosa de viejas! ¿Entendido? *(Pausa.)* ¿Sí, qué? *(Pausa.)* Bueno...
¡Estás advertido! Al rato nos vemos. ¡No me busquen! ¡Estoy bien y punto!

Marca que sale y, en su mismo eje, se restituye como Ballinas, quien lo mira salir de la casa. Gira en dirección a su Madre.

BALLINAS: *(Frío, desde su lugar.)* Ya, mamá. Levántate. Ya se fue.
(Súbitamente furioso.) ¡Y ya no sufras! ¡No llores! ¿Por qué no aprendes? ¡Eso es lo que te dejan las novelas!

Oscuro.

Escena X

Patio de la escuela. Ballinas viene cruzando, casualmente, y se detiene de golpe ante alguien a quien no reconoce. Lo observa con detenimiento. Al fin, estalla en una carcajada burlona. Beto entra y presencia la escena.

BALLINAS: ¡No manches! (*Burlón.*) ¿Qué te pasó, frijol? ¿Dónde andabas? ¡Dejaste de venir a la escuela y ahora regresas todo pelón! ¿Te alcanzó la patrulla o hiciste una manda? (*Carcajada.*) ¡Estás bien calabaza! ¡Ya no vas a tener que pagar peluquero! (*Pausa.*) Pareces macuarro, frijol. ¡Te dejaron cabeza de indio! Ya sé, te pelaron para que no nos pegaras los piojos, ¿verdad?

Se acerca al niño imaginario y lo toma de la cabeza, haciéndole daño.

BALLINAS: A ver, déjame ver cómo se siente tu coco. Está todo rasposo. Se me hace que hasta se puede encender un cerillo. (*El niño imaginario trata de zafarse.*) ¡Oh! ¡Espérate, frijol! Déjame ver qué se siente.

BETO: ¡Déjalo, Ballinas!

BALLINAS: (*Sin soltar al niño.*) ¿Qué? ¿Tú qué? ¿Qué te traes? ¿Ya se te olvidó lo del viernes? Por tu culpa me fue mal en la entrega y me mandaron a extraordinario.

BETO: ¡Dije que lo sueltes!

BALLINAS: ¿Y si no quiero?

BETO: Más te vale que lo sueltes.

BALLINAS: ¡Pa los dos tengo!

BETO: ¿No ves que no puede defenderse?

BALLINAS: ¿Cómo que no puede? ¿Crees que es igual de niñita que tú?

BETO: (*Exasperado.*) ¡Qué lo sueltes, carajo!

Empuja a Ballinas, que casi cae. Ballinas se abalanza sobre Beto y comienza a golpearlo. Beto se defiende. El otro niño sale a pedir ayuda. Forcejean. Beto

propina dos o tres golpes a Ballinas. Entra la Tutora e intenta separarlos.

TUTORA: ¡A ver! ¡A ver, jóvenes! ¿Qué es esto? ¡Sepárense! ¿Saben que los voy a reportar? ¡Sepárense! ¡Suéltelo, Ballinas! ¿Cómo se pone a pegarle si es más chico que usted? ¡Suéltelo! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! (*Dirigiéndose al niño imaginario.*) ¡Ve a llamar al director! ¡Suéltelo, Ballinas! ¡Usted también, Campos! ¡Suéltelo! (*Logra separarlos.*) ¿Qué se traen? ¿Por qué es el pleito? ¡Me van a explicar ahoritita mismo!

BALLINAS: (*Rápido.*) ¡Él empezó! Iba yo pasando y me empujó sobre la cerca. Por poco y me saco un ojo.

BETO: (*Furioso.*) ¡No es cierto! ¡Él estaba maltratando a Miranda! ¡Comenzó a apretarle la cabeza!

TUTORA: ¿Y quién es Miranda?

BETO: El Frijol. El que mandó usted a buscar al director.

TUTORA: ¿El pelón? ¿Ese feíto?

BETO (*Estallando.*) ¡No sea tonta! ¡Está enfermo! ¿Está usted ciega?

TUTORA: ¿Qué?

BETO: ¡Tiene cáncer! ¡Por eso estuvo faltando a la escuela!

TUTORA: ¿Es verdad eso que usted dice?

BETO: ¿Por qué iba yo a mentir? ¿Por qué tiene que maltratarlo? ¡Comenzó a apretarlo de la cabeza y no lo soltó cuando yo se lo pedí! ¡Por eso tuve que pegarle!

TUTORA: ¡Muy bien! ¡Pues vamos entonces todos a la dirección! ¡Allá vamos a tener que aclararlo todo!

BALLINAS: ¿Y yo, por qué?

TUTORA: ¡Dije todos, Ballinas! ¡Allá reclama!

BALLINAS: ¡Pero es que...!

TUTORA: ¡Es que nada! ¡Vámonos!

Sujeta a ambos por los hombros y salen. Oscuro y puente musical.

Escena XI

Simultáneamente, el consultorio y la calle.

BETO: Muchas gracias por todo lo que hiciste para ayudarme, Laura.

LAURA: No tienes nada qué agradecer. Es mi trabajo. Necesito hablar con tu mamá, para avisarle que terminamos nuestras sesiones.

BETO: ¿Tiene que ser hoy?

LAURA: No. Para la próxima semana.

BETO: ¿Y vas a seguir yendo a la escuela?

LAURA: Sí. Ya empecé el trabajo y parece que está resultando.

BETO: ¿Puedo asistir de vez en cuando a las pláticas?

LAURA: Claro. Nos gustaría que contribuyeras con tu experiencia. La puedes socializar.

Beto: ¿Y está yendo Ballinas? ¿Crees que le servirá?

LAURA: No lo sé. Su caso es complicado. Su mamá no puede ayudar mucho. De todos modos, su futuro está en riesgo. Y parece que no hay mucha perspectiva por delante.

BETO: ¡Voy, Laura! ¡No me digas que tú crees en esas cosas de los ángeles y los horóscopos!

LAURA: No. Pero las circunstancias de afuera, más su trayectoria, no ayudan mucho.

Pausa.

BETO: ¿Y qué pasa con él?

LAURA: Después de que salgan de secundaria, vienen cambios definitivos. Ballinas ingresa al bachillerato, pero nunca es un alumno exitoso. Como él, muchos andan sobre ese camino.

Desde el fondo de la sala, entra Ballinas y saluda, casualmente, a alguien

entre los espectadores. A otros, con más familiaridad. Finalmente, se detiene ante uno.

BALLINAS: ¿Qué pasó, Chamoy? ¿Por qué no has venido? ¿No que me ibas a conseguir unos boletos para el estadio? (*Pausa. Se acerca y le habla con un tono confidencial.*) ¿Y qué vas a llevar hoy? ¿Piedrita, talquito o a poco un simple orégano? Pues, ¿cuánto traes? Ya sabes que si pagas bien, el sexto día te lo fío, pero no más tarde de las seis. Tú sabes, tengo que entregar cuentas.

Negocia en silencio.

BETO: No me digas que...

LAURA: Sí. No hay mucha perspectiva en esta historia ni en la de allá afuera. Parece que no hay mucho que cambiar.

Pausa. Beto observa la acción en la sala.

BALLINAS: ¿Y tú, conejita? ¿Qué quieres probar? ¿Quieres algo leve o que te dure hasta el lunes? ¿Cómo cuánto traes?

BETO: (*Grita.*) ¡No! ¡Eso no puede ser!

La acción se congela.

BETO: ¡Ballinas no puede terminar así! (*Pausa.*) Dijiste que había entrado al bachillerato y que algo lograba hacer. Pero no puede ser esto.

LAURA: No hay mucho de dónde escoger.

BETO: Pero no de esta manera, Laura. No es justo. No me gusta ese final. (*Señala hacia el fondo de la sala del teatro, haciendo referencia a los espectadores.*) Ellos no pueden irse a su casa pensando que esa es la única solución. Es una solución que no aporta nada a esta historia.

LAURA: ¡Cálmate, Beto! ¡Es solo una obra de teatro!

BETO: Precisamente por eso no puede ser el final. No puede terminar de ese modo. No me gusta. No es justo. ¡Así que

se puede cambiar!

LAURA: Tú no puedes decidir el final. Esa es decisión del autor.

BETO: Pues entonces me va a escuchar. Esta obra no puede terminar así. (*En prosenio, dirige su atención hacia el fondo de la sala.*) ¡Hola! ¿Está usted por ahí? (*Pausa.*) ¿Por qué no me responde? ¿Me escucha? (*Aguarda y reacciona como si dialogara con alguien, el autor, a quien no se ve.*) Oiga, el Frijol acaba de entrar en escena y trae toda una historia detrás. ¿Y por qué Ballinas, que aparece más, tiene que pagar los platos rotos? (*Pausa larga.*) Sí, ya sé que él es el violento en esta historia y es el antagónico, pero eso es caer en un lugar común, ¿no cree usted? (*Escucha.*) De acuerdo, de acuerdo. (*Pausa.*) ¿Cómo? (*Pausa.*) Mire, todo iba muy bien hasta aquí, todo era muy claro y coherente. (*Pausa. Categórico.*) ¡Ah! ¿Sí? ¡Pues no voy a permitir que este espectáculo termine de ese modo! (*Hace referencia a los espectadores.*) Ellos vinieron a ver una obra de teatro y usted les regala un final de telenovela. El teatro obedece a principios formadores, no solo a castigo y exclusión. ¡Eso es allá afuera! ¡Aquí no tiene por qué ser así! (*Se sienta en el prosenio.*) De aquí no me muevo hasta que modifique el final. (*Escucha las razones del autor. Reflexiona.*) ¿Y qué propone, entonces? (*Pausa.*) ¡Eso suena mejor, pero no es suficiente! (*Escucha. Más tranquilo, con una ligera sonrisa.*) ¿Desde dónde? (*Impaciente.*) ¡Sí, sí, sí! Ya nos llevaron a la dirección y llamaron a las mamás, y la suspensión de tres días, y las veinte cuartillas de rigor que Ballinas debe de hacer. Todo eso nos lo podemos saltar. (*Pausa.*) ¡No aporta nada a la historia ni a la vida de Ballinas, ni de ninguno que actúe como él lo ha hecho! (*Pausa.*) ¿Quién? ¿Laura? (*A Laura.*) Ahí te hablan.

LAURA: ¿Desde dónde? (*Pausa.*) Está bien. (*Como en secreto, a los espectadores.*) Al salón de clases y en asamblea.

Se dirigen a otra área del escenario.

Escena XII

Salón de clases. Hay asamblea escolar. Laura se dirige a los alumnos, autoridades académicas y profesores.

LAURA: Estas acciones son para erradicar la violencia en la escuela y cuidar nuestros avances académicos. Y en ello, todos somos agentes del cambio: padres, educadores, alumnos y autoridades. Todos debemos aprender a respetar a los demás, convivir y aceptarlos, con todas sus particularidades, con tolerancia, con transigencia. Si transigimos, estaremos realmente en condiciones de crecer. Sobre todo, ustedes, que están por irse a una nueva escuela. *(Pausa.)* El viernes próximo trabajaremos solo la primera parte del día y, durante el tiempo del recreo, vamos a preparar entre todos una pizza. Vamos a tener invitados especiales, van a venir sus papás, los que puedan venir. *(Pausa.)* Pero, antes, quiero plantearles algunos cambios en la manera en que vamos a trabajar en este salón. *(Pausa.)* ¿Quién es el señor Ballinas?

BALLINAS: *(Desconfiado.)* Yo soy.

LAURA: Me dijeron que usted tiene mucha iniciativa. Así que necesito que me ayude a planear el reacomodo del mobiliario del salón. *(Observa a su alrededor.)* Si se da usted cuenta, las bancas están en completo desorden. Ya no habrá filas de alumnos burros ni de alumnos aplicados. Vamos a reacomodar las bancas, de tal modo que todos puedan ver hacia el pizarrón y alcancen a verse entre todos al mismo tiempo.

BALLINAS: ¿Todo, todo?

LAURA: Todo, todo. Donde antes era el área de castigados, vamos a poner dos mesas en el que, desde ahora, será el rincón de las actividades extraclase. Cuando hayan terminado las tareas asignadas por los profesores, podrán ir a esa área a esperar la siguiente clase. Ahí vamos a poner revistas te-

máticas, fotografías, los rompecabezas y algunos juegos de mesa. ¿De acuerdo?

BALLINAS: ¿Y tengo que ser yo?

LAURA: (*Sincera.*) Debo confiar en alguien inteligente, señor Ballinas. Tengo excelentes referencias sobre usted. Así que puede ir haciendo un plano de cómo podemos reagrupar las bancas. Lo dejo bajo su responsabilidad.

Pausa. Ballinas no da crédito y, finalmente, se arriesga a hablar.

BALLINAS: Está bien, profesora.

Pausa.

LAURA: ¡Ah, señor Ballinas! Se me estaba olvidando, ¿puedo hablar con alguno de sus padres?

BALLINAS: (*Nuevamente desconfiado.*) ¿Por qué? ¿Es necesario?

LAURA: Con cualquiera de los dos.

Pausa.

BALLINAS: No creo, profesora. Mi papá...

No sabe cómo explicar. Laura comprende.

LAURA: Entonces, su mamá.

BALLINAS: Pero ella tiene que trabajar.

LAURA: No se preocupe. No le robaré mucho tiempo. Y, créame, será bueno también para ella. (*Pausa.*) ¿Le puede usted decir?

BALLINAS: (*Tras una pausa.*) Está bien, profesora.

LAURA: Gracias. (*Pausa.*) ¿Quiénes son Rubiales y Martínez? (*Se presentan, pero no se los ve.*) Señor Rubiales, usted va a encargarse de vigilar que haya limpieza en el salón. Más tarde, le entregaré un cuaderno para que lleve un registro de cualquier necesidad que haya en el aula. (*Pausa.*) Y usted, señor Martínez, se va a encargar del cuaderno donde todos sus compañeros van a anotar sus impresiones, cómo se sintie-

ron durante el día. Cada día van a escribir, de manera anónima, algo que hayan aprendido, algo que no les gustó o alguna propuesta que quieran hacer. ¿De acuerdo? *(Pausa.)*
¿El señor Miranda?

BALLINAS: *(Extrañado.)* ¿Miranda?

BETO: El Frijol.

BALLINAS: ¡Ah!

LAURA. Usted, señor Miranda, junto con Alberto Campos, va a construir y llevar el control de un buzón de quejas. Cada fin de mes, lo van a entregar a su tutora, junto con los registros por escrito que van a elaborar entre todos. Estos tres últimos meses de trabajo no los deben olvidar. Se deben llevar un recuerdo bonito y entrañable de su escuela. Este espacio lo hacen ustedes y lo deben de cuidar entre todos. En el salón de clases debe haber una primera ley: la del respeto a todos y cada uno. *(Pausa.)* Educar para la paz.

Escena XIII

Irrumpe la música. Juego de luces y un cambio de actitud entre los personajes que, en conjunto, cantan una especie de hip-hop.

TODOS:

Párate un momento,
siente el movimiento.
No puedes ir pisando
a los demás, como si nada,
y siempre criticando.

Aguarda, escucha,
también esta es tu lucha.
Dime qué ves, con quién estás,
a dónde vas, qué escucharás,

¡si tu ignorancia es mucha!

Diferente...

Refléjate en el otro.

Diferente....

Como toda la gente.

Diferente...

Respetar su palabra.

Diferente...

Ahora es el mañana.

¿Dónde vives?

¿Qué comiste?

¿Cuánto vales?

¡Ya rugiste!

¡Gordo! ¡Flaco! ¡Pelos de estropajo!

¡Fresa! ¡Naco! ¡Cara de sobaco!

¡Indio! ¡Guarra! ¡Lady Prepotente!

¡Cierra el pico! ¡Abre el ojo!

¡Te está viendo la gente!

¡Aprende! ¡Respetar!

¡Libérate de todo!

¡Chundo! ¡Corriente!

¡Hipócrita, indecente!

¡Chorera pudiente!

¡Nomás enseña el diente!

Ubícate en el suelo,

¡y sacúdete la liendre!

Diferente...
Refléjate en el otro.
Diferente...
Como toda la gente.
Diferente...
Actúa en tu presente.
Diferente...
Como toda la gente.

Oscuro final.

Hijolusa

Paula Cueto
(Argentina)

Personajes:

GÍA: niña de siete años.

ANGÉLICA: cocinera, inmigrante gallega de mediana edad y cuerpo robusto. Tiene carácter dulce y mucha verborragia.

Habla con tonada gallega.

ABUELO: hombre viejo, de unos setenta y ocho años, retacón y de mal carácter.

KATERINA: gobernanta alemana, delgada, alta, triplica a la niña en su tamaño, es rígida y tiene aspecto militar. Siempre lleva una fusta. Habla con acento alemán.

La historia fue pensada para representarse con distintas técnicas de títeres, objetos y actores.

Escena I

Escena con títeres de papel o sombras.

Atardecer despejado en una zona rural. Se dibuja, a contraluz, el contorno del frente de una antigua casona de estilo inglés. A lo lejos, un camino que se pierde en el horizonte. Hay un bosque y la prolíja vegetación de un jardín. Un auto se acerca. De la casona salen dos adultos jóvenes, un hombre y una mujer, embarazada de nueve meses. Se abrazan, se contienen el uno al otro, porque están tristes. Van hacia en auto. Tras ellos, un hombre viejo permanece en el umbral, observándolos, rígidamente. El hombre ruge, sus palabras no se entienden, pero, ante el grito feroz, la pareja se detiene y se vuelve hacia él. La joven le responde, con suavidad, algo ininteligible. El hombre viejo niega e, iracundo, amaga con cerrar la puerta. Ella se adelanta y gesticula, se toca la panza. El viejo escucha con indiferencia y vuelve a entrar. Cierra la puerta de un golpe. La pareja, resignada, sube al auto. El vehículo se pierde en el horizonte. El sol por fin se oculta y sale la luna. El escenario parece inmóvil, excepto por el paso del tiempo, denotado por la sucesión del sol y luna. Pasan los días, la casa se deteriora. Las plantas y la maleza crecen, descuidadas. Una noche, luego de encenderse las luces de la casa, el viejo abre la puerta y sale con ímpetu. Lleva un sombrero y un sobretodo. Se aleja de la casa, se pierde en el horizonte. Una mujer con delantal y gorro de cocinera lo despide. Una nueva sucesión de lunas y soles dan cuenta del paso de los días. Una mañana, el sol se oculta tras unas nubes grandes, negras y pesadas, que anuncian una tormenta. Vuelve el viejo, pero no está solo. Llega con una niña de siete años. La lleva de una mano. En la otra, carga una pequeña maleta. Sus siluetas están atravesadas por la luz, perforadas a la altura del pecho. Están desanimados, tristes. La mujer con gorro de cocinera abre la puerta de la casona, los recibe, jovial y chispeante. El hombre y la niña entran, inmutables. La puerta se cierra. Comienza a llover. Apagón.

Escena II

Escena con actores.

Interior de la casona. La cocina. Hay una mesa cubierta con un mantel blanco. A su lado, se extiende la mesada, el horno y la pileta. Una ventana entreabierta da al tormentoso exterior. Del otro lado, la puerta que da al resto de la casa y, junto al marco, un teléfono que cuelga de la pared. Debajo de la mesa está Gía, jugando.

GÍA: (Solloza.) No, no quiero ir. Basta. ¡No! Dejame. ¡No! (Se escuchan forcejeos, la tela del mantel se mueve. La niña cambia el tono de voz a uno más grave.) ¡Quedate quieta! ¡No corras! Vení, mocosa maleducada... Te voy a sacar buena yo. (Las quejas y los movimientos debajo de la mesa aumentan. El mantel cae. La mesa se descubre y la niña queda expuesta. Lleva una linterna colgando del cuello. Está acostada con la espalda en el suelo y las piernas en el aire. Patalea. En sus manos, tiene un tenedor y una cuchara.) ¡Vas a hacer lo que te diga! (Con tono más grave.) ¡No! (Gira sobre su espalda y se queda con la panza sobre el piso durante la persecución de sus personajes. Nota que el mantel se cayó. Se detiene, se queda en silencio. Se incorpora. Solo se mueven sus ojos, se agita su respiración. Su expresión placentera se transforma, lentamente, en una cara de espanto.)

Desde el otro cuarto, se escucha la voz de Angélica. Trae puestos su delantal y su gorro. Está extenuada.

ANGÉLICA: ¡Niña Gregoria! ¡Gía! Peru, ¿dónde se metió ahora?

Gía recoge el mantel y cubre la mesa. Angélica se asoma por la puerta. La niña se esconde.

ANGÉLICA: Déjame que te encuentre, por favur... Vamu, Gía, que tu abuelu se tiene que ir... Y yo te prometu que si apareces ahora de postre te preparu unas mantecadas o mazapán. ¿Sí? ¿Dónde está mi niña? (Recorre la cocina, rodea

la mesa, pero Gía, en cuclillas se va moviendo alrededor de esta y Angélica no la ve.) Gregoria... Linda, ven que te tengo una sorpresa...

ABUELO: *(Se oye su voz desde la entrada.)* Angélica, ¿la encontró?

ANGÉLICA: No tudavía... Ya sabéis que se esconde muy bien, señor...

ABUELO: Esto es intolerable. ¡Usted tampoco sirve para nada!

ANGÉLICA: *(Con aparente cordialidad.)* No cuido niños, señor. ¡Ío cocinu! Esa es mi tarea, ¿recuerda? *(Mira a público y bufá.)*

ABUELO: Pero, ¿es una mujer o no, usted? Es cosa de las mujeres manejar a las crías. ¡Es una niña de siete años, por favor! Una fierecita que debe ser transformada en una dama.

ANGÉLICA: *(Por lo bajo.)* Hágalu osté, si le parece tan fácil...

ABUELO: ¿Qué dijo?

Angélica cierra los ojos, levanta los puños, apretados, y se los lleva a la cabeza.

ABUELO: No la escucho bien desde aquí...

ANGÉLICA: Ayúdeme...

ABUELO: No puedo demorarme más. Me recomendaron una gobernanta. Ya que voy para el pueblo, la entrevisto y la envío, urgente. Está recién llegada de Europa... *(Silencio.)* ¿Me oye? *(Angélica no responde, sigue buscando a la niña. En un descuido, unas ollas caen al suelo.)* Bueno, voy a enviarla lo antes posible, pero quiero salir ya. El camino está imposible con este clima incesante, y estará peor si no me apuro y llueve otra vez... *(Silencio.)* Esto gano yo por rodearme de mujeres... *(Su voz se apaga.)*

Angélica baja los puños mirando al público. Crece su expresión de odio. Gía pierde el equilibrio y la cuchara se le cae. La cocinera advierte a la niña debajo de la mesa. Mira al público, se lleva el dedo índice a los labios y guiña un ojo con complicidad. De repente, se da cuenta de que lleva un papel en

la mano.

ANGÉLICA: (*Súbitamente.*) ¡Señur, la lista de víveres! ¡Espere!
(*Sale.*)

Gía vuelve a esconderse debajo del mantel. La luz de su linterna ilumina la tela, que se transforma en una pantalla en la que la silueta de la niña se proyecta y deja ver un pequeño hueco en su pecho, a la altura del corazón. Se acomoda. Sus piernas parecen dos colinas. Toma la cuchara y la hace subir por ellas. Hace lo mismo con un tenedor. Los cubiertos se encuentran en la cima.

GÍA: (*Distorsiona la voz, para representar a cada personaje. Comienza con el tenedor.*) Aquí estás, pequeña mocosa. Portate bien en mi ausencia. ¡No toques nada, no mires nada y no huelas nada y ni respire nada! Debés comportarte como una dama... ¡JUANA! Como una damajuana. (*Como cuchara.*) Si no respiro, me muero, abuelito... (*Como tenedor.*) Insolente, mal educada. ¿Esto es lo que gano yo por mantenerte? ¡Tenedores, atrápenla! (*Gía manipula a los personajes, que suben por sus piernas.*) ¡Sí, señor! Enseguida vamos, pero nos cuesta subir, señor. Corre muy rápido, señor. Estamos cansados. (*Como cuchara.*) Ja, ja, ja. No sirven para nada, inútiles. ¡Lero, lero, caras de fierros! (*Como tenedor.*) ¡Si no la atrapan, los despido! (*Como tenedores suplicantes.*) No, señor, por favor... No... (*Como cuchara. Se burla y desaparece.*) ¡Lero, lero, hasta luego! (*Como tenedor.*) ¡Fuera, ya! ¡Están despedidos! (*Los tenedores se deslizan por las piernas y se van.*) Nooo. (*Como tenedor.*) ¡Y vos, mocosa, ya verás! ¡Ya te pondré un tu lugar, ja, ja, ja, ja!

En el exterior, se desata una tormenta. El soplado del viento se incrementa con cada palabra de Gía, hasta que se introduce en la cocina a través de una ventana entreabierta y hace que el mantel flamee. El ambiente se oscurece y Gía mueve su linterna de forma errática. La ventana golpea la pared. La lluvia entra en la casa. La niña asoma su cara, envuelta por el mantel, observa. Mira al público. Se queda quieta. Está asustada. Un relámpago,

seguido de un trueno, ilumina el espacio. Sale corriendo y arrastra con ella el mantel, que se convierte en una capa. Angélica aparece en la cocina.

ANGÉLICA: ¡Peru, niña!

Gía la abraza. Apagón.

Escena III

En la cocina, más tarde. Lluve. Entra Angélica sosteniendo su delantal entre los brazos, lleva algunas papas, las deja sobre la mesa y las examina. La cocina está desordenada, los utensilios están tirados por el piso. Recoge algunas cosas. Toma una olla y un cuchillo y limpia las papas. Gía la espía desde la puerta. Angélica lo nota, pero hace como si nada.

ANGÉLICA: ¡Ay! Por diú, debe haber alguna plaga, están horribles... Esa huerta está abandonada. Pur esu las papas crecen todasapestadas...

Se ensaña con una papa, a la que le limpia una mancha negra y profunda. La papa queda atravesada por un hueco. La coloca dentro de la olla y le pone la tapa. Gía ingresa a escondidas, lleva una mochila y la linterna, se interesa por los quehaceres de Angélica. La cocinera sale. La niña agarra la papa ahuecada, la observa con atención, proyecta la luz de la linterna a través del agujero y la papa suspira. Gía la suelta dentro de la olla. Se escucha un quejido. Regresa Angélica con una caja. La niña se esconde tras la mesada. La cocinera saca de la caja distintas verduras y frutas.

ANGÉLICA: Ay, si la niña me quisiera ayudar, tal vez podríamos arreglar la huerta... ¡Cuando pare esta lluvia, clarú! (*Destapa la olla, la papa pide ayuda, pero solo Gía la escucha. Angélica se detiene, mira a público, luego a la papa.*) Hagu lo que puedu, señor, lo que puedu. (*Tapa la olla.*) Miña nai siempre me decía: “Todú sirve si se hace con amur”. (*Destapa la olla para ponerle agua. La papa grita con desesperación. Gía se inquieta. Suena el teléfono.*) ¡Diga! (*Pausa.*) Esperu... ¿Hola? (*Pausa.*) Señor, sí, oigu. (*Pausa.*) Sí, clarú... Jugandu por ahí. (*Pausa.*)

No, señor. Llueve todavía. Nu saliú, aún. (Pausa.) Dígame. (Pausa.) Sí, señor. (Pausa.) ¡Lo escuchu, hombre! (Pausa.) No me grite, que no soy sorda, ¿eh? (Pausa.) Que *ió* no le estoy gritandu. Es *osté* a mí. (Pausa.) Tranquilícese, hombre, que le va a dar algu. (Pausa.) ¿Ah? Estoy aquí. (Pausa.) Ah... ¿Y a qué hora volverá? (Pausa.) 'Todavía no vuelve, ah... (Pausa.) ¿A quién? (Pausa.) Que no me grite, le digu. (Pausa.) ¡Aaah! Va a mandar a la gobernanta. (Pausa.) ¿Y cuándo llegará? (Pausa.) Muy bien, vendrá sola. (Pausa.) Sí, señor, preparu el cuartu, el de las guteras, que es el únicu libre. (Pausa.) ¿*Osté* enviú sus cosas, dice? (Pausa.) ¡Sí, hombre! Lo escuchio: que las cosas de la gobernanta llegarán antes que ella. (Pausa.) ¿Y cómo quiere que esté el camino con tanta lluvia? ¡Mal! (Pausa.) ¿La casa? Y... tudavía se mantiene, peru está en un estadu terrible... Comu la huerta. (Pausa.) Traiga lus víveres... (Pausa.) No, claro que nu. Nu es asunto mío. *Ió* le decía para fijarle la idea. (Pausa.) ¡Está bien, señor! ¡A las seis, humbre, por supuesto! (Pausa.) Adiós, señor.

Mientras Angélica habla por teléfono, Gía se acerca a la mesa y guarda en su mochila la papa agujereada y un par de utensilios. Sale. Angélica termina la conversación, cuelga el teléfono. Un trueno muy fuerte la hace mirar hacia el cielo.

ANGÉLICA: ¡Viene la gobernanta Katerina! La trae la turmenta. (*Vuelve a la mesa, descubre la olla destapada y que faltan la papa y los utensilios.*) ¡Gregoria! ¡Ay, esta niña! ¡Mi comida, mis cosas! ¡Por diú!

Sale.

Escena IV

Sala principal en penumbra. Entra Gía, corre a esconderse entre la mesa ratona y el sillón. Abre la mochila, examina la papa, mira a través del agujero como si fuera un monóculo. Saca la linterna. Aparece Angélica. Gía

se esconde, pero, en el apuro, la papa se le resbala de las manos.

ANGÉLICA : ¡Gía! ¡Niña! ¡Devuélveme todo lo que te has llevado de mi cocina! (*Toma la papa, bruscamente, y esta grita. Angélica no la escucha.*) Mira, Gía, ¡ya basta, que nu puedu con este jaleo, niña! Vas a ver la que te espera, rapasa ruda, ya lu verás, tú. ¡Donde quieras que te hayas metidu!

Suena el timbre. Angélica sale. Se la escucha rezongar desde la puerta de entrada, habla con un mensajero. Entra en la sala, arrastrando un baúl.

ANGÉLICA: ¡Ay, mi dius! ¿Qué mandú aquí adentru esta señora? Encima ya nu hay más caballierus. ¡Bah! ¡Por diú! (*Imita la voz del mensajero.*) Yo solo entrego hasta la puerta, doña... ¡Ay! Y se me quedú con la mano así, el desvergunzadu. Quería propina. ¡Ja! Yo solu recibu, nomás. ¡Tumá!

Deja el baúl en la sala. Se recupera y sale. Gía examina con curiosidad el baúl. Mira, apuntando con la linterna, dentro de la cerradura. La madera cruje y la niña se asusta. Mira al público. Abre el baúl, mira en su interior. Vuelve su mirada curiosa al público, luego al baúl. Saca muchos libros. Cada vez se esfuerza más para llegar hasta el fondo. Se estira, casi despega los pies del piso y, en un instante, cae adentro. La tapa se cierra y queda atrapada. Apagón.

Escena V

Escena con títeres planos de papel o sombras.

Oscuridad. Interior del baúl. Se escucha la respiración agitada de Gía. Aparece el haz de luz de su linterna y sus ojos, parpadeantes, en el centro del espacio. La luz explora los bordes, vuelve al centro y se despliega, abriéndose como una pantalla blanca. Los ojos se cierran y desaparecen. Sobre el nuevo espacio blanco, la figura de una pequeña Gía, que tiene en su pecho un hueco, explora el lugar. Sus pasos y su voz reverberan en el espacio.

GÍA: ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? (*El eco la desorienta.*) ¿Quién está

ahí?

Del suelo brota una pequeña elevación. La niña tropieza y cae. La tierra se abre y sale un brote que crece con velocidad. Del hoyo sale una papa que abre los ojos.

GÍA: Hola...

Los brotes de la papa son sus manos y piernas. Así es como se incorpora, se acicala y descubre en su cuerpo recién nacido y un hueco.

GÍA: ¿Te duele? (Papa suspira y no responde.) ¿Ese agujero duele mucho?

Papa ve por primera vez el agujero y, con sus brotes, lo traspasa. Está desconcertada. Señala a la niña.

GÍA: Soy Gregoria, pero mi papá y mi mamá me decían Gía...
Y vos, ¿tenés nombre, papita?

Papa extiende uno de sus brotes hasta tocarla. Encuentra un hueco similar al suyo en Gía. Ambas lo descubren. Gía toma la linterna y lo traspasa con la luz, lo ilumina, haciéndole cosquillas. Repite la misma acción en Papa. Ríen.

GÍA: Te voy a llamar Huequito. ¿Te gusta? (Se escucha el crujir de unas maderas viejas. Una mano inmensa toma a Papa y se la lleva.)
¡Huequito! No, no te vayas. No...

Angustiada, se acurruca. Su respiración crece. El espacio blanco se encoge. En el centro, la niña se hace un bollito. Apagón.

Escena VI

Sala principal. Entra Angélica arrastrando dos valijas. La sigue Katerina, la gobernanta. Habla castellano, pero con acento alemán. Lleva una fusta en la mano.

ANGÉLICA: Ahh, ahh.

KATERINA: ¡Aj! ¡Aj! Inadmisible! Llueve demasiado aquí...
¡Puaj!

ANGÉLICA: Y menos mal que se le ocurrió venir en caballo, porque con el barro del caminu no hubiese podido avanzar en autu. *Ió* le dije al señor que seguía lloviendo, viú...

KATERINA: (*La interrumpe.*) ¿Y dónde está?

ANGÉLICA: ¿Quién sabe? El señor hace estu de irse por días enteros. Es terrible para mí, se imagina, ¿nu?

KATERINA: ¡La niña!

ANGÉLICA: Ah, valgame diu... ¡Qué carácter! (*Señala las male-tas.*) ¿Qué se traju, *osté*, allí? ¿No alcanzaba con ese inmenso baúl?

KATERINA: ¡Aj! El baúl, *ja*. ¡Ya llegaron mis libros! ¡Muy bien! ¡*Ser gut!*

ANGÉLICA: ¿Qué?

KATERINA: El baúl con el material didáctico, cocinerra. (*Gía espía desde el interior del baúl entreabierto.*) ¿Y la niña?

ANGÉLICA: Escundida, como de costumbre. Verá, la niña...

KATERINA: ¿¡Cómo lo perrrrmite, cocinerra buena para nada!?

ANGÉLICA: ¡Oiga! ¡Que *ió* no se lu permitu ni deju de permitir! Estu es así, nomás. Gía es de un carácter bastante difícil y *ió* la entiendo, porque, verá *osté*, le pasú algu espantoso. Sus padres... (*Hace un gesto como que fueron al cielo y se despatarra en el sillón, exhausta.*)

KATERINA: *Nein, nein, nein*. ¡Esto es inadmisibile!

Katerina la observa con desprecio.

ANGÉLICA: Todu tiene un porqué, ¿nu?

KATERINA: *Nein*.

ANGÉLICA: ¿Qué?

KATERINA: *Disziplin ist der Weg*. La disciplina es la única manera.

ANGÉLICA: Ah... ¿Cómu diju?

KATERINA: ¿Dónde está la niña?

ANGÉLICA: ¡Que se escondió, le dije! *Osté* no entiende el castellano, ¿nu?

KATERINA: ¡Basta! Muestrrame mi habitación... ¡A—HO—RRA!

ANGÉLICA: (*Señala, desde el sillón.*) ¡Nu me grite, que nu soy sorda! Derechitu por ese pasillu, hasta la escalera. Sube y a la derech... (*Se interrumpe.*) El cuartu de las guteras, ja, ja, ja... Así lo llamamus desde la turmenta.

KATERINA: (*Pega un fustazo al sillón.*) ¡Shhh! ¡Cállese! ¿Y qué espera? ¡Vamos! Trráigame la maleta.

Angélica se pone de pie, súbitamente. Mira al público y luego a Katerina, enojada. Refunfuñando, arrastra las valijas. Salen. El baúl se abre y Gía se escabulle hacia la cocina.

Escena VII

Katerina y Angélica regresan a la sala principal. Se escucha la tormenta, cada vez más fuerte. Katerina parece descompuesta.

ANGÉLICA: Oiga, ¿está bien, *osté*? Parece intranquila.

KATERINA: No dormiré allí. (*Un trueno.*) ¿Cuándo dejará de llover, cocinerra?

ANGÉLICA: ¡Ja! ¿Qué me vió, cara de clima a mí? La lluvia está arruinandu tudu, hasta mi paciencia. Sientu una tristeza...

KATERINA: ¡*Ignorant!*

Sigue descompuesta.

ANGÉLICA: ¡Y a mucha honra! ¡Ja! ¿Sabe qué? ¡Me he cansadu! ¡Me grita, me callia, no quiere estu, no quiere aquellu! ¡Busque a Gía usted sula!

KATERINA: ¡Cocinerra!

ANGÉLICA: ¿QUÉ?

KATERINA: ¡Ayúdeme!

ANGÉLICA: ¿Peru que le pasa, muller? ¿Es mujer, *osté*, nu?

Katerina, agitada, no responde. Angélica se le acerca y la apantalla con lo primero que encuentra al alcance de la mano.

ANGÉLICA: Disculpeme... A veces puedo ser muy bruta, es así... (*Continúa, verborrágica y simpática.*) Está bien. La entiendo... La disculpu. Buenu, comu le contaba, aquí a veces sale el sol. (*Se sienta, pero continúa apantallando a la gobernanta.*) Peru últimamente me recuerda tantu a mi tierra, lugar húmedo también... ¿*Osté* cunoce Galicia?

KATERINA: (*Se recompone.*) *Nein.*

ANGÉLICA: ¿Nu?

KATERINA: ¡NO!

ANGÉLICA: Ah, buenu, le cuento. Ultra que grita.... Por mi casa, a veces, el agua tapaba todú. (*Con nostalgia.*) Se inundaba muchu. Mi *nai* me despertaba porque el agua entraba en la habitación. A veces, comu un ríu, y otras pur las guteras. Ja, ja, ja. Qué lindu... Comu acá.

KATERINA: (*Se descompone de nuevo.*) ¡*Nein!* ¿Aquí se inunda también?

ANGÉLICA: Ah, nu. Desde que estoy aquí, nunca pasú... Tüdavía. Peru la casa, entre nusotras, se está viniendu abaju... (*Confidente.*) El señor, desde que pasú lo que pasú, no se ocupa de nada... Y lu entiendu, ¡él también perdiú a su familia! Y *ió* aquí, tratandu de puner panius frius. ¡Uía! *Osté* está peur que antes...

KATERINA: ¿Es enferrmerra?

ANGÉLICA: ¡Nu! ¡Cocinera!

KATERINA: ¡Entonces, cállese!

ANGÉLICA: ¡Ay, peru qué irrespetusa!

KATERINA: ¡Shhh! ¡Llueve más fuertrte! ¡Escuche!

ANGÉLICA: ¡Peru nu! Lu peur son otras cusas... El agua es

vida. Yo amu la lluvia. Me pongu... ¿Cómu se dice? Nustálgica.

KATERINA: (*Súbitamente.*) ¡La detesto!

ANGÉLICA: (*Mira al público con desagrado.*) ¡Oiga, que ió tudavía nu tengu problemas con usted!

KATERINA: (*Se levanta y grita, como un sargento.*) ¡DEBO TRABAJARR! ¿DÓNDE ESTÁ LA NIÑA?

ANGÉLICA: (*Atónita.*) Ay, en cucina, robándume la comida, comu de custumbre...

Katerina toma con fuerza del brazo a Angélica y, envalentonada, sale con ella.

Escena VIII

Cocina. Gía revisa la olla que está sobre la mesa. Abre las alacenas, busca a la papa ahuecada con sigilo.

GÍA: Huequito... Papita linda... ¿Dónde estás? ¿Dónde te puso Angélica? Gritá, si me escuchás. Dame alguna señal. Estoy acá. (*Revisa el horno, vuelve a la mesa. Escucha un débil quejido sobre la tabla de madera. Allí, hay varias papas trozadas.*) No, no, no, no... ¿Huequito, sos vos?

Revisa los trozos y encuentra un cubo con un hueco. Mira a través de él. El hueco ulula, cada vez más fuerte, como el silbido del viento que entra por las rendijas de la ventana. Gía abraza al pedacito de papa. Se escucha a Katerina y Angélica. Gía se esconde bajo la mesa y se coloca al cubo de papa en el dedo, como un anillo.

ANGÉLICA: (*Katerina la arrastra por el brazo.*) Gía, niña, te presentu a Katerina, tu gobernanta, profesura, algu así... ¿De qué es usted profesura?

KATERINA: ¡De vida! ¡Ja!

ANGÉLICA: Ió creía que esu se aprendía viviendu, numás...

KATERINA: ¡Shhh! (*Suelta a Angélica. Descubre a la niña debajo de la mesa. La saca, tirándola de una oreja.*) Esto se acabó. Katerina te enseñará a comportarte como deberías.

Un trueno embravecido las asusta. Katerina se tapa los oídos, mira al público, aterrorizada. Se encoge en el piso y tiembla. Aparece una gotera en el techo de la cocina.

ANGÉLICA: Ay, como en Galicia. Cuántos recuerdos...

KATERINA: ¡Cocinerra! ¡El agua! ¡Contenga el agua! ¡Una vasija! ¡Urgente! ¡Vamos! (*Gía intenta escapar, pero Katerina vuelve a atraparla.*) ¡Nein! No te esconderras de mí.

Salen. Angélica mira al público con tristeza. El rugido feroz de la tormenta crece. Aparece otra gotera. Apagón.

Escena IX

Sala principal. Katerina ingresa, arrastrando a Gía del brazo. La gobernanta la sienta en el sillón y la amenaza con la fusta.

KATERINA: Grrr... ¡QUIETA! (*La sujeta del brazo con fuerza.*) Con que rebelde, ¿no? Tu abuelo me contó tu problema... ¿Síndrome de niña triste? Perdón. Niña triste. ¿Sola y desvalida? ¡Pobre niña huérfana, que no tiene quien la comprenda! ¡MENTIRRA! Esas son solo excusas. Tu problema es que eres una malcriada, mimada y consentida, que ahora no sabe cómo debe comportarse. Ante la adversidad, querida, se debe seguir adelante, sin mirar atrás. Así una se hace fuerte. Esta casa es un desorden que se debe arreglar. Debe existir un lugar para cada cosa. Cada cosa debe estar en su lugar. Con las personas, es igual. La niña aquí, junto a la gobernanta, aprendiendo. La cocinera en la cocina, con los alimentos. Y los hombres en cosas importantes...

ANGÉLICA: (*Se asoma desde la cocina.*) ¿Dijo cocinera?

KATERINA: ¡Nein! ¡A su lugar, cocinerra!

ANGÉLICA: ¡Mi lugar es toda la casa, gobernanta!

KATERINA: (*Se para, mira a público.*) Katerina es la perrsona indicada para corregir esta desviación, este desorrrden, ¡ESTA DEFORMIDAD! (*Gruñe al público.*) Y converrtirte en una pequeña dama que sepa a qué lugarr perrtenece. (*Gía intenta escapar, pero la gobernanta la intimida con una reacción violenta. Gía se paraliza. Llor.*) ¡LLANTO! Patética y despreciable demostración de debilidad de los pusilánimes. ¡ARRIBA! ¡ARRIBA! (*Lleva a la niña al prosenio y la maneja como a una marioneta. Gía realiza movimientos involuntarios.*) ¡ERRGUIDA! ¡Ja! Mirra al frente. Trote en el lugarr. ¡Trrote! Cuando el cuerrpo se cansa, automáticamente se vuelve maleable y se puede llevar a su lugar naturral. Una dama debe mantener la posturra, equilibrar sus emociones, pase lo que pase. NO DEBE LLORRAR EN PÚBLICO. No debe invadirr espacios ajenos, donde nadie la ha llamado. (*Marca el ritmo con la fusta.*) No debe discutir y siempre debe obedecer sin chistar a sus mayores. No debe robar y menos jugarr con papas. (*Le abre la mano y le saca el anillo de papa.*)

GÍA: ¡No! ¡Es mía!

KATERINA: (*Guarda el anillo.*) Lo rrobaste... ¡Al piso! ¡Flexiones de brazos! ¡Ya! (*Gía se niega.*) ¡AL PISO, YA! (*La niña se sienta en el piso y la mira fijamente.*) Nadie desafía a Katerina.

Entra Angélica, envalentonada, con una sartén.

ANGÉLICA: Alemana luca, ¿cómu se te ocurre...?

KATERINA: ¡Cocinerra, no te metas!

ANGÉLICA: ¿¡Qué!?

KATERINA: ¿Quieres pelearrr? Grrr... Grrr...

ANGÉLICA: ¡Si nu queda utra!

Katerina se coloca un pañuelo, como una liga, en el pelo. Angélica, el

repasador en la cabeza, como una bandana. Se suben las faldas y caminan con las piernas abiertas.

KATERINA: ¡En guarrdia!

Se miden como en un ring de lucha libre. Gía se esconde detrás del sillón. Las luchadoras se abalanzan una sobre la otra. Katerina tira al piso a Angélica, la atrapa con una maniobra de tijera humana. Discuten mientras luchan.

ANGÉLICA: ¡Niñera luca!

KATERINA: ¡Voy a salvarr esta casa, cual navío a la deriva!
(*Aparece una gotera en la sala. El agua cae sobre ellas. ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!*) ¿Qué es eso?

ANGÉLICA: (*Dolorida.*) ¡Mis huesos!

KATERINA: (*Dominando la pelea.*) Nein, nein, nein. (*Una nueva gotera cae. ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!*) ¡Es agua! (*Asustada, se aleja. Le habla a la nada, como en trance.*) Más agua... Mucha agua... Agua por todas partes... ¡Capitán, el agua sube a cubierta! ¡Nos dieron! (*Otra gotera la salpica.*) ¡Ay, nien! ¡Nos hundimos! ¡Sálvese quien pueda! (*Angélica se aleja de la niñera, que comienza a tener espasmos. Gía se ríe. Katerina se cae al suelo, el golpe la devuelve al presente. Se envalentona y toma a Angélica y a Gía con una fuerza sobrehumana.*) ¡Ya verán ustedes! (*Abre el baúl con brusquedad y las mete adentro.*)

El espacio se oscurece. Se oyen las quejas de Angélica y Gía y el sonido del agua goteando en la sala principal. Apagón.

Escena X

Escena con títeres planos de papel o sombras.

Interior del baúl de Katerina. Oscuridad. Solo se escucha el agua repiquetear sobre la madera y la respiración agitada de Gía. Prende la linterna. Está en un rincón, hecha un bollito.

GÍA: (*Se arrulla.*) A-a-á... A-a-á... A-a-á...

Una voz de mujer, joven y dulce, se suma al canto. La niña se acurruca y dormita.

VOZ DE MUJER: Nunca dejes de jugar, mi amor. Nunca. Aquí, aquí, estoy con vos. (*La voz de mujer se repite hasta apagarse.*)
Nunca... Nunca...

ANGÉLICA: Aquí estoy. Aquí, con vos...

GÍA: ¡Angélica!

La niña ilumina su entorno con la linterna. Encuentra a Angélica.

ANGÉLICA: ¿Dónde estamos? ¿Tu abuelu sabrá que mandú una luca?

GÍA: Huequito ¿estás acá? (*Silencio.*) Se la llevó. Me sacó a Huequito.

ANGÉLICA: ¿Huequito? (*Gía asiente. Angélica parece desconcertada.*) ¿Huequito es la papa? Peru, ¿qué tienen aquí todos con las papas, por diú? Primeru, tú, que me las robas, y luego la luca esa, que vaya a saber qué le pasa. (*Gía llora.*) Uh, niña... Hala, hala, ven conmigo, que soy lerda, pero nu tonta. (*Se abrazan.*) Esa papa era especial para tí, ¿nu? (*Gía asiente.*) ¿Es tu amiga? (*Gía asiente otra vez.*) Por esu me la robaste, ¿nu? Ahura entiendo todú... ¿Sabes que cuandu *ió* era una pequeña, allá en mi tierra, vivía cun mi *pai* y mi *nai* y mi *irmán* pequenu, mi hermanitu? Él siempre jugaba muchu conmigo. Los dus teníamos unus conejitus, el mío era blancu y el suyu manchaditu con negru... *Ió* sabía que esus conejos se críaban para alimentarnos, pero mi *irmán* pequenu, no. Y un día, mi *mai* se llevó al blanquitu, al mío, para la casa. Lluramos muchu esa noche. Nu quisimos cenar... Estábamos enojados con *pai* y *mai*. Y a la mañana siguiente, mi hermanitu se enfermú. Tuvo fiebre muchus días y mi *pai* lo llevó al pueblo, dunde estaba el médicu. Después de unos días, volviú solu, muy serio y callado. *Ió*

nu le pregunté nada, nu había muchu qué preguntar. Mi mamá se enristeciú y quedú así por muchu tiempo... Fue cuandu aprendí a cocinar. Y ahura cocinu para tu abuelo y para ti. Lluviú muchu en esus días, pero, comu siempre, un mañana saliú el sol, y también mamá se levatú de la cama, y mi *pai* quiso celebrar. Me pidiú que fuera al corral, que buscara al conejito más gordito. “El manchaditu”, me diju. Y yo salí corriendu hasta la jaula, pero, en lugar de llevarle al manchaditu a mi *pai*, comu me había pedidu, los liberé a todus. ¡Uh! ¡Cómu me castigarun! ¡Sí! Peru no me importó. *Ió* estaba satisfecha, purque hice lo correctu, lu que hubiese hechu mi hermano... Antes de liberarlus, les di un besu a cada unu. Y el manchaditu se estirú sobre mi pechu y apretú con fuerza, aquí. Todavía siento sus patitas presionandu con fuerza, justu aquí, comu sabiendu donde me dulia... (*Angélica se toca el pecho a la altura del corazón y hunde la mano en un hueco.*) ¡Ay! ¡Por el amur de diu! ¿Qué es estu?

GÍA: (*Tranquila.*) Yo también tengo uno. (*Se corre el pelo y le muestra su pecho. Angélica se sorprende.*) Solo aquí puedo verlo.

Angélica mira, extrañada, su hueco y el de Gía. La niña toma la linterna y con la luz atraviesa el hueco en el pecho de la cocinera.

ANGÉLICA: ¡Ay! Gía, me da cusquillas. Ja, ja, ja.

GÍA: Ja, ja, ja. Es cierto. Alivia, ¿no?

ANGÉLICA: (*La abraza.*) Sí, mi niña. La luz ayuda a aliviar el dolor. (*Ambas suspiran.*) Solu aquí podemos verlus. Gía, ¿dónde estamos?

GÍA: En el baúl.

ANGÉLICA: ¿Y cómo salimus?

GÍA: La primera vez, Huequito llegó haciendo un agujero en el suelo.

ANGÉLICA: ¿Este suelo? (*Angélica escarba con las manos, pero la superficie es muy dura.*) ¡Ay! Esto es imposible.

Gía saca de su mochila una cuchara y un tenedor.

GÍA: ¡Con ellos, nada es imposible!

ANGÉLICA: ¡Pues, utensillius a la ubra!

Angélica toma el tenedor y la niña la cuchara.

GÍA: (*Con la voz aguda de la cuchara.*) Raspá el suelo, tenedor, y yo saco la tierra, así saldremos de aquí.

ANGÉLICA: (*Como tenedor.*) Muy buena idea, niñita. Trabajemos en equipo y podremos escaparnos.

Los tímidos brotes de hijolusa, a su alrededor, salen por el piso y lo transforman en una plantación de papas que no para de crecer. Se acercan, amistosamente, a Gía y Angélica. Ellas cavan, hasta que una luz poderosa invade el espacio desde el hoyo en el suelo. Se encuentran con una obstrucción.

ANGÉLICA: ¿Y estu?

Gía mete las manos y saca una gorra vieja de capitán de barco y un salvavidas. Borbotea agua, que rápidamente inunda el lugar.

ANGÉLICA: ¡Ay, mi niña! ¡Nu sé nadar!

Toman el salvavidas y suben junto con el nivel del agua. Salen. Apagón.

Escena XI

Sala principal. Lluve en su interior. Afuera, se escucha el viento. Katerina entra, tras tapiar las ventanas y las puertas. Se guarece en el sillón. Dice incoherencias.

KATERINA: ¡La nave está asegurrada, capitán! (*Un trueno la sobresalta.*) La torrmenta aumenta... No, mi capitán. Debemos virarr. ¡A estriborr! No veo nada, nada. No, no puedo seguir el currso, capitán. ¡A BABOR! (*Se inclina y cae al piso.*) ¡Nos escoramos! ¡Siéntese, capitán! ¡La botavarra! ¡Nooo! ¡HOMBRE AL AGUA! ¡HOMBRE AL AGUA! (*Tira almohadones, como si fueran salvavidas.*) ¡Atrápenlo! Filen las esco-

tas, vamos a virarr... ¿Dónde está? ¿Dónde está? Katerri-
na no lo ve, mi capitán... (*Llora, desconsolada, sobre el sillón.*)

Desde el exterior, se escucha la voz del Abuelo.

ABUELO: ¡Angélica! ¡Abra! ¿Por qué está todo tapiado? Soy yo.
¡Abran!

KATERINA: (*Llorando.*) ¡La nave se hunde, capitán! Katerina lo
perdió... No ve al amado capitán... (*Se arrastra hasta el baúl,
se aferra a él. La sala está inundada. Un almohadón pasa flotando
frente a ella.*) ¡Su gorra, mi capitán! (*Abraza el almohadón.*)

*El Abuelo derriba la puerta de entrada para poder ingresar. El estruendo
devuelve a Katerina la realidad.*

ABUELO: ¡Qué desastre! ¿Qué pasó aquí?

KATERINA: (*Se yergue, súbitamente.*) ¡Señorr! ¡Mi señorr!

ABUELO: El techo está a punto de derrumbarse. Salgamos.

KATERINA: No puedo abandonar mi puesto, señorr...

ABUELO: Vamos, Katerina. Ayúdeme. (*Intenta moverla. Katerina
permanece, estoica, junto al baúl.*) ¡Vamos, mujer! ¡Hay que salir!
(*Se escucha un trueno.*)

KATERINA: La tormenta, señor...

ABUELO: (*Empujándola.*) Salga de aquí, por lo menos...

KATERINA: ¡Sí, señor!

*Toma el baúl con una mano y, sin esfuerzo, lo lleva hacia la cocina. Antes
de salir, regresa por el Abuelo.*

ABUELO: Deje eso, Katerina.

KATERINA: No, señor. No puedo.

ABUELO: ¿Y Gía? ¿Y Angélica?

Silencio.

ABUELO: ¡Gobernanta, respóndame!

KATERINA: ¡Ja!

ABUELO: ¡Mi nieta! ¡Búsquela!

KATERINA: Perro, señor, el agua crrece.

ABUELO: ¡Gía! ¡Aparecé! ¡No quiero perderte! ¡Perdón! ¡Gía, perdón! (*A Katerina.*) ¡Vamos, ayúdeme! ¡Muévase!

El techo de la sala se derrumba. Katerina y el Abuelo salen.

Apagón.

Escena XII

Cocina. El Abuelo y Katerina están en el piso. Frente a ellos, el baúl. Se recuperan.

ABUELO: No pude hacer nada... No pude. La perdí, otra vez.
Perdí a toda mi familia

KATERINA: Señorr, fue el agua... Señorr, ¿qué quiere hacer?
Katerina quiere ayudar.

ABUELO: Si yo pudiera hacer lo que se me dé la gana, volvería el tiempo atrás y no sería tan terco. Escucharía a mi corazón, aunque sea una vez. Porque los perdí a todos... A mi hija, a Gía, a su papá y a Angélica. Me equivoqué, otra vez. Soy un gran tonto. Un verdadero tonto. Ella me hacía feliz. Gía... ¡Gía!

Llora, desconsoladamente, y en el pecho se le abre un hueco.

KATERINA: Fue el agua, señorr, no usted.

Desde el interior del baúl se escuchan golpes y gritos que piden ayuda.

ABUELO: ¡Oiga! ¡Aquí estoy! ¡Gía! ¡Sí! ¡Soy yo! ¿Dónde...?
¿Dónde están? (*A Katerina, que está sentada sobre el baúl.*) ¡Usted! ¡Haga algo!

KATERINA: ¡Ja!

Buscan por la cocina, golpean paredes, abren puertas, corren las cortinas. Los golpes aumentan. El baúl comienza a moverse, de él brota agua.

ABUELO: ¡Ábralo! ¡Ábralo ya!

KATERINA: Si el agua entrara, todo empeorará... Como en el naufragio.

ABUELO: No es un naufragio. ¡Ábralo!

Katerina abre el baúl. Salen Angélica y Gía, mojadas y con el salvavidas y la gorra de capitán puestos.

ABUELO: ¡Gía! ¡Nena! ¿Estás bien? Angélica, ¿qué hacían ahí?

Katerina está preparada para arrebatarse la gorra a Gía.

ANGÉLICA: Esa muller está luca.

KATERINA: (*A Gía.*) ¡Eso era del capitán! ¡Ahorra es de Katerina! (*Gía se escabulle con la gorra puesta. Corre alrededor de la mesa y Katerina la persigue.*) Ven aquí, mocosa malcriada, ladrona. ¿Dónde encontraste eso?

GÍA: ¡Quiero a Huequito!

ABUELO: ¿Huequito? ¿Qué es esto, gobernanta?

Angélica sale y regresa con un balde lleno de agua.

ANGÉLICA: ¡Señor, agáchese! (*Le arroja el agua a Katerina en la cara. La gobernanta cae en el proscenio. Mira al público y se pone a llorar con desconsuelo. Se descubre un agujero en su pecho. El Abuelo se le acerca, cauteloso. Angélica, a Gía, en susurros.*) Mi niña, mira.

ABUELO: Katerina... ¿Me escucha?

KATERINA: (*Abatida.*) Quiero la gorra.

GÍA: Primero que me dé a Huequito... ¿Por favor?

La gobernanta suspira y, con desdén, saca el anillo de papa de un bolsillo. Durante el intercambio, las plantas de hijolusa que brotaron en el baúl se extienden e invaden toda la cocina, enredándolos a todos con voracidad, como una enorme serpiente alrededor de su presa. La tormenta se apacigua y sale el sol. La hijolusa detiene su crecimiento. En uno de los brotes nuevos, está el anillo de papa y de él brota una hermosa flor blanca.

ANGÉLICA: ¡Uh, buen! Dadas las circunstancias, nu nus que-

da ultra que aclarar ciertas cosillas...

ABUELO: Eso digo yo.

KATERINA: Katerrina está incómoda.

ANGÉLICA: ¡Ay, no me diga! Angélica, sin embargo, está disfrutando mucho del apretón... ¡Ja!

KATERINA: ¡Está muy cerrrrca, coninerrra! ¡Me molesta!

ANGÉLICA: A mí me encanta su alientu a pescadu pasadu, viú.

KATERINA: ¿Y qué quierrrre que haga, cocinerrra?

ANGÉLICA: ¡Cierre la boca!

ABUELO: ¡Gobernanta!

KATERINA: ¡Ja!

ABUELO: ¡Cállese! ¡Cooperemos, por favor! Veamos el lado positivo... Estamos todos bien, ¿no?

ANGÉLICA: Hable pur *osté*...

ABUELO: Shhh. ¿Y mi nieta? Gregoria, hija, ¿dónde estás?

Gía, que quedó tapada por las plantas, responde, tímidamente, desde la maraña de brotes y hojas.

GÍA: Aquí, abuelo.

ABUELO: Hija mía, te quiero mucho, ¿sabés?

La nena se esfuerza por abrazarlo entre el nudo de plantas. Todos se quejan por el apretón. Con el movimiento, Gía se desenreda y cae dentro del nudo.

ABUELO: ¿Gía? ¡Gía!

GÍA: Acá. Afuera.

KATERINA: ¡Perrfecto! El hacha, ve a buscarr el hacha que está en la valija grrande de Katerrina.

Todos la miran, extrañados.

KATERINA: ¿Qué? Soy mujerr prrecavida. ¡Vel! ¡Rápido, niña!

ANGÉLICA: ¡No! Es una planta preciosa... Y hace ratu que nada florece aquí...

Gía piensa. Con ingenio, desenreda el nudo de brotes para liberar a todos.

ANGÉLICA: ¡Gracias, mi niña! (*A todos.*) Creo que ahora deberíamos trasplantarla. Hay sol afuera.

KATERINA: ¡Ja! ¡Sol! A Katerrina le fascina el sol y la huertra.
¡Tierra firmme! ¡Qué buena idea tuviste, cocinerra!

ABUELO: ¿Planta de qué es esto?

KATERINA, ANGÉLICA Y GÍA: ¡De papa!

De la planta brotan más pimpollos, revelando hermosas flores blancas de hijolusa.

ABUELO: Entonces, vamos a plantarla en la huerta, pero...

KATERINA: Primero, señor, hay que arrancarla.

ANGÉLICA: Tranquila, muller. Guarde sus fuerzas para el lo-queru.

KATERINA: Cuando hay sol, Katerrina tiene mente despejada, cocinerra.

ANGÉLICA: ¡Así que dependemus del buen tiempo, numás!

ABUELO: Angélica tiene razón. Si quiere continuar en esta casa, usted también deberá cambiar ciertas cosas.

KATERINA: ¡Sí, señorr! ¡Mi capitán! ¡Señorr!

ABUELO: Empezando por calmarse, ¿sí?

KATERINA: Tengo la solución. (*Toma el baúl y con fuerza lo saca de la cocina, llevándose con él la plantas de hijolusa. Quedan en el piso el anillo de papa florecido, algunas hojas y flores. Katerina grita desde afuera.*) ¡Vamos! Niña, ¡ven! ¡Las plantas calman a Katerrina!

Gía mira a Angélica y al Abuelo.

ABUELO: ¡De todas formas, visitará al médico! ¿Me oye?

KATERINA: ¡Ja, señor! Niña, ayúdame. Se nota que esta plantita ya eligió donde quiere echarr raíces. (*Se ríe, frenéticamente.*)

El Abuelo asiente y Gía sale detrás de Katerina. Antes, corre a abrazar al Abuelo y después a Angélica. Se lleva la gorra de capitán con ella.

ANGÉLICA: Despreocúpese, señor. Si enloquece, yo sé cómo calmarla.

Le señala el balde.

ABUELO: (*Asiente.*) ¿Qué haría sin usted, Angélica? ¡Gracias!

ANGÉLICA: Señor... ¿Qué no haría *ió* por mi familia?

ABUELO: ¡Vamos! Hay mucho que hacer, ¿no cree?

ANGÉLICA: Es ciertu, señor. (*Toma con cuidado el anillo de papa y lo observa.*) En este barcu florecido, aunque llueve, truene o si el sol lo ilumina, nadie abandonará su puesto.

ABUELO: Siempre unidos hasta llegar a puerto, Angélica.

ANGÉLICA: (*Imitando el acento de Katerina.*) ¡SÍ, MI CAPITÁN!

Salen. Un brote nuevo emerge del suelo, en el centro del espacio, y se abre una flor blanca de hijolusa.

¿Ya llegamos?

Anabel Ares
(Argentina)

Personajes:

DIANA

TEO

VOZ DE LA MADRE

VOZ DEL PADRE

Escena I

Luz cálida de mediodía. Dos niños, de entre ocho y diez años, están sentados en el asiento trasero de un auto. Entre medio de ellos, hay varios juguetes. Tienen los cinturones de seguridad puestos. En los laterales, en diagonal, hay dos paneles grandes de vidrio, a través de los cuales Diana mira con cara de aburrimiento. Teo está absorto, jugando con un celular.

DIANA: (*¿A Teo.*) ¿Y? ¿Cuándo es mi turno?

TEO: Pará. Todavía falta.

DIANA: No, ya pasó media hora. Me toca a mí. (*Se estira para sacarle el celular.*) ¡Dale! ¡Dámelo!

TEO: (*Se aparta, evita que le saque el celular.*) No. Te dije que falta. Aparte, estoy en la mitad de una misión.

DIANA: (*Ofuscada.*) Sí, si siempre estás por la mitad de una misión... Ni que fueses Batman.

TEO: En todo caso, Spiderman. Sabés que no me gusta Batman.

DIANA: Es lo mismo. ¡Siempre tenés un pero para no dármelo!

TEO: (*Sigue jugando mientras discute, la mira de reojo.*) ¡Pará, tonta!

DIANA: (*Grita mirando al frente.*) ¡Mamá! ¡Me dijo tonta!

VOZ DE LA MADRE: Teo, ¿qué te dije? No trates así a tu hermana.

TEO: Si no le dije nada a ella, se lo dije a Lancelot, que me estaba matando.

DIANA: (*Haciéndole burla.*) Se lo dije a Lancelot... Habla con muñecos.

TEO: (*Le tira un peluche.*) ¿¡Qué decís!? ¡Si vos no entendés nada!

DIANA: ¡Basta!

TEO: Hablo con el jugador que tiene como avatar a Lancelot... ¿Vos con quién hablás? ¿Con Barbie?

DIANA: No me gusta Barbie. Ni las muñecas en general, lo sabés. Solo me lo decís porque soy mujer.

TEO: Bueno, mujer, mujer no sos...

DIANA: ¡Mamá!

TEO: ¡Pará! ¡Cómo te gusta que me reten! Lo digo porque sos una chiquita.

DIANA: No soy tan chica.

TEO: ¡Claro, por eso dormís con la luz prendida!

DIANA: ¡En ese caso, vos tampoco sos un hombre! Mucho Spiderman, mucho Spiderman, pero bien que no hacés nada solo. Para todo, mamá te tiene que ayudar. ¡Hasta te tiene que mandar a bañar!

TEO: ¡Calláte! ¿Qué sabés, vos?

DIANA: Sé que sos un sucio.

TEO: ¡Mamá!

VOZ DE LA MADRE: ¿Qué pasa ahora?

TEO: Me dijo “sucio”.

VOZ DE LA MADRE: ¿La pueden cortar los dos? Basta de decirse esas cosas.

DIANA: ¡Buchón!

TEO: Vos me buchoneaste antes y ni siquiera te hablaba a vos, así que estamos a mano.

DIANA: Bueno, ¿me dejás, entonces?

TEO: A ver, ¿para jugar a qué?

DIANA: No tengo por qué decirte.

TEO: (*Sigue jugando.*) Bueno, entonces no te lo doy.

DIANA: Dale. Ya sabés que me gustan los juegos de ingenio.

TEO: (*Se ríe mientras sigue jugando.*) Claro, porque sos muy inteligente, ¿no?

DIANA: Sí, soy muy inteligente.

TEO: (*Grita mirando el celular.*) ¡No!

DIANA: ¿Qué pasa? ¿Te mató Lancelot?

TEO: No. ¡Se colgó justo cuando estaba en una batalla importante!

DIANA: Ah, cierto que eras un superhéroe y estabas en una misión.

TEO: Basta, que no sé qué pasó.

DIANA: Estamos en la ruta y no hay buena conexión.

TEO: ¿Qué decís? (*Mira hacia el frente, grita.*) ¡Papá! Tu celular se truló. Perdí la jugada.

VOZ DEL PADRE: Estamos en la ruta, Teo. No hay buena conexión.

DIANA: ¿Qué te dije?

TEO: ¡Calláte! (*Al Padre.*) Pero voy a perder un montón de puntos...

VOZ DEL PADRE: No te puedo ayudar con eso. Tampoco te viene mal cortar un poco.

TEO: No. Me aburro, no tengo nada para hacer. ¿Cuándo llegamos?

VOZ DEL PADRE: Todavía falta. Jugá con tu hermana.

TEO: (*Para sí, ofuscado.*) ¡Sí! ¡Qué bien! ¡Qué divertido!

DIANA: Yo tampoco quiero jugar con vos.

TEO: Bueno, qué bien, ¡estamos de acuerdo!

DIANA: (*Ofendida.*) Sí, claro que estoy de acuerdo.

Cada uno mira por su lado de la ventana, en silencio.

Escena II

La luz se vuelve un poco menos intensa, indica que ya pasó el mediodía. Diana y Teo siguen en la misma posición que en la escena anterior.

DIANA: ¡Un conejo!

TEO: ¿Qué?

DIANA: Que esa nube tiene forma de conejo. (*Señala su lado de la*

ventana. Teo se asoma.) ¿Ves?

TEO: No, nada que ver. En todo caso, se parece a un pato.

DIANA: (*Se para y, con un fibrón, dibuja en la ventana.*) Mirá, así, tienen las patitas ahí. la cola, las orejas... ¿Lo ves?

TEO: No sé, puede ser. Un poco deforme, igual...

DIANA: ¿¡Y qué querés!¿ ¡Es una nube, no un conejo de carne y hueso!

TEO: A ver qué tengo yo. (*Se asoma a su ventana. Decepcionado.*) Ah, no tengo nada. ¡Todas nubes con forma de nube, nomás!

DIANA: (*Se asoma.*) Tenés una mariposa.

TEO: ¿Dónde?

DIANA: ¿Cómo? ¿No la ves?

TEO: (*Riéndose.*) ¡Qué la voy a ver, si no hay nada ahí!

DIANA: Es que, si no te aparece en un jueguito, no ves nada, vos.

TEO: Bueno, ¡al menos no invento cosas!

DIANA: (*Dibuja en el vidrio.*) Acá las alas, acá las antenitas. ¿Ves?

TEO: (*Toma el fibrón, escribe.*) Sí. Y acá dice que sos una loca.

DIANA: (*Grita.*) ¡Ma...!

TEO: (*Le tapa la boca.*) ¡Calláte!

DIANA: Bueno, me callo si me contás una historia.

TEO: ¿Estás loca?

DIANA: ¿De nuevo con lo mismo?

TEO: Bueno, pero yo no sé historias.

DIANA: ¿No estabas aburrido?

TEO: Sí, pero esto no me divierte. Yo quería jugar.

DIANA: Ya sé, pero no podés. ¿Preferís mirar las vacas y el maíz?

TEO: (*A los padres.*) ¿Ya llegamos?

VOZ DE LA MADRE: No, Teo. Falta todavía.

TEO: (*Resignado, se hunde en el asiento. Piensa unos segundos.*) Es que no sé ninguna historia. Eso es de chicos.

DIANA: Cierto. Me había olvidado de que yo era una chiquitita y que vos eras un hombre mayor.

TEO: ¡Qué boba que sos!

DIANA: Ma...

TEO: Shhh. ¡Cortála!

DIANA: Si me contás una historia, no digo nada, ya te dije.

TEO: Es que no...

DIANA: (*Interrumpiéndolo.*) ¡Y si no sabés ninguna, inventá!

TEO: Es que no sé. Ni sé por dónde empezar...

DIANA: Hagamos así: yo te digo palabras y vos las tenés que incluir en la historia, ¿dale?

TEO: ¿Qué me vas a decir? ¿Princesas, unicornios y ositos?

DIANA: Tampoco me gustan las princesas, salvo las que son guerreras. Prefiero los caballos a los unicornios, porque son reales... Y osos puede que te pida que aparezcan, porque amo a los animales y, cuando sea grande, voy a ser una veterinaria rescatista.

TEO: (*Haciéndose el dormido, bostezando.*) ¿Terminaste?

DIANA: Por ahora, sí. Pero te toca empezar con tu cuento. (*Se levanta y escribe en el vidrio, a medida que pronuncia las palabras.*) A ver... Dinosaurios... Aventura... Investigación y... ¡osos!

TEO: ¿Viste que ibas a incluir osos?

DIANA: Sí. Dale, ¡empezá!

TEO: Bueno, esperá. Tengo que pensar...

Silencio por unos segundos.

DIANA: ¿Y? ¡No es tan difícil!

TEO: Bueno, ¡hacelo vos entonces!

DIANA: ¡No! ¡Te lo pedí a vos!

TEO: (*Desganado, sin saber por dónde empezar.*) Bueno, este... Estaban los dinosaurios...

DIANA: Sí... ¿Y qué pasa?

TEO: Había dinosaurios de todos los tamaños... Y colores. De los grandes y de los más chicos. De esos que comían carne...

DIANA: (*Lo interrumpe.*) Carnívoros.

TEO: Sí. Y de los que solo comían hojitas.

DIANA: (*Interviene.*) Herbívoros se llaman.

TEO: Bueno. Y de esos, herbívoros... (*De nuevo, duda.*) Y estaban ahí... Los carnívoros se comían a los de las hojitas...

DIANA: ¡Herbívoros!

TEO: (*Ofendido.*) ¡Bueno, ya está! ¡No sigo más!

DIANA: No, dale, seguí.

TEO: (*Hablando hacia adelante.*) Papá, ¿ya llegamos?

VOZ DEL PADRE: No, Teo. Todavía falta. ¡Hace cinco minutos me preguntaste!

TEO: Uf. (*Se sienta, fastidiado, y se cruza de brazos.*)

DIANA: ¡Dale, Teo!

TEO: No. No quiero seguir.

DIANA: ¡Si casi ni empezaste!

TEO: Igual. Ya me aburrí.

DIANA: Pero pensá. Imaginate qué podría pasar con esos dinosaurios...

TEO: Ya dije: unos se comían a otros.

DIANA: Sí, pero imaginate que, no sé, fuese una película. Tiene que pasar algo más, ¡sí no el público se duerme!

TEO: ¿Una película?

DIANA: Claro.

TEO: (*Se levanta de repente, entusiasmado.*) ¡Ya sé! En el presente, se hace un parque de diversiones con dinosaurios... Con dinosaurios reales. Fueron clonados a través del ADN que encontraron conservado en mosquitos prehistóricos...

DIANA: Pero...

TEO: Shhh. Pará, que recién empiezo. Uno de los clonadores es atacado por los dinosaurios. Entonces, un equipo de investigadores (*Señala la palabra “investigación” escrita por Diana en el vidrio.*) va al parque a averiguar si es seguro, antes de la apertura al público...

DIANA: Pero...

TEO: (*Interrumpiéndola.*) Entonces, se empiezan a dar una serie de aventuras, donde los dinosaurios atacan al equipo de investigadores y a su familia. Sí, algunos van con su familia. Y los persiguen por el parque, que es una recreación de cómo era el mundo en ese entonces, lleno de árboles altísimos, plantas que ya ni existen, montañas con grandes picos...

DIANA: ¡Basta!

TEO: (*Sorprendido.*) Ah, cierto, perdón. Me olvidaba de los osos. También clonaron algunos osos de especies extintas. (*Señala la palabra “oso” escrita en el vidrio.*) ¡Listo!

DIANA: No, eso no.

TEO: ¿No querías que aparecieran osos en tu historia?

DIANA: Sí. ¡Pero me estás contando la trama de *Jurassic Park*!

TEO: (*Reflexivo.*) ¡Ah! De algún lugar me sonaba lo que estaba diciendo.

DIANA: Sí. ¿Ni cuenta te diste de que estabas contando algo que ya habían contado?

TEO: La verdad que no... Pero tenés que admitir que lo de los osos no estaba.

DIANA: No, pero no puede ser que no puedas imaginar algo tuyo. Digo, que nazca de tu propia fantasía.

TEO: Sí que puedo hacerlo.

DIANA: Bueno, ¿y entonces por qué no lo hacés?

VOZ DE LA MADRE: Chicos, vamos a parar a comer algo y

para que vayan al baño.

TEO: Porque... ¡El que baja primero gana!

Teo sale corriendo. Diana lo mira con fastidio.

Escena III

Luz anaranjada, de atardecer. Teo, con el celular en la mano, moviéndolo en distintas direcciones tratando de hallar señal. Diana escribe en un cuaderno.

TEO: (*Haciendo ruidos y gestos de fastidio. Después, entusiasmado.*) ¡Ahí va, ahí va...! ¡Sí, sí, sí! (*Frustrado.*) ¡No!

DIANA: ¿Podés dejar de gritar?

TEO: Es que estaba enganchando y se me colgó de nuevo...

DIANA: Bueno, pero no molestes.

TEO: (*A los padres.*) Pa, ¿y ahora? ¿Ya llegamos?

VOZ DEL PADRE: No, Teo.

TEO: Pero, ¿cuánto falta?

VOZ DEL PADRE: No sé. Depende del tráfico. ¿Por qué no...?

TEO: (*Imitándolo, termina la frase.*) ¿Jugás con tu hermana?

VOZ DEL PADRE: Claro.

TEO: Claro, prefiero no hacer nada, entonces.

Teo se cruza de brazos. Diana sigue escribiendo, parece entretenida, lanza una risita cada tanto. Él la observa de reojo. Cada vez muestra más interés.

TEO: ¿Y se puede saber qué estás haciendo? ¿Qué es tan divertido?

DIANA: (*Tapa el cuaderno, para que Teo no vea qué escribe. Él se asoma.*) No te importa.

TEO: No, no me importa, pero me molesta que te rías.

DIANA: ¿Por qué?

TEO: Porque parecés tonta riéndote de un papel.

DIANA: No me río de un papel. Me río de lo que está en él, que

no es lo mismo.

TEO: Bueno, no importa. ¿Y qué es?

DIANA: Ya te dije, no... (*Teo le saca el cuaderno.*) ¡Dámelo!

TEO: (*Mientras se mueve para que Diana no le saque el cuaderno, lee.*)
Toda aventura empieza por un viaje... (*Riéndose.*) ¿Qué es esto?

DIANA: ¿Me lo podés dar?

TEO: (*Signe leyendo.*) Hay viajes fantásticos, otros más reales, pero de todos se aprende algo...

DIANA: Está bien. ¡¡¡Mamá!!!

VOZ DE MADRE: ¿Qué pasa, Di?

DIANA: Teo me...

TEO: (*Interrumpiéndola, le pone el libro entre las manos.*) Nada. Se queja porque me moví.

DIANA: (*A Teo.*) Sí, porque te moviste, ¿no?

VOZ DE LA MADRE: Bueno, Di. Tené un poco de paciencia, ya vamos a llegar...

DIANA: Pero es men...

TEO: (*Sobreponiéndose, entusiasmado.*) ¿Ya vamos a llegar?

VOZ DE LA MADRE: Bueno, ya, ya, no. Es una forma de decir.

TEO: Uf.

Diana vuelve a concentrarse en el cuaderno. Escribe. Silencio. Teo la vuelve a observar de reojo.

TEO: Bueno, ¿y eso que escribís qué es?

DIANA: Una tarea.

TEO: ¿Estás haciendo una tarea?

DIANA: Sí. Tenemos que llevar escrito para la primera clase que hicimos en las vacaciones.

TEO: Si ni siquiera llegamos a la playa.

DIANA: No, pero estamos yendo. Y el viaje es parte de las va-

caciones.

TEO: Pero si no estamos haciendo nada interesante.

DIANA: ¡Hablá por vos! ¡Yo sí!

TEO: ¿Sí?

DIANA: Sí. (*Tras dudarlo unos segundos.*) Si querés te explico...

¡Pero no podés reírtel!

TEO: Bueno.

DIANA: No. ¡Prometelo!

TEO: ¿Es necesario?

DIANA: Sí, si no, no te cuento.

TEO: Bueno, está bien. Te lo prometo.

Diana deja el cuaderno en un costado. Se levanta y señala la ventana.

DIANA: Bueno, para mí, el viaje ya es una forma de aventura.

¿Ves los carteles a los costados de la ruta?

TEO: Sí, pero, ¿qué tienen de divertido?

DIANA: Que las imágenes me hacen imaginar cosas, como si hubiese una historia detrás.

Teo comienza a reírse. Diana se sienta, ofendida.

TEO: Dale, seguí.

DIANA: No. Me prometiste que no te ibas a reír.

TEO: Está bien, tenés razón. Es que no entiendo lo que decís.

DIANA: (*Vuelve a pararse.*) Bueno, pero si te reís otra vez, ya no sigo.

TEO: (*Le extiende la mano.*) ¡Trato hecho!

DIANA: (*Tras darle la mano.*) Bueno, esperá que aparezca algún cartel y te digo. (*Le señala su lado de la ventana.*) ¡Fijate ahí!
¡Yo me fijo de mi lado!

Cada uno observa por unos segundos a través de su ventana.

TEO: ¡Ahí viene uno! ¡Vení!

DIANA: (*Se asoma, lee.*) Disfrutá de todo lo que la provincia tiene

para dar.

TEO: Sí, y hay gente bañándose en un río.

DIANA: Perfecto.

TEO: No hay mucho que imaginar ahí.

DIANA: Sí, tomá eso que pasa y agregale algo de humor.

TEO: ¿Cómo?

DIANA: *(Toma el celular que estaba usando Teo y que quedó a un lado, en el asiento.)* Mirá, vamos a suponer que yo soy la fotógrafa. Va a estar el mismo mensaje: “Disfrutá de todo que la provincia tiene para dar”. Y tiene que haber una imagen tuya, bañándote en el río, pero pasa algo que la hace graciosa.

TEO: ¿Como que me resbalo con las piedras?

DIANA: ¡Claro! A ver, hacelo.

Teo empieza a posar. Hace como que se está por caer de forma ridícula. Ella le saca fotos con el celular, mientras se ríe.

DIANA: Ahora, imaginate que es una secuencia de... terror.

TEO: ¡Aparece un tiburón que me persigue!

DIANA: ¿Un tiburón en un río?

TEO: Bueno, es mi creatividad. Aparte, vos misma escribiste que hay viajes fantásticos.

DIANA: Está bien. Tenés razón.

Teo posa como si estuviese escapando. Hace poses y caras graciosas. Diana se ríe entre foto y foto.

DIANA: *(Mirando las fotos, se tienta.)* ¡Mirá la cara que pusiste acá!

TEO: ¡Y sí, si estaba persiguiéndome un tiburón!

DIANA: *(Levanta la vista hacia su ventana, señala.)* ¡Mirá! ¡Ahí hay otro que está bueno!

Miran.

TEO: *(Lee.)* Que estas vacaciones Calzados Richmon te acompa-

ñen a los mejores lugares.

DIANA: (*Se levanta y se cambia las sandalias de pie.*) Y tiene los zapatos al revés.

TEO: O están todos embarrados, porque entra en un pantano...

DIANA: O está entrando en el dentista.

TEO: Peor aún, está yendo a la escuela.

DIANA: Pero ir a la escuela es lindo.

TEO: ¿Tan nerd ibas a ser?

DIANA: (*Señala.*) ¡Mirá! ¡Ahí hay otro!

TEO: (*Se asoma y lee.*) Pagar es contribuir... Ese no es muy divertido.

DIANA: No. Busquemos otro.

TEO: ¡Ahí! (*Lee.*) Siempre alentando a nuestra selección. Y la Pulga festejando. (*Se levanta la remera como celebrando un gol.*)

DIANA: Bueno, ¿pero qué se te ocurre ahí?

TEO: Que yo soy Messi.

DIANA: Ah, ahí se te ocurrió algo gracioso.

TEO: ¿Por qué?

DIANA: Porque jugás muy mal.

TEO: ¡¡Mamá!!

DIANA: Shhh.

TEO: Aparte, como si vos jugaras bien.

DIANA: Sí. En el club soy la número diez.

TEO: ¿Qué club?

DIANA: Al club que voy todos los martes y jueves.

TEO: Pensé que ibas a danza.

DIANA: No. Voy a fútbol. Y lo decís solo porque soy mu...

TEO: (*Interrumpiéndola.*) Porque sos nena.

DIANA: Bueno, por eso.

Se oye un sonido que indica que el teléfono está captando señal. Teo lo toma rápido.

TEO: ¡Sí! ¡Volvió la señal!

DIANA: Pero estábamos...

TEO: Tengo que volver a la misión y destruir a Lancelot.

Diana lo mira, decepcionada. Se vuelve a colocar bien las sandalias y escribe en el cuaderno. Se escuchan, de fondo, los sonidos del juego de batalla.

Escena IV

Luz con matiz más azulado, propia del atardecer entrando en la noche. Teo y Diana duermen. Teo se despierta, sobresaltado. Al moverse, despierta a Diana.

DIANA: (*Adormecida y fastidiada.*) ¿Qué hacés?

TEO: Nada. Me desperté.

DIANA: ¿Y tanto movimiento tenés que hacer para despertarte?

TEO: No entendés nada vos.

DIANA: Y no, estaba dormida...

TEO: Es que estaba en una batalla.

DIANA: ¿Ves? ¡De tanto jugar a ese jueguito se te quemó la cabeza!

Le da la espalda y se acurruca para volver a dormir. Teo le toca el hombro.

TEO: No. Fue muy loco. Estaba en una batalla, pero no del juego.

DIANA: (*Aún molesta.*) Bueno, después me contás.

TEO: Mirá que había osos...

DIANA: (*Empieza a escucharlo, interesada.*) ¿Lo decís para que te preste atención?

TEO: No, pero no hubiese sido una mala estrategia... Había osos-máquinas gigantes. (*Se incorpora, emocionado.*) También dinosaurios que atravesaban la ruta y, en el medio, aparecía

la selección de fútbol... ¡Un flash!

DIANA: (*Cada vez más atenta.*) Pará. ¡Entonces soñaste con todo de lo que estuvimos hablando!

TEO: (*Cayendo en la cuenta.*) Ah sí, puede ser...

DIANA: ¡Es así! A ver ¿te acordás qué pasaba?

TEO: (*Duda, trata de recordar.*) Mmm... Al principio, creo que era como esto... Que estábamos acá... (*Más seguro.*) Sí, sí, era así. Estábamos acá sentados, dormidos, como hace un rato, cuando siento un ruido...

DIANA: ¿Qué tipo de ruido?

TEO: (*Riéndose.*) Creo que era el ruidito que hace el teléfono de papá cuando engancha señal.

DIANA: ¡Qué raro! ¡Hasta en los sueños estás obsesionado con el jueguito!

TEO: Sí, sí, pero no termina ahí. No va que miro el celular de papá para conectarme y estaba apagado... Ahí creo que vos te despertabas, me señalabas la ventana y me decías: “El ruido viene de ahí”. Entonces, me doy vuelta para mirar y hay un cartel enorme con un dinosaurio...

DIANA: ¿Qué tipo de dinosaurio?

TEO: Y yo qué sé. Un dinosaurio verde, grande. No se veía muy amigable. Seguro era de los peligrosos.

DIANA: Carnívoro, entonces.

TEO: Bueno, carnívoro... ¿Sigo o me vas a seguir cortando todo el tiempo?

DIANA: (*Enganchada con el relato.*) Dale. Está bien. Seguí, seguí. ¿Qué pasó entonces?

TEO: Bueno, estoy ahí, mirando el cartel, y vos me decís: “Se está moviendo”. “¿Qué cosa?”, te digo. Y cuando me doy vuelta para contestarte eso, veo que estás con un traje raro...

DIANA: ¿Raro cómo?

TEO: No sé, medio como un mono entero de aviación... Tenía muchos bolsillos y como condecoraciones. Era todo rosa.

DIANA: ¿Rosa? No me gusta el rosa. Mi color favorito es el verde.

TEO: Bueno, ¿qué querés? ¡Lo soñé así!

DIANA: ¡Seguro lo soñaste así porque pensás que a todas las nenas nos gusta el rosa!

TEO: (*Fastidiado.*) Bueno, ¿querés que siga o no?

DIANA: Sí, dale. Pero la próxima poneme un traje verde.

TEO: Está bien... ¿En qué estaba?

DIANA: Traje rosa.

TEO: Ah, sí. Entonces, me miro el cuerpo y también tengo ese traje, como de aviador.

DIANA: ¿Era rosa?

TEO: No, era azul.

DIANA: ¡Típico!

TEO: (*La ignora y continúa.*) Ahí me decís de nuevo: “Mirá, se volvió a mover”. Entonces, yo miro hacia el cartel, y ¡el dinosaurio se estaba moviendo, como queriendo salir del cartel!

DIANA: ¿Y gruñía?

TEO: (*Imita al dinosaurio.*) Sí, eso. Estaba gruñendo y movía la cabeza, al mismo tiempo que mostraba los dientes.

DIANA: Guau, qué miedo...

TEO: Sí. Ya la cabeza se había despegado del cartel y la mitad del cuerpo también... Y miraba fijo nuestro auto, como que nos quería atacar. Vos llorabas, pero yo te dije: “No te preocupes, te voy a salvar”. Entonces, agarré mi pelota de fútbol. (*Se para arriba del asiento y pateo una pelota imaginaria en dirección al cartel.*) Y la pateé con todas mis fuerzas contra el dinosaurio...

VOZ DEL PADRE: Teo, ¿qué hacés ahí? ¿Te podés sentar?

TEO: (*Se sienta y continúa el relato desde el asiento.*) Bueno, entonces, cuando le pateo la pelota al dinosaurio, se escucha fuerte: “¡Goooooooool!”. ¡Y no va que empieza a aparecer al lado del dinosaurio toda la selección celebrando el gol conmigo!

DIANA: Pero, ¿vos estabas en el auto?

TEO: Sí.

DIANA: ¿Y ellos afuera?

TEO: Sí, pero en un momento estaba como adentro y afuera al mismo tiempo... O sea, estaba sentado acá, pero también estaba festejando con ellos.

DIANA: No tiene lógica eso.

TEO: Los sueños no tienen lógica. Son lo que son.

DIANA: Bueno, pero, ¿dónde estaba yo en ese momento?

TEO: ¡Qué sé yo!

DIANA: Pero me dijiste que estaba.

TEO: Ya vas a volver a aparecer, pero en ese momento no estabas...

DIANA: Bueno, ¡seguí, entonces!

TEO: ¡Es que me hacés perder!

DIANA: Bueno, ya me callo. Estabas en el festejo del gol.

TEO: Ah, sí. Estaba ahí, festejando el gol con toda la selección. Había aplausos, cornetas de fondo, gritos, de todo, hasta que... (*Pone cara de preocupación, recreando el suspenso en su relato.*) Hasta que se deja de escuchar el festejo y se oye el rugido nomás... Entonces, me doy vuelta y veo que el dinosaurio se los estaba comiendo a todos.

DIANA: ¿A toda la selección de fútbol?

TEO: Sí. Se estaba tragando al último jugador cuando me di vuelta. Solo se le veían las piernas y los botines asomando entre los dientes.

DIANA: Ahí queda confirmado que era carnívoro.

TEO: Entonces, ahí aparecés vos...

DIANA: (*Entusiasmada.*) Sí, ¿y qué estoy haciendo?

TEO: ¡Menos mal que no me ibas a interrumpir más!

DIANA: ¡Es que me hiciste desaparecer y quería volver a entrar en la historia!

TEO: (*La corrige.*) Sueño.

DIANA: Bueno, dale, ¡seguí!

TEO: Ahí vos me decís, sorprendida: “¡Mirá, es un oso!”. Yo te digo: “¿De qué hablás? ¿Te parece que es momento para esto?”. Pero vos me decís: “Te estoy diciendo que el auto se convirtió en un oso”. Entonces, no sé muy bien cómo pasó, veo que el auto es una especie de oso que empieza a desplegarse como si fuera...

DIANA: (*Emocionadísima.*) ¡Un *transformer*!

TEO: Sí, y ahí me doy cuenta de que nosotros estábamos adentro del auto, así vestidos, porque yo era el conductor que iba a salvarnos del dinosaurio combatiendo con el oso-máquina...

DIANA: ¿Y yo qué hacía?

TEO: Nada, estabas ahí.

DIANA: Si no hacía nada, ¿por qué estaba vestida con esa especie de uniforme... rosa?

TEO: Bueno, eras mi copiloto. ¿Contenta?

DIANA: No, no, ya sé. ¡Yo analizaba los puntos débiles del dinosaurio enemigo y diseñaba la estrategia de ataque!

TEO: (*Cansado de las interrupciones, cede.*) Sí. Hacías eso.

Escena V

Luces de color rojo intenso. Simulación de una cabina de operaciones dentro del oso-máquina. Teo y Diana se internan en el relato, lo vivencian. Diana saca de su mochila unos auriculares, se los coloca y los conecta a una tablet

que tenía guardada. Adopta una expresión seria, como si estuviese en una misión importante. Teo saca un joystick de su mochila, adopta la misma expresión concentrada de Diana. Sonido de alarma.

DIANA: Comandante T., registramos una alerta roja en el sistema. El enemigo se está aproximando.

TEO: Puedo lanzarle el Misil-infernal-90. Es lo más potente que tenemos.

DIANA: No, eso no sería prudente. Hay que evitar más bajas, comandante, ya perdimos a la selección completa de fútbol. Estamos en enero y hay mucha gente yendo a la costa. Es riesgoso, podría alcanzar otros objetivos.

TEO: ¿Qué margen de acción tenemos, camarada D.?

DIANA: Muy reducido. El enemigo aún está entretenido terminando de comer a su última víctima, pero no falta mucho para que se dirija hacia nosotros. Lo positivo es que después de la digestión sus movimientos serán más lentos en un 23,4%.

TEO: Sí, pero, de todos modos, no podemos confiarnos en esa única variable.

DIANA: No. Lo conveniente es alejarnos de la ruta, así lo llevamos a campo abierto y tenemos mejores posibilidades de ataque.

TEO: Perfecto. Comencemos el desplazamiento.

DIANA: Eliminando equipos de reservas.

TEO: (*Mientras presiona los botones de su joystick.*) Copiado.

DIANA: Estableciendo las coordenadas para el giro de noventa grados.

TEO: Copiado.

DIANA: La posición ya es la adecuada.

TEO: Entonces, comencemos internación en el campo.

Comienzan ambos a moverse, oscilantes, como si estuviesen caminando dentro de una gran máquina.

DIANA: El objetivo está observando nuestro desplazamiento.

TEO: Avancemos un poco más. Aún estamos cerca del flujo turístico.

DIANA: Entendido, comandante T.

Tropiezan con algo.

TEO: ¿Qué sucede, camarada D.?

DIANA: Ya le confirmo. Estoy activando los sensores bajos.
(*Realiza una serie de operaciones con la tablet.*) Comprendido.
Nos topamos con las pilas de huesos de los jugadores.

TEO: Recalculemos el trayecto, entonces. (*Comienza a sonar una alarma.*) ¿Qué sucede?

DIANA: El enemigo está más cerca. Cree que le queremos robar sus huesos. Tenemos que incrementar la velocidad.

Teo hace unos movimientos con el joystick y la oscilación es mayor a causa del movimiento.

VOZ DEL PADRE: Perdón, chicos, es una zona de ripio. Ya se va a terminar... ¿Chicos?

VOZ DE LA MADRE: Dejálos. Están tranquilos.

DIANA: Se escuchan unas interferencias sonoras.

TEO: Deben ser sus aliados, que le indican la estrategia.

DIANA: Rápido. Está a punto de alcanzarnos.

Se mueven en el asiento, como si el oso-máquina que operan hubiese recibido un golpe. En toda la secuencia que sigue, van a corresponder a cada ataque y a cada defensa con un movimiento coordinado en consecuencia.

TEO: Es tarde. Ya nos alcanzó.

DIANA: Garra derecha activada.

TEO: (*Operando con el joystick, hablándole al dinosaurio.*) ¡Tomá! ¿Así querés jugar?

DIANA: Garra izquierda activada.

TEO: ¡Toma una de zurda, maldito!

DIANA: Cuidado, que está abriendo mucho la boca. Se viene un tarascón.

TEO: Esquivado.

DIANA: Patas derechas e izquierda, activadas.

TEO: ¡Y una súper patada en la mandíbula!

DIANA: Lo tenemos. El escaneo de su metabolismo me indica que está agotado.

TEO: Un golpe más y...

La frase es interrumpida por la recepción de un golpe. Vuelve a sonar una alarma.

TEO: ¿Qué fue eso, camarada D.?

DIANA: Tenemos otros dos dinosaurios que nos atacan desde atrás.

TEO: ¿Cómo no saltó en los radares?

DIANA: Estamos en una situación crítica, consumiendo mucha energía en el ataque. La información de los radares llega tarde.

TEO: ¡Maldita sea, estamos perdidos!

VOZ DEL PADRE: Chicos...

DIANA: (*Continúa, sin escuchar. Mira, seria, a Teo.*) A menos que activemos el plan de emergencia.

TEO: (*Le devuelve la mirada con la misma seriedad.*) ¿Está segura, camarada D.?

DIANA: No tenemos otra alternativa, comandante T.

TEO: Procedamos, entonces.

Se escucha el ruido de las turbinas y motores a medida que los van mencionando. El ruido es tan fuerte que terminan gritando.

DIANA: Motores al máximo, activados... Turbinas propulsoras, activadas...

TEO: ¡Rápido! ¡Nos están cercando los tres enemigos!

DIANA: Estoy haciéndolo lo más rápido que puedo, pero perdimos potencia en la primera batalla.

VOZ DE LA MADRE: *(Con tono calmo. No responde a la desesperación que Teo y Diana manifiestan.)* Chicos, ¿escucharon?

TEO: *(Sin escuchar a la Madre.)* Si no vamos a sobrevivir a esto, tengo algo que confesarle, camarada D.

DIANA: Dígame, comadante T.

TEO: Yo le quebré la patita a tu caballo Tony.

DIANA: *(Enojada.)* ¡Lo sabía!

TEO: Bueno, pero fue sin querer.

DIANA: ¿Por qué no lo dijiste en ese momento?

De repente, un nuevo sacudón los hace caer uno encima del otro. Los movimientos tienen algo de coreográfico.

TEO: ¡Estamos perdidos!

DIANA: Adiós, comandante T. Lo absuelvo por lo de la patita de Tony.

TEO: Adiós, camarada D. Fue un placer combatir con usted.

En cuclillas, se abrazan. Se quedan unos segundos así. La luz deja de ser roja y se vuelve blanca.

VOZ DE LA MADRE: Chicos, ¿no escucharon?

Diana y Teo, aún abrazados, miran al frente.

TEO: ¿Qué cosa?

VOZ DE LA MADRE: Ya llegamos.

TEO Y DIANA: *(Mirándose, sorprendidos. Luego, al frente.)* ¿Ya llegamos?

Apagón final.

Siesta

El extraordinario viaje de Juanita

Margarita López Aguilar
(Guatemala)

La Canción de la Espiral es una adaptación de Pamela García con la idea original de Margarita López Aguilar. La canción Continuar Viviendo fue escrita por Pamela García, Ana Jacobo, Ines López y Margarita López Aguilar. La musicalización de ambas canciones es de Pamela García.

Personajes:

JUANITA: una niña de nueve años.

TITO: un niño flaco, serio y alargado de unos ocho años.

LUCAS: hombre de treinta años, padre de Tito.

LOLA: anciana pequeña y tierna.

ALBINO: barquero.

BLANCA

CARMEN

PAPÁ: papá de Juanita.

NELA: abuela de Tito.

RAÚL: abuelo de Tito.

El patio de una casa pobre, en el oriente guatemalteco, después del almuerzo. Hay un pequeño matorral, el piso es de tierra. La vegetación da la impresión de tragarse todo, con la excepción de un círculo por el que se mueven los humanos que, después del almuerzo, se esconden del calor en este lugar, el más fresco de la casa. Suena marimba a lo lejos, de forma que los sonidos de las cigarras y las aves tienen preeminencia. La luz del intenso sol traspasa el follaje y el ambiente tiene algo de verde fantástico. Al fondo, están los dos cuartos de la casa, con su fachada de adobe encalado, y, frente a estos, unas butacas de madera y lazo, usadas y de distinto tipo. Allí están desparramados varios cuerpos haciendo la siesta. Todos sudan. De dos de los árboles más grandes cuelga una hamaca. En ella, está Papá, dormido y sudado. De un lado a otro, como en un laberinto entre las butacas, mesas, hamacas, árboles y matas, juegan varios niños y niñas, que también sudan. Juegan haciendo la medida justa de ruido permitido, para que los adultos no se despierten. Entra Lucas, somnoliento y encorvado. Llama a Tito. El juego se suspende. Los demás niños aguardan un momento y luego siguen jugando. Juanita se queda esperando a Tito, tiene un vestido limpio y nuevo que delata que no es parte de la pandilla de niños.

TTTO: Me voy a ir con mi papá a la toma.

JUANITA: ¿Qué es una toma?

TTTO: Donde toman agua las bestias.

LUCAS: ¿Te querés venir con nosotros?

JUANITA: Mi papá no me da permiso.

LUCAS: Venite. No te va a decir nada y no vas con nosotros, pue.

JUANITA: Mejor le voy a pedir permiso.

Juanita se acerca a Papá. Sentados en las butacas, están Nela y Raúl, abuelos de Tito.

NELA: No vayas a despertar a tu papá. Dejalo descansar, patoja.

RAÚL: Si hasta su marimba puso. Ustedes madrugaron.

NELA: Está cansado, hija. Dejalo descansar. ¡Vos porque sos

patoja no sentiste el viaje!

Tito y Lucas entran y salen sacando cosas: una vieja silla de montar, tecomates, lazos.

JUANITA: Es que me quiero ir con Tito y Lucas, allí a donde ellos van...

NELA: Andate con ellos, pue, si nomás a la toma van. Toman agua los animales y regresan.

JUANITA: (*Duda.*) Mmm...

NELA: Andate, mija, ni la toma conocés. Yo le vua decir a tu papá onde acuerde.

JUANITA: Bueno, tía. (*A Tito y Lucas.*) Sí me voy.

La marimba se deja de escuchar, mientras se alejan por un camino de tierra. Los sonidos del bosque tropical se intensifican. Lucas va delante con dos bestias, Tito y Juanita van unos pasos detrás. El niño y la niña se desplazan de un lado al otro del camino, descubriendo cada piedra, cada árbol, cada rayo de sol que atraviesa el follaje.

TITO: ¿Te gustan las hormigas? A mí me gusta meterlas en un frasco grandote y echarles tierra para que hagan su casa. Quiero conseguir zompopos para criarlos y después comérmelos. ¿Has comido zompopos? Mi mamá los tuesta en el comal y los echa en una tortilla caliente. Son como chicharroncitos. Pero solo hay en mayo o junio, por eso quiero hacer el criadero, para comer cuando yo quiera. ¿Vos te subís a los árboles? Dice mi papá que en la capital no hay árboles.

JUANITA: Sí hay.

TITO: Dice mi papá que no.

JUANITA: Sí hay.

TITO: Entonces, ¿te subís a árboles?

JUANITA: A veces.

TITO: Mentirosa.

JUANITA: Sí, ¡me subí a uno de jocotes!

TITO: Dice mi papá que en la capital no hay jocotes, que todos los llevamos de aquí. Dice que ustedes se morirían de hambre si no fuera por nosotros, que no saben cómo sembrar maíz. ¿Vos sabes tortear? A mí me gustan las patojas que saben tortear.

JUANITA: Estás chiquito.

TITO: Dame un beso.

JUANITA: No.

TITO: Dame un beso.

JUANITA: Le voy a decir a tu papá lo que me estás diciendo.

TITO: Dame un beso.

JUANITA: No.

TITO: Cuando quiera, te voy a robar un beso. Vas a ver.

JUANITA: Te rompo la cara.

Pausa breve.

TITO: Todo esto es manía, mirá. Yo le vine a ayudar a mi papá en la siembra. Si llueve a tiempo, vamos a tener buena cosecha y vamos a hacer pisto.

JUANITA: ¿Eso es de tu papá?

TITO: No, es de otro señor. Mi papá trae la semilla, sembramos, cuidamos la cosecha y todo, pero el terreno es de ese señor. Cuando está la cosecha, mi papá puede agarrar una parte y lo demás se lo da al don. Si no llueve, la cosecha se pierde y mi papá le tiene que pagar el arrendamiento del terreno. Dice mi papá que el don no puede perder. Siempre dice que los que perdemos somos los mismos. Por eso, tiene que llover.

JUANITA: Mi papá también dice así. Los que perdemos somos los mismos.

TITO: Yo no quiero perder.

JUANITA: Yo tampoco.

TITO: Tampoco me quiero morir.

JUANITA: Yo quiero ver qué hay en la muerte.

TITO: Yo vi una película en la que los muertos revivían y...

JUANITA: Eso no puede pasar.

TITO: En la película, los muertos venían para llevarse a los vivos.

JUANITA: Los muertos no pueden revivir, pero pueden venir a visitarnos.

TITO: Sí. También vi una película de fantasmas...

JUANITA: Sí, como fantasmas, pero... ¿Tu abuelita no te contaba historias de la muerte? Como que a veces sentís que no estás solo y...

TITO: ¡No, Juanita! A mí no me gustan esas historias. No me contés esa historia.

JUANITA: Vos te pusiste a hablar de la muerte, no yo.

Pausa.

TITO: Si me besas en la toma, no nos morimos nunca.

JUANITA: Ya vas a empezar otra vez.

TITO: La gente dice que los que se besan en la toma se vuelven inmortales.

LUCAS: (*Hipnotizado, mira hacia arriba, unos metros delante. Grita en seco.*) ¡Patojos! ¡Quédense allí! ¡No se muevan!

TITO: ¡Mirá! Mirá, Juanita, en la rama del árbol.

Tito señala, se suma al momento de hipnosis. Posteriormente, lo hará Juanita. Pausa tensa.

LUCAS: Cállense, no la queremos espantar. No se muevan. Vamos a esperar a ver si se va.

Pausa. Siguen mirando la rama del árbol.

TITO: Está colgando y casi topa en el suelo. ¡Mirá!

JUANITA: Yo nunca había visto una culebra tan grande.

TITO: Yo tampoco.

JUANITA: Una vez, me pasó una culebra enfrente, pero no me hizo nada.

TITO: ¡Ja! ¡Yo, la otra vez, agarré una y me la puse en el cuello!

LUCAS: ¡Callate! A esa culebra bien que le cabés adentro. ¡Tragado te va a hacer!

JUANITA: Los caballos están miedosos...

TITO: No son caballos, son bestias. ¡Nosotros no tenemos caballos!

JUANITA: Están asustados.

TITO: Una vez, en el río, la culebra pasó nadando a la par de donde yo estaba.

LUCAS: ¡Callate!

JUANITA: (*Murmurando.*) ¿Y no te dio miedo?

TITO: (*Murmurando.*) Dice mi mamá que las culebras no son peligrosas, pero que, asustadas, ¡seguro que te muerden!

JUANITA: (*Murmurando.*) A mi mamá le daban mucho miedo las culebras.

Pausa.

TITO: (*Murmurando.*) ¿Hace mucha falta la mamá?

Ante la pregunta de Tito, Juanita sale de la hipnosis y, asintiendo, se esconde en la tierra del suelo. Desde detrás del árbol, aparece Lola. Se acerca a Juanita.

LOLA: Vení para acá, muchachita. No te acordás de mí, ¿no?

JUANITA: ¡Mi tía Lola!

LOLA: ¡Bien que te acordás! ¿Verdá? Vení para acá, dame un abrazo.

Juanita se acerca. Se abrazan.

LOLA: ¿Y cómo es eso que te acordás de mí? ¡Hace rato que no venías!

JUANITA: Es que me gustan sus quesadillas.

LOLA: (*Rompe a reír con una carcajada.*) ¡Ay, patojita pícaro!

JUANITA: Tía Lola, no haga mucho ruido, porque la culebra se asusta.

LOLA: La culebra no se asusta, mija. Esos están asustados, mirá. Se quedaron tiesos del miedo... (*Señala a Tito y a Lucas. Lanza una carcajada aún más sonora que la anterior.*) ¿Te gustan las quesadillas?

JUANITA: Y los salpores...

LOLA: ¡Ay, repuneterita, ve! Sos tremenda. (*Busca en los bolsillos del delantal y saca unos salpores. Se los da.*) Comé. De la culebra, no te preocupés. Ella no les va a hacer nada. Comé, y, después, te voy a llevar a un lugar.

Juanita come. Es la primera vez que se la ve feliz. Lola la contempla con ternura.

JUANITA: ¿A la toma me va a llevar?

LOLA: ¿Para allá iban?

JUANITA: Yo quiero conocer la toma.

LOLA: Y también querés conocer la muerte...

JUANITA: (*Sorprendida, al principio, de que Lola lo sepa. Luego, trata de convencerla de que la lleve.*) Quiero ver cómo es y regresar, pero no voy a decir nada.

LOLA: Te voy a llevar a un lugar mejor que la toma.

JUANITA: Dijo Tito que en la toma uno se besa y se vuelve inmortal, pero yo no quiero.

LOLA: Pues si no querés, no lo hacés, mija. En lo que ellos van a la toma, nosotros vamos a ir a donde nace el río.

JUANITA: Pero mi papá se va a despertar.

LOLA: Le decís que andabas conmigo y que yo te di salpores y quesadillas. Pero solo podemos ir si vos querés.

JUANITA: Yo quiero ir y ver a mi mamá.

LOLA: ¿Y quién dice que yo te voy a llevar a donde está tu mamá?

JUANITA: Porque yo vine a su vela, y usted está muerta, como ella.

LOLA: Ay, patojita, no se te pasa nada, ¿verdad? ¡Vámonos a ver a tu mamá, pues!

Lola corre con las manos unos matorrales y ambas se internan en una especie de túnel verde, formado por la vegetación tropical. Tito y Lucas se quedan atrás, inmóviles, y se van perdiendo.

LOLA: ¿Cómo están en tu casa?

JUANITA: Bien.

LOLA: ¿Cómo mirás a tu papá?

JUANITA: Se pone bien triste, a veces. Se cansa mucho. Todo el día está enojado. Yo creo que ya se va a morir él también.

LOLA: Todas las personas nos morimos, pero tu papá te va a acompañar un montón de tiempo más. Podés estar tranquila, ¿me oís?

Juanita asiente con la cabeza. Siguen caminando. Pausa. Tito sale de un escondite y se mete en otro. Lola lo descubre, pero guarda silencio.

JUANITA: ¿Tía?

LOLA: Ajá...

JUANITA: ¿Usted es un espíritu bueno o malo?

LOLA: Ni bueno ni malo, hija. Solo soy un espíritu.

JUANITA: Mi papá dice que si uno no es bueno ni malo, uno es malo, porque hay que ser bueno...

LOLA: La gente a veces es buena y a veces es mala...

JUANITA: Pero usted ya no es gente...

LOLA: Bueno, soy un espíritu bueno, entonces. Si no te convence, me podrías poner a prueba.

JUANITA: Mmm... Si solo tenés una quesadilla, pero tenés cuatro niñas con hambre, ¿qué hacés?

LOLA: La parto en cinco.

JUANITA: ¡En cuatro!

LOLA: La parto en cinco. ¿No voy a comer yo también, pues? (*Carcajada.*) En lo que la comemos, se cocina un caldito de macuy con mutas....

JUANITA: Creo que sí sos un buen espíritu...

LOLA: ¡Yo también lo creo!

Siguen caminando.

JUANITA: ¿Qué es eso?

LOLA: Eso es mamey. Esos son marañones, esas anonas y aquellos son zapotes. (*Acusando haber descubierto a Tito.*) Esos son matorrales para que se escondan los animalitos...

JUANITA: ¡Los zapotes le gustaban a mi mamá!

LOLA: ¡Ah, verdad! ¡Ese árbol tiene más años que vos y yo juntas! ¿Ves qué grandote?

JUANITA: ¡Yo no me imaginé que fuera un árbol tan grande!

LOLA: Los zapotes son árboles enormes, por eso pueden tener esos frutos también grandes. Pueden medir cuarenta metros... ¿Te imaginás? ¡Cuarenta Juanitas de aquí para allá, una encima de la otra! (*Le alcanza un zapote, que Juanita parte y devora.*) Y a vos, ¿cuáles te gustan? Te pregunto porque miro que el zapote casi no te gustó. (*Carcajada de ambas.*) ¿Has probado los marañones? ¿No? ¡Ay, muchachita! ¿Y para qué usan, ustedes, la vida entonces, pues? (*Le alcanza un marañón bien maduro.*) Después, tostamos las semillas. Ay, me recordás que me las eché en el delantal. (*Comen. Pausa.*) Estos rotulitos los puso tu mamá.

JUANITA: (*Lee, con la dificultad de una niña de su edad.*) Mamey. Árboles de cuatro a veinte metros de alto. Ramitas con conspicuos fascículos de cicatrices de las escamas de las yemas. Látex amarillo, escaso. Plantas dioicas. Fruto: una baya globosa, diez a quince centímetros de diámetro al madurar, con la cáscara café clara, coriácea, dura y pulpa anaranjada y comestible, látex blanco. Semillas oblongas, tres a cinco centímetros de largo.

LOLA: (*Lee.*) Anona. Arbusto o árbol erecto, con ramas bajas extendidas, cinco a nueve metros de altura. Fruto compuesto, de forma cónica o acorazonado, diez a veinte centímetros de largo y hasta diez centímetros de ancho, con un peso promedio de ciento cincuenta a quinientos gramos, pero los especímenes extra grandes pueden pesar dos kilos setecientos o más. La piel, delgada o gruesa, puede ser suave, con marcas en forma de huella digital o cubierta de protuberancias cónicas o redondeadas. (*Toma una anona, la abre y se la da a Juanita. Sigue leyendo.*) La fruta es fácil de abrir, dejando al descubierto la pulpa blanca, jugosa, de aroma agradable y delicioso sabor subácido. Contiene numerosas semillas duras, de color marrón o negro brillante, un centímetro y cuarto a dos centímetros de largo.

JUANITA: Yo pensaba que usted no sabía leer, tía.

LOLA: No sabía, hija, pero siempre quise saber, y ahora puedo.

JUANITA: Entonces, sí es como dicen, que en el cielo se puede ser lo que se quiera.

Lola sonríe. Ve pasar nuevamente a Tito, antes de que se esconda.

JUANITA: Tía, ¿caminas mucho por aquí? ¿Vas mucho a donde vivimos?

LOLA: Mmm, no, no mucho... Pero me gusta ir y venir.

JUANITA: La gente dice que el camino para el otro mundo es bien seco, por eso le ponen agua a los difuntos, y este ca-

mino no es así.

LOLA: Por eso, una no debe creer lo que dice la gente que no sabe. Por eso, una no debe hablar si no sabe. Lo que pasa es que este es el camino para el otro mundo que hizo tu mamá, y cada camino es como la persona que lo construye, ¿verdad?

JUANITA: Mi mamá decía que cada uno cosecha lo que siembra.

LOLA: Hablando de sembrar, mirá todas esas flores. ¿Te gustan? Esas son las flores que le pusieron ustedes a tu mamá cuando murió. Ella las recibió con mucho amor y las sembró allí, porque sabía que, un día, la gente que amó va a pasar por este camino, y quería que la recibiera con sabores, colores y alegría. El agua de su altar le sirvió para regarlas, así que sí, está bueno ponerles su agua a los difuntos.

JUANITA: Mi mamá sembró muchas cosas buenas, ¿verdad, tía?

LOLA: Sí, hija. Te sembró a vos, también. Mira qué fruto más bueno sos.

JUANITA: Me gusta mucho aquí, tía.

LOLA: Me alegra mucho, hija.

JUANITA: Ojalá se hubiera podido venir Tito.

LOLA: ¿Y para qué querés que esté aquí ese patojo mico?

Juanita levanta los hombros y sonríe.

LOLA: Es que Tito debe estar muy ocupado dándole agua a las bestias. (*Señala el escondite de Tito con complicidad. Irónica.*) Debe estar con su papá, cosechando naces, jocotes y paternas, muy ocupado, muy trabajador, muy bien portado... Tan bien escondido y sin hacer ruido, que creo que se va a perder lo que viene...

Tito aparece, avergonzado, detrás de un palo de papaya. Tiene un jocote en cada mejilla y los bolsillos llenos de nances y más jocotes. Habla con dificultad.

TITO: ¿Viste qué arbolotes? ¡Así no hay en la capital! ¿Ya comieron de los de allá, los nísperos?

LOLA: Vení para acá, patojo. ¿Por qué venís a escondidas?

Tito no responde.

LOLA: ¿Querés que nos acompañe?

JUANITA: Si él quiere, sí, tía.

TITO: Juanita, esta señora está muerta.

JUANITA: Yo sé. Es tía Lola.

TITO: ¿No te da miedo que te lleve con los muertos?

JUANITA: Eso va a hacer, llevarme con mi mamá. ¿A vos te da miedo?

TITO: No me da miedo, si yo hasta he ido al mundo de los muertos. Pero, en una película, salía que no se podía comer nada de ese mundo, y yo ya comí jocotes...

LOLA: Pues los muertos pusimos esos árboles para que comas. No tengas pena, para eso son. ¡Ni te imaginas la de árboles de fruta que vas a ver cuando lleguemos! Si querés, te venís con nosotras.

Tito duda. Pequeña pausa.

TITO: Sí, quiero. (*Como saliendo de un trance.*) De esos arbolitos había uno en mi casa. Me recuerdo que, para unas vacaciones, le pusimos un montón de foquitos y armamos en él nuestro arbolito de Navidad.

Juanita y Lola ríen y lo reciben con ternura. Se sientan y comparten los frutos. Comen.

JUANITA: Tía, ¿y vamos a seguir para donde está mi mamá?

LOLA: Sí, mijita, pero hay que irse en el río.

JUANITA: ¿Y para dónde es el río? ¿Está lejos?

LOLA: No, ya debe venir cerca.

TITO: ¿Caminamos para allá, entonces?

LOLA: Calma, calma. Vamos a esperar aquí a que venga el río.

JUANITA: Como un bus.

LOLA: Sí. Nos paramos aquí, para esperar al río.

JUANITA: Tía, huele como a corozo...

LOLA: ¡Entonces, ya debe venir cerca! Escuchen... Miren, pues, fíjense bien, cómo se empieza a humedecer la tierra de allí. Vean cómo aparece una pequeña ola en el camino. Mientras la ola se mueve, se va llenando más y más de agua, se va agrandando y se va formando una camita de agua...

Se escucha el agua del río creciendo en fuerza.

TTTO: Tía Lola, el agua nos llega a las rodillas.

LOLA: No te asustés. Va a seguir subiendo, tenemos que esperar a un amigo... Ya viene cerca. Se siente más el olor a corozo.

Se escucha, cada vez más fuerte, el borboteo del río. El agua les llega al pecho a los tres. Lola es casi del mismo tamaño que Tito y Juanita.

JUANITA: Tía Lola, yo no sé nadar...

LOLA: Ya viene, mijá, ya viene. Y, cuando aparezca, solo tendremos que saltar, para ir en camino.

TTTO: Juanita, podés flotar así, mirá.

Juanita no consigue flotar. El agua sube cada vez más.

JUANITA: Tía Lola, tengo miedo.

LOLA: Vos no podías nadar allá, aquí sí que podés, igual que yo puedo leer.

TTTO: Dame la mano, Juanita...

El agua cubre totalmente a Juanita y esta desaparece.

LOLA: Se siente el corozo, ya viene cerca... Juanita... ¡Juanita!

TTTO: ¡Juanita!

Tito se sumerge bajo el agua y Lola lo sigue. Pausa en la que solo se escucha el ruido del agua. Saca la cabeza Tito, saca la cabeza Lola. Están preocupados. Juanita aparece saltando como un salmón, la cara iluminada de alegría.

JUANITA: ¡Yupí!

TITO: ¡Guau!

JUANITA: ¡Puedo nadar!

LOLA: Esa es mi Juanita.

Tito se sumerge e imita a Juanita, saltando y sumergiéndose. Lola los mira, entusiasmada.

LOLA: Si algo bueno tiene estar en camino al mundo de los muertos, es que el miedo no es para vos, porque vos vas caminando directo a sus ojos.

A lo lejos, se vislumbra a Albino. Viene sobre una balsa hecha con la vaina de un corozo.

ALBINO: Tía Lolita, ¡qué gusto verla!

LOLA: El gusto es mío, Albino, el gusto es mío, créeme... Súbanse, patojos.

Se suben todos de un salto. Pasa un tiempo. Tito y Juanita van jugando con el río, modelan el agua para hacer esculturas. El agua se transforma de una cosa a otra ante sus hábiles deditos. Albino y Lola conversan mientras observan el juego de Tito y Juanita.

ALBINO: A mí me han gustado las fronteras. Ese ha sido mi camino. Entre la luz y la sombra, entre Jerez y la frontera. Migrar, no ser ni de aquí ni de allá. Estar en el margen, la armonía y la contrariedad.

LOLA: Es que tus papás ya te sabían el trabajo para el que ibas a servir, por eso te pusieron Albino, del alba, ni de día ni de noche. Y, ahora, entre el mundo de los vivos y los eternos.

ALBINO: Cabal así dice mi mamá. (Pausa. A Juanita.) Y vos, vas

a cruzar al otro lado para ver a tu mamá...

Juanita asiente con la cabeza.

ALBINO: Yo allá también crucé un río, pero hacia el norte. Bueno, hice el viaje, pero no logré llegar más que una vez. La octava vez. Crucé la frontera solo para que me agarraran, de allí pa la cárcel, y después a mi pueblo, sin un centavo y con más deudas que antes... Pero había visto muchas cosas, y esas, nadie me las quita.

JUANITA: ¿Usted también quería ver a su mamá?

ALBINO: No, mijita. Yo solamente tenía hambre. (*Pausa. El coro- zo se mueve frenéticamente.*) ¡Agárrense duro!

TITO Y JUANITA: ¡Ay!

TITO: ¿Nos salimos del río?

JUANITA: ¿Está bien, tía?

LOLA: Sí, no te preocupés. Ya conozco este camino, he venido un par de veces, y sé que, después del susto por los primeros brincos, viene esta brisa fresca, llenándolo todo, vienen esos dos cerros, como brazos verdes que se abren para dejarnos entrar al turquesa de estas aguas, que se pone más intenso en cada poza, más imposible entre más lo miramos, más del mundo de los sueños entre más lo tocamos.

JUANITA: Son como gradas, ¿verdad, tía?

LOLA: Algo así, mijita. Cada poza está un poco más abajo. En cada poza, nos acercamos un poco más.

TITO: ¡Yo pensé que nos íbamos a morir!

LOLA: Ya van a tener que prepararse, patojos. Está llegando la hora y estamos por llegar al lugar. Después de rodear esta montaña van a empezar los rápidos. Cuando Albino les diga, van a saltar, y cuando van cayendo todo lo que tenés que hacer es pensar en tu mamá.

JUANITA: Y vos, ¿a quién buscás, Tito?

TITO: Creo que a mi abuelita Pancha...

LOLA: Tu abuelita va a estar contenta de ver cómo has crecido.

ALBINO: Empiezan los rápidos, ¡agárrense duro!

JUANITA: ¡Mirá, Tito, qué transparente el agua!

TITO: Sí, pero va bien rápido.

JUANITA: ¡Agarrate duro!

TITO: Tía, el corozo parece no soportar sin voltearse...

JUANITA: O hundirse...

TITO: ¡Nos va a llevar el río!

JUANITA: Esto va muy rápido, tía, nos vamos a caer.

LOLA: ¡Pero si ahora ya podés nadar! Además, caer necesitás, para llegar con tu mamá.

TITO: ¿Usted no nos va a acompañar, tía?

LOLA: No. Este es un tramo que puede hacer en soledad cada quien a su tiempo. Solo quien visita puede entrar a partir de aquí. Nosotros seguiremos en el río.

TITO: Pero es que yo casi no me recuerdo de mi abuelita.

LOLA: Pues en ese momento te vas a ir recordando. Solo pensá en ella y vas a ver cómo la encontrás.

JUANITA: Cerrá los ojos. Recordá cuando te preguntaba por qué estabas triste.

ALBINO: Entre esas piedras que se asoman allí, es donde van a saltar. Allí es donde las abuelas empezaron el mundo, el origen de los caminos.

JUANITA: Tía, pero esas piedras...

LOLA: Esa es la puerta. Ustedes la van a cruzar. Este es un río que corre sobre otro río.

TITO: No, yo no quiero... Me da miedo.

LOLA: No tenés razones para temer. Si no has estado allí, no han podido lastimarte. Tememos más a lo que desconoce-

mos, pero es parte de nosotros descubrir.

TITO: No, no quiero. Yo no quiero. Yo me quedo aquí con ustedes.

LOLA: Solo vas si vos querés. Si no querés, no saltas. Es momento de saltar, Juanita.

JUANITA: No sé qué voy a hacer, tía.

LOLA: Sí sabés. Escuchate y vas a saber qué hacer. ¡Ahora!

JUANITA: Adiós. ¡Adiós, Tito!

Juanita salta al agua.

TITO: ¡Adiós, Juanita! Se ve cómo va nadando la Juanita, ¡parece juilín! ¡Qué bonita, entre el montón de piedrecitas de colores! ¡Mire, tía, cómo saltó la Juanita! Parece que está volando. ¡Miren! Como que saber cuántas veces hubiera hecho eso, cabal entró entre las piedras, como que se la tragaron las burbujas del agua...

ALBINO: ¿Podrá llegar sola la patojita?

LOLA: Su deseo nos llevó por el camino que hizo su mamá para ella. Fue ella quien te desvió el cauce del río, para que pudiéramos llegar por aquí. Aprendió a nadar y a volar en la misma jornada... Esa niña y su mamá fueron hechas el mismo día.

ALBINO: Qué bueno que no te tiraste, patojo. A mí me tocó cuando llegué... Si yo no hubiera estado muerto, no me tiro. Lo que se siente allí no es cualquier cosa. No cualquiera lo puede soportar.

LOLA: Porque cada uno encuentra su cosecha, y vos a saber qué habías sembrado... No asustés al patojo. Está bien que no hagás lo que no querés, Tito.

TITO: Tal vez sí me debí tirar.

LOLA: Pero si no querías.

TITO: Es que me dio miedo, pero, al principio, sí quería...

LOLA: Pues está bien cambiar de opinión.

TITO: ¿No está enojada conmigo, tía?

LOLA: ¿Y por qué, mijo?

TITO: Porque me vine y después dije que no.

LOLA: Me enojaría si no hubieras tenido la confianza para decir que sentís miedo. Está bien sentir miedo, está bien decir que no querés hacer algo, aunque al principio sí querías. Se puede cambiar de opinión en cualquier momento, y las demás personas deben de respetar ese cambio. Siempre, ¿me oís?

Tito y Lola se abrazan. Lola canta, mientras se alejan por el río en corozo. Juanita está en el agua, nadando cada vez más profundo, en una fiesta de colores y formas submarinas.

LOLA: (*Canta Canción de la espiral.*)

Cm Gm
Su corazón late con fuerza
HijolusaCm Gm
es un paseo que emociona
Cm
con intensos colores bajo el agua
Gm
Juanita nada hacia el portal
Cm
la impulsa el amor que lleva dentro
Gm
la eleva en el aire entre burbujas
Cm
Todo queda en silencio
Gm
Todo se oscurece

C	G	C
Juanita escúchate y sabrás que hacer		
	G	C
tu mama te espera y hacia ella vas		
	G	C
el agua es como aire que puedes respirar		
	G	C
y entre caracolas sabrás escoger		
	G	C
la espiral correcta para atravesar		
G	G	
al más allá		

Juanita estira la mano y toca un caracol, que se abre en una espiral hacia donde está Carmen, la mamá. La voz de Lola se mezcla con la voz de Blanca.

BLANCA: (*Canta Canción de la espiral.*)

Pájaros alborotados que nadan en espiral,
 rojos con amarillo y blanco con fucsia,
 negro con turquesa y naranja.

Pequeñas aves, con todos los colores que caben en sus
 pequeños cuerpecitos,
 se saludan aquí y allá, dan bienvenidas.

Alas y trinos que guían corazones.

Juanita flota tranquilamente en el agua, bajo miles de pájaros, que la llevan a la orilla. El cielo está claro y hay nubes blancas. Todos los árboles están llenos de flores, que se mueven con el viento o con el movimiento de los pájaros que, tras dejarla en la orilla, conversan de una rama a otra. Se escucha la voz de alguien que discute. Conforme se acerca, se descubre que está cantando. Es Blanca, vestida con una túnica hecha de hojas y flores de tonos verdes y amarillos.

BLANCA: (*Cantando como si discutiera con alguien.*)

Yo ya no aguanto más una vida así.

Yo necesito un hombre que me haga feliz.

Yo no soporto más esta situación.

¡Yo necesito un hombre, no un macho panzón!

¡Eres rete flojo, mano, ya no te quiero!

(*Descubriendo a Juanita, tímida.*) Ay, perdón. Es que me gusta cantar esa canción... Paso por aquí, platico con Jacinto y Ezequiel. Aquellos de allá, el del pico grande, el de pecho amarillo, y el de allá, el de los ojos saltones y cuellito turquesa... Hola, chicos, estoy con... ¿Cómo te llamás?

JUANITA: Juanita.

BLANCA: Estoy con Juanita. Juanita. Juanita... ¡Juanita! ¿Sos la Juanita de Carmen? Ay, dios mío, se murió la muchachita. Ay, dios mío, ¿y ahora qué le vamos a decir a la Carmen? ¿Cómo le decimos? Bueno, la verdad es que tal vez se alegra... Ay, es que nunca se sabe, porque ahora vas a estar aquí, pero no vas a poder estar allá...

JUANITA: Solo vine de visita.

BLANCA: ¿De visita? ¿De verdad? Uy, ¡qué alegre! ¡Entonces, me siento a platicar! ¡Ay, qué alegre se va a poner la Carmen! Ella siempre habla de vos, Juanita. Te quiere mucho tu mamá. Ya toda la gente te quiere aquí también, hasta yo, que no te conozco.

JUANITA: Yo tampoco la conozco...

BLANCA: Soy Blanca, la hermana de tu mamá.

JUANITA: ¿La que se murió de infección, porque no había doctor en el pueblo?

BLANCA: ¡Esa misma! ¿Vos viniste por el río, entonces? Con razón. ¿Ustedes por qué no me dicen, muchá? Esperá...

Toma algunas flores y ramas y hace un vestido.

JUANITA: ¡Ay, sí! ¡Tiene los ojos chulos como decía mi mamá, con sus pestañotas! ¡Tía Blanca! *(La abraza.)* Mi mamá la quiere mucho, la extrañó tanto... La recordaba con gran amor y se ponía muy triste al recordar que usted murió, decía que usted era la niña más alegre y noble del pueblo.

BLANCA: Así me contó, nena. Yo vine aquí y me olvidé del dolor que ya no quería. Esperé un poquito y, entonces, empezaron a venir todas: mi mamá, mis tías, y después tu mamá. Tené esta ropa seca.

Juanita se pone el vestido. Es muy parecido al vestido que traía puesto, pero este no tiene estampado, sino flores reales.

BLANCA: ¿Vamos a donde están las demás?

JUANITA: Sí. ¿Allí está mi mamá?

BLANCA: Allí está. Está esperándote.

Empiezan a caminar y, poco a poco, desaparecen entre los árboles.

JUANITA: Tía, ¿por qué estabas cantando esa canción?

BLANCA: A veces la recuerdo. Se escuchaba en la radio por todas partes cuando estaba allá.

JUANITA: Te voy a enseñar canciones de ahora y más bonitas, tía.

BLANCA: ¡Sí, por favor! Y yo te voy a enseñar las que yo he escrito.

JUANITA: ¡Cántame una, tía!

BLANCA: *(Mientras salen por el bosque, empieza a cantar.)*

De nube en nube,

abriendo los sueños que tenemos guardados por todo el cuerpo.

De hoja en hoja, llenando los días de miel y emociones...

Aparece Carmen en el bosque, expectante, con un vestido hecho con flores de color rosa y blanco. Trae una sonrisa que no le cabe en el rostro. Se escuchan las voces de Blanca y Juanita conversando, justo antes de que aparezcan por

el sentido opuesto a Carmen. Juanita y Carmen echan a correr la una hacia la otra, para unirse en un largo abrazo. Blanca las mira por un momento, luego se adentra en la vegetación.

JUANITA: ¡Mamita!

CARMEN: ¡Mijita!

Se observan, se tocan y reconocen. Sopla un viento fresco que hace que la vegetación silbe y cante.

JUANITA: ¿Sentís el dolor aún?

CARMEN: Ya no. Nada, mijita.

JUANITA: ¿Te curaste?

CARMEN: Aquí no existe la enfermedad.

JUANITA: Quería que me dijeras eso. No quería que siguieras sufriendo tanto. Me gusta mucho verte así, sin dolor, sin tu carita triste, sin tener que fingir que no te duele para no asustarme.

CARMEN: Quisiera que no hubieras tenido que ver eso...

Pausa

JUANITA: ¿Sos feliz aquí? ¿Estás contenta?

CARMEN: Soy feliz.

JUANITA: Te lo mereces, mamita.

CARMEN: Nos merecemos todo lo bueno.

JUANITA: Estoy tan emocionada de haber venido y poder verte.

CARMEN: Es hermoso lo que has hecho. Sos muy valiente.

JUANITA: Así me hiciste vos. Además, me ayudaron la tía Lola y Tito...

CARMEN: Tito está bien. Lola lo llevó de regreso.

JUANITA: Qué bueno que está bien.

CARMEN: Me alegra mucho que hayas vencido tus miedos y saltado al agua.

JUANITA: Tenía que hacerlo. Tenía que verte y hacer cosas con vos.

CARMEN: Podemos hacer cosas juntas.

JUANITA: Primero, quiero abrazarte mucho.

CARMEN: Se siente muy bien esto.

JUANITA: Quiero hacer cosas con vos.

CARMEN: ¿Qué quisieras hacer conmigo aún?

JUANITA: Pasear. Me gustaba pasear con vos.

CARMEN: ¿Querés que vayamos de paseo ahora?

JUANITA: ¿Ahora? ¿A dónde?

CARMEN: ¿A dónde te gustaría ir?

JUANITA: Me gusta aquí.

CARMEN: Eso está bien, pero yo recuerdo que tenemos un viaje pendiente... Así que, podemos ir para allá.

JUANITA: ¿Ahora?

CARMEN: ¿Querés ir ahora?

JUANITA: Sí, quiero.

Carmen se acerca a una ardilla que está en un árbol.

CARMEN: ¡Decile a Eliseo que vamos a movernos! Que preparen los instrumentos. Nos vamos de paseo con Juanita.

Alguien toca una trompeta y un cuerpo se ilumina con la música, a lo lejos. Uno por uno se encienden cuerpos en la ladera de la montaña. Llegan sonidos musicales que, poco a poco, se ensamblan armónicamente. Carmen anima a Juanita a bailar. Van haciéndose más notorios los músicos. La melodía finaliza.

CARMEN: ¡Estamos listas!

JUANITA: ¿Se van con nosotras?

CARMEN: Ellos nos van a llevar.

Empieza una nueva melodía.

JUANITA: ¿Cuando terminen de tocar?

CARMEN: Ya vamos en camino con la música.

JUANITA: ¿Nos movemos con la montaña?

CARMEN: Nos movemos con la montaña.

La música sigue sonando, siguen bailando.

CARMEN: Ya estamos en nuestro destino.

JUANITA: ¡Qué rápido! Uf, qué calor...

CARMEN: Se siente muy húmedo, ¿no?

JUANITA: ¡Es un tucán! ¡Es un tucán!

CARMEN: Son muchos tucanes. Vamos por aquí...

Bajan de la montaña y caminan para acercarse a la caída de agua.

CARMEN: Cada vez se escucha más cerca. Están justo allí...

JUANITA: Guau...

CARMEN: Vamos a escuchar el concierto, ¿querés?

Se escucha la caída de agua, el viento y a algunas aves de la selva.

JUANITA: *(Grita para ser escuchada por encima del sonido de la catarata.)* ¡Con qué fuerza salta el agua! ¡Estamos empapadas!

Las observan unos segundos y luego empiezan a quitarse la ropa, al mismo tiempo, para tirarse al agua.

CARMEN: ¡Cuento tres y estamos dentro del agua! Uno...
Dos...

JUANITA Y CARMEN: ¡Al agua pato!

Nadan. Aparecen detrás de la caída de agua. Salen y se tumban a tomar el sol.

JUANITA: Podemos nadar, ¿viste?

CARMEN: Podés hacer todo lo que soñés, hijita, en donde estés.

JUANITA: Me gusta nadar...

CARMEN: Soñé tanto con este momento. Llegué a creer que

nunca sucedería. Gracias por venir y darme este regalo, mijita.

JUANITA: El regalo es estar con vos, mamita. ¿Qué más vamos a hacer?

CARMEN: ¡Nos queda mucho de este día aún!

Juanita le habla al oído a Carmen.

CARMEN: Me parece un buen destino.

JUANITA: Y también a...

De nuevo le habla al oído a Carmen.

CARMEN: Bueno, podemos ver qué hacer. Y luego tendremos hambre, tendrás que pensar a dónde ir.

JUANITA: ¡Quiero comerme un helado con vos!

CARMEN: Un helado...

JUANITA: Hay un museo de helados. ¡Fijate, y podés probar todos los sabores!

CARMEN: Mmm... ¡Creo que conozco un lugar mejor!

Suben de nuevo a la montaña. Los músicos siguen moviéndose con ellas y tocando. Se ve una sucesión rápida de los recorridos que Carmen y Juanita realizan, bajando y subiendo de la montaña.

JUANITA: Siempre quise conocer la nieve.

CARMEN: Yo también, pero lo había olvidado. Gracias por traerme acá.

JUANITA: ¡Próximo destino!

CARMEN: Espera un poco... Mirá el cielo.

Se ve una colorida aurora boreal.

JUANITA: ¡Qué colores! ¡Mirá, mamita! ¡Es hermosa! ¡Es hermosa!

CARMEN: Sí, mijita... Es hermosa. Vamos a verla desde el aire, mientras nos trasladamos, ¿querés?

JUANITA: Sí. ¡Desde el aire! Se siente como un elevador grandote...

CARMEN: ¡Qué ocurrencias tenés! Sos una chispa que llena todo de vida.

De nuevo se trasladan. El desierto norteamericano. Los músicos siguen tocando.

CARMEN: Si nos acercamos un poco más...

JUANITA: ¡Mirá todos esos cactus, como en Chiquimula, pero más grandotes! Qué espinotas. Ese es más gordo que yo y este más grande...

CARMEN: Me había olvidado de las exóticas flores de los cactus...

JUANITA: Mirá lo que forman sus espinitas...

CARMEN: Son diseños de perfecta armonía...

JUANITA: No me imaginé que el desierto fuera tan hermoso. ¿Y esas personas? ¿Qué les pasa? ¿Por qué están así?

CARMEN: Son los migrantes... A veces, es necesario moverse para encontrar una vida mejor.

JUANITA: No es bueno que no podamos tener una buena vida donde vivimos. ¿Podemos darles algunas frutas?

CARMEN: Es bastante injusto... Les dejamos estas frutas y podemos dejar también un árbol de naranjas por acá. Uno de pitayas y otro de tunas, manzanas...

JUANITA: ¿Y quién las va a regar?

CARMEN: Es cierto... Vamos a dejar, entonces, solo estas, que son especies de esta región: pitayas blancas, rojas, amarillas, granadas y tunas.

Toman algunos árboles frutales del bosque y los siembran en el desierto.

CARMEN: Vamos a poner estos rotulitos, para que la gente sepa qué es y que pueden comerlos sin peligro.

JUANITA: Vamos a dejar un camino frutal...

CARMEN: Listo. ¡Podemos ir al próximo destino!

JUANITA: Debería haber caminos frutales por todos lados, así nadie tendría hambre, nunca.

Se trasladan a un lugar de colores intensos. Las montañas y nubes tienen formas extrañas. Los músicos siguen tocando.

JUANITA: ¿Dónde estamos, mamita?

CARMEN: Bueno, hemos venido a comer helado a un lugar fuera de este mundo...

Los músicos dejan de tocar y van hacia diferentes montañas a servir y comer helado.

JUANITA: Mmm... Todo huele a helado...

CARMEN: ¡Todo es helado! Chocolate, ron con pasas, dulce de leche, atol de elote, rompopo, y todos los sabores que podás imaginar. ¡Vamos!

JUANITA: Ay, no sé qué sabor elegir...

CARMEN: No tenés que elegir. Podés comer un poquito de cada uno.

JUANITA: ¡Es la primera vez que me decís así!

CARMEN: Porque acá no tenemos que ajustar el dinero para comprarlo, mijita. Y porque es una ocasión muy, pero muy especial. ¡Vamos!

Juanita y Carmen se sirven helado. Comen.

JUANITA: ¿En qué tipo de lugar podés tener esta cantidad de helado?

CARMEN: En Pumalvibia, un planeta de helado.

JUANITA: Pumalvibia... ¿Es un planeta?

CARMEN: Un planeta de helado.

JUANITA: ¿Este planeta lo inventaste vos?

CARMEN: Es lo que te aparece cuando mezclas ciencia, imaginación y muchos sabores de helado.

JUANITA: ¿Vos querías ser científica, mamá?

CARMEN: ¿En la tierra? Mmm... Sí, me hubiera gustado. Me hubiera gustado ser muchas cosas. (*A los músicos, que han dejado los instrumentos y comen helado, concentradísimos.*) ¿Tienen sus provisiones? (*A Juanita.*) Sin música estaremos de vuelta en un momento.

De regreso, en la montaña, hay una gran fiesta: se escucha música, barullo de gente. Hay una mesa larga y, sobre ella, frutas y verduras que las personas comen mientras conversan: bananos, pepinos, elotes, pitayas, granadas, agnacates, sandías, tomates, plátanos, papayas, mangos. Hay una fogata y gente alrededor de ella. Algunos bailan.

JUANITA: ¡Qué lunota!

CARMEN: No es la luna. Se llama Iagonia. Nos alumbra las noches de fiesta.

Blanca y los demás reciben a Carmen, a Juanita y los músicos.

CARMEN: Llegaron, llegaron. ¡Que se oiga la música! ¡Buenas noches!

JUANITA: ¡Buenas noches! ¡Traemos helado!

Las personas celebran el helado y van a servirse. Poco a poco, la gente, bailando, se traga a Carmen y Juanita, que se hacen una con la multitud.

CARMEN: (*Aparece bailando y tarareando aún la canción que acaba de terminar.*) Bailar a pierna suelta, como las mariposas...

JUANITA: Mamá, las mariposas no tienen piernas...

CARMEN: A ala libre, entonces. (*Se ríen.*) Probá este mango.

JUANITA: Mmm... ¡Muy rico!

CARMEN: Aquí, las frutas tienen el sabor que tenían cuando yo tenía tu edad. Son justo como en mi recuerdo.

Comen mangos mientras miran a la multitud seguir bailando.

JUANITA: Me hubiera gustado conocerte cuando todavía no eras mi mamá...

CARMEN: Me gustó la vida antes de que llegaras... Y me gustó mucho después, siendo tu mamá.

JUANITA: Cuando estabas viva...

CARMEN: Yo estoy viva. Es nada más que ya no comparto el mismo mundo con vos.

JUANITA: Quiero que estemos en el mismo mundo, mamita.

CARMEN: Vení. Vamos a asar unos elotes.

Carmen toma dos elotes de la mesa y los inserta en un palito. Le da uno a Juanita y se sientan junto al fuego para asarlos.

JUANITA: ¿Te sentís sola a veces? ¿Nos extrañas?

CARMEN: Todo el tiempo.

JUANITA: Volvé con nosotros.

CARMEN: Ahora pertenezco a ustedes tanto como pertenezco acá.

Papá cruza caminando la multitud que baila. Su energía es claramente distinta a la del lugar.

PAPÁ: Yo voy en el tren, pero dio vuelta, pero había una muñeca gigante, pero trabajaba en la zapatería de nubes de panela, pero...

JUANITA: Papá...

CARMEN: Está soñando. A veces pasa así por aquí. Me gusta verlo, aunque esté así, en otro mundo...

JUANITA: ¡Debe estar muy preocupado por mí!

CARMEN: Solo ha sido un parpadeo en el mundo todo el tiempo que has estado aquí. Tu papá sigue durmiendo la siesta en la hamaca de la tía Nela.

JUANITA: ¿Querés una pitaya?

Papá volteá, confundido, y reconoce a Juanita de inmediato. Su rostro se enciende.

PAPÁ: ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quién te dio permiso? ¡Es peligroso! ¡Es peligroso! ¿Por qué no me hacés caso? ¿Por qué no entendés, patoja?

Va a donde está Juanita, pero atraviesa el fuego y desaparece.

JUANITA: Yo me quiero quedar aquí.

CARMEN: Juanita...

JUANITA: ¿Me dejás comer todo el helado que quiera, pero no me puedo quedar?

CARMEN: Juanita, tenés que regresar.

JUANITA: Me quiero quedar. ¡Me quiero quedar! No quiero volver para estar con mi papá así como está. No quiero que me regañe más, no quiero comer en silencio, porque nadie dice una palabra desde que vos... (*Sale corriendo hacia el interior de la montaña.*)

CARMEN: ¡Juanita!

La fiesta se detiene. Carmen sigue llamando a Juanita.

BLANCA: Dale un momento. Todo esto debe ser mucho para ella.

CARMEN: ¿Y si no regresa a tiempo?

BLANCA: ¿No le dijiste que no puede estar aquí para el amanecer?

CARMEN: Aún no. No quería arruinar el viaje y no encontraba el momento para hacerlo...

BLANCA: Falta muy poco para que amanezca...

CARMEN: Vamos a buscarla.

BLANCA: Quédate aquí, por si regresa. Le será fácil venir hacia la luz del fuego. Eliseo, ¡busquemos a Juanita!

Se escucha música. Buscan a Juanita. Carmen se queda junto al fuego, expectante. Papá aparece de nuevo. Carmen lo detiene.

CARMEN: Así, no.

PAPÁ: ¿Y Juanita? ¿Te la vas a llevar? ¿Viniste por ella?

CARMEN: Vos viniste aquí. Te calmás. (*Le ofrece un tecomate.*) ¿Tamarindo?

Papá mira a Carmen y parece que recién descubre todo lo demás. Bebe tamarindo del tecomate.

PAPÁ: Te ves bien.

CARMEN: No puedo decir lo mismo. Juanita está asustada. ¿Por qué te estás comportando así?

Pausa. Conforme habla, de la boca de Papá sale un humo muy blanco, como si vomitara.

PAPÁ: Me quedé solo. Nada es lo mismo sin vos. Te juro que lo intento, lo intento, pero no tengo ganas de nada. Desde que te fuiste, siento que estoy cayendo en un pozo que no tiene fondo. El dolor es siempre más oscuro, siempre más profundo. Sé qué hacer, sé que tengo que estar para Juanita, pero, simplemente, no puedo. El mundo no tiene sentido sin vos.

Pausa. Papá vomita humo más denso y blanco.

PAPÁ: Ella es una luz, lo sé. Yo la amo. Pero no puedo. ¿Me entendés? No puedo. Yo he hecho tantas cosas, luchamos contra lo que se nos ponía adelante, ¿te recordás? Pero ahora, cada vez que lo intento, estoy gritando, estoy peleando... Siento mucho odio. Aquí solía estar mi corazón, yo me lo busco, busco mi latido, pero está vacío...

CARMEN: Yo no podía hacer nada. Lo sabes, ¿verdad?

PAPÁ: Yo lo sé. No te culpo. Imagínate... Vos te llevaste la peor parte de esto. Espero que estés bien aquí...

Juanita aparece con Lola. Observan a Papá y Carmen.

PAPÁ: Es sencillamente que no lo entiendo... No me entiendo a mí mismo comportándome así. Estoy tan molesto con el mundo... Es una porquería que te enfermaras así, que te murieras de esa forma. Esta sensación de no haber podido hacer nada para que estuvieras bien, para mejorarte, para que no sufrieras, para que ella no te viera así...

CARMEN: Llegó un momento en que era mejor así.

PAPÁ: Discúlpame. Discúlpame por no haber podido hacer más. Discúlpame por no darme cuenta a tiempo. Discúlpame por decirte todo esto cuando ya no estás...

CARMEN: Todo el tiempo se puede empezar de nuevo. A veces, podemos solos. Vos, amor, no podés solo.

PAPÁ: Discúlpame.

CARMEN: Discúlpame.

PAPÁ: No, de verdad. Discúlpame. Discúlpame.

Papá y Carmen se miran, se toman de la mano y sonríen.

JUANITA: No sabía que mi papá se sentía así.

LOLA: No tenías por qué saberlo si él no te lo había contado. Vos sos muy inteligente, pero no sos adivina, patojita.

Pausa.

PAPÁ: Discúlpame por no encontrar el vestido con el que querías que te enterraran.

CARMEN: No me hacen falta vestidos aquí.

PAPÁ: Te ves tan hermosa. Gracias por esto. Voy a recordarte así ahora. Gracias por cambiar esa imagen que me quedó de vos.

CARMEN: Gracias por contarme todo esto. Vas a buscar ayuda, ¿sí?

PAPÁ: Lo voy a hacer.

CARMEN: Va a ser más fácil con alguien ayudando, para vos y para ella también.

PAPÁ: Tengo que regresar con Juanita.

JUANITA: Yo estoy aquí, papá.

PAPÁ: Discúlpame vos también, hija.

JUANITA: No sabía que te sentías así, papá.

PAPÁ: La venida de tu mamá...

JUANITA: Muerte, papá. Muerte. Ella vive aquí ahora, pero está muerta en donde nosotros vivimos.

PAPÁ: (*Con dificultad, pero empezando a aceptar.*) La muerte de tu mamá me destrozó de una manera que yo no soporté. Discúlpame.

JUANITA Yo te veía enojado y pensaba que estaba mal sentirme tan triste. Pensaba que estabas enojado porque yo extrañaba a mamá...

PAPÁ: No, hijita. Yo... Pensé que tenías que verme fuerte. Discúlpame. He estado tan dormido todo este tiempo.

JUANITA: Estamos tristes, papá, eso es lo que pasa.

PAPÁ: Pero estamos juntos. Vos y yo... (*A Carmen.*) Podemos venir a visitarte, ¿verdad?

CARMEN: Siempre. Yo también llego a visitarlos a ustedes.

JUANITA: Aquí es más bonito...

CARMEN: El mundo es hermoso por personas como vos. Te falta vivir y encontrarte más gente como vos. Ya conocés aquí y te vamos a estar esperando.

PAPÁ: Hay tantas cosas que vamos a vivir aún.

CARMEN: Solo vos mirás dentro de tu corazón, mijita. La misma fuerza que te trajo acá, te está llamando a regresar, porque te faltan vivir muchas cosas aún.

PAPÁ: Me están hormigueando los pies...

CARMEN: Es porque te estás despertando de tu siesta en la

hamaca.

LOLA: Es tiempo de volver para ambos.

Papá vuelve a tener la energía ausente del principio. Empieza a caminar hacia el fuego.

PAPÁ: Te amo... Pasan volando en un pie las mariposas que rodean a Juanita, se desconectaron los conductos del mar de hojas corintas...

JUANITA: Papá, quédate conmigo...

PAPÁ: *(Deteniéndose de repente.)* Juanita, quédate conmigo. Te amo mucho, hija. *(Desaparece al otro lado del fuego.)*

CARMEN: Aunque me alegraría, sería muy triste que te quedaras. Aún no es tu momento, mijita.

JUANITA: Te extraño mucho. Siempre voy a tener cosas por hacer con vos.

CARMEN: Vamos a encontrarnos siempre. Siempre. Nosotras fuimos hechas el mismo día.

JUANITA: Te quiero mucho, mamita.

CARMEN: Yo te amo con todo mi corazón, mijita.

Se abrazan junto al fuego.

CARMEN: Tu camino te espera.

Lola toma de la mano a Juanita y atraviesan el fuego. Un parpadeo y Juanita está de nuevo en el lugar donde apareció la culebra. El sol que pasa a través de las hojas le pega en la cara. Lucas y Tito están casi sobre ella, pendientes de su despertar. Tito la ayuda a sentarse.

LUCAS: ¡Ya nos habías asustado, patoja! ¿Te desmayaste por la culebra? La culebra ya se fue. No te hace nada.

TITO: Hacías como que bailabas y ¡preguntabas por tu elote!

LUCAS: Tu papá viene allá...

TITO: *(Preocupado)* ¡Hoy sí nos van a regañar!

Juanita corre a encontrarse con Papá. La angustia de ambos se transforma en un abrazo.

JUANITA: Papá, yo la vi. Mi tía Lola me llevó y me dio salpores, pero no me quedé...

PAPÁ: Yo sé, mijita, yo sé. Me alegra mucho que estemos juntos. Gracias por elegir tu camino.

JUANITA: Estabas allí, papá, ¿te acordás?

PAPÁ: Me acuerdo, mijita. Te quiero mucho.

Lucas y Tito observan la escena. Parecen no entender lo que sucede.

LUCAS: Nos vamos a adelantar a la toma. Allá los esperamos.

TITO: Papá, contame cosas de la abuelita. Ya casi no me recuerdo de ella...

LUCAS: Te quería mucho la abuela. Te hacía sispaques de elote tierno en el comal, porque te gustaban mucho. También te gustaba que te contara la historia de cuando se le apareció la Siguanaba...

TITO: ¿A la abuelita se le apareció la Siguanaba?!

LUCAS: A ella y al tío. Estaban juntos una tarde, recogiendo ropa junto al río...

Lucas y Tito siguen por el camino con las bestias, hasta desaparecer de la vista. Juanita y Papá siguen abrazados. Lloran.

PAPÁ: Discúlpame por no compartir mi tristeza y por dejarte sola con todo lo que sentías. Extraño mucho a tu mamá.

JUANITA: Yo también. Qué bueno que también estás triste, así podemos platicar de eso y recordarla.

PAPÁ: Podemos recordar, hablar de ella y llorar.

JUANITA: Todavía nos queda mucho por llorar a mi mamá.

PAPÁ: Y recordarla con alegría.

Se quedan un momento en silencio. Juanita saca el elote asado y lo comparte

con Papá. Del árbol que les da sombra cae un aguacate, Juanita lo toma y sonríe.

JUANITA: Gracias, mamita.

CONTINUAR VIVIENDO

	C			G	
	Sus corazones se abrazaron				
	C			G	
	recorren juntos el camino				
			C		
			que todos andamos		
				G	
			cada uno a su tiempo		
	C				G
	viviendo con gran intensidad				
			C		G
	nos llaman las nuevas experiencias				
			C		G
	los sueños, las risas y dolores				
C		G		C	G
soltamos el silencio con nuevas melodías					
		C			C
	que nacen de nuestra verdad				
			G		C
	camina, escúchate y sabrás qué hacer				
			G		C
	la vida te espera, disfrútala				
			G		C
	camina, escúchate y sabrás qué hacer				

G

C

despiértate ahora, la vida está aquí

La vegetación se va cerrando sobre el espacio, hasta que solo se escucha el canto de los pájaros y el ruido de las hojas moviéndose con el viento.

Un millón de seguidores

Gastón Espeche
(Argentina)

Personajes:

DO: diecisiete años.

FA: quince años.

SOL: dieciocho años.

CHICO RANDOM: veinte años.

Los nombres de los personajes pueden ser reemplazados
por otros.

Una habitación de paredes transparentes, como una caja de vidrio o de plástico, iluminada por una luz blanca. Tres adolescentes aparecen en escena: Sol, Do y Fa. Están unidos por una soga. Esta les permite cierta movilidad, pero siempre dentro de los límites de la habitación. Como en un cuadro, están inmóviles. Do sujeta a Sol con los brazos. En el suelo hay tres mochilas, todas iguales, y una computadora portátil. Se disparan, ocasionalmente, flashes de cámaras fotográficas. Entra Chico Random. Lleva una escoba y elementos de limpieza. Tiene puestos un delantal, un par de zapatillas y pantalones negros. Se coloca por delante del grupo, de cara al público.

CHICO RANDOM: Chicos y chicas, damas y caballeros: desde ya, mil disculpas por interrumpirlos. Mi nombre es... y soy adicto a los videojuegos. Dejé hace unos meses los juegos de PC y estoy en tratamiento para soltar las consolas portátiles. A causa de mi adicción, he perdido una computadora, tres PlayStation, una tablet y también a mi familia. Me corrieron y me quedé en la calle, pero llevo una vida más sana limpiando convenciones de anime, cosplay y grupos de k-pop. Hablando de baile, justo ahora está ensayando un grupo... Los dejo. Tengo que seguir limpiando para poder pagar la factura que me llegó de internet, así que, por favor, NO apaguen sus celulares y saquen la mayor cantidad de fotos y videos para compartir en sus redes. ¡Gracias!

Chico Random mira al grupo de adolescentes y chasquea los dedos, dando inicio a la acción. Se retira, rápidamente.

SOL: ¡Bueno! Tampoco es que le iba a hacer algo, era una broma.

FA: Me quiso pegar. Encima, casi se olvida de la letra.

DO: Principiantes... No tienen mucha experiencia, no ensayaron casi nada. Se nota. ¡Se supone que somos un equipo!

FA: (*Mirando a Do.*) ¡Es él! No nos sigue bien el paso ni el ritmo, Do.

SOL: ¡Es un tronco! (*Se mueve con los brazos apretados contra el cuerpo y las piernas muy juntas, desplazándose como un soldadito de juguete.*)

FA: (*Enojado.*) ¡Yo te seguía a vos y vos te equivocaste! Te movés

como un... un... cangrejo. (*Adopta una postura robótica, mueve los brazos como pinzas y, con las piernas muy abiertas, se desplaza de costado.*)

Do mira su celular, se acerca a la computadora, observa la pantalla, piensa. Cambia el tono de voz y vuelve a la postura anterior. Se dirige a Fa.

DO: Capaz tengamos que cambiar la coreo.

FA: ¿Sabés qué? Me parece que quiere pasarte. Pasarnos. Quiere hacernos perder vistas a propósito. No le hagás caso. No se equivocó nadie. Nos equivocamos todos. O sea, nadie. La culpa es de todos. O sea, de nadie. ¿OK?

SOL: Me parece que se equivocó. Primero fue...

DO: (*Brusco.*) Tiene razón. Nos equivocamos todos al final. O sea, nadie. ¿Estamos listos?

Inician la coreografía, de espaldas al público. Al finalizarla, Do y Sol se toman un tiempo para recobrar el aliento. Mientras, Fa utiliza la computadora que está en el suelo.

FA: ¡Ya subí el video a las redes!

SOL: Sí, pero te equivocaste de nuevo en esa parte... Tenés que editarla, ponerle algún filtro. A mí casi ni se me ve. Salgo oscuro.

FA: Sos oscuro.

SOL: Sí, por eso te digo que, con un par de filtros, se soluciona.

FA: No sé. ¿Vos qué opinás, Do?

DO: ¡Basta! Lo importante es que se me vea bien a mí. Dejen de hablar un rato, que primero tengo que ver los comentarios.

FA: Tiene razón.

Fa deja la computadora y Do toma su lugar.

DO: (*En voz alta.*) Emoji de cara con fuego en los ojos, cara con estrellas, cara sonriente, corazones. ¡Miren cómo suben los likes!

SOL: Y eso que Fa...

FA: (*Imitándolo.*) Y eso que Fa...

DO: Él es té con leche, es color *waffles*, bolsa de madera. El otro tendría que tomar más sol, dan impresión esas piernas pálidas. Es más bien verde.

SOL Y FA: ¿A quién le decís?

DO: Nada. Estaba pensando en voz alta...

Un flash. Do se queda ensimismado frente a la computadora, mientras Sol y Fa hablan.

SOL: Tal vez tus seguidores no se dan cuenta, pero todo el mundo sabe que no pronunciás bien las palabras cuando cantás.

FA: ¡Calmate, Michael Jackson! ¡Tranquilo, Shakira! Por lo menos, canto. Vos movés los labios nada más, como un mono, imitando todo, como un loro, repitiendo todo. ¿Te fijaste cómo estás vestido?

SOL: (*Se mira, luego mira a Do, quien, a su vez, ni los mira.*) Pero si estamos todos vestidos igual.

FA: No tanto. Yo tengo una pulsera con el logo de nuestro grupo. Mirá.

SOL: Entonces, esperá. (*Va hacia su mochila, saca una gorra, se la coloca.*) Yo tengo una gorra de nuestro grupo. Mirá.

Continúan sacando prendas de vestir y accesorios de sus mochilas. Discuten. Frente al público, Do se para y se contempla como si estuviera delante de un espejo.

DO: Shhh... ¿No ven que me estoy produciendo, chicos? A ver, lo primero que tenemos que hacer es ganar un montón de seguidores para poder entrar en la Convención Internacional que se va a hacer en la capital, así podemos estar entre los primeros grupos. Les digo la verdad, están algo flojos ustedes, ¿no? ¡Apuren! ¡Necesitamos todas las pilas para ser famosos! (*Vuelve a arreglarse frente al espejo.*)

FA: Pero, bueno, si no fuera por los quilombos que arma este...
(*Señala a Sol.*) ¡Nos está demorando todo!

SOL: Silencio, pendejo. Vos siempre llorando por todo.

FA: La culpa es de él, Do.

SOL: ¿Sabés qué? Seguí culpando a los demás. Yo también me voy a producir. (*Se levanta y comienza a peinarse. Mira hacia otra parte del escenario, haciendo los mismos gestos que Do.*)

DO se detiene bruscamente. Busca a su alrededor, a punto de entrar en pánico.

DO: ¡¿Vieron mi celular?!

SOL: No.

FA: No.

DO: Mentira... ¿Y eso? (*Señala la mochila de Fa, de la que sobresale la esquina de un dispositivo móvil.*) ¡Ajá! ¿Qué hacías con mi celular?

SOL: Ah, miralo, ja, ja, ja, al chorro.

FA: (*Nervioso.*) Es que... Es que... quiero... Quiero... Vos, un poco... Vos. No sé qué pasó... Nada. (*Agarra el celular con las dos manos, muy cuidadosamente, avergonzado.*) Quería ver qué marca de celular tenías.

DO: ¿Y la funda?

FA: (*La saca del bolsillo.*) Está muy buena. ¿Cómo la compraste?

SOL: Con el bolsillo de sus padres.

DO Y FA: ¿Y vos cómo sabés?

SOL: Yo también busqué, pero me cansé. Encontré una que me gusta más ahora. (*A Fa.*) Pero vos sos el que tiene el celular más nuevo y el mejor de los tres.

DO: Bah, cualquiera puede comprarse un Smartphone con tres o cuatro cámaras de alta definición y opción para fotos panorámicas, con pantalla plegable, pero... Hay cosas que no se pueden comprar.

SOL: Claro, hay que saber fotografiar y cuándo. Saber la pose exacta... Nosotros, con Do, tenemos la habilidad y la paciencia para tener las mejores fotos subidas a Insta, a las redes en general. Mejor dicho, en todo en la vida. Porque es eso la vida: saber hacer. Eso es algo que vos nunca vas a lograr, Fa: producir contenido original. ¿Te vas a pasar toda la vida siendo uno más del mundo, que nomás mira, soñando ser como su ídolo? ¿Siempre copiando las tendencias?

DO: (*Interrumpiendo a Sol.*) Parece que vos tampoco te das cuenta. ¡Dame!

SOL: Pero es el más viejo y usado de los tres. Ya no tiene casi memoria disponible.

DO: ¡Escuchen! Miren, no basta con tener un celular de última generación, ni tampoco con conocer las técnicas de fotografía y todo eso que hablan ustedes, sino con tener eso que la gente llama “ángel”.

SOL: Así es. Tiene razón. (*Suspicaž.*) ¿Y eso qué sería? ¿Nos podés explicar, Do?

DO: Es algo que... No sé. Como una especie de magia, algo así... Algo así como carisma, la confianza, la seguridad frente a la gente. Sería algo fuera de este mundo. No está dentro de las palabras, sino afuera. Es algo que no se puede decir con palabras. El #PRIMERO EN TENDENCIAS y yo, los dos, tenemos eso. Ese talento. Pero, ¡aguanten un poco! No es que lo escogimos ni tuvimos la oportunidad de decidirlo, simplemente nos ha sido dado ese don. Fuimos elegidos. Somos luminosos. A nosotros nos siguen, nos tienen que seguir.

FA: (*Decepcionado.*) ¡Uh, no! Ya lo tuvo que meter a ese.

SOL: Y sí...

DO: ¡Y sí! Él, nada más con aparecer, hace que suban la cantidad de visitas al doble, o más, en cualquier video, de cualquier canal de cuarta. Y cada comentario suyo tiene más de mil

likes y vaya a saber cuántos comentarios. Siempre es tendencia.

Se escucha el sonido de una notificación. Los tres se juntan para mirar el celular de Do. Miran, absortos, la pantalla.

DO: (*Entusiasmado.*) ¡Es ÉL!

FA: (*Cansado.*) ¡Es ÉL!

DO: Así es... Miren, recién compartió en su muro nuestro nuevo video, ¡que recién subimos! Ahora capaz que sí llegamos al millón de seguidores.

Do se aparta un poco del grupo. Comienza a contar sus nuevos suscriptores. A cada instante, hace expresiones de asombro y sorpresa.

FA: Lo sabía. Lo sabía. Ja, ja, ja. Siempre te veo hurgueteando en sus cosas.

SOL: ¿Qué cosa?

FA: Vos escondiste el celular de Do en mi mochila, ¿no es así? Ya sos grande para hacer esas cosas, ¿no te parece? Mirá si tus fans se enteran de tus chiquilinas.

SOL: No tenés pruebas, vos. Además, siempre que pierde su celular aparece en tu mochila.

FA: ¡Mentira! Siempre se lo sacás vos cuando se pone a hacer otra cosa. Lo mirás a escondidas y después lo ponés en mi mochila cuando yo estoy en la computadora. Siempre, cuando llego a mi casa, lo encuentro en el bolsillo de la campera o de la mochila.

Entra Do. Camina, cabizbajo, meditabundo, pero sin perder el rictus que lo caracteriza.

SOL: ¿Estás bien?

DO: No sé. Creí que ya estábamos cerca del millón de seguidores, pero todavía nos falta muchísimo. Qué bajón.

SOL: Es solo cuestión de tiempo.

FA: Al ritmo que vamos, tendremos un millón en dos años, calculo. Si subimos cosas buenas día por medio y las compartimos por todos lados, a todos nuestros contactos, en dos meses llegaremos a nuestro objetivo, seguro. No te pongás mal. (*Se acerca a Do, le pone un brazo sobre el hombro.*) No te echés la culpa. Te bajoneás vos, me bajoneo yo.

DO: No sé. Hace rato que no logramos repuntar en el ranking.

SOL: Se me ocurre una idea.

DO: (*Mirando a su alrededor y a sí mismo.*) Esperen. Tuve un *flashback* de esto mismo, pero en otro lugar.

FA: ¿Qué es eso?

SOL: Un *flashback* es como revivir el pasado.

DO: Sí. ¿Ustedes se acuerdan de esto? O sea, ¿se acuerdan desde cuándo estamos haciendo esto? ¿En este mismo lugar, pero antes?

FA: ¡Ah! Te referís a cuando nos vimos por primera vez. Vimos que nuestras cuentas tenían la misma foto de perfil. Hicimos una reunión por Zoom y listo. Formamos nuestro grupo con ciento setenta seguidores y nuestros primeros videos tenían pocas visitas, pero eso cambió al poco tiempo.

DO: ¡No! Quiero decir, cuando empezamos a... ¿Cómo se dice...? Esto que estamos haciendo ahora... El coso este...

FA: Instagram.

DO: No.

SOL: YouTube.

DO: No.

FA: Facebook.

DO: Desde que estamos acá, filmándonos y bailando, ¿no se despertaron y se olvidaron de lo que habían hecho ayer? ¿No piensan que el día parece siempre el mismo que el anterior? Una repetición de una repetición.

SOL: ¿Estás queriendo decir que ya vivimos esto?

FA: ¡Qué miedo! Repetir lo mismo una y otra vez.

SOL: Horrible. Pero, ¿acaso no...?

Flashes. Se quedan inmóviles.

CHICO RANDOM: ¡Alto, alto, alto! Hola, de nuevo. Hay una cosita que me olvidé de decirles. Este... A veces, la gente... ¡Eh, sí! A veces, comienzan a pensar cosas raras, como, por ejemplo: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿por qué hacemos lo que hacemos? Todo muy raro. Muy raro. Quédense tranquilos. Ustedes sigan mirando. *(Hace un gesto y se reinicia la acción.)*

Se escucha el sonido de una notificación. Do se acerca a su celular. Se sorprende al mirarlo.

DO: *(Contento, pero algo preocupado.)* ¿Saben qué? Hoy cumplimos, con mi chica, dos meses de novios. Dos meses es mucho tiempo, creo. Una relación en serio, quiero decir, no virtual. ¿Me entienden? Quiero saber qué comentó en mi muro.

FA: ¿Te comenta algo tu novia?

DO: Sí.

FA: *(Malicioso.)* ¿Siempre?

DO: Es la primera en comentar y compartir. Me tiene primero en su *feed*. A veces, me cuenta que no tiene datos y se va hasta la plaza o hasta un McDonald's para conectarse y seguir mis cosas.

FA: ¿Y qué pasaría si dejaras de subir cosas? ¿Te seguiría igual? ¿Te pondría *like*, te comentaría las fotos?

DO: Nunca voy a dejar de subir contenido. Soy un creador de contenido.

FA: ¿Me dejás ver su foto de perfil?

DO: *(Inquieto, fingiendo sorpresa.)* ¿Otra vez?

FA: *(Ansioso.)* Sí, por favor. Dale... Dale...

Do saca un dispositivo móvil del bolsillo. Fa y Sol se amontonan sobre Do para mirar de cerca.

DO: Ahí está... Esa es la foto. *(Más que mirar la foto, se interesa por la reacción de los demás.)*

SOL: Es linda tu novia. Te envidio. Mmm, me gustaría tener novia... Eso me gustaría, pero, ¡qué raro! O sea, tengo muchos *likes*, pero nadie quiere estar conmigo de verdad. ¿Vos cómo hiciste?

DO: *(Se encoge de hombros.)* Y nada... Qué sé yo. Se me pegan. *(Sueña una notificación de llamada.)* Disculpen, me está llamando. *(Se concentra en la pantalla de su dispositivo y, de vez en cuando, se mira al espejo/público. Se saca ocasionales selfies.)*

SOL: *(Mirando a Do, pero hablando con Fa.)* Qué suerte que tiene, ¿no?

FA: *(Alejándose, con asco.)* ¿Quién? ¿Qué es lo que le ve? Es muy fea.

SOL: Para mí que estás celoso.

FA: Vos hablando de celos...

SOL: Yo solo quiero que el grupo tenga un millón de seguidores.

FA: Eso y ser el líder. A ver, veamos tu historial. Los historiales no mienten. Dicen toda la verdad de uno. Comprobemos tu lealtad para con Do, con el grupo. Pero con Do, sobre todo.

Vuelve Do.

DO: *(Con curiosidad.)* ¿Están hablando de mí? Seguro.

Los tres se posicionan frente a la computadora. Do maneja el teclado y el mouse. Fa está a su lado y Sol mira desde atrás.

FA: Vamos a ver el historial de los dos, para ver quién es más amigo tuyo.

Do scrollea un momento.

FA: *(Con malicia.)* Ahí lo tenés. ¡Miren! ¡Ah! Lo único que tiene

son las fotos de tu novia. Ni una sola del grupo... Do, ¿lo ves?

DO: (*Un poco ofuscado.*) ¿Y eso?

SOL: (*A Do.*) Amigo, son las fotos en las que sale ella con vos. Miraba sus fotos pensando en el grupo, en vos...

FA: Ahora veamos el mío. Yo sí creo en el grupo.

Scrollean un largo momento.

SOL: Son puras fotos del grupo, los tres bailando. Tenías razón, pendejo.

FA: ¿Viste? Do, ya sabés quién es tu amigo de verdad. ¿Do?

Un flash. Suena el teléfono de Do.

DO: (*Al teléfono.*) Hola. Sí, soy yo. (*Se retira.*)

SOL: (*Deja su dispositivo de lado y se acerca a Fa.*) A ver, veamos el tuyo ahora.

FA: ¿Qué cosa?

SOL: ¡El historial! ¡No te hagás!

FA: Ya lo vimos.

SOL: El verdadero.

FA: Miralo tranquilo. (*Se pone de pie y mueve las manos, mostrando su historial en la proyección.*)

SOL: Qué pena. Todo el tiempo estás pensando en él. Todo el historial de tu celular tiene su nombre... ¿Sos fiel realmente al grupo?

FA: Sí.

SOL: ¿Y a Do?

FA: Por supuesto.

SOL: Entonces, hay algo que tenés que saber, pendejo.

FA: ¿Qué?

SOL: No me vas a creer.

FA: (*Duro.*) ¿Qué?

SOL: (*Inspira profundamente por la nariz, palmea las manos, se las frota.*) Por tu cara, me doy cuenta de que no sabés que Do se cambia de equipo, de grupo... Se va con el #PRIMERO EN TENDENCIAS para poder tener los millones de seguidores que sueña. Me imagino que eso no te lo dijo tu *best friend forever*, porque quiere todo para él: los seguidores, la popularidad, los *likes*. Todo. Gracias a nuestro esfuerzo, aprovechándose de nosotros. ¿Vos crees que pensó en vos cuando cerró su trato con el #PRIMERO EN TENDENCIAS?

FA: ¿Con nuestra competencia?

SOL: Sí, amiguito.

FA: No te creo.

FA: Creeme, idiota. Ahí viene.

Entra Do.

DO: (*Contento.*) Adivinen. ¡Qué sorpresa! Me dijeron que habrá doce elegidos para estar el mismo día que el #PRIMERO EN TENDENCIAS. Si logramos estar entre los diez primeros... Estaré en otro mundo, más allá. Seré como el #PRIMERO EN TENDENCIAS. (*Chilla.*) Cada vez estoy más cerca de mi sueño, podré tener un nuevo grupo, un nuevo equipo. ¡Ser compañero de él!

FA: (*Se acerca, presuroso.*) ¿Qué querés decir?

SOL: (*A Fa*) ¿Qué te dije, Fa? ¿Viste? Se va y eso significa que ya no le hacemos falta. ¿Ahora nosotros qué hacemos? ¿Vas a dejar a tu novia sola?

DO: Sí. ¿Por qué no? (*Los mira un momento en silencio. Ellos se muestran bastante preocupados.*) ¡Nada que ver! La verdad es que lo único que me importa es él. (*Señala hacia afuera.*) Porque está, aunque no esté, como ese de la escuela que se porta siempre mal... Bueno, un día falta y esa tranquilidad que

hay en el aula se vuelve un embole ya, entonces, ese silencio hace que alguno se de vuelta para ver si está... Está, aunque no esté. ¿Entienden? Siento que al lado de él es donde tengo que estar, donde pertenezco. Ahora mismo, si pudiera. Por eso me tengo que ir, dejarlos a ustedes y a ella. No me importa nada.

FA: (*Asustado.*) Si te vas, quedamos solos. Ya no seremos más un equipo. Se termina todo nuestro sueño.

SOL: Ya lo sabía.

DO: No. Si bien ya no vamos a ser un equipo dentro de un tiempo, seguimos siendo amigos, a pesar de todo. Ahora mismo, sigamos juntos, para poder llegar a nuestro objetivo.

SOL: Bien, pero, seguramente, irás vos y no nosotros.

FA: Es cierto. Tiene que ir uno, nomás.

DO: (*Preocupado.*) Ah, no pensé en eso. (*Piensa un momento.*) Entonces, tiene que quedar en el grupo alguien de ustedes. Tiene que ser uno de ustedes, sin lugar a dudas. Pero, ¿quién?

FA: Se me ocurre una idea brillante. Lo resolvemos todo con desafíos.

SOL: Mmm, no sé.

DO: Me parece genial. Un *challenge*.

Chico Random trae al escenario una mesa y una silla. Do se sienta y agarra lapicera y papel. Suena música de programa de televisión de preguntas y respuestas. Fa y Sol se colocan uno al lado del otro, empiezan a elongar y estirar los brazos y las piernas.

DO: Vamos a hacer un *challenge* de preguntas y respuestas para ver quién merece ocupar mi lugar.

CHICO RANDOM: (*Desde atrás.*) ¡Qué entretenido!

DO: ¡Shhh! Comencemos. Vamos a empezar por preguntas, tipo, que sean acerca de mí. A ver... ¿De qué signo es el #PRIMERO EN TENDENCIAS?

Fa y Sol se miran, fruncen el ceño en señal de confusión.

DO: ¿No saben? ¡Todo el mundo sabe que es de virgo! ¿Qué les pasa? Entonces, nadie recibe ningún punto.

SOL: ¿Pero no ibas a hacer preguntas sobre vos? ¿Sobre vos y nadie más? *(Sonríe, despectivamente.)*

DO: Claro, sobre lo que más me gusta. O sea...

SOL: *(Ofuscado.)* Con razón.

DO: ¡Segunda pregunta! ¡Atentos! Si estuviera en una isla desierta y solo pudiera llevar tres cosas para toda la eternidad, ¿cuáles serían?

Fa y Sol se toman un tiempo para reflexionar.

SOL: Llevarías tu celular para poder bailar y escuchar música. Te conozco muy bien.

DO: Incorrecto.

FA: Yo lo sé. No llevarías nada a una isla desierta. Te arrojarías al mar, porque no hay internet ni señal de teléfono. No hay razón para seguir viviendo.

DO: ¡Exacto! Eso es lo que yo haría. Aunque otra respuesta válida hubiera sido: el libro del #PRIMERO EN TENDENCIAS.

SOL: Era una pregunta tramposa. No vale.

DO: ¡Tercera pregunta! ¿A quién quiero más en el mundo?

FA: Esa es fácil. ¿Quién más si no el #PRIMERO EN TENDENCIAS, el influencer más seguido en las redes?

SOL: No. Cerca, pero no. ¡Casi! La persona que más quiere en el mundo son sus seguidores. Todos y cada uno de ellos. ¿No es cierto, Do?

DO: Los dos están equivocados. La persona a quien más quiero... ¡soy yo!

CHICO RANDOM: *(Aplaude, sin ganas.)* Para mí estuvo arreglado.

DO: ¡Cuarta pregunta! Esta vez, es una pregunta personal ¿A quién elegirían, si no fuera yo, para ir a la Convención Internacional?

SOL: Yo creo que... No respondo antes de que responda él.

DO: (*Apartándose de Sol.*) ¿Fa?

FA: Y, si no puedo elegirte a vos, no elijo a nadie. Porque vos sos el grupo. Si no, ¿qué sentido tiene todo?

DO: Mmm, buena respuesta A ver vos, Sol.

SOL: (*Tras una larga pausa.*) A ver... (*Otra pausa.*) ¡Me elegiría a mí, por supuesto! Porque eso es lo que haría la persona más indicada para ir a la Convención Internacional. Primero uno, después los demás. Eso es lo que hubieras hecho vos, ¿no? (*Mira a Do.*)

DO: Bien, bien... Aunque tardaste en contestar. Las dos respuestas no pueden ser correctas al mismo tiempo. Es así la ley. La ley que hice yo, ahora mismo. Tengo que pensarlo.

FA: Es un mentiroso. Está mintiendo. Miente todo el tiempo.

SOL: Y vos también.

FA: Pero...

DO: El ganador es...

FA: Este grupo está lleno de mentirosos. Está arreglado.

DO: ¿Qué dijo?

SOL: Dijo que somos todos mentirosos. Entonces, vos también. ¿O no sos parte del grupo?

Do y Sol se acercan lentamente a Fa.

FA: Sí. Soy parte del grupo.

SOL: Sos mentiroso.

DO: Entonces, no es verdad que mentimos.

SOL: ¿Por qué se enoja si no estaba arreglado?

DO: Dice la verdad. Tengo la decisión en mente desde antes que

empezara el juego. Pero, si yo soy un mentiroso, entonces...

FA: La persona que va a ir no es la que tenías en mente, sino otra.
A menos que te estés engañando.

SOL: Pero Fa es un mentiroso, entonces todo lo que diga es falso.

FA: Bueno... No tengo ganas de ser parte del grupo. No me gusta bailar ni cantar ni me interesa ser un influencer. Solo quiero estar con mi amigo Do.

DO: ¿En serio lo decís?

SOL: No. Lo dice a propósito, para confundirte.

FA: Es verdad.

DO: Hace rato dijiste que éramos todos mentirosos. Vos también te incluiste. Lo que decís no es verdad, por ende, Sol, vos también mentiste recién cuando respondiste que te elegirías a vos mismo. ¿Fue verdad o mentira?

SOL: Verdad. ¡No! ¡Mentira!

FA: ¡Hasta cuando dice la verdad está mintiendo!

SOL: ¡Y vos mentís mal, porque se te escapa la verdad!

DO: ¿El ganador no es nadie, entonces?

Chico Random se sienta en un banco. Bostezando, chasquea los dedos.

CHICO RANDOM: Bueno, se pueden quedar todo el día así estos tres. ¡Qué pesados! Señor de la luz, apágume las luces, please. (*Cierra los ojos y se duerme.*)

Apagón. Breve pausa. Luces.

DO: Cuando vaya a la capital, voy a estar el lugar al que realmente pertenezco.

SOL: (*Asustado.*) ¡Pará!

FA: (*Preocupado.*) ¿Y quién va a ser el líder, entonces?

DO: Pueden conseguirse otro, aunque yo sea irremplazable...

Pero pueden llamar a otro.

SOL: Sería como empezar de nuevo, desde cero. Alguien con otro nombre, con otras fotos, con otros amigos. Es muy complicado. Hacer todo desde cero, toda una vida de cosas... Me da miedo.

FA: No se hace un líder por arte de magia. (*Determinante.*) Este grupo no tendría que seguir, entonces.

SOL: Yo eliminaría mi cuenta para siempre. Definitivamente. Prefiero no estar a estar sin el grupo.

FA: Yo eliminaría mi cuenta, todas mis fotos, todas mis publicaciones con el grupo. Y me desconectaría, también. Apagaría el módem y... listo.

DO: Están medio locos, ustedes.

Do se retira a un costado. Saca su celular y se pone a interactuar con él.

FA: ¿Estás contento, ahora que arruinaste todo?

SOL: Vos perdiste solo al comenzar a hablar como la actriz de una telenovela turca.

FA: Yo me la juego.

SOL: ¿En serio? ¿Eliminarías de verdad tu cuenta, o la cuenta de cualquiera, por estar cerca de...?

FA: (*Mirando fijamente el suelo, pronunciando despacio cada palabra.*) Sí. Sí lo haría.

Apagón. Luz muy tenue.

SOL: Me imagino siendo querido por todos. Todos los usuarios de internet. Si tan solo pudiera ser como Do.

DO: No entendés nada. Yo estoy solo donde estoy... Nadie me entiende, porque estoy en la cresta de la ola. Estoy solo.

FA: Quiero saber el próximo estado de Do. ¿Qué paso de baile hará ahora? (*Mirando su celular, hace un pequeño paso, que no concluye.*) Necesito saber qué hace, qué vamos a hacer.

SOL: Sueño, sueño, sueño, sueño... ¿Y qué es esto que estoy vi-
viendo?

DO: (*Mirándose al espejo.*) ¡Ah, mirá lo que son mis manos! ¡Mi
pelo! ¡Fíjense en estos labios, estos ojos! ¿Por qué no soy
yo tendencia?

FA: (*Susurrando.*) El mundo está equivocado.

SOL: Hay alguien acá que está medio perdido, parece.

DO: ¿Quién? Nada que ver, amiguito. Nada que ver. Es fácil
estar en las redes cuando sos uno más, pero cuando sos
especial, ¡como yo!, es diferente. Ustedes están ahí, junto
con los demás usuarios de las redes, y no saben la presión
que sufrimos. Yo entiendo por qué. (*Se sienta en el piso con
brusquedad.*)

SOL: (*Suspicaz.*) ¿Qué te pasó? ¿Mucha presión?

DO: Nada, estoy muy cansado últimamente. No veo que este-
mos cerca del millón de seguidores. Siento que estoy al
borde de algo, acercándome a un agujero, un agujero que
me mira, pero, cuando quiero verlo, se aleja, siente mis pa-
sos. Se hace grande de pronto. Ese agujero me mira.

SOL: Hay gente que tiene sueños y otra que vive en sus sueños...
¿No sentís todo como si fuera una película?

DO: (*Suelta una risa.*) Sí, pero tengo que salir. A veces, siento
como que me tragara ese algo. (*A Fa.*) ¿Y vos? ¡Decí algo!

FA: (*Se envalentona, mira a Do.*) Estar cerca de ustedes. Estar en el
grupo, seguir sus pasos. Eso es todo. Seguir haciendo lo
que estamos haciendo... Sigamos la película... A mí me
gusta esta película.

DO: Si yo estuviera por caer en el agujero ese, ¿qué harían?

*Do camina, lentamente, hacia adelante. Da un paso en falso y, antes de
llegar al suelo, Fa lo retiene con todas sus fuerzas.*

FA: Puedo sostenerte un tiempo. (*Mira a Sol.*) Ayuda.

SOL: Mmm, un influencer de verdad se mandaría solo al agujero. ¡Y yo streamearía cómo cae hasta el fondo! (*Apoyando un brazo sobre Do.*) En seguida tenemos que subir un video. Tengo una coreo en la que estuve trabajando. Va a ser un hit, un récord de visitas.

Sol hace un paso de baile torpe, pero con mucha energía. Do lo mira con la boca abierta.

DO: Tenés razón. Cuando tenés razón, tenés razón.

Fa los mira con tristeza. Se aleja hacia el costado del escenario.

FA: (*Se sienta junto a su mochila, saca su celular y acciona la grabación de voz.*) Y ahora, ¿a quién creer? ¿Dónde se fue toda mi confianza en Do? (*Se agarra el estómago.*) Era tan carismático antes. No sé qué le pasó. (*Tiene arcadas, se tapa la boca.*) ¿Será lo que comí?

Chico Random le acerca un balde.

DO: (*Enérgico.*) Bueno, compañeros, sorprendamos a las redes sociales con este baile que armé hace un tiempo.

Hace una breve coreografía.

FA: ¡Guau! Fue muy groso tu baile.

SOL: ¿Pero eso no es lo que yo hice recién? Me copiaste.

DO: Sí, pero no lo copié. Los copiones, como vos, están por un lado. Saqué ideas, lo desarmé, lo volví a armar y lo hice de nuevo..., mejor. Eso no es copiar. Tendrías que estar agradecido de que yo use tu pasito de baile. Encima, a beneficio de todos nosotros. ¿Qué te pasa, malagradecido?

FA: Por eso te sigo a todos lados, por eso no te tenés que alejar de nosotros. Sos un genio.

DO: No, simplemente sigo los pasos de mi ídolo, que me espera en la capital para ir a la Convención Internacional.

Sol y Fa se rascan la cabeza.

DO: (*Saca de uno de sus bolsillos una hoja doblada, la abre.*) Son “Los siete mejores *backs* para llegar al millón de suscriptores”, escrito por mi ídolo. (*Lee con énfasis.*) Para ser como uno, debés tener acceso a todas las plataformas y leer todas las notificaciones y comentarios, sean buenos o malos, así, podés crear en base a las opiniones de tus fans. Lo más importante son... los *likes*. (*Una pausa.*) Así es como hago yo. (*Va hacia sus pertenencias, que están en un costado.*) ¿Y mi celular?!

FA: Revisemos las cosas de todos. A ver, vos... (*Busca en las pertenencias de Sol.*) Ajá, este es el celular de Do. Lo tenía escondido.

DO: Otra vez agarrando mi celular, vos. Pero ni siquiera tenés mi PIN. (*Acerca el celular a su cara, lo mira.*) Mmm, mirá, ahora tiene la huella de tus dedos.

SOL: No le hice nada. Quería acercarme un poco más a vos, entenderte un poco mejor.

FA: Robándole el celular no vas a lograr acercarte.

SOL: Callate. ¿Acaso alguien quiere tener el tuyo, al menos? A nadie le importás. Lo único que hacés es seguir y poner *likes*. Toda tu vida es eso. ¿O miento? Así, como un fantasma, solo existís en base a los demás. Nadie te ve, nadie te sigue.

FA: No me ven, pero estoy. Sin seguidores no hay influencers.

SOL: ¿Y? ¿Qué es lo que sos?

FA: (*Tras un largo silencio.*) Yo... (*Mira a Do.*)

DO: ¿Qué le hiciste a mi celular? No funciona.

SOL: Andaba.

FA: ¡Ah! Te deschavaste solo.

DO: (*A Fa.*) No seas malo. ¡Ahhh! Quieren ser como yo. Sol, tu paso de baile estuvo bueno, pero te falta algo. Fa, no sé qué vas a hacer vos. Los dos vamos a ver lo mismo. Pero la cámara anda mal, puedo verlos a ustedes, pero no a mí. A ver, dame tu celular, capaz que el mío tiene alguna falla.

(*Agarra el celular de Fa.*) Mmm, lo mismo.

FA: A ver, dejame ver. Mmm, lo mismo.

DO: Estarás agarrando mal el celular. ¡Dame! (*Filma.*) Tampoco me puedo ver. ¿Y si doy vuelta el celular...?

FA Y SOL: (*Sobresaltados.*) ¡Ahí estás! ¡Te vemos bien clarito!

DO: Pero yo no.

CHICO RANDOM: (*Rascándose la cabeza mientras los observa, confuso.*) ¿Qué están haciendo?

FA: Ponelo en *selfie*. Así es, mirá. (*Se filma.*)

SOL: ¿Y ahora a quién ves?

FA: A Do y a vos, o a los dos al mismo tiempo. Se me confunden, a veces. Es que vos le copias todo.

DO: Conclusión: estoy rodeado de copiones.

SOL: Son unos falsos.

FA: ¿Viste? ¿Te das cuenta?

DO: (*Sonido de notificación.*) ¡Ah! Es hora de subir contenido otra vez. Dejemos de hablar y actuemos.

SOL: Actuemos.

FA: Actuemos.

Los tres inician la misma coreografía de la última vez.

DO: ¡El #PRIMERO EN TENDENCIAS nos dio un *like*!

SOL: Buenísimo. Podemos llegar a ser tendencia.

FA: ¡Miren cómo suben los seguidores!

DO: ¿Saben qué? Tenemos que dar un agradecimiento en conjunto a nuestros seguidores, para que sepan que los queremos. Y también hacer una producción en conjunto con el grupo del #PRIMERO EN TENDENCIAS.

FA: ¿Una qué?

SOL: Una producción. Es lo que hacemos todos los días. Es a lo que nos dedicamos.

Los tres se juntan para sacarse una foto.

FA: ¡Hermosa salió!

SOL: ¡Re chupamedias!

DO: No sabés nada de ser un influencer. Hay que colaborar con los demás para beneficio propio. *(Se queda pensando.)* Hay que ayudarse mutuamente.

Los otros lo miran, un poco atónitos. Se sacan una foto en conjunto haciendo diferentes poses. Las posturas que adopta Sol son siempre las mismas que las de Do. Se detienen, abruptamente. Cambian de lugar. Ahora, Sol está en el lugar de Do y Do en lugar de Sol, Fa sigue en el mismo sitio.

DO: ¡Me estás copiando todo!

SOL: ¿Quién?

DO: Vos, ¿quién más? Estás haciendo los mismos pasos que yo.

SOL: Nada que ver. Fijate.

FA: Apuren, que tenemos que subir nuestro contenido diario.
¡Hace rato que nadie nos pone un like!

Ambos realizan un pase de baile idéntico. Al finalizar, se miran de arriba abajo, en idéntica pose. Chico Random se acerca, preocupado.

DO: Me estás haciendo una joda. Hasta tu forma de pararte es igual a la mía.

Fa se rasca la cabeza con ambas manos, escruta a Sol y después a Do mientras hablan.

FA: ¿Qué les pasa?

DO: ¿Viste lo que estoy viendo?

SOL: ¿Qué cosa? No te entiendo.

DO: Sí... Me estás copiando todo.

SOL: Pero yo soy... Estoy siendo yo, nada más.

DO: ¡Pará! Sos una fotocopia, una captura de pantalla, un escaneo.

SOL: Yo soy... yo. A menos que seas vos quien me está imitando.

DO: No. Vos crees que sos vos, pero estás siendo yo, ahora.

SOL: Si yo soy vos, ¿quién serías vos, si no sos vos?

DO: Yo soy quien quiero ser. Siempre fue así.

SOL: ¿Quién?

DO: Yo. ¡Yo! YO SOY... Soy yo... Yo soy... Yo... (*Se acerca a Fa.*)

SOL: Parecés un GIF de tanto que repetís lo mismo.

DO: (*Angustiado, a Fa.*) Decime quién soy.

FA: Chicos... Emm... Basta...

SOL: (*Señalando a Fa.*) Este no sabe ni quién es él. Decime, entonces, quién soy yo. ¡Vamos!

FA: (*A Sol.*) Do, tenemos que subir el video... (*A Do.*) Y vos, ¡dejá de imitarlo en todo!

SOL: ¡No soy Do! (*Se ríe.*)

DO: ¡YO SOY!

FA: ¿Se puede ser dos personas al mismo tiempo? (*Se masajea las sienes.*) Me duele la cabeza. Si hay dos Do, tendría que seguir a dos personas al mismo tiempo, y no me puedo partir al medio. A menos que...

DO: (*Acercándose a Fa y agarrándolo por los hombros.*) ¿Qué?

SOL: (*Acercándose a Fa y agarrándolo por los hombros.*) ¿Qué?

FA: Nada, nada. (*Nervioso.*) Era nomás una macana que se me cruzó por la cabeza. Decinos quién es quién.

DO: Decinos quién es quién, dale.

SOL: ¡Ya sé! El celular de cada uno. Solo uno puede saber el PIN de seguridad de su celular. Listo. Problema solucionado.

FA: Y podemos seguir haciendo videos. Cuando tenés razón, tenés razón, vos.

DO: (*A Fa.*) Mmm... Qué raro, vos, dándole la razón a Sol.

Tres celulares están en el suelo. Los tres adolescentes los miran. Cada uno

agarra un dispositivo.

DO: ¿Cómo era mi clave? 20... 04... ¡No! Esperen, tengo que acordarme.

SOL: *(Con el celular en la mano.)* Listo. *(Pausa.)* ¡Mierda! Me equivoqué.

FA: *(Asertivo.)* Sol, Do, tienen el celular equivocado. ¿No se acuerdan de que el más barato era el de Sol?

SOL: Aplausos para el mejor detective del mundo. ¡Aplausos!

FA: No mientás más. Ya conozco tus mañas.

SOL: Pero, ¿qué? ¿Ahora sos policía?

FA: Te portás mal con nosotros... Querés tener el lugar de Do, pero no sabés cómo hacerlo sin que se tenga que ir y vos no tengas culpa.

SOL: ¿Eso qué es?

FA: *(Agitado.)* ¿Vieron? ¿Vieron? Ahí está el mentiroso, copión y mal amigo.

DO: *(Acercándose a Sol.)* Dame lo que tenés en la mano, Sol. Voy a tener que expulsarte del grupo por querer robarle a un compañero su celular. Eso está prohibido. Entre nosotros no tienen que pasar ese tipo de cosas. Es la única ley. No tocar las cosas del otro.

SOL: *(Amenazante.)* Pero sí está permitido robarle los pasos de baile al compañero.

Ambos dejan caer sus celulares y se colocan frente a frente, muy cerca el uno del otro. Uno parece el reflejo del otro, tan similares son. Es como si se miraran en un espejo. Fa, lentamente y con sigilo, agarra el celular de Sol.

SOL: Ya está. Se acabó todo esto.

Sol agarra el celular de Do. Lo arroja violentamente al suelo y le da pisotones. Lo destruye.

FA: ¡No, no, no! *(Se cae de rodillas.)* Rompiste mi celular, el único

que tengo. No puede ser. ¡Cualquiera! ¿Y ahora qué hago?

DO: (*A Sol.*) Ese era el celular del pendejo.

SOL: ¿Cómo iba a saberlo, pué? Nos confundimos todos.

Fa se sienta en el suelo y se queda inmóvil, los brazos alrededor de la cabeza, en silencio.

SOL: Ups. Ahora conocemos la posta. No era de nuestro equipo, era muy... No era como nosotros.

DO: No sos como yo, tampoco. Me imitaste tanto que ya no sos vos. No quiero estar en un equipo con copiones seriales. No podías estar en mi lugar, tener a mi novia, a mis seguidores, mis pasos, mi estilo. Tenías que ser como yo, al no poder ser yo. Nadie se hace, se nace. Tenés que quererte a vos mismo antes que nada... Además, miralo a Fa. Él entregó todo. (*Pausa.*) ¡Basta! ¿Queremos estar primeros o no? Me está agarrando de nuevo el bajón... No sé si voy a seguir en el grupo.

SOL: ¡Sí! Para dejarle el lugar a otro que tenga más ganas y energías para seguir. ¡Como yo!

Fa se yergue. Estira los brazos como si hubiera dormido durante mucho tiempo.

FA: Era mentira. Ja, ja, ja. El celular que vos creías que era de Do, pero que era mío, tampoco era mío...

SOL: ¿De quién era?

FA: Era tuyo.

DO: Están locos ustedes dos.

Se quedan en silencio, mirándose por un largo momento. Rompe el silencio una notificación con vibración en el bolsillo de uno de ellos.

FA: Es para vos.

SOL: ¿Para mí?

DO: No, para mí. ¡Bah! Ya ni sé qué es qué ni quién es quién.

(Mira, reticente, su celular. Una mirada de asombro ilumina su rostro.) ¡Bien! ¡Está confirmado! Me invitaron para la Convención Internacional, solo debo ir con mis cosas a la terminal de ómnibus. Está dicho: me voy para la capital. Voy a formar un equipo con el #PRIMERO EN TENDENCIAS y seguiré siendo yo, junto a él, como siempre lo he soñado. Voy a cerrar la cuenta del grupo. Bah, ni me importa. Podés seguir, si querés. Te dejo mis seguidores. No me hacen falta para nada ahora. Gracias por todo. ¡Chau! *(A su celular.)* Sí, sí, sí, estoy yendo para allá ahora mismo. Gracias.

Do utiliza un elemento filoso para cortar la sogá que lo unía a sus compañeros. Se retira.

SOL: ¿Era mi celular?

FA: Sí. Rompiste lo único que te unía a las redes sociales, a tus seguidores, a tus amigos, a tus ídolos. Por querer eliminarme a mí, te eliminaste a vos mismo sin darte cuenta.

SOL: ¿Con qué voy a comprar un nuevo celular?

FA: Ya vas a conseguir otro. Vas a tener que salir a trabajar para eso. Tus padres no van a poder comprarte otro ahora. Además, ya sos grande, ¿no?

SOL: ¡No! ¿Y ahora? *(Mira a su alrededor.)* Tengo miedo ¿Qué voy a hacer?

Sol se acuesta en el piso. Se queda inmóvil, con la cabeza entre las rodillas. Se tapa la cara con los brazos. Desaparece.

FA: Me tengo que ir, nomás. Do ya no está, se fue a otro lugar. Sol está desconectado... *(Piensa.)* ¡Tch! ¡Ya fue! *(Se arranca la sogá.)* Me voy. Pero me llevo sus cosas, para no sentirme tan solo, para que me acompañen en este nuevo camino que voy a tomar. Ahora soy yo. Yo, nomás.

Fa se retira. Chico Random entra aplaudiendo.

CHICO RANDOM: *(Dirigiéndose al público.)* Bueno, el que mal

anda, mal acaba. (*Deja de aplaudir.*) Queridos amigos y amigas presentes en este vivo, hemos llegado al final. Las cosas no serán las mismas, no para el pobre pibe, al menos por un tiempo. No se olviden de comentar, dar *like* y suscribirse a mi canal. ¡Adiós! (*Al iluminador.*) ¡Apagá las luces!

El misterioso circo embrujado

Bryan Vindas Villarreal
(Costa Rica)

Personajes:

GATO NEGRO

HERMANA MENOR

HERMANO MAYOR

MAMÁ

DOMADOR DEL CIRCO

MINOTAURO

DRAGÓN

DUENDES

HERMANOS TRAPICISTAS

MALABARISTAS CALAVERAS

PAYASO

DUENDE CON PELUCA DE BEETHOVEN

DUENDE DE LAS BRUJAS

BRUJA 1

BRUJA 2

BRUJA 3

DOCTOR

La poética que propone el dramaturgo para esta pieza implica la construcción de marionetas, títeres y máscaras para representar a los personajes fantásticos. La pieza fue escrita para que pueda ser escenificada tanto en teatros como en calles, carpas de circo, entre otros espacios experimentales. Esto tiene como objeto el generar una empatía profunda con el público infantil. Si bien es cierto que la poética dramática propone una plástica escénica concreta, el texto teatral también posee la versatilidad de ser escenificado en un teatro de muñecos o una estética de luz negra o, incluso, un montaje de marionetas.

Escena I

Una habitación infantil. Se escucha una tétrica melodía circense. La única luz proviene de una caja musical con forma de carpa de circo, la cual gira sobre una pequeña mesa de noche. Un gato negro mira, fijamente, la caja musical. Cuando termina de girar, la música cesa. Cambio de luz. Entra una niña, camina con la ayuda de muletas.

HERMANA MENOR: Yo creo que mi dibujo quedó bonito.

Uno de los ojos me quedó chueco, pero nadie lo va a notar.

GATO NEGRO: ¿Miau?

HERMANA MENOR: Te quiero mucho.

El Gato Negro se acerca a la Hermana Menor. Ella coloca las muletas a un lado y se abrazan.

HERMANA MENOR: Te tengo un regalo

GATO NEGRO: ¿Miau?

Hermana Menor le pone un sombrero al Gato Negro.

HERMANA MENOR: ¡Qué hermoso se ve mi gatito!

GATO NEGRO: Miau, miau, miau.

HERMANA MENOR: Mmm... Aún le falta algo.

GATO NEGRO: ¿Miau?

HERMANA MENOR: ¡Vení, gatito pirata!

La Hermana Menor muestra un parche y el Gato Negro maúlla. Huye.

GATO NEGRO: ¡MIIIAAAUUUUU!

En el momento en que la Hermana Menor está a punto de atraparlo, entra el Hermano Mayor y cierra con fuerza la puerta. Se escucha la voz de la Mamá del otro lado.

MAMÁ: ¿Hijo?

HERMANO MAYOR: No quiero.

MAMÁ: Abrí la puerta.

HERMANO MAYOR: No.

MAMÁ: Hijo, necesito expli...

HERMANO MAYOR: Quiero estar solo.

La Hermana Menor se acerca. El Gato Negro aprovecha y se esconde debajo de la cama.

HERMANA MENOR: ¿Qué pasó?

MAMÁ: Hijo... Yo... *(Pausa.)* Lo hice por nosotros

HERMANO MAYOR: ¡Quiero que papi regrese!

Silencio.

MAMÁ: Él no va a entrar más en esta casa.

HERMANO MAYOR: Entonces, yo tampoco quiero estar aquí.

(Tratando de contener las lágrimas.) Yo a vos te odio, mamá.

Silencio.

HERMANA MENOR: ¿Qué pasó?

HERMANO MAYOR: Echó de la casa a papá... *(Pausa.)* Vos no vas a entender.

HERMANA MENOR: ¡Ey! Yo ya estoy grande.

HERMANO MAYOR: ¡Entonces, no preguntés más!

Silencio.

HERMANA MENOR: ¿Estás triste?

HERMANO MAYOR: No, no estoy triste. Solo enojado. Los hombres grandes como yo nunca nos ponemos tristes.

HERMANA MENOR: Pero estás llorando...

HERMANO MAYOR: Es que me enchilan los ojos.

HERMANA MENOR: ¿De tristeza?

HERMANO MAYOR: No.

Silencio.

HERMANO MAYOR: ¿Mamá se fue?

HERMANA MENOR: No.

HERMANO MAYOR: ¿Qué está haciendo?

HERMANA MENOR: Llorando.

HERMANO MAYOR: No quiero estar aquí.

El Hermano Mayor toma ropa y la mete en un salveque. El Gato Negro trata de evitar que se vaya, pero el Hermano Mayor insiste.

HERMANA MENOR: No podés irte. Es peligroso.

HERMANO MAYOR: No le tengo miedo a nada

HERMANA MENOR: ¿Y a dónde vas?

HERMANO MAYOR: Lejos.

HERMANA MENOR: Entonces, yo también voy.

HERMANO MAYOR: No.

HERMANA MENOR: Sí.

HERMANO MAYOR: No.

HERMANA MENOR: Sí.

HERMANO MAYOR: ¡DIJE QUE NO!

HERMANA MENOR: ¿Por qué no?

HERMANO MAYOR: Porque ni siquiera podés caminar bien.

Silencio.

HERMANO MAYOR: ¿Por qué querés venir conmigo?

HERMANA MENOR: Para cuidarte. No quiero que nada malo te pase.

Se abrazan.

HERMANO MAYOR: ¿La podés escuchar?

HERMANA MENOR: ¿Qué?

HERMANO MAYOR: Esa música... ¿La escuchás? Viene de afuera.

HERMANA MENOR: Tengo miedo. No abrás la ventana.

Se escucha la tétrica melodía del circo. Luces se cuelan por la ventana. Hermano Mayor la abre y entra en escena el Domador del circo y, junto a él, el Duende con peluca de Beethoven.

DOMADOR DEL CIRCO: ¡Qué hermosa noche para que empiece una aventura!

El Gato Negro se acerca a la niña y maúlla, protegiéndola.

HERMANO MAYOR: ¿Quiénes son ustedes?

DOMADOR DEL CIRCO: Me presento: soy el más famosísimo domador de bestias del circo más espectacular de todos los tiempos. ¿A quién le gusta el circo?

HERMANO MAYOR: ¡A mí me encanta el circo!

El Duende se acerca de manera amenazante a la Hermana Menor. El Gato Negro lo confronta, mientras el Domador interviene para proteger a la niña.

DOMADOR DEL CIRCO: *(Interponiéndose entre el Duende y la niña.)* ¿Puedo saber por qué no te gusta el circo?

HERMANA MENOR: No me gusta cómo tratan a los animales. Los torturan, los encadenan, no los alimentan. Y, cuando ya están viejos, los abandonan o los matan.

DOMADOR DEL CIRCO: Pero este circo es mágico.

HERMANA MENOR: No me importa. No me gusta el circo.

Váyase de nuestro cuarto antes de que llame a mi mamá.

HERMANO MAYOR: ¿En ese circo... todos son felices?

DUENDE CON PELUCA DE BEETHOVEN: Hfdn-duergdkjasnxlaskhdiugn.

HERMANO MAYOR: ¿Qué dijo?

DOMADOR DEL CIRCO: (*Miente.*) En nuestro circo ya no recordamos cómo llorar. Hemos presentado nuestros actos en Tokio, Londres, Nueva York, Transilvania, Milán, Ámsterdam, Sao Paulo, Ciudad de México, Quito... Y en Costa Rica.

HERMANO MAYOR: ¿Por qué están aquí?

DOMADOR DEL CIRCO: Venimos por vos.

HERMANA MENOR: Muchas gracias, pero no iremos. No nos interesa.

HERMANO MAYOR: Quiero ir.

HERMANA MENOR: Entonces, yo voy con vos.

El Duende con peluca de Beethoven se burla de la Hermana Menor.

HERMANO MAYOR: Prometo que voy a regresar.

HERMANA MENOR: No.

HERMANO MAYOR: Despedime de mamá y decile que perdón, que no la odio.

HERMANA MENOR: No. No te vayas, por favor.

El Gato Negro trata de evitar que el Hermano Mayor se vaya. El Duende con peluca de Beethoven sujeta al Gato Negro e intenta comérselo, pero el Domador del circo interviene.

DOMADOR DEL CIRCO: (*Al Gato Negro.*) Cuidá a la niña. Ella es especial.

El Hermano Mayor abraza a la Hermana Menor, se despide. La habitación queda en un silencio. El Gato Negro se pone de pie y camina en dos patas, como un ser humano. La niña llora.

GATO NEGRO: Traté de evitar que se fuera, miau, pero no me hizo caso.

HERMANA MENOR: (*Asustada.*) ¿Vos podés hablar?

GATO NEGRO: Sí. Soy un gato muy educado. Aprendí el idioma humano hace muchos años. Miau.

HERMANA MENOR: (*Asustada.*) ¿Dónde aprendiste a hablar? ¿Quién te enseñó? Estoy soñando, ¿verdad? ¿Por qué no habías hablado antes? Sí. Es eso. Todo es una pesadilla y yo debo...

GATO NEGRO: Son tantas preguntas y tenemos tan poco tiempo... Miau. Miau. No había hablado antes con vos, porque nunca tuve la necesidad de hacerlo... Hasta hoy. Miau.

HERMANA MENOR: ¿Sos real? Un momento, entonces, si podés hablar, podés ayudarme a rescatar a mi hermanito.

GATO NEGRO: No, no, querida. Miau. No iremos a rescatar a nadie. Ese circo es antiguo, es oscuridad, es el mal. Es... todo lo malo que hay en este mundo, miau. No podemos.

HERMANA MENOR: Yo sabía que era malo. Tengo que ir para salvar a mi hermanito..., así sea sola.

La Hermana Menor toma un abrigo y se prepara para salir por la ventana. El Gato Negro la detiene y le entrega una tetera.

HERMANA MENOR: ¿Una tetera?

GATO NEGRO: Es un regalo para las brujas. Son las únicas que saben cómo encontrar el circo y nos ayudarán a salvar a tu hermanito. Miau.

HERMANA MENOR: Gracias.

GATO NEGRO: ¿Por qué?

HERMANA MENOR: Por acompañarme.

Escena II

Cambio de luz. Interior del circo. Hay un Dragón. Los Malabaristas Calaveras, en zancos, ensayan su número. Los Duendes comen carne y huesos.

HERMANO MAYOR: ¿Este es el circo?

DOMADOR DEL CIRCO: Sí.

HERMANO MAYOR: Yo pensaba que era distinto... Más alegre. ¿Ese es el Dragón? Es viejo. ¿Está enfermo?

DOMADOR DEL CIRCO: Hace ya mucho tiempo, lanzó su última llamarada. Ahora solo tose y escupe carbón. Es... *(Pausa.)* triste. *(Acaricia con nostalgia y cariño la cabeza del Dragón.)* Sigue intentando volar. Creo que hay algo que no lo deja rendirse. No te acerqués a los duendes, ellos son mezquinos y, si tienen hambre, te devorarán. Tampoco entrés solo a la cueva del Minotauro. Es un laberinto y nadie que haya entrado solo ha salido de ahí con vida.

Los Hermanos Trapecistas colocan una red sobre el público. Se preparan para ensayar. Suena música, realizan acrobacias.

HERMANO MAYOR: ¡Son increíbles!

DOMADOR DEL CIRCO: *(En tono melancólico.)* Aquí todos tenemos un acto.

HERMANO MAYOR: Ellos... *(Pausa.)* no sonríen, no se asustan, solo... *(Pausa.)* ¿Están muertos?

DOMADOR DEL CIRCO: Eran hermanos, muy famosos. Tenían muchísimas riquezas, siempre ocupados, sin tiempo. Nunca entendieron que lo único que no podemos recuperar es el tiempo.

Los Hermanos Trapecistas realizan un triple salto invertido.

DOMADOR DEL CIRCO: Ahora, solo son sombras, y el circo se convirtió en su hogar. Aquí, hemos olvidado lo que es

llorar. Nos hemos secado. Es la tierra de la felicidad para los fantasmas que vienen a vernos.

Silencio.

HERMANO MAYOR: ¿Puedo regresar a mi casa?

DOMADOR DEL CIRCO: Tenés que limpiar la jaula del Dragón. Luego, darle de comer al Minotauro y, por último, ensayar tu acto con el Payaso.

Entra el Payaso.

DOMADOR DEL CIRCO: Enséñale a limpiar la jaula del Dragón.

El Domador del Circo sale.

HERMANO MAYOR: Esto es muy triste. No me dijeron que vivir aquí era así. Yo necesito regresar con mi hermanita y con mi mamá. ¿Cómo puedo salir de aquí?

PAYASO: Nadie sale de este circo. Una vez que estamos adentro, vamos perdiendo lentamente la memoria, hasta que olvidamos cómo nos llamamos. Mi... (*Pausa.*) compañero payaso y yo intentamos escapar de aquí muchas veces, queríamos ser libres, pero... no pudimos.

HERMANO MAYOR: ¿Qué pasó?

El Payaso le entrega al Hermano Mayor implementos para curar las heridas del Dragón.

HERMANO MAYOR: ¿Para qué es esto?

PAYASO: Debemos curarlo, antes de que las heridas se le infecten y se llenen de pus.

El Dragón está viejo y enfermo. El Hermano Mayor limpia las heridas del Dragón. El Dragón ruge de dolor. El Hermano Mayor limpia con mayor delicadeza.

PAYASO: El Domador se preocupa por vos.

HERMANO MAYOR: ¿Por qué?

PAYASO: Vos le recordás a su hermanito. Tenía tu edad cuando desapareció.

HERMANO MAYOR: ¿Qué le pasó?

PAYASO: Ellos eran muy unidos. Los dos vivían en las calles.

Él nos contó que su hermanito era muy inteligente, muy delgado y pequeño, pero que siempre fue muy valiente. Una tarde, mientras jugaban cerca de un parque, niños más grandes querían pelear, pero, cuando el Domador pensaba huir, su hermano pequeño los enfrentó. Los bravucones se fueron gritando. Se salvó porque su hermano era muy valiente. (*Un largo silencio.*) Un día, el circo llegó al pueblo. El hermano del Domador recibió una extraña invitación anónima para ver la función. Solamente había un boleto y el Domador decidió que su hermano fuera y se encontrarían al terminar la función... Pero nunca salió. El Domador lo buscó, pero no lo encontró. Intentó pedir ayuda, pero, como eran huérfanos, nadie los ayudó. A los tres días, una noche de invierno, un duende con una horrible peluca de Beethoven apareció con un mensaje del circo: “Si querés encontrar a tu hermano, unite al Circo”. El Domador aceptó.

HERMANO MAYOR: ¿Encontró a su hermano?

PAYASO: Al entrar, solamente encontró al viejo Dragón, a las Calaveras y al Minotauro.

HERMANO MAYOR: ¿El Circo lo engañó?

Silencio.

HERMANO MAYOR: No estoy entendiendo. ¿Quién es el malo aquí?

Se escucha un sonido gutural que hace resonar todo el espacio escénico.

PAYASO: El circo.

El Dragón ruge de dolor.

PAYASO: Le queda poco tiempo de vida.

HERMANO MAYOR: ¿De dónde vino?

PAYASO: Algunos dicen que de China. Otros, que fue capturado en la Patagonia, pero que vivía en el volcán Cotopaxi. La verdad, nadie sabe.

HERMANO MAYOR: Nadie debería envejecer encadenado.

PAYASO: ¿Por qué llorás?

HERMANO MAYOR: No estoy llorando. Los hombres grandes no lloramos.

El Hermano Mayor trata de contener las lágrimas.

PAYASO: ¿Quién dijo eso?

HERMANO MAYOR: Mi papá.

PAYASO: Los hombres lloramos. No importa si somos grandes o pequeños

El Hermano Mayor abraza al Dragón y llora más fuerte.

PAYASO: Está bien sentir miedo. Lo importante es lo que hacemos para vencerlo. Nos levantamos y seguimos o nos quedamos en el suelo, llorando hasta secarnos.

El Hermano Mayor abraza al Payaso. Largo silencio.

PAYASO: ¿Por qué estás aquí?

HERMANO MAYOR: Discutí con mi mamá.

PAYASO: ¿Por qué?

HERMANO MAYOR: Ella... (*Pausa.*) echó de la casa a papá.

PAYASO: ¿Qué hizo tu papá para que lo echaran?

HERMANO MAYOR: Mi mamá no me quiso decir, pero yo escuché ruidos muy fuertes. Ella estaba llorando. Dijo que iba a llamar a la policía. Mi papá agarró las cosas y se fue.

Silencio.

PAYASO: Tu mamá lo hizo para protegerlos.

Silencio.

HERMANO MAYOR: Ya lo sé, pero me duele. Es mi papá.

(*Pausa.*) Yo sé que él le paga a mamá, pero me sigue doliendo, porque es mi papá, y yo solo quiero que él me abrace, que me ame. Quiero que mi papá me ame.

Silencio.

PAYASO: A veces, aunque queramos que las cosas sean diferentes..., no lo serán y debemos aceptarlo, para que no duelan tanto.

Silencio.

PAYASO: Yo también hui de mi casa por pelearme con mi mamá.

Ella no aceptaba que fuera diferente, que me gustaran cosas que a los demás niños no. Sé que ella me amaba, pero tenía miedo de que yo sufriera por ser diferente, de que el mundo me lastimara por no ser igual a los demás.

Silencio.

HERMANO MAYOR: Yo amo mucho a mi mamá.

Silencio.

HERMANO MAYOR: Voy a salir de aquí.

PAYASO: Todos tenemos una razón para salir de aquí. (*Pausa.*)

Pero el circo nunca nos dejará.

HERMANO MAYOR: Lo haré. Prometo que nos liberaré.

PAYASO: Debemos limpiar las jaulas.

HERMANO MAYOR: Señor Payaso, ¿usted me ayudaría?

PAYASO: Se nos hace tarde. También debemos ensayar nuestro nuevo acto. Pero, primero, vamos a terminar de limpiar la jaula del Dragón.

Escena III

Cambio de luz. Un bosque. El Gato Negro y la Hermana Menor observan una hoguera. Tres Brujas viejas danzan y cantan.

HERMANA MENOR: ¿Quiénes son?

GATO NEGRO: Son brujas, miau. Son las únicas que saben cómo encontrar al circo embrujado.

HERMANA MENOR: ¿Por qué?

GATO NEGRO: Porque una de ellas escapó de ahí.

HERMANA MENOR: ¿Están bailando? Se ve divertido.

GATO NEGRO: Las brujas son peligrosas... Con estas tres hermanas debemos tenerles mucho cuidado. (*Pausa.*) ¿Miau? ¿Qué hacés, niña?

La Hermana Menor empieza a danzar también.

HERMANA MENOR: Algo le pasa a mi cuerpo. No puedo dejar de moverme. No me puedo controlar. Yo... bailo.

GATO NEGRO: ¡Niña! ¡No vayás! ¡Ven! Miau, miau, miau, ¡miau!

La Hermana Menor se acerca a la hoguera y danza con las Brujas. La hoguera proyecta sus sombras. La música termina y las Brujas dejan de danzar.

BRUJA 1: ¿Qué tenemos aquí, hermanas?

BRUJA 2: Parece una pequeñita intrusa.

HERMANA MENOR: Hola. Nosotros...

BRUJA 2: ¿Nos la comemos?

BRUJA 1: ¿Quién más está con vos?

BRUJA 2: Sal, rata de la noche. No tenemos miedo.

GATO NEGRO: Disculpen, pero no, no soy una rata. Me ofende que me comparen. Ustedes siguen siendo tan groseras como siempre.

BRUJA 3: Mirá lo que nos trajo la luna llena.

BRUJA 1: Tanto tiempo, querido... gatito.

GATO NEGRO: Me gustaría decir que las extrañaba, pero...
Miau. Sería mentirles.

BRUJA 2: Qué lástima, porque nosotras, a vos, sí.

HERMANA MENOR: ¿Se conocen?

GATO NEGRO: Sí. Nos conocimos en una de mis nueve vidas... Pero es una larga historia.

BRUJA 3: ¿Por qué tanto resentimiento? Vivimos tantas aventuras, como cuando esos niños monstruitos de Hansel y Gretel casi nos comen.

HERMANA MENOR: ¿No fue al revés?

BRUJA 2: Siempre hay más de una verdad.

BRUJA 3: ¿Dónde habías estado, gatito?

BRUJA 2: Hambre no ha pasado. Se ve todo gordito.

GATO NEGRO: ¿Por qué me están viendo así?

BRUJA 1: Huele todo rico.

BRUJA 2: Justo hoy pensábamos romper la dieta y acompañar el té con deliciosos quequitos de gatito.

BRUJA 3: También podríamos cocinar a esta apetitosa niña. Se ve que su sabor es... (*Pausa.*) bueno.

BRUJA 1: Hermana, recordá que ya no comemos niños.

BRUJA 3: ¿Quién se va a dar cuenta?

BRUJA 1: ¿Podés traer el cuchillo para la carne dura?

HERMANA MENOR: Disculpen, pero no voy a permitir que nos coman.

BRUJA 1: ¿Nos estás desafiando, niña?

BRUJA 2: ¿No te da miedo hacer enojar a tres brujas poderosas?

HERMANA MENOR: Me da mucho miedo, pero yo no quiero que ustedes se coman a mi gatito, porque él es mi compa-

ñero.

BRUJA 1: (*Al Gato.*) ¿Es verdad?

GATO NEGRO: Miau. Ella me adoptó.

BRUJA 2: Es tan tierno, pero, aun así, lo vamos a comer.

El Duende hace sonar una campana.

BRUJA 1: Ya es hora del té. Por favor, siéntense.

GATO NEGRO: Gracias, pero...

BRUJA 3: (*Tono amenazante.*) Siéntense.

El Duende sirve el té.

BRUJA 3: ¿Por qué están aquí?

HERMANA MENOR: Por mi hermano.

BRUJA 1: ¿Quieren embrujarlo?

BRUJA 2: Bueno, nosotras ya no hacemos eso.

BRUJA 3: No, ya no. Eso lo hacían otras brujas, las malas, las que también se comían a los niños.

HERMANA MENOR: Yo pensé que todas las brujas eran malas.

BRUJA 1: Eso es un mito. La mayoría no lo somos. (*Pausa.*) Pero sí tenemos conocidas que decidieron seguir un camino, digamos, distinto.

HERMANA MENOR: No quiero embrujar a mi hermano. Quiero... Queremos rescatarlo.

BRUJA 2: ¿Rescatarlo?

BRUJA 3: ¿De qué?

GATO NEGRO: Del circo embrujado.

Bruja 3 trata de contener el llanto.

BRUJA 1: (*Consolando a la Bruja 3.*) Hace mucho tiempo, nuestra hermana perdió a su gran amor en el circo embrujado.

Las Brujas utilizan los objetos de la mesa para contar la historia. Las llamas de la hoguera producen un teatro de sombras. En él, se ven ilustraciones que acompañan la historia.

BRUJA 3: En el inicio de los tiempos, las primeras brujas no eran consideradas malas, sino seres de sabiduría y con un gran instinto para vivir. Mujeres que conversaban con la Madre Tierra y a quienes ella les confiaba los secretos sobre la luna, las mareas, las estrellas y la siembra. Las brujas curaban a los enfermos con plantas medicinales.

BRUJA 2: Eso causó celos entre los hombres. Ellos sabían que el conocimiento era poder, y no tenían ninguno de los dos. Se sentían amenazados, por eso inventaron la palabra “bruja”, para poder acusar a las mujeres de todos los males que no podían explicar... Y nos condenaron.

BRUJA 3: Nos castigaron, aun cuando nosotras estábamos dispuestas a compartir el conocimiento. Pero ellos no querían eso. Su miedo nos causó mucho dolor.

BRUJA 1: No todas las brujas son malas, pero es cierto que tampoco todas las brujas buscan hacer el bien. Algunas cargan con muchas cicatrices y resentimientos, por eso deciden seguir otro camino. Nosotras fuimos educadas por nuestras abuelas, y ellas, por las suyas. Nos mostraron el camino para vivir en armonía... O, al menos, no causar tanto sufrimiento. Ellas nos enseñaron, poco a poco. Compartían las enseñanzas con nosotras mientras tomábamos el té, durante las noches de luna llena, justo a las tres de la mañana. Aún lo seguimos haciendo, como tradición.

BRUJA 2: Hemos sido grandes antagonistas en historias como *Macbeth*, *Las brujas de Salem* o *La piedra de Aserri*.

En el teatro de sombras, se vislumbra a un rey y a tres brujas. Luego, a un pavo real, caballos corriendo y una enorme piedra con forma de ciudad.

BRUJA 2: Nosotras también pensábamos que el circo maldito

solo era una leyenda, pero estábamos equivocadas. Cada día escuchamos más sobre él, de sus promesas vacías, de las mentiras y los engaños. Él se alimenta de la soledad y del dolor. Nuestras abuelas nos prohibieron estar cerca de esa carpa embrujada, pero no les hicimos caso.

En el teatro de sombras, las tres Brujas vuelan. Llegan a un pueblo. En él, hay muchos enfermos.

BRUJA 1: Hace mucho tiempo, nos vinieron a buscar para ayudar en un pueblo cercano. Nos dijeron que había una enfermedad muy extraña. Primero causaba fiebre, luego aparecían unas yagas y los enfermos morían. Intentamos todo, pero no pudimos detener la enfermedad. En el pueblo había un doctor. Era joven y de buen corazón. Nuestra hermana mayor terminó enamorándose de él.

BRUJA 2: Nuestra hermana se encargaba de cuidar a los niños y a los ancianos. El joven doctor, al ver su gran corazón y belleza, correspondió a su amor.

En el teatro de sombras, se ven dos corazones separándose y uniéndose bajo la forma de un collar en el pecho de la Bruja 3 y el Doctor.

BRUJA 1: Un día, llegó la tragedia y él enfermó. Hicimos todo lo que pudimos, pero no logramos curarlo. Cuando faltaban pocos días para que el Doctor muriera, el circo apareció, le ofreció a nuestra hermana salvarle la vida a él, a cambio de que ambos se les unieran... para siempre.

BRUJA 3: Sé que él sigue vivo. (*La Bruja muestra un collar con la mitad de un corazón.*) Puedo sentir que él aún tiene la otra mitad cerca de su pecho.

GATO NEGRO: ¿Qué hay dentro del circo?

BRUJA 3: No tengo recuerdos de lo que sucedió. Lo último que recuerdo fue que él (*Señala al Duende.*) me ayudó a escapar.

GATO NEGRO: ¿Qué pasó con el Doctor?

BRUJA 3: Nunca salió.

Silencio.

HERMANA MENOR: ¿Cómo llegó al circo embrujado?

BRUJA 1: ¿No acabás de escuchar lo que dije?

BRUJA 3: ¿Tanto querés a tu hermano?

HERMANA MENOR: Sí.

BRUJA 2: ¿Podés rescatarlo con esas muletas?

HERMANA MENOR: Ustedes son brujas y muy buenas, tal vez conozcan alguna planta o hechizo con el que puedan curarme mis piernitas.

Silencio.

BRUJA 3: Mi niña querida, usaríamos todo el poder que tenemos si eso pudiera ayudarte, pero está más allá de nosotras.

BRUJA 2: Pero, escúchame, niña, que esas muletas nunca te limiten, que no sean una excusa para no alcanzar tus sueños. La fuerza está en el corazón y no hay mayor acto de rebeldía que el amor.

BRUJA 1: Que el miedo no te paralice, que las muletas te ayuden a alcanzar tus sueños.

BRUJA 2: Si no podés caminar, arrástrate.

BRUJA 3: Si no podés arrastrarte, vuela.

HERMANA MENOR: Gracias. Así lo haré. Iré a rescatar a mi hermano. Él me necesita.

BRUJA 3: Entonces, llévate esto.

HERMANA MENOR: ¿Qué es?

BRUJA 1: Es un hilo mágico. Lo usamos para cuidarnos entre nosotras. Durante muchos años, lo hemos usado para tejer una red y mantenernos seguras. Úsalo, para que siempre regresés a casa.

HERMANA MENOR: ¿Con qué está hecho?

BRUJA 1: Con nuestros cabellos y con amor.

La Bruja 3 le entrega un hilo a la niña.

BRUJA 3: Entrar al circo es fácil... Salir, no. Amarra un extremo a tu cintura y el otro a un árbol antes de entrar. Cuando recuperés a tu hermano, jala del hilo y él te mostrará el camino para salir.

BRUJA 3: También llévate esto. (*Le entrega una varita.*)

HERMANA MENOR: ¿Una varita mágica? ¿Para mí? ¿Cómo se usa?

BRUJA 2: En el momento indicado, lo sabrás. Solo escuchá a tu corazón.

HERMANA MENOR: Gracias.

BRUJA 3: Perdóname. Sé que no debería, pero, ¿puedo pedirte un favor?

HERMANA MENOR: Sí.

BRUJA 3: Sé que él sigue ahí. Si lo ven...

HERMANA MENOR: También lo traeremos de regreso.

La Hermana Menor abraza a las Brujas.

BRUJA 3: Gracias.

BRUJA 2: Bueno, bueno. Ya es hora de que se vayan. El tiempo es corto y necesitan encontrar el circo antes de que la noche acabe.

GATO NEGRO: ¿Y cómo lo haremos?

BRUJA 2: Solamente los duendes saben cómo encontrarlo.

HERMANA MENOR: Disculpe, señor Duende, ¿usted nos podría guiar para encontrar ese circo? Por favor. No tiene que entrar, solo decirnos cómo hacerlo.

Silencio.

DUENDE: Gracias por decir que tengo un corazón cálido. Yo

los guiaré.

HERMANA MENOR: Gracias.

La Hermana Menor abraza al Duende.

DUENDE: Debemos irnos. Tenemos que encontrar el circo antes del amanecer. Si amanece y nos quedamos dentro de la carpa, tendremos que esperar hasta la siguiente luna llena para poder salir. Guarden bien el hilo de las brujas, porque esa es la única forma de escapar.

Las Brujas y la Hermana Menor se abrazan de nuevo. El Gato Negro se acerca y les entrega la tetera.

BRUJA 1: ¡Una tetera nueva!

BRUJA 3: Buen viaje, pequeña.

La Hermana Menor, el Duende y el Gato Negro salen.

BRUJA 1: Cuídense mucho.

BRUJA 3: Regresarán... Sé que todos regresarán.

Escena IV

Interior del circo.

DOMADOR DE CIRCO: (*Al público.*) Buenas noches. Sean bienvenidos y bienvenidas a esta función especial. Qué felicidad es tenerlos de nuevo acá, que ustedes, una vez más, se hayan atrevido a visitarnos. Dejen por unos minutos sus espejos de cristal, porque, en medio de los horrores, de los monstruos y de la ansiedad, encontrarán lo que están buscando... Su reflejo. Esta noche es especial. Tendremos un nuevo acto: el debut de una joven promesa, un artista innato que ha venido a entretenerlos. Siéntanse, público querido. Hoy nos hemos reunido aquí para apreciar nuestras cicatrices, abandonar la soledad y abrazar nuestras culpas, esas que todos cargamos en la espalda para tratar de

ocultarlas. Una vez leí de mi gran amigo, Stephen King, que los verdaderos monstruos no están en los libros o en las películas, sino en nuestro interior. Invítenlos a salir, que cenén con nosotros, llevémoslos al teatro. *(Pausa.)* Acepten a sus monstruos y déjenlos salir de vez en cuando, porque, les juro, saldrán. Quieran o no, ellos lo harán. Prepárense para ser sorprendidos. *(Entran los Malabaristas Calaveras y realizan un acto de malabares con sus propias cabezas.)* No se preocupen, nadie salió lastimado. Ahora, denle la bienvenida a uno de los monstruos más violentos de la antigua Grecia. Una bestia, hijo del deseo humano y la ambición de un rey. *(Entra el Minotauro.)* Observen a este, mitad animal y mitad humano, sus músculos, su fuerza, su salvajismo. Por mucho tiempo fue la obsesión de grandes filósofos, porque encarna lo perverso, la voracidad del mundo, lo prohibido y lo libertino. Siempre encadenado dentro de un laberinto, reprimido entre la cordura, la lógica y la moral, hasta que un gran héroe lo liberó de su sufrimiento, y hoy está frente a ustedes.

El Minotauro muge. Los Duendes se acercan a él, lo golpean, lo lastiman y se burlan. Le colocan una peluca, lo hacen subir a un monociclo y lo empujan para que camine por una cuerda floja que atraviesa el escenario. Se escuchan aplausos de apoyo al Minotauro, la emoción crece. De pronto, el Duende con peluca de Beethoven mueve la cuerda, el Minotauro cae y se lastima. Los Duendes aprovechan y golpean al Minotauro, muerden sus orejas. El Minotauro grita de dolor.

DOMADOR DEL CIRCO: ¡Atrás, bestias codiciosas!

Los Duendes huyen, asustados. En el escenario, el Domador cura las heridas del Minotauro. Cambio de luz.

GATO NEGRO: ¿Esta es la entrada?

DUENDE: Sí.

HERMANA MENOR: Necesito amarrar este hilo al árbol con

la raíz más fuerte, como me aconsejaron las brujas. El otro extremo lo amararé a mi cintura. Listo. Ya lo hice. Ahora sí, entremos.

El Duende, la Hermana Menor y el Gato Negro entran al circo. Interior del circo. Aparece el Dragón.

DUENDE: Nadie se mueva.

El Dragón se acerca, lentamente.

HERMANA MENOR: ¿Es un dragón?

DUENDE: Sí.

GATO NEGRO: ¿Qué está haciendo?

DUENDE: Nos está oliendo. No se muevan. ¿Niña?

HERMANA MENOR: ¿No lo escuchan?

GATO NEGRO: ¿Miau?

HERMANA MENOR: Está llorando.

GATO NEGRO: ¿Quién?

HERMANA MENOR: El Dragón.

Se escucha al Dragón llorar.

DUENDE: No vayás a quitarle las cadenas, porque...

La Hermana Menor se acerca, busca algún objeto para liberarlo. Entonces, recuerda a las tres Brujas y saca la varita, que emite una luz cálida. La niña toca con ella las cadenas y el bozal y estos caen, liberando al Dragón.

DUENDE: ¿Cómo hiciste eso?

HERMANA MENOR: ¿Algo se le cayó?

GATO NEGRO: ¿Qué es?

HERMANA MENOR: Estaba atorado en el bozal.

DUENDE: ¿Qué es?

GATO NEGRO: Alguien viene.

DUENDE: Son los duendes.

HERMANA MENOR: Necesitamos encontrar a mi hermano para salir de aquí.

GATO NEGRO: ¡Miau! ¿Qué hacemos con el Dragón?

HERMANA MENOR: Él viene con nosotros.

Cambio de luz. En escena están los Hermanos Trapecistas, el Payaso y el Hermano Mayor curando las heridas del Minotauro. Entra el Domador del circo.

DOMADOR DEL CIRCO: ¿Cómo está?

PAYASO: Las heridas son profundas.

El Domador se acerca al Minotauro. El Minotauro muge de dolor.

DOMADOR DEL CIRCO: Hace muchos años, en este circo había muchos animales, y me obligaban a trabajar con todos... Leones que cruzaban aros de fuego, elefantes que se subían a una bola para rodar sobre ella, unicornios con sus cuernos de muchísimos colores. Y un joven Minotauro. *(Cura suavemente una de las heridas del Minotauro).* Yo siempre sentí mucho amor por él. Un día, no pude más y liberé a los animales. *(Al Hermano Mayor.)* Tu hermana tiene razón, un circo no es lugar para los animales. Los lastiman y, a los enfermos, los abandonan o los sacrifican. Los duendes se enojaron porque liberé a los animales y me atacaron, pero el Minotauro regresó para defenderme. Él se quedó en este circo para protegerme.

El Minotauro muge.

DOMADOR DEL CIRCO: Hoy huiremos de este circo.

PAYASO: ¿De verdad lo intentaremos?

DOMADOR DEL CIRCO: Esperen la señal.

HERMANO MAYOR: ¿Cuál es la señal?

DOMADOR DEL CIRCO: *(Al público.)* Disculpen el retraso, pero ya estamos de regreso. Prepárense, porque lo que verán esta noche será aterrador y maravilloso. Con ustedes,

la primera parte de nuestro acto de cierre... y el último de nuestras vidas. Damas y caballeros, niñas y niños, prepárense para lo que estaban esperando: ¡los payasos!

Entran en escena el Payaso y el Hermano Mayor, vestido de payaso.

DOMADOR DEL CIRCO: Hoy... uno de nuestros payasos será... disparado como una bala de cañón.

La tensión en la escena crece.

PAYASO: Lo haré yo.

HERMANO MAYOR: No, señor Payaso. Yo puedo hacerlo.

PAYASO: Vos tenés que regresar con tu hermanita y tu mamá.

El Payaso se coloca un casco.

PAYASO: Ya estoy listo. Este será mi último acto. Adiós, público nunca querido. Este acto se lo dedico a mi mamá.

El Payaso entra al cañón. El Duende con peluca de Beethoven toca un redoble de tambores. La tensión crece. Antes de ser disparado, el Duende con la peluca de Beethoven mueve el cañón, cambiando la dirección. Dispara. El Payaso sale volando, golpea una pared y rebota, cayendo de nuevo sobre el escenario. Largo silencio.

HERMANO MAYOR: ¿Señor Payaso?

El Duende con peluca de Beethoven saluda al público y celebra los aplausos. Los Duendes se acercan al Payaso. El Hermano Mayor interviene.

HERMANO MAYOR: No se acerquen.

Los Duendes continúan acercándose.

HERMANO MAYOR: Aléjense. Levántese, señor Payaso.

Cuando los Duendes están a punto de morderlo, el Domador del circo interviene con el látigo y logra apartarlos, por un momento.

DOMADOR DEL CIRCO: Seguí firme, niño, que no estás solo.

El Domador agita el látigo y aparta a más Duendes. El Hermano Mayor aparta a uno que estaba mordiendo los zapatos del Payaso. Se escucha el rugido del Dragón. Entra en escena la Hermana Menor montando al Dragón. Este mueve la cola y quita del medio a algunos Duendes, con el bocico los muerde y escupe a otros.

HERMANA MENOR: ¡Hermanito!

DOMADOR DEL CIRCO: ¡Esa es la señal! ¡A LUCCHAR!

Se escucha el mugir del Minotauro mientras se abalanza contra los Duendes. El Hermano Mayor se descuida, pero, antes de que sea mordido por el Duende con la peluca de Beethoven, el Payaso se levanta y le muerde una oreja, que chilla de dolor y buye.

PAYASO: ¡ESTOY VIVO!

El Minotauro golpea a los Duendes mientras que, en el centro del escenario, la Hermana Menor y el Hermano Mayor por fin se abrazan.

HERMANO MAYOR: Te extrañé.

HERMANA MENOR: Te fuiste. Te dije que no lo hicieras, y mirá lo que pasó por no hacerme caso.

Se abrazan de nuevo.

HERMANA MENOR: Estaba muy asustada por vos. No lo volvés a hacer, por favor.

HERMANO MAYOR: Perdón.

Uno de los Duendes trata de morder a la Hermana Menor, pero ella se defiende usando las muletas. El Domador del circo usa el látigo y golpea a unos Duendes que tenían rodeado al Payaso. Se escucha el sonido gutural del circo. Los Duendes acorralan al Minotauro. El Payaso retrocede, porque el Domador del circo lo aparta. Todos se refugian muy cerca del Dragón.

HERMANO MAYOR: Son demasiados.

HERMANA MENOR: Yo me encargo.

La Hermana Menor levanta la varita. Un pequeño destello cruza el

escenario. Entra el Gato Negro, sosteniendo una antorcha de fuego azul.

GATO NEGRO: ¡Llegó la caballería!

Los Duendes se asustan al ver la antorcha encendida y huyen.

HERMANA MENOR: La antorcha no durará mucho tiempo encendida. Tenemos que salir de aquí.

HERMANO MAYOR: ¿El gato habla?

Entra en escena el Duende de las Brujas. Lleva el hilo amarrado a la cintura.

DUENDE: Ya casi amanece y creo que ninguno de nosotros quiere quedarse aquí hasta la siguiente luna llena. *(Le entrega el hilo a la Hermana Menor.)* La salida es hacia arriba.

DOMADOR DEL CIRCO: El fuego se está apagando.

HERMANO MAYOR: ¡El Dragón puede sacarnos de aquí!

GATO NEGRO: No puede volar, miau. Está muy viejo y enfermo.

HERMANA MENOR: Entonces, deberíamos tratar de...

Se escucha el sonido gutural y terrorífico del circo. Los Duendes aparecen junto a los Malabaristas Calaveras, se acercan, rodeándolos de nuevo, comandados por el Duende con peluca de Beethoven. Este se acerca sin que lo vean, quiebra las muletas de la niña y corta el hilo de las Brujas.

HERMANA MENOR: ¡CORTARON EL HILO!

Se escucha el sonido gutural y tenebroso del circo. Los Duendes y los Malabaristas Calaveras se detienen.

HERMANO MAYOR: ¿Qué dijo?

DOMADOR DEL CIRCO: Quiere que la niña dé un paso al frente.

DUENDE: No lo hagas.

HERMANA MENOR: Antes tenía mucho miedo, pero ya no.
¡YA NO!

En medio del silencio, la Hermana Menor toma una de sus muletas quebradas, trata de ponerse de pie, avanza unos pasos y cae. Se escucha el sonido gutural del circo. Los duendes y los Malabaristas Calaveras se ríen de la Hermana Menor. La Hermana Menor logra ponerse de pie. Las risas no dejan que ella hable. Se escucha el rugido del Dragón. Los Duendes y los Malabaristas Calaveras dejan de reír.

HERMANA MAYOR: Ustedes ya no me lastiman, porque sé quién soy. Si no puedo caminar, porque mis muletas están rotas..., me arrastraré. Si no puedo arrastrarme..., volaré.

Se escucha el sonido gutural y tenebroso del circo.

HERMANA MENOR: (*A los Duendes, los Malabaristas Calaveras y al circo.*) Ya no les tenemos miedo. Además, yo, que ustedes, estaría muy asustada, porque de este lado... TENEMOS UN DRAGÓN.

El Dragón lanza una llamarada de fuego. Bruja 1 y Bruja 2 entran volando. Llevan amarrado el hilo y lanzan hechizos contra los Duendes. El Dragón extiende sus enormes alas al ver a las Brujas.

HERMANA MENOR: ¡Ellas también vinieron! Súbanse al Dragón.

Los Hermanos Trapecistas sujetan al Payaso y lo suben al lomo del Dragón.

PAYASO: Yo puedo seguir peleando.

Unos Duendes intentan morderlo.

PAYASO: ¡Súbanme, rápido, y sáquenme de aquí, por favor! Mi mamita me está esperando.

El Hermano Mayor se sube al lomo del Dragón. El Gato Negro es rescatado por la Bruja 1 y el Duende por la Bruja 2. El Duende con peluca de Beethoven evita que la Hermana Menor se suba al Dragón, mientras este escupe fuego para mantener alejados a los demás Duendes.

DOMADOR DEL CIRCO: Yo los entretengo. Ustedes, váyanse.

El Minotauro golpea al Duende con peluca de Beethoven, recoge a la Hermana Menor y al Domador del circo y se sube al Dragón. Las Brujas vuelan atravesando el escenario. Detrás, se ve al Dragón volando: mueve la cola y escupe fuego. Bruja 1, Bruja 2 y la Hermana Menor mueven sus varitas y un video mapping de llamaradas de fuego cruza el escenario. Todos salen.

Escena V

Claro de un bosque. Las Brujas aterrizando junto al Duende y al Gato Negro. Simultáneamente, aparece el Dragón, que aterriza, y, junto a él, los Hermanos Trapecistas, el Domador del circo, el Minotauro, el Payaso, el Hermano Mayor y la Hermana Menor. Se bajan del Dragón y miran el circo arder.

BRUJA 3: ¿Están todos bien?

BRUJA 1: Estamos bien.

BRUJA 3: ¿Pudieron salir?

BRUJA 2: Sí, todos salimos.

BRUJA 3: El circo empezó a arder y me preocupé mucho.

Silencio.

HERMANO MENOR: ¿Qué les está pasando a los Hermanos Trapecistas?

TRAPECISTAS: (*A coro.*) Gracias por liberarnos. El hechizo está roto y ahora, por fin, descansaremos en paz.

BRUJA 3: Al arder el circo..., todo embrujo se rompe. Ahora, son luz.

DOMADOR DEL CIRCO: Eso quiere decir que, tal vez, mi hermano está...

MINOTAURO: Aquí estoy.

DOMADOR DEL CIRCO: ¿Hermanito?

MINOTAURO: Sí.

El Minotauro y el Domador del circo se abrazan.

DOMADOR DEL CIRCO: ¿Cómo no te reconocí?

MINOTAURO: El circo me secuestró y me convirtió en un minotauro, para que fuera su principal atracción. Fui encadenado, y cuando pensé que iba a morir ahí, solo..., te vi entrar. Me hizo muy feliz, pero también me hizo sentir triste, porque ambos estábamos encerrados. Muchas veces te dije quién era, pero... no me entendías.

DOMADOR DEL CIRCO: ¿Cómo iba a entender si solo mugías?

Todos ríen.

BRUJA 3: Dentro del circo, el embrujo no le permitía hablar. No se preocupen que, con el tiempo, será normal otra vez.

HERMANA MENOR: Disculpen, pero yo sé dónde está el Doctor.

BRUJA 3: ¿Dónde?

HERMANA MENOR: ¿Este collar era de él?

BRUJA 3: ¿Está vivo? ¿Dónde está?

HERMANA MENOR: Está justo aquí.

Emerge una luz del Dragón. Lentamente, su piel cambia, las escamas se vuelven frágiles, como un cascarón, y, del interior, emerge el Doctor.

BRUJA 3: ¿Sos vos? ¿De verdad sos vos? ¿Amor mío?

DOCTOR: Sí...

La Bruja 3 y el Doctor se abrazan.

DOCTOR: Perdón por hacerte esperar tanto.

BRUJA 3: No lo volvás a hacer.

DOCTOR: No lo haré otra vez.

El Doctor y la Bruja 3 se besan.

DOCTOR: Estás... tan hermosa.

BRUJA 3: Pasaron los años y yo...

DOCTOR: Y vos te volviste aún más hermosa.

El Doctor y la Bruja 3 lloran, abrazados. El Payaso, el Minotauro, el Domador del circo y los hermanos aplauden. El Duende de las Brujas y el Gato Negro se abrazan. La Bruja 1 y la Bruja 2 lloran.

DOCTOR: El circo me castigó convirtiéndome en un dragón, pero yo nunca olvidé. Este collar con medio corazón me protegió del hechizo que borra memorias. (*A la Bruja 3.*) Y yo siempre te recordé, amor mío. Esos colochos hermosos son imposibles de olvidar.

El Doctor y la Bruja 3 se abrazan.

PAYASO: Me gustaría mucho quedarme y terminar de ver el circo arder, pero ya va a amanecer, y estoy seguro de que mi mamá me está esperando para desayunar. Aunque yo esté ya viejo y arrugado, ella me reconocerá. Hasta pronto. Y gracias de nuevo.

El Payaso y el Hermano Mayor se abrazan.

DOMADOR DEL CIRCO: Nosotros también nos vamos.

MINOTAURO: Gracias, valiente guerrera. Siempre estaremos en deuda con vos.

HERMANA MENOR: Gracias por ayudarnos y espero que los cuernos pronto desaparezcan.

MINOTAURO: No me incomodan... Se me ven bien.

La Hermana Menor y el Minotauro se abrazan.

DOMADOR DEL CIRCO: Cuidate, niño. Sé valiente, llorá, y luego...

HERMANO MAYOR: Seguiré caminando.

DOMADOR DEL CIRCO: Hasta pronto.

El Payaso, el Domador del circo y el Minotauro salen.

HERMANA MENOR: Nosotros también deberíamos irnos, o mamá se preocupará.

HERMANO MAYOR: ¡Mamá!

DOCTOR: Gracias por rescatarnos.

BRUJA 3: Gracias y, por favor, vengan a tomar el té con nosotras.

BRUJA 2: Sí. Los esperaremos para estrenar nuestra nueva tetera.

HERMANA MENOR: Los visitaremos.

DUENDE: Señor Gato, usted no es tan malo.

GATO NEGRO: Lo mismo pienso, querido amigo.

HERMANO MAYOR: ¿Y cómo regresaremos?

BRUJA 1: Usen mi escoba y, cuando nos visiten, me la regresan.

HERMANA MENOR: ¿Pueden enseñarme más? Quiero aprender.

BRUJA 3: Te lo enseñaremos todo... Gracias. Siempre estaré en deuda. Guardá el hilo, eso nos mantendrá unidas.

La Bruja 3 y la Hermana Menor se abrazan. Se vislumbra el amanecer.

HERMANO MAYOR: Hasta pronto.

BRUJA 1: Hasta pronto.

La Hermana Menor monta la escoba. Detrás de ella se suben el Hermano Mayor y el Gato Negro. Vuelan y salen de escena.

El cielo estrellado, mientras amanece. Los hermanos y el Gato Negro vuelan.

HERMANO MAYOR: Gracias por rescatarme.

GATO NEGRO: Con gusto. Pero no lo volváis a hacer.

HERMANO MAYOR: Le agradecía a mi hermana..., pero gracias a vos, también.

HERMANA MENOR: Tenés que disculparte con mamá por haberla hecho llorar... O te convertiré en ratón.

GATO NEGRO: Qué delicia.

HERMANO MAYOR: Has crecido. Te siento más fuerte, va-

liente, como...

HERMANA MENOR: Como una bruja guerrera.

Ríen.

HERMANA MENOR: ¿Vos ya no estás triste? ¿Querés volver?

HERMANO MAYOR: Quiero hacerlo. No puedo resolver nada huyendo. Aunque me esconda debajo de una piedra, los problemas no se irán. Debo seguir caminando..., o arrastrándome.

HERMANA MENOR: O volando.

Ríen. Sale el sol.

HERMANA MENOR: ¿El circo se quemó?

HERMANO MAYOR: Yo espero que sí.

Silencio.

HERMANO MAYOR: ¿Como conociste a las Brujas?

HERMANA MENOR: Cuando te fuiste, nosotros nos pusimos
a...

Su voz, lentamente, se va perdiendo. Salen de escena.

Escena VI

Cuarto infantil. La pequeña caja musical con forma de circo gira, se escucha la música tétrica. Aparece el Gato Negro, volando en la escoba.

GATO NEGRO: (*Al público.*) ¿Les gustó la obra? Miau. Espero que sí. Los veo muy emocionados. Creo que ese niño de allá no paró de llorar y la niñita de acá en frente gritó mucho. Los de allá atrás suspiraron con el Minotauro y los otros de allá querían volar junto al Dragón. Pero, bueno, me alegra que hayan disfrutado. Miau. Al final de nuestra historia, sí hubo final feliz. El Payaso se reencontró con su mamá y, aunque él tenía miedo de que ella no lo reconociera, sí lo

hizo. Lo regañó y le jaló las ojeras por huir de casa... Pero luego se sentaron a desayunar y fueron muy felices, miau. Los Trapecistas pudieron descansar en paz... Y, sea donde sea que estén, siguen practicando sus actos. El Minotauro, con el tiempo, volvió a ser humano. El Domador del circo siempre lo está apoyando como todo hermano mayor, miau. Las Brujas y el Doctor viajan por el mundo curando enfermedades. La Bruja y el Doctor tuvieron un huevo de dragón y de ahí nacieron sus dos hijos. Son, miau, un poco extraños, porque son cejones, con colochos, escamas y grandes ojos y, en lugar de eructar, escupen fuego. Lo primero que hizo el Hermano Mayor fue abrazar a su mamá. Luego creció, estudió y se volvió un gran dramaturgo, viajó muchísimo presentando sus obras en las ciudades más importantes del mundo. La Hermana Menor se volvió una gran bruja, estudió y se convirtió en una increíble doctora. Ella nunca caminó como los demás, pero... voló muy alto, para alcanzar sus sueños. En cuanto al circo... Miau, algunos dicen que sí se quemó, otros dicen que aún lo escuchan caminando entre la niebla, buscando niños. Lo cierto es que yo no abriría mi ventana si un día escucho su música sonar. Debo irme, pero les prometo que nos volveremos a ver para otra gran historia. Hasta pronto... Y recuerden, miau, el teatro es el único lugar donde lo irreal se vuelve real.

El Gato Negro sale. La luz descende, lentamente. Antes de quedar por completo a oscuras, aparece el Duende con la peluca de Beethoven. Lleva la caja musical con forma de circo, mira al público.

DUENDE CON PELUCA DE BEETHOVEN: *(Al público.)*

Ehdjhsdghshgsuhiuwerijwebf

Ríe de forma perversa, toma la caja y sale tarareando la música tétrica del circo. Se escucha el sonido gutural y terrorífico del circo. Apagón.

La dinastía más grande sobre la faz de la Tierra

Tomás Buccella
(Argentina)

Personajes:

REINA NORMA ESTRUCTA / OPERARIA 4*

PRINCESA ELISABETTA CUARTA

REY NALDO MINGO TERCERO

ELENA MORADA / OPERARIA 1*

PRÍNCIPE ARROGANTE

CLETO

DOXY / OPERARIA 2*

OPERARIO 3

FRANCO

PUFI

URSO

ÚRSULA

*Deben ser interpretados por el mismo actor o actriz.

Escena I: Desayuno real

Comedor del palacio real de Guaqueguay. El Rey Naldo Mingo Tercero y la Reina Norma Estricta desayunan. Toman té en tazas exageradamente ornamentadas y comen masas finas, servidas en grandes platos plateados. Sobran una taza y una silla: es el lugar de la Princesa Elisabetta Cuarta. Cleto está parado junto a la puerta que conduce a las habitaciones, sostiene en su mano derecha una lanza grande. Cabecea y se duerme. Por momentos, la lanza lo sostiene a él. Suenan nueve campanadas. Cleto se despabila y Norma se ofusca.

NORMA: (*Gritando.*) ¡Detesto la impuntualidad!

NALDO: (*Se asusta ante el grito de Norma. Complaciente.*) Yo también, dulce reina mía.

NORMA: ¡Naldo! ¡Decile a tu hija que venga a desayunar de una vez!

NALDO: Sí, mi reina. Cleto, ¿sería tan amable de llamar a nuestra querida y dulce Elisabetta Cuarta?

CLETO: A sus órdenes, mi Rey Naldo. (*Llama.*) ¡Elenaaa!

NORMA: (*A Naldo.*) ¡Que no grite!

NALDO: (*A Cleto.*) ¿Sería tan amable de hablar un poco más bajo?

CLETO: Es que el castillo es muy grande. Si no grito, no me oye. (*Llama.*) ¡Elenaaa!

NORMA: ¡Naldo!

NALDO: (*A Norma.*) Cleto tiene razón. Grita para ser escuchado.

Entra Elena Morada, notoriamente agitada.

ELENA: ¿Llamaban los señores?

NORMA: ¿Qué le pasa?

ELENA: Estaba en el quinto subsuelo y tuve que subir muchas escaleras.

CLETO: Elena Morada, nuestra reina manda llamar a la princesa.

ELENA: Ahí vamos otra vez... (*Toma impulso y sale.*)

NORMA: Tenemos que cambiar de ama de llaves.

NALDO: ¿Cuál es el problema con esta?

NORMA: Tarda mucho en venir cuando la llamamos.

NALDO: Estaba en el quinto subsuelo.

NORMA: ¿Y qué hacía ahí?

NALDO: Ahí es donde está el cuarto de las llaves.

NORMA: Entonces, traigamos ese cuarto a la planta baja.

NALDO: Fuiste vos quien lo trasladó al subsuelo.

NORMA: Cambié de opinión. ¿Algún problema?

NALDO: No, no. Para nada, dulce reina mía.

ELENA: (*Entra, más agitada que antes. A Cleto.*) La princesa va a demorarse.

CLETO: (*A Naldo.*) La princesa va a demorarse.

NALDO: (*A Norma.*) La princesa va a demorarse.

NORMA: (*A Naldo.*) ¿Por qué?

NALDO: (*A Cleto.*) ¿Por qué?

CLETO: (*A Elena.*) ¿Por qué?

ELENA: (*A Cleto.*) Nuestra princesa duerme como un tronco.

CLETO: (*A Naldo.*) Nuestra princesa duerme como un tronco.

NALDO: (*A Norma.*) Nuestra...

NORMA: (*Interrumpe.*) ¡Ya lo escuché! (*A Elena.*) ¡Que venga inmediatamente o la desheredo!

ELENA: Ahí voy. (*Se detiene para recuperar el aire.*)

NORMA: ¡¡Ahora!!

ELENA: ¡Como usted diga, mi reina! (*Sale corriendo.*)

Llaman a la puerta.

NORMA: (*A Naldo.*) Llaman a la puerta.

NALDO: (*A Cleto.*) Lllaman a la puerta.

CLETO: (*A Elena.*) ¡Elenaaa!

NALDO: ¡Vaya usted, Cleto!

CLETO: Uf, está bien. (*Sale arrastrando los pies.*)

NORMA: Tenemos que cambiar de guardia.

NALDO: ¿Por qué?

NORMA: ¡Es un papanatas!

NALDO: Todo lo que quieras, mi reina.

CLETO: (*Entra.*) ¡Recién llegado del reinado de La Roca, hace su entrada el Príncipe Arrogante!

Suenan trompetas. Entra el Príncipe Arrogante con un espejo en la mano, mientras se arregla el jopo.

ARROGANTE: (*Hace reverencias sin mirarlos.*) Rey Naldo Mingo Tercero, Reina Norma Estricta, mis más cordiales saludos.

NALDO: (*Se levanta y lo recibe, entusiasmado.*) ¡Arrogante! ¡Qué alegría verlo por estos reinos! Adelante, adelante. Pase usted.

ARROGANTE: Alegría es la mía por visitar este horrendo, quiero decir, este hermoso reinado de Guauqueguay. Y a su hermosa Reina, por supuesto. (*Deja el espejo y se arrodilla para besarle la mano.*) Me postro ante usted.

NORMA: (*La saca con asco.*) ¡Me está babeando!

NALDO: (*A Arrogante.*) Siéntese con nosotros, por favor.

ARROGANTE: Muchas gracias, mi rey. (*Se sienta en el lugar de Elisabetta.*) ¡Oh! Qué dura esta silla. En mi castillo, todos los muebles están forrados con gomaespuma real. (*Se sirve té y come muchas masitas al mismo tiempo.*)

NALDO: Nos podemos ocupar de eso. (*A Cleto.*) ¿No es cierto?

Cleto se encoge de hombros.

ARROGANTE: (*Con la boca llena.*) ¡Qué secas estas masitas! Mi panadera las hace mucho más esponjosas.

NALDO: Habrá que cambiar de panadera. Díganos, ¿qué lo trae por acá?

ARROGANTE: Estoy aquí para continuar con nuestros planes.

NALDO: Ah, sí. Claro, claro. Nuestros planes. Ya estuve conversando con los reyes de Urbe en Larrain y de Novoy Ya y se unirán a nosotros.

ARROGANTE: Maravilloso. Cuantos más seamos, mejor. Debemos ser fuertes para crear...

ARROGANTE Y NALDO: La dinastía más grande sobre la faz de la Tierra. (*Brindan con té y se ríen macabramente.*)

NORMA: ¡Están volcando todo el té!

Entra Elena empujando a Elisabetta.

ELISABETTA: (*En pijama, despeinada y de mal humor.*) ¡Déjenme dormir! ¿Cuántas veces les tengo que decir que no me gusta desayunar? ¡Me cae mal la comida tan temprano!

NORMA: Elisabetta Cuarta, compórtese, que estamos con visitas.

ARROGANTE: (*Se levanta y se arrodilla ante Elisabetta para besarle la mano.*) Me postro ante usted, dulce Princesa Elisabetta.

ELISABETTA: (*Ignorando a Arrogante.*) ¡Está ocupando mi lugar!

NORMA: ¿Qué son esos modales ante la realeza vecina?

ARROGANTE: (*A quien escuche.*) ¡Rápido! ¡Una silla más para la princesa!

NALDO: (*A Elena.*) Elena, háganos el favor de traer la silla del cuarto de las llaves.

ELENA: En seguida. (*Sale.*)

ELISABETTA: No importa. No me quiero sentar.

NALDO: (*Ríe, para distender.*) Querida hija, háganos el favor de mostrarse sumisa y delicada.

ELISABETTA: ¿Por?

NORMA: Qué vergüenza que sea nuestra hija.

Suena una sirena grave, como la de un barco.

NALDO: ¡Comenzó la jornada laboral! Acompañeme, Arrogante, así le enseño nuestra maravillosa línea de ensamblado.

ARROGANTE: Será un placer, mi rey. (*Les hace una reverencia a Norma y a Elisabetta.*) Señoritas...

Naldo y Arrogante salen.

ELISABETTA: Bueno, ¿me puedo ir a mi cuarto?

Elena llega, agitada, con una silla muy pesada.

ELENA: Aquí está la silla.

NORMA: No nos va a hacer falta. Podés llevártela de nuevo.

ELENA: ¡¿Qué?! (*Se desmaya.*)

Escena II: Desayuno esclavo

El sótano de los esclavos. Franco, el padre, desayuna con su hija, Úrsula, sobre un tablón de madera. Pufi, el perro, come en un plato de madera en el piso. La disposición del comedor se parece notoriamente a la del castillo, pero todo es mucho más precario: platos y tazas de madera, poca comida.

ÚRSULA: (*Gritando.*) ¡Detesto la impuntualidad! ¡Papá, decile a tu hijo que se despierte de una vez!

FRANCO: (*Con mucha calma.*) Úrsula, es tu hermano también.

ÚRSULA: Me da igual. Que venga o vamos a llegar tarde.

FRANCO: (*Chasquea los dedos y silva.*) Pufi, vení, vení. (*Pufi deja de comer y se acerca, contento.*) Andá a despertar a Urso, ¿querés?

Pufi va contento hacia adentro.

ÚRSULA: (*Da vuelta la panera y solo caen migas.*) Me quedé con hambre.

FRANCO: Es todo lo que hay hasta mañana.

ÚRSULA: ¿No vamos a cenar?

FRANCO: Tenemos que colaborar. El rey anterior se robó todo el oro y ahora Naldo Mingo nos pidió que ayudemos y que ahorremos. Por eso nos sacaron la cena y, a partir de hoy, vamos a trabajar cuatro horas más por día.

ÚRSULA: ¿Por qué no se ayudan entre reyes?

Pufi entra empujando a Urso, despeinado, de mal humor y en pijama.

URSO: ¡Déjenme dormir! ¿Cuántas veces les tengo que decir que no me gusta desayunar? ¡Me cae mal la comida tan temprano!

FRANCO: Pero es la comida más importante del día... Y la única.

ÚRSULA: ¡Dejá de quejarte y desayuná!

URSO: Todavía falta un rato para entrar. *(Se sienta y juega con el pan que hay en su plato.)*

ÚRSULA: Siempre llegamos tarde por tu culpa. Todo es por tu culpa. Cuando mamá estaba y yo era hija única, éramos felices. Hasta que llegaste vos a arruinarlo todo.

FRANCO: ¡Úrsula!

ÚRSULA: ¿Qué? Si es la verdad.

FRANCO: No, eso no es cierto, hijo. Tu hermana solo te está peleando.

URSO: Me da igual.

Urso chasquea los dedos, Pufi se sienta a su lado y come de su plato.

ÚRSULA: ¿Qué hace el animal en la mesa?

URSO: El perro es mío y se sienta donde yo quiero.

ÚRSULA: Pero no vivís solo, Urso. *(A Pufi.)* ¡Abajo, Pufi! ¡Abajo! Malo, perro malo.

Pufi se baja y se agazapa en un rincón.

URSO: ¡No le grites!

ÚRSULA: ¡Que no suba a la mesa, entonces!

URSO: Se sube todo lo que quiere.

FRANCO: ¡Por favor, dejen de discutir! Ya tenemos suficientes problemas.

ÚRSULA: ¡Estoy harta de vos y de tu perro mugroso!

URSO: ¡Y yo estoy harto de ser esclavo!

FRANCO: Pero es la suerte que nos tocó, hijo.

URSO: ¿Y no se puede cambiar la suerte?

ÚRSULA: No seas ridículo.

FRANCO: ¿Cambiar la suerte?

URSO: Sí. Ser otra cosa.

ÚRSULA: (Riendo.) ¿Qué querés ser? ¿Príncipe?

URSO: ¡No! ¡Quiero ser músico!

Suena una base de rap. Urso y Pufi se suben a la mesa y se ponen cada uno una gorra y unos anteojos oscuros. Pufi se pone la gorra para atrás, hace una base de beatbox, intercalada con algunos ladridos.

URSO Y PUFI: (Repiten dos veces.)

Estoy cansado
y desgastado,
yo ya no quiero, no,
ser más esclavo.

URSO:

Estoy cansado de trabajar para reyes
y desgastado de por siempre obedecerles.
Ya no me importa a qué rey le pertenezco,
su hijo, primo o de cualquier parentesco.
¿Qué pasa si yo llego tarde un día de estos?
Mejor que me echen, yo ya no quiero ese puesto.

Con mi trabajo ellos se pueden quedar,
yo prefiero con Pufi ponerme a rapear.

URSO Y PUFI: (*Repiten dos veces.*)

Estoy cansado
y desgastado,
yo ya no quiero, no,
ser más esclavo.

URSO:

Si acaso esto es una cuestión de suerte,
se nace esclavo, esclavo hasta la muerte,
¿dónde está el mazo? Así reparto otra vez
y nazco músico, así todo irá bien.

En esa línea de ensamblaje no me hallo,
yo ya no quiero construir ningún caballo,
o unicornio, no me importa cómo sea,
si a esa guerra solo van los que pelean.

URSO Y PUFI: (*Repiten cuatro veces.*)

Estoy cansado
y desgastado,
yo ya no quiero, no,
ser más esclavo.

Suena una sirena grave, como la de un barco, y se corta la música.

ÚRSULA: Dejá de soñar con otra vida y vamos.

Sale, riéndose.

FRANCO: Vamos, hijo, así no nos sacan el almuerzo.

Franco lo ayuda a bajar de la mesa. Urso, Pufi y Franco salen, tristes.

Escena III: Sala de máquina

Suena la sirena grave. Línea de ensamblaje de unicornios lanzallamas. Unas tuberías recorren el espacio, así como una cinta sin fin, de izquierda a derecha. Operaria 1 hace girar una manivela que mueve la cinta. Sonidos de máquinas industriales. Operaria 2, desde una plataforma alta, arroja una crin de pelo a través de una tubería que desemboca en la cinta, donde el Operario 3 la recibe y la coloca sobre una cabeza de caballo. Operaria 4 le añade las orejas. Faltan puestos por ocupar: los de Franco, Urso y Úrsula. Los unicornios, sin ojos ni cuernos, llegan al final de la cinta, caen al piso y se acumulan de forma desordenada. Ningún operario se percata del error, trabajan, automáticamente, cada uno ocupado en su rol. Entran Naldo y Arrogante riendo como niños.

NALDO: Ante usted, la máquina de ensamblaje 3.0. La primera y única fábrica artesanal de unicornios lanzallamas.

ARROGANTE: ¡Magnífico! A ver, a ver...

Arrogante se mete entre los operarios y se divierte haciéndoles cosquillas, empujándolos y sacándoles las herramientas. Los operarios no reaccionan, continúan, alienados, con su trabajo.

ARROGANTE: ¡Nada más divertido que molestar a los esclavos!

Naldo se mete también y juega a molestar y entorpecer a los operarios.

NALDO: ¡Esto es maravilloso! (*Canta.*) Juguemos con esclavos, mientras la reina no está...

ARROGANTE: (*Burlón.*) ¿Qué? ¿La Reina Norma no te deja?

NALDO: Voy a llamar a Elisabetta, seguro que se divierte tanto como a nosotros. (*Grita fuerte.*) ¡Elena Moradaaaaa! ¡Que venga la princesa a la sala de máquinaaas!

ARROGANTE: (*Llega al final de la cinta y toma un unicornio. Lo mira con desprecio.*) ¿Qué clase de unicornio es este? ¡No tiene ojos!

NALDO: ¿Cómo es posible? (*Se acerca y mira, indignado, al unicornio.*) ¡Acá está faltando algo!

ARROGANTE: Sí. Los ojos.

NALDO: No, no, no. Algo más.

ARROGANTE: El cuerno. Así, parece un Pequeño Pony.

NALDO: ¡Alto! (*La cinta de ensamblaje se detiene.*) ¡Acá están faltando esclavos! (*Los esclavos se miran entre sí.*)

Entra Úrsula. Detrás de ella, Franco y Urso.

ÚRSULA: ¡Apúrense, que estamos llegando tarde!

NALDO: ¡Así los quería encontrar! Con que llegando dos minutos tarde, ¿eh?

Franco, Úrsula y Urso se arrodillan ante Naldo.

FRANCO: Las más cordiales disculpas, mi rey.

NALDO: Está bien, pero que sea la última vez. ¿Me escucharon, ratas inmundas?

FRANCO: Le aseguro que no volverá a suceder.

NALDO: Está bien, está bien.

ARROGANTE: (*A Naldo.*) ¡Qué blando, Rey Naldo! Castígue-los. ¿Usted no es el rey, acaso?

NALDO: (*A Arrogante.*) Tiene razón. (*A Franco.*) Serán castigados. Se quedarán sin ración de alimentos por un día.

ARROGANTE: ¿Uno solo?

NALDO: ¡Por dos días!

URSO: ¿Qué? ¡Es injusto!

NALDO: Puede ser...

ARROGANTE: (*A Naldo.*) ¿Puede ser? ¿Qué saben ellos de justicia?

NALDO: (*A Arrogante.*) Es cierto. (*A Urso.*) ¿Qué saben ustedes de justicia?

ARROGANTE: (*Le da letra a Naldo.*) Son lo más bajo de la escala social, y la justicia es solo para la realeza.

NALDO: (*A Urso.*) Son lo más bajo de la escala social, y la justicia es solo para la realeza.

ARROGANTE: (*A Naldo.*) Acá se hace lo que yo digo.

NALDO: (*A Urso.*) Acá se hace lo que él dice.

ARROGANTE: ¡No! ¡Usted!

NALDO: (*A Urso.*) Eso, lo que usted dice.

URSO: ¿Lo que yo digo?

NALDO: Sí.

ARROGANTE: ¡No! ¡Usted!

NALDO: (*A Arrogante.*) ¿Usted?

Entra Elisabetta Cuarta, igual de dormida y despeinada que antes.

ELISABETTA: ¿Qué querés, papá?

NALDO: ¡Hija mía! Quiero mostrarte la tecnología de punta de nuestro reino.

ELISABETTA: No me interesa.

NALDO: ¿Cómo que no te interesa?

ELISABETTA: No. ¿Me puedo ir?

NALDO: ¿Cómo le hacés esto a tu padre?

ARROGANTE: Paciencia. Es que todavía no la vio funcionar.

NALDO: Es cierto. Cuando la veas en acción, te va a interesar.
(*A Urso, Franco y Úrsula.*) ¿Qué miran? ¡A trabajar!

Urso, Franco y Úrsula se suman la a cinta de ensamblaje, que sigue detenida.

NALDO: ¡Apuraos, esclavos, apuraos! ¡Activad el artillugio!

LOS ESCLAVOS: ¿Qué?

NALDO: ¡Que empiecen de una vez!

LOS ESCLAVOS: ¡Ah!

Se activa la cinta y se ocupan todos los puestos. Sonidos industriales. Cuando

salen los dos primeros unicornios, Naldo y Arrogante se suben arriba de ellos y juegan. Elisabetta los mira, aburrida.

ELISABETTA: Muy lindo. ¿Me puedo ir?

NALDO: No, no. Un segundito más. (*A Arrogante.*) ¡Llegó el momento!

ARROGANTE: ¡Esclavos, deteneos!

La cinta se detiene. Arrogante se baja del unicornio, se arrodilla ante Naldo y le da un anillo.

ARROGANTE: Mi muypreciado Rey Naldo Mingo Tercero, ¿me concede usted la mano de su tan... (*No sabe qué decir.*) ...simpática hija?

NALDO: Por supuesto que sí, mi muy estimado príncipe. (*Le acerca el anillo a Elisabetta, para ponérselo en el dedo.*) Los declaro marido y mujer.

ELISABETTA: ¿Qué? (*De un manotazo, tira el anillo al piso.*) ¡Yo no quiero casarme con este!

NALDO: Querida hija, ¿podrías ser más amable y sumisa?

ARROGANTE: Qué blando, Rey Naldo, qué blando. Oblíguela. ¿Usted no es el rey, acaso?

NALDO: ¡Claro que soy el rey! ¡Y su padre! (*A Elisabetta.*) Arrogante será tu esposo, te guste o no.

ELISABETTA: ¡Nunca! ¡Te odio, papá! (*Sale corriendo.*)

LOS ESCLAVOS: (*Que observaron toda la situación.*) ¡Uhhh!

NALDO: (*A los esclavos.*) ¡Silencio!

ARROGANTE: ¡Estoy indignado!

NALDO: No se preocupe. Ya va a cambiar de opinión.

ARROGANTE: ¡Nunca me habían humillado de este modo!

NALDO: En nombre de mi hija, le pido las más cordiales disculpas.

ARROGANTE: No, no lo disculpo. Se acabaron nuestros ne-

gocios.

NALDO: No, no. Debemos estar unidos y fuertes, construir la dinastía más grande sobre la faz de la Tierra, o si no será el fin de las monarquías.

ARROGANTE: No me importa. Yo ya tengo los aliados que necesito.

NALDO: ¡Pero tenemos que ser muchos! ¡Cuanto más seamos, mejor!

ARROGANTE: A partir de este momento, lo declaro oficialmente mi enemigo.

LOS ESCLAVOS: ¡Uhhh!

NALDO: ¡Silencio!

Arrogante se va, ofendido. Naldo lo sigue.

NALDO: ¡Espere! ¡No se vaya! (*Sale. Vuelve.*) ¡Ustedes pónganse a trabajar! Quiero trescientos unicornios listos para esta tarde. Tenemos que reforzar la defensa. (*Sale corriendo.*) ¡Arroganteeee!

ÚRSULA: Bueno, ya escucharon al rey. A trabajar.

URSO: ¡Es injusto! Nos dejan sin comida, nos hacen trabajar el triple y, encima, nos maltratan.

OPERARIA 1: Ya lo dijo Arrogante: la justicia no es cosa de esclavos.

OPERARIA 2: Nosotros no podemos opinar

URSO: ¿Y eso les parece que está bien?

OPERARIO 3: No sé. Nunca lo había pensado.

OPERARIA 4: Como esclavos, no podemos opinar si algo está bien o mal.

URSO: No sé ustedes, pero yo estoy harto de hacer este trabajo.

FRANCO: Es lo que nos tocó, hijo.

ÚRSULA: Nacés esclavo, morís esclavo.

OPERARIO 3: Nacés rey, morís rey.

URSO: Eso es lo que está mal.

OPERARIA 4: ¿Qué importa si está mal o bien? No podemos hacer nada.

URSO: Sí que podemos. Estuve escuchando rumores de esclavos de otros reinos y se está organizando una gran huelga esclava.

OPERARIA 1: ¿Una qué?

OPERARIA 2: ¿Huelga?

OPERARIO 3: ¿Qué es eso?

URSO: Dejar de trabajar.

OPERARIA 4: ¿Para qué?

URSO: Para que escuchen lo que opinamos.

FRANCO: Si dejamos de trabajar, nos van a aumentar los castigos.

ÚRSULA: Basta de pavadas. A trabajar. Tenemos que producir trescientos unicornios.

URSO: Y si no los hacemos, ¿qué?

ÚRSULA: Ahora somos enemigos. Si nos atacan, el rey no se va a poder defender.

URSO: ¿Y qué nos importa a nosotros? Eso es un problema de él.

FRANCO: Nos van a atacar a nosotros también, hijo.

URSO: No les conviene. Todos necesitan mano de obra esclava.

OPERARIO 3: Entonces, es lo mismo. De un rey o de otro, siempre vamos a ser esclavos.

URSO: No es lo mismo si nos organizamos entre todos los esclavos del mundo. Podemos armar la huelga más grande sobre la faz de la Tierra.

Los esclavos se ríen de Urso y vuelven a sus puestos.

ÚRSULA: Dejá de robarle ideas a los reyes y vení a trabajar.

FRANCO: Vamos, hijo.

Los esclavos vuelven a sus puestos. Se activa la cinta. Todos vuelven a la alienación habitual, menos Urso, que trabaja, lento y distraído. Entra Pufi, agazapado, y le habla a Urso.

PUFI: (*Cantando.*)

No sé para qué te fuiste,
no sé para qué viniste,
ser esclavo no es profesión,
hacer música, es tu vocación.

URSO: ¡Pufi!

ÚRSULA: (*A Franco.*) ¿Qué hace el animal acá? La reina Norma nos va a castigar.

URSO: (*A Pufi.*) Tenés razón, pero no puedo hacer nada.

ÚRSULA: (*A Urso.*) ¿Estás hablando con el perro?

URSO: ¿Yo? No.

PUFI: No, no. (*Ladra.*) ¡Wuf!

ÚRSULA: ¡Sacálo de acá y vení a trabajar!

URSO: Ahí voy. Vos no sos mi jefa.

ÚRSULA: Hacé lo que quieras. Si te castigan, no te voy a defender.

URSO: ¿Cuándo me defendiste de algo?

ÚRSULA: Hacé lo que quieras.

Úrsula vuelve a la cinta de ensamblaje.

PUFI: (*Canta.*)

Recién la vi a la princesa,
se fue para el patio de atrás.
Parece que está muy triste,
no tiene con quien charlar.

URSO: (*A Úrsula.*) Voy a llevar a Pufi a casa y vuelvo.

Aprovecha una distracción de los operarios.

ÚRSULA: Apurate.

URSO: Sí, sí. (*En secreto.*) Vamos a echar un vistazo.

Urso y Pufi salen.

Escena IV: Patio de atrás

Delante de unos helechos y enredaderas, hay un banco de piedra. La Princesa Elisabetta Cuarta está sentada en él, llorando, desconsolada. Entra Pufi, sigiloso, y le hace señas a Urso.

URSO: (*Entra. A Elisabetta.*) ¿Estás bien?

ELISABETTA: (*Se asusta.*) Sí. Digo, no. Digo... ¿Vos quién sos?

URSO: Soy Urso.

ELISABETTA: No te conozco.

URSO: Soy operario de la máquina de ensamblaje de unicornios lanzallamas.

ELISABETTA: Ah. Sos un esclavo.

URSO: Bueno, sí.

ELISABETTA: Yo soy Elis...

URSO: (*Interrumpe.*) Sí, ya sé. La princesa Elisabetta.

ELISABETTA: Vos no podés estar acá.

URSO: ¿Querés que me vaya? Me voy. No te molesto.

ELISABETTA: No, no, por mí está bien, pero, si alguien te ve, te puede castigar.

URSO: Vos me estás viendo.

ELISABETTA: Sí, pero no voy a decir nada. ¿Y si llega alguien?

URSO: No me importa.

ELISABETTA: ¿No...? (*Le sonríe.*) Me gusta tu actitud.

URSO: ¿Te molesta si te pregunto por qué llorabas?

ELISABETTA: No, para nada.

URSO: Bueno.

ELISABETTA: Bueno... ¿Qué?

URSO: ¿Por qué llorabas?

ELISABETTA: ¿Te importa?

URSO: Y..., si no me importara, creo no te preguntaría.

ELISABETTA: Tenés razón. Lloro porque... Es que... Es que me quieren obligar a hacer algo que no quiero.

URSO: Ah, sí. A casarte con el Príncipe Arrogante.

ELISABETTA: Entonces, ya lo sabías.

URSO: No sabía que te ponía triste.

ELISABETTA: No me pone triste. Bueno, sí, pero no solo triste. Me da bronca también. Me da bronca no poder elegir.

URSO: Decímelo a mí.

ELISABETTA: Te lo estoy diciendo.

URSO: No, no. Digo que yo tampoco puedo elegir. Estoy condenado a ser esclavo toda la vida.

ELISABETTA: Por lo menos no te obligan a casarte.

URSO: Pero, si quisiera casarme con alguien, tampoco podría. Los esclavos no nos casamos.

ELISABETTA: ¿Ah, no?

URSO: No. Ni nos casamos ni podemos tener nombre ni casa. No podemos salir del castillo. No podemos tener plata, no podemos hacer lo que nos gusta.

ELISABETTA: Uh.

URSO: Sí. Uh.

ELISABETTA: ¿Y a vos qué te gusta?

URSO: ¿Te importa?

ELISABETTA: Te estoy preguntando.

URSO: Es verdad. Me gusta hacer música, escribir canciones.

ELISABETTA: ¿En serio? ¡Qué buena onda!

URSO: Sí. Pero igual voy a ser esclavo toda mi vida. Así lo quiso

el destino: nacés esclavo, morís esclavo...

ELISABETTA: Nacés rey, morís rey.

URSO Y ELISABETTA: ¡Qué injusto!

Entre los helechos se mueve algo. Pufi ladra.

ELISABETTA: ¿Qué pasa?

URSO: ¿Qué pasa, Pufi?

PUFI: *(Canta.)*

Parece que ahí hay alguien

y no se quiere mostrar.

No sé si es hombre o mujer,

no sé si es pato o caimán.

URSO: ¿Quién anda ahí?

Entre las plantas sale la Doxy, un ser del bosque cubierto de pelos, con dos pares de piernas y dos pares de brazos. Camina muy despacio con sus ocho patas. Su cabeza queda oculta entre los pelos. Produce un sonido agudo, monstruoso. Elisabetta y Urso se levantan, asustados, y se alejan.

ELISABETTA: ¡Un monstruo!

URSO: ¡Es una araña gigante!

Pufi le ladra sin parar.

DOXY: *(Con voz monstruosa.)* No os asustéis. Soy una doxy.

ELISABETTA: ¿Una qué?

DOXY: Una doxy. Las doxys somos primas de las hadas.

ELISABETTA: No te parecés a un hada.

La Doxy se para y deja ver su cara sonriente y amable.

DOXY: Nosotras somos más grandes y tenemos más poderes.

Pero como las hadas no están cubiertas de pelo, se hicieron famosas.

URSO: Qué injusto.

DOXY: Dímelo a mí.

URSO: Te lo estoy diciendo.

ELISABETTA: ¿Y qué hacías ahí escondida?

DOXY: Estaba buscando bichitos para comer y no pude evitar escuchar vuestra conversación.

URSO: ¡Qué chusma!

DOXY: Disculpad. No quise entrometerme, pero creo que es injusto que no puedan hacer lo que deseen. Por eso, os voy a ayudar.

ELISABETTA: ¿Ayudar? ¿Cómo?

DOXY: Arrogante le acaba de declarar la guerra al rey. Y será una batalla totalmente dispareja entre el reino de Guauqueguay y todos los otros reinos.

ELISABETTA: ¿Todo esto es por mi culpa?

DOXY: Es que Arrogante no acepta que lo rechacen.

URSO: Pero eso acaba de pasar. ¿Cómo lo sabés?

DOXY: Tengo un oído diez millones de veces más desarrollado que el vuestro.

URSO: ¿Y cómo pensás ayudarnos? Estamos condenados a perder.

DOXY: A menos que...

ELISABETTA: A menos que me case con Arrogante.

DOXY: Pero no es lo que tú desees.

ELISABETTA: No, pero no veo otra salida.

DOXY: Sí, que yo use mi magia para hacer ganar al Rey Naldo Mingo Tercero.

ELISABETTA: ¿Por qué harías eso?

DOXY: Sé que tu padre tiene un buen corazón y que va a estar de acuerdo con cambiar la forma de gobierno si lo ayudo a ganar.

ELISABETTA Y URSO: ¿Eso se puede?

DOXY: Claro. Se puede hacer un gobierno en el que, en lugar de ser uno solo quien toma las decisiones, todos pueden participar.

ELISABETTA: ¿Para qué?

DOXY: Para decidir, por ejemplo, que el trabajo se divida entre todos por igual.

URSO: ¿Existe eso?

DOXY: Por supuesto. Nosotros, los seres del bosque, nos organizamos así. Y cada uno decide sobre sí mismo.

ELISABETTA: ¿Decidir sobre nosotros mismos?

DOXY: Sí.

URSO: ¿Trabajar pocas horas?

DOXY: Sí.

ELISABETTA: Tiene mucho sentido.

URSO: Pero el rey no va a querer eso.

ELISABETTA: Sí, mi papá es una persona muy razonable. Yo puedo convencerlo.

URSO: Bueno, pero primero tiene que ganar la batalla.

DOXY: La ganará, os aseguro. (*Se camufla entre los helechos.*) Volveremos a encontrarnos.

URSO: Estamos salvados.

ELISABETTA: ¿Será cierto lo que dice la araña?

URSO: No nos queda otra que creerle.

DOXY: (*Entre los helechos.*) ¡No soy una araña!

Urso y Elisabetta se miran y se ríen. Se escucha la voz del Rey Naldo, que grita como un jefe militar.

NALDO: ¡Aaaatención!

ELISABETTA: ¡Ya se están preparando para la batalla!

URSO: ¿Qué? ¡Qué rápido!

ELISABETTA: ¡Escondámonos!

Elisabetta agarra de un brazo a Urso y se esconden tras los helechos.

NALDO: ¡Maaarchen! Un, dos, un, dos, un, dos, un, dos...

Naldo entra comandando la única tropa del ejército de Gnaunqueguay. Cleto, arrastrando los pies, lo sigue. Tras él, avanzan, en una fila dispareja, Úrsula, Franco, Operarios 1, 3 y 4, con casco, pechera y lanza, montados sobre los unicornios lanzallamas. Se los ve temerosos por tener que combatir.

NALDO: ¡Alto!

CLETO: ¡Deescansen!

NALDO: ¡No, Cleto! ¡Que se preparen!

CLETO: Déjenos descansar un ratito, su majestad.

OPERARIO 3: ¡Ya estamos agotados!

OPERARIA 1: La armadura es muy pesada.

NALDO: Pero acabamos de salir del castillo. A este ritmo no llegamos ni a la esquina.

OPERARIA 4: Sepa entendernos, mi rey, no estamos preparados para combatir.

CLETO: Si me permite, su alteza, ¿no sería mejor llamar a los soldados en lugar de a los operarios?

NALDO: ¿Qué soldados, Cleto?

CLETO: No sé. ¿No tiene soldados?

NALDO: No. Nuestro reino siempre fue pacífico. Nunca habíamos necesitado soldados... hasta ahora.

ÚRSULA: ¡Estamos condenados a perder!

FRANCO: ¿Dónde está Urso?

ÚRSULA: Debe estar escondido, el muy cobarde.

CLETO: Si me permite, mi rey, ¿no es más fácil que la princesa se case con Arrastrado?

NALDO: ¡Arrogante!

CLETO: ¡Eso!

NALDO: No. No puedo obligarla.

CLETO: ¡Pero vamos a morir todos! ¡Usted también!

NALDO: No me importa. Su felicidad vale más que mi vida.

OPERARIO 3: ¿Y qué? ¿La nuestra, también?

ÚRSULA: (*Resignada.*) Obvio.

ELISABETTA: (*Sale de entre los helechos.*) ¿En serio, papá?

NALDO: (*Se asusta.*) ¡Ay, qué susto!

ELISABETTA: ¿No me vas a obligar?

NALDO: No, no puedo hacerte eso.

ELISABETTA: Igual, yo sé que vas a ganar.

ÚRSULA: Odio tu optimismo.

FRANCO: Úrsula, no le hables así a la princesa.

ÚRSULA: ¿Qué me importa? Ya se terminó todo, papá. Estamos perdidos.

URSO: (*Sale de entre los helechos junto con Pufi.*) ¡No se terminó nada!
¡Nosotros vamos a ganar! (*Pufi empieza con la base rítmica, Urso y Elisabetta cantan.*)

URSO Y ELISABETTA: (*Repiten dos veces.*)

No es puro optimismo,
la Doxy nos ayudará.
Con un poco de magia,
la guerra vamos a ganar.

URSO:

No tengan miedo, no se preocupen,
hay unicornios, sí, que fuego escupen.
La magia es buena y ayuda un poco,
siempre a los buenos, siempre a nosotros.

ELISABETTA:

Él habla en serio, no está mintiendo,
de magia habla, de magia entiendo.

Yo vi a esa Doxy, lo dejó bien claro,
“ustedes ganan y liberan los esclavos”.

NALDO: (*Por encima de la música.*) ¿Liberar esclavos? Por mí no hay ningún problema, pero a tu madre no le va a gustar nada.

ELISABETTA: ¿Quién es el rey, papá? ¿Quién toma las decisiones?

NALDO: Tenés razón.

ELISABETTA: Bueno, entonces, prometémelo.

NALDO: Te prometo que si llegamos a ganar, cosa que no creo, libero a los esclavos.

ELISABETTA: ¡Gracias, pá!

NALDO: (*A la tropa.*) ¡Vamos todos!

Todos cantan y van al combate bailando.

TODOS: (*Repiten cuatro veces.*)

No es puro optimismo,
la Doxy nos ayudará.
Con un poco de magia,
la guerra vamos a ganar.

Mientras salen, la música termina en fade.

Escena V: Banquete triunfal

En la oscuridad, suenan redoblantes, trompetas y clarines reales. Se escuchan voces que se van acercan, cantando a coro.

VOCES: Guauqueguay, regresa triunfal. Guauqueguay, lo más grande que hay.

Se ilumina el comedor del castillo. La mesa está preparada con mucha comida y bebida, para celebrar el triunfo. Norma Estricta está vestida de gala. Alza una copa y hace mucho esfuerzo por sonreír. Entra Naldo Mingo.

NORMA: ¡Congratulaciones, mi rey!

NALDO: (*Alza una copa.*) ¡Lo logramos! ¡Ahora, somos los reyes de la dinastía más grande sobre la faz de la Tierra! (*Brindan.*)

Entran, festejando y cantando, Cleto, Franco, Úrsula, Urso, Elisabetta, Pufi, Operaria 1 y Operario 3.

NALDO: (*Levanta la copa.*) Quisiera proponer un...

Todos siguen cantando y festejando.

NALDO: (*Más fuerte.*) ¡Su atención, por favor!

Nadie lo escucha y siguen festejando.

NORMA: (*Grita, desahogada.*) ¡¡Silencioooo!!

Todos se callan.

NALDO: (*A Norma.*) Gracias, querida. (*A todos.*) Quiero proponer un brindis y felicitarlos a todos y a cada uno de ustedes por el triunfo indiscutido de nuestra fuerza. ¡Salud!

Todos alzan copas.

TODOS: ¡Salud!

FRANCO: Fue increíble que, siendo menos de quinientos, le hayamos ganado a un ejército de cinco mil soldados a caballo.

OPERARIO 3: Fue muy gracioso cómo se quedaban congelados como piedras.

ÚRSULA: Los caballos relinchaban y los soldados se caían.

OPERARIA 1: ¡Y, cuando llegaban al piso, se partían en mil pedazos!

CLETO: La magia estuvo de nuestro lado.

URSO: Ya lo creo.

NALDO: ¡Salud, otra vez!

TODOS: ¡Salud!

Todos brindan. Llaman a la puerta.

ELISABETTA: ¡Yo voy!

Sale.

NORMA: (*A Naldo.*) ¿Cómo es eso? ¿Piedras partiéndose en el piso? ¿Qué pasó en el combate, Naldo?

NALDO: (*Haciéndose el desentendido.*) No tengo ni idea. Pero, ¿qué más da? ¡Lo importante es que ganamos!

Entra Elisabetta con la Doxy, que está vestida como una mendiga, cubierta con harapos.

ELISABETTA: Padre, ¿puede unirse a nuestros festejos esta humilde señora?

NORMA: (*Con asco.*) ¡Qué olor espantoso, por favor!

NALDO: Por supuesto. ¡Este banquete es para todos y todas!

MENDIGA: Muchas gracias, su alteza. Su bondad es inmensa.

NALDO: Adelante, señora. Coma todo lo que quiera.

Doxy toma unos bocaditos de la mesa, mira a Urso y le guiña un ojo.

ELISABETTA: (*A Naldo.*) Bueno. Ahora es momento de cumplir con lo prometido.

NALDO: Ah, sí, sí. Claro.

NORMA: (*A Naldo.*) ¿De qué está hablando?

NALDO: Nada, una pavada.

URSO: Su majestad prometió liberar a los esclavos si ganábamos la batalla.

NORMA: ¡¿Qué?! ¿Te volviste loco, Naldo? ¿A quién le prometiste semejante estupidez?

NALDO: (*Dudoso.*) Eh, en realidad, yo... Bueno, lo que pasa es que....

NORMA: ¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

ELISABETTA: Eso, ¿qué es lo que pasa, papá?

NALDO: Y, es que... Es complicado...

NORMA: ¿Complicado? Es imposible. Yo no sé hacerme ni un

huevo frito. ¿Quién se va a encargar de cocinarnos?

NALDO: Es interesante tu punto de vista...

ELISABETTA: ¡Pero lo prometiste!

NORMA: ¿Qué importa? ¡Es el rey, y como rey puede hacer lo que se le antoje!

ELISABETTA: ¡Y se le antoja liberarlos! ¿No es cierto?

NALDO: Bueno, tendría que analizarlo con mis asesores...

NORMA: ¡Analizar un cuerno! Nacieron esclavos y esclavos morirán. Cada cosa en su lugar.

NALDO: Tu madre tiene razón. Los esclavos siempre serán esclavos.

URSO: ¿Qué?

NALDO: Vamos a tener que suspender por un tiempo indeterminado el temita de la libertad.

ELISABETTA: ¡Papá!

NALDO: Bueno, bueno, hasta nuevo aviso.

FRANCO: Eso no fue lo acordado.

OPERARIO 3: No está cumpliendo con su promesa.

NALDO: Ahora no, pero más adelante la cumpliré.

ÚRSULA: Nos está traicionando.

NALDO: Yo no lo vería tan así.

OPERARIA 1: ¡Qué injusto!

La Doxy levanta los brazos y descubre su verdadera forma. La luz se vuelve roja y se escuchan vientos de tormenta.

DOXY: ¡Traaaiición!

NORMA: ¿Qué es esto?

DOXY: ¡Usted prometió liberarlos! ¡Ahora pagará muy caro la mentira!

NORMA: Naldo, sacá a la vieja zaparrastrosa que está ensucian-do el piso.

DOXY: (*Poseída, dice palabras en latín.*) ¡Multa habebunt difficultates! ¡Sine divitiis et sine castro remanebunt! ¡Pauper morieris!¹

NORMA: ¿Qué dice? Señora, no se le entiende nada. (*Al resto.*) Fuera. Fuera de mi castillo. A trabajar todo el mundo. ¡Cleto!

La Doxy corta su hechizo. La luz vuelve a normalidad.

CLETO: Sí, mi reina.

NORMA: Necesito el comedor limpio y desinfectado. Me dan asco los pobres.

CLETO: (*Desalojando a todos.*) Bueno, ya escucharon a su majestad.

Salen todos refunfuñando.

ELISABETTA: Papá, hacé algo.

NALDO: Disculpame, hija. La naturaleza quiso que nosotros nacióramos reyes y ellos esclavos. Es injusto, pero es así.

ELISABETTA: ¡Te odio! (*Sale corriendo.*)

LOS ESCLAVOS: (*Desde atrás.*) ¡¡Uh!!

NORMA: ¡Silencio!

NALDO: ¡Elisabetta! (*Quiere ir tras ella.*)

NORMA: (*Lo detiene.*) Dejala, Naldo. Ya se le va a pasar.

NALDO: Yo les había prometido otra cosa.

NORMA: A las promesas se las lleva el viento. (*Saliendo.*) Elena Morada, ¿dónde estás? ¡Necesito el comedor limpio, ya mismo!

Naldo se queda solo y desanimado. Se come un bocadito y sale.

¹ Muchos problemas tendrán. Sin castillo y sin riquezas quedarán. Pobre morirás.

Escena VI: La huelga más grande sobre la faz de la Tierra

Las luces bajan. Suenan siete campanadas. El comedor del palacio está vacío, desordenado y sucio. Después de un momento, entra Norma con un candelabro.

NORMA: Qué silencio... ¡Elena! (*Recorre el comedor.*) Elena, hay que preparar la cena. Elena Morada, ¿dónde te metiste?

Sale del comedor y entra en la sala de máquinas. Está detenida, no hay operarios.

NORMA: Cleto, ¿estás acá? Hay muy poca luz en todo el castillo. Hay que aumentar el fuego.

Sale de la sala de máquinas y entra en el jardín.

NORMA: Elena, quiero darme un baño antes de cenar. Hay que calentar el agua.

Entra en el sótano de los esclavos.

NORMA: ¿Qué está pasando acá? ¿Dónde están todos los esclavos? (*Llama, gritando.*) ¡Naldooo!

Nadie responde. Vuelve al jardín y escucha la voz de Naldo.

NALDO: (*Desde lo alto.*) ¡Norma!

NORMA: ¿Dónde estás?

NALDO: ¡Acá arriba!

Norma mira hacia una torre alta. A través de la ventana, se ve a Naldo con las manos atadas.

NORMA: ¿A qué estás jugando ahora, Naldo? ¡Baja inmediatamente de ahí!

NALDO: Sí, dulce reina mía. Es lo que más quisiera, pero resulta que no puedo.

NORMA: ¿No podés? ¿O no querés? Baja ahora mismo. Acá

tenemos muchos problemas. No sé dónde se metieron todos los esclavos. ¡Son unos inútiles! Para colmo, hay que limpiar el comedor, hacer la cama, preparar la cena, calentar el agua, dar más fuego a las luces, ponerme mi ropa de noche...

ÚRSULA: (*Aparece en la ventana e interrumpe a Norma.*) ¡Cállese de una vez, señora!

NALDO: (*A Úrsula.*) Gracias.

URSO: (*En la ventana.*) Nadie va a hacer nada, porque estamos todos haciendo huelga.

Se asoman todos por la ventana.

TODOS: ¡¡¡Síiii!!!

NORMA: ¿Haciendo qué? ¿Qué es eso?

URSO: Dejar de trabajar para que nos escuchen.

NORMA: ¿Escuchar a los esclavos? Ustedes no tienen voz. No valen nada. Naldo, te falta autoridad. ¿No sos el rey, acaso?

NALDO: Sí, sí, claro, pero tengo un problemita: me tienen atado, y no hay nadie que me pueda defender.

NORMA: ¿Lo tengo que hacer todo yo? (*Llama.*) ¡Cletoooo! ¡Vení ahora mismo a rescatar a tu rey!

CLETO: (*En la ventana.*) Acá estoy, su majestad.

NORMA: ¿Vos también, Cleto?

CLETO: Disculpe mi traición, pero, bueno... Eran mayoría.

NORMA: Van a venir de otros reinos y nos van a rescatar. Entre reyes nos ayudamos. Nosotros sí tenemos valores.

FRANCO: Disculpe, su majestad, pero no hay más reinos. Se habían unido todos y fueron derrotados en la batalla.

NALDO: ¿Somos los últimos reyes que sobrevivieron?

ELISABETTA: Sí, papá. El mundo cambió.

NALDO: Vamos a pasar a la historia.

NORMA: ¡Naldo, no delires! ¡Elisabetta, baja ahora mismo y párate del lado que te corresponde! Es la ley natural: nacés princesa, morís reina.

ELISABETTA: La ley cambió. Ahora es: nacés princesa, morís libre.

URSO: Me gusta... Nacés esclavo, morís libre.

NORMA: Las leyes no se cambian. Existen desde antes que nosotros. Querida, rodearte de esclavos te está haciendo ignorante.

Sopla un viento de tormenta. El cielo se oscurece. Entra la Doxy caminando en ocho patas.

DOXY: (*Con voz monstruosa.*) Ignorante es usted, Norma Estricta. Las leyes de la naturaleza sí que son anteriores a nosotros. Pero las leyes del hombre fueron inventadas por el hombre.

NORMA: ¿Quién sos?

DOXY: Soy el viento que arrasa. Soy la tormenta que ruge. Soy los árboles del bosque. Soy... (*Se levanta y muestra su sonrisa.*) ...una Doxy.

NORMA: Bueno, ya me hartaron. Quieren ser escuchados, ¿no? Bueno, hablen.

Pufi y Urso se ponen la gorra para atrás y suena la base musical.

URSO:

Nacer esclavo no es algo natural.
Es solo suerte, no hay nada que hablar.
Usted es reina porque alguien ya lo fue,
y aunque no quiera, su vida estará muy bien.
Yo no elijo qué es lo que voy a comer,
yo no decido qué me gustaría hacer,
y si mi casa fuera su casa natal,
aunque no quiera, su vida estaría mal.

TODOS: (*Repiten dos veces.*)

Antes que nada, somos humanos.

Yo tengo nombre, no me digas más “esclavo”.

Somos millones, ya no hay salida,
si no trabajo no podés vivir tu vida.

ELENA: ¿Y si yo no limpio el piso?

OPERARIO 3: ¿Y si yo no prendo el fuego?

OPERARIA 1: ¿Si cocino para mí?

CLETO: ¿Si me quiero divertir?

NORMA: (*Habla por encima de la música.*) Está bien, está bien. Ya los escuché. Hagamos esto: si liberan al rey en este momento, vamos a consultar con nuestros asesores si hay posibilidad de que trabajen dos horas menos por día.

TODOS: ¡No!

NORMA: ¿Qué quieren, entonces?

NALDO: Repartir el trabajo y el oro entre todos por igual.

NORMA: ¡Naldo! ¿De qué lado estás?

NALDO: Del tuyo, Norma, por supuesto. Pero tienen razón ellos. Además, no tenemos otra opción.

NORMA: ¡Cobarde!

Norma se va, furiosa. Todos bajan de la torre y van hacia el comedor del castillo. Cantan, festejan y comen.

TODOS:

Antes que nada, somos humanos.

Yo tengo nombre, no me digas más “esclavo”.

Somos millones, ya no hay salida,
si no trabajo no podés vivir tu vida.

Después de todo, somos hermanos,
vayamos juntos y agarrados de las manos.

Ya no hay esclavos, ya no hay reinados,
y todavía esto no se ha terminado.

Yo soy Juana Manso

Karina Paola Belletti

(Argentina)

Personajes:

PAOLA VELLUTTI: maestra de inglés, investigadora, de entre cuarenta y cincuenta años.

LENNY PORTER: profesor universitario estadounidense, de entre sesenta y setenta años.

JUANA MANSO: un fantasma de entre cincuenta y sesenta años, con la apariencia de una mujer corpulenta y de más edad.

JUANA MANSO JOVEN Y NIÑA:
puede ser interpretada por la misma actriz, caracterizada.

JOSÉ MARÍA MANSO:

padre de Juana, de entre treinta y cuarenta años.

TEODORA MARTÍNEZ CUENCA DE MANSO:
madre de Juana, de entre treinta y treinta y cinco años.

FRANCISCO DE SÁ NORONHA:
esposo de Juana, de entre treinta y treinta y cinco años.

MARGARET FULLER:
periodista estadounidense, trascendentalista, treinta y seis años.

FRANCISCO DE PAULA BRITO:
editor mulato de Río de Janeiro, cuarenta años.

EULALIA NORONHA:
hija de Juana Manso, veintiún años.

MARY MANN:
reformista, educadora estadounidense, de casi setenta años.

UNA JOVEN
MAESTRA:
de entre cuarenta y cincuenta años, vive en la actualidad en un

pueblo rural de Buenos Aires.
JOVEN 1, JOVEN 2, JOVEN 3:
alumnas de quince a dieciocho años.
VOZ DE LA DIRECTORA

Escena I

La actualidad. El escenario está dividido por un plástico rígido y transparente. Se trata de una pared que representa la virtualidad, tiene el dibujo de una línea temporal y los años anotados de las siguientes escenas. A cada lado, un escritorio. Ingres a Paola Vellutti en bicicleta, se choca contra la pared. Del otro lado, está Lenny Porter, sentado frente a su escritorio.

PAOLA: ¡Lenny! Mirá, es todo mentira. Nadie sabe nada de Juana. Puro verso. *(Se choca, se sienta, prende la computadora.)*

Lenny y Paola se miran como si estuvieran cerca, cara a cara.

LENNY: Esperá, Paola. No es posible. ¿Es otro mito de la repetición? ¿Citas de citas y más citas? Dudas. Tengo que revisar. Dame un día más. Hago unas compras, termino de hablar con una vecina y vuelvo.

PAOLA: Escuchame, primero. Necesito decirte algo antes de que te vayas. Si revisás conmigo el diario de Río, de 1858, te vas a dar cuenta. Es obvio. Juana y su familia emigraron a Montevideo en 1829. La hermanita, Isabel, ni existe en el artículo que ella escribe.

LENNY: Ah, por eso su primera obra, la supuesta traducción, se la dedicaba a las señoritas porteñas desde el exilio.

PAOLA: ¡Claro! Dame un segundo. Revisá la biografía de Noronha de Cymbrón. Juana y el violinista loco no se casaron a los tres meses. Los tortolitos estuvieron juntos más tiempo. El casamiento fue en 1845, no en 1844.

LENNY: *(Se levanta. Con un marcador escribe y modifica los errores de la línea de tiempo.)* A ver, a ver. Vamos otra vez. Isabel, la hermana, nace ocho años después, en 1827. Exilio de todos en 1829. Río, casamiento: 1845. Gira artística, hasta el 48. *Jornal das Senhoras*. Francisco se va a Europa en el 53, pero vuelve. ¿Ella lo esperó? ¿Infidelidad? Suena rarísimo, no hay documentos. Juana viene un tiempo a Buenos Aires,

funda el *Jornal de Señoritas*. Vuelve a Río. Se hace actriz y dramaturga. Segunda vuelta del matrimonio, *troupe* teatral familiar. 1859. La reformista, jardines de infantes, educadora, conferencista, Sarmiento, Mitre y Mary Mann.

PAOLA: (*Desde una luz azul, a un costado del escenario, una mano tira un papelito hecho un bollo que la golpea en la cabeza.*) ¡Ay! Otra vez. (*Abre el papel. Otro mensaje. Mira a Lenny y sigue.*) No, no. Falta. Está todo mal. El oratorio sobre Colón, de 1847, está perdido en alguna biblioteca de tu país, Lenny. Tiene que estar. Es la primera obra de teatro que escribió. Estaba en Filadelfia. Hay que revisar la prensa norteamericana ya mismo. Es más complejo todo. Juana no nació de un repollo, de generación espontánea. Clásico de fabuladores. Acomodan al prócer, héroe o heroína, con lo que hay. Ella se construyó. Tiene una historia. Un papá diferente, lecturas de la infancia, exilio, educación. La ficción fue su refugio, pero, después, la tuvo que tapar bajo las sábanas, como tuve que hacer yo en pleno siglo XXI. ¿Sabías que dejé de escribir para convertirme en una asistente bilingüe exitosa? Material para otro día. Otra vida que tuve antes de recluirme en la paz de la provincia. Volvamos a Juanita. Eran, los de ella, tiempos de reformas. Había que salir a los bancos de escuelas. No le alcanzó con escribir sobre la emancipación moral de la mujer.

LENNY: ¿Qué idea tenés, Paola? Si es así, la lógica indica que alguien debería haberla encontrado antes. ¿Cuántos académicos estudiaron a Juana? Es muy poco probable.

PAOLA: ¿Poco probable? Para vos, que venís de una cultura ordenada, de gente que digitaliza y se especializa. Acá, es todo un quilombo. (*Se tapa la boca.*) Argentina es un quilombo, Lenny. Ir a un archivo es como predicar en el desierto. “A ver, fíjese acá”, te dice una empleada, mientras toca carpetas sin guantes. Si nosotros queremos estudiar a Juana, hay que tener su espíritu. No creas en nada ni en nadie. Es

desde cero, desde la nada. ¿Entendés?

LENNY: Pero si hallamos manuscritos y fotos de Juana, como decís vos, en las cartas de la familia Mann, alguien que esté haciendo lo mismo se va a adelantar.

PAOLA: (*Se ríe.*) ¿Vos crees que hay tantos locos independientes que estén dispuestos a estudiar a una mujer argentina del siglo XIX a cambio de nada? ¿Por la aventura misma? ¿Sin becas, universidades, sin apoyo? Me hacés reír mucho. Eso no existe. Vos y yo somos un milagro del Covid.

LENNY: ¿Milagro del Covid? Algo bueno entre tanto desastre. O del hecho de que soy un jubilado universitario de la Atenas Americana y vos una maestra rural en un pueblo de la provincia. Eso podría sumar elementos a la alquimia, ¿no?

PAOLA: Desde este instante, declaro que ya sos argentino y que podrías sobrevivir en esta selva si quisieras. ¿Sabías que, desde el otro lado de la América, salvaste mi cabeza, Lenny? Me rescataste de mí, de la distancia que me separaba de mi familia y de un encierro ridículo de meses cuando en este país no había contagios.

LENNY: (*Aparece otro papel con una luz azul y golpea el pecho de Lenny.*) ¡Dolió! (*Toma el papel, lo abre.*) Ya sé, voy a buscar. Juana y Francisco volvieron a Río desde Nueva York. Estoy seguro. Algo había encontrado, alguna pista que dejé pasar.

PAOLA: Otra pista. Pensamos lo mismo al mismo tiempo. Hace días que sueño con un mar azul. ¿Porque Juana es un océano, Lenny? (*Lee en voz alta lo que dice un papelito.*) “Sigan buscando, hay un libro que escribí en portugués, antes de volver a mi patria. Se llama *Consolaciones*”.

Paola y Lenny cierran los ojos. Se escucha la voz de Juana Manso.

JUANA: La vida es, también, un viaje a través de la tierra, pero su verdadero símbolo es un barco en medio del océano. Ese

océano es la vida: el barco es el hombre, que sigue el viaje, cuyo puerto es la eternidad.

Escena II

Oscuro. La actualidad. De fondo, la música de L'Eulalia, de Noronha. El fantasma de Juana mira al público mientras habla.

JUANA: No soy nada. Soy polvo. Tengo dolor. No hay museos para mí. Estoy reducida en una línea temporal que nadie revisó ni supo medir. ¡Por Dios, dejen ya de mentir! No emigré a los veinte años. No me casé en 1844. Investiguen. Lean mi rompecabezas del mismo modo en el que se ocupan de los botones del saco de Sarmiento. ¿Será que soy un misterio? La misteriosa del Plata. ¡No me hagan reír! Si hubiera tenido una vida menos difícil, si le hubiera robado al destino unos años más, otro sería mi cantar. Me habrían visto en la otra América, la del norte, entre Mary Mann, Julia Ward Howe, Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton, y en los *Women's Clubs*. Habrían escuchado cuánto podía alzar la voz al batallar por el sufragio femenino. No habrían faltado conferencias por la ley de divorcio. Sé que podría haber aprendido mucho más y que, al regresar a mi patria, la emancipación de la mujer de mi tierra habría sido un sueño hecho realidad. ¿Quieren escuchar mis palabras? Nada cambió demasiado en la política de los hombres: siglo XIX, siglo XX, siglo XXI... “Y no hay que ilusionarse, la democracia entre nosotros no es más que un nombre, una palabra vana que la verdad desmiente a cada paso, donde la división de las clases es tan profunda, donde todos los hombres no están habilitados por la educación, donde todo es privilegio y monopolio, la democracia es un fantasma, y la República una parodia peligrosa”. Este fantasma que ahora les habla es el mismo de 1866, en los *Anales de la Educación Común*. Soy la misma planta extraña y exótica que

es testigo de la Avenida Juana Manso, en Puerto Madero. Soy la que acusa a la clase decente de las desigualdades. La anorexia y la bulimia de los cuerpos perfectos y de bronce. Estas mujeres que se divorcian y votan ya no están atadas en matrimonio por el corsé clerical. Pareciera que algunas de ellas aún se atan la boca, se inventan modelos y corren por los medios en Instagram, Facebook y el *gym*, porque “la mujer es la esclava de sus zapatos, de su familia, de su marido, de los errores, de las preocupaciones; sus movimientos se centran, sus pasos se miden, un ápice fuera de la línea prescripta, ya no es mujer, es ¿el qué? Un ser mixto sin nombre, ¡un monstruo, un fenómeno!”. En 1854, pensaba que las cadenas estaban para romperse. Hoy, veo a algunas de mis hermanas partidas en mil roles, sometidas a cumplir con ser madres, profesionales y también bellas, mientras la vida se pasa en presiones. Se puede ser un “fenómeno” y está bien. Se puede elegir género, se puede ser madre de una misma, engendrar liberación y abrazar a las distintas, a esas que salen de los moldes. El camino está libre, corramos las piedras y elijamos las batallas. El destino no fue así de gentil conmigo. No pude tanto. ¡Quédense! ¡Véanme! ¡Escúchenme! Mis palabras, ante tanto Ni una menos, abortos clandestinos, silenciados destinos, pagos no igualitarios, siguen gritando, siguen aullando, como paridas de una gran loba gorda en la oscuridad de la hipocresía.

Se escucha el salmo del poeta Longfellow, recitado en español por una voz masculina.

VOZ:

No me digas lamentándote,
¡la vida no es más que un sueño vano!
Puesto que muerta está el alma que dormita
y las cosas no son lo que parecen.

¡La vida es real!, ¡la vida es grave!
Y la tumba no es su meta.
Polvo eres y en polvo te convertirás,
no se refería al alma.

Ni el goce, ni el pesar
son a la postre nuestro destino;
es actuar para que cada amanecer
nos lleve más lejos que hoy.

El tiempo es breve y el arte es largo
y nuestros corazones, aunque bravos y valerosos,
todavía, al igual que tambores sordos,
tocan marchas fúnebres hacia la sepultura.

En el extenso campo de batalla de este mundo,
en el campamento de la vida,
¡no seas como buey mudo aguijado,
sino héroe en el conflicto!

¡Desconfía del futuro por agradable que sea!
Deja que el pasado muerto entierre a sus muertos.
¡Actúa, actúa en el vivo presente,
el corazón firme y Dios guiándote!

Las vidas de los grandes hombres nos recuerdan
que podemos sublimar las nuestras,
y al partir tras de sí dejan
sus huellas en las arenas del tiempo.

JUANA: (*En off.*) ¡¡¡Las vidas de las grandes mujeres!!!

Escena III

Buenos Aires, década del 30. Aparecen José María y Teodora, junto a una niña.

JUANA: ¿Qué me has traído esta vez, padre? ¿Otra historia de un convento? ¿Una niña enamorada? ¿Por qué la maestra pretende que letras y sílabas no cuenten cuentos? ¿Qué es un silabario? ¿Un cantón? ¿Dolorida cristiana?

Se escuchan las carcajadas del teniente de artillería.

TEODORA: ¡Juana! Es doctrina, niña. (*Mira a José María y le habla en susurros.*) ¡Sigue, tú, con este proyecto de librepensadora! ¡Nada mal vendría un poco de bordado y declamación, mi querido teniente de artillería! El mundo es de los hombres y la niña de tus ojos sigue los pasos de tus carcajadas. ¡Basta ya! ¡Un poco está bien, José, pero ya se pasa de claro a oscuro, hombre!

JUANA: ¿Qué sucede aquí, madre?

TEODORA: Nada, niña. Vuelve a jugar y, ya que estás en tu cuarto, te ruego que tomes el cantón y repases la lección. Generaciones de niñas lo han usado y ninguna se ha rebelado tanto como tú, Juanita. ¡Ala, ala! ¡A estudiar, pequeña!

José María se acerca a la habitación de su hija y, mientras pretende leer el silabario de su hija, saca del bolsillo un nuevo librito de aventuras que le entrega a Juana.

JUANA: (*Se acerca a la biblioteca y recita, contando mientras los señala, los nombres de sus libros. Antes de nombrar cada libro, su cuerpo los representa con ademanes.*) Uno: *Anastacio o la recompensa de la hospitalidad.* Dos: *Don Quijote.* Tres: *El solitario.* Cuatro: *Tardes de la granja.* Cinco: *Las veladas de la quinta.* Seis: *Eusebio o el cesterero de Filadelfia.* Siete: *Las obligaciones del hombre.*

Aburridísimo. Tonto y estúpido. Ocho: *La creación*. ¡Lindas tapas, señor Ackerman! Nueve: *Fábulas*, de Samaniego. Diez: *Accidentes de la infancia*. (Canta.) ¡Isabel o los desterrados de Siberia! ¡Don Quijote! ¡Sancho Panza! ¡La zorra! ¡Las uvas! ¡Luisa en la cabaña!

TEODORA: ¿Escuchaste eso, José María?

JOSÉ MARÍA: ¿Qué? ¡Juanita está cantando y toca el piano!

TEODORA: ¡Ay, sí! ¡Qué condena! Ahora, ¿qué canta, hombre? ¿Qué canta, si se puede saber?

JOSÉ MARÍA: ¿Canta a menudo, mujer? ¡No me habías dicho!

TEODORA: No sé. Una vez inventó melodías con salmos clericales. ¡Una hereje niña! Lo que pasa es que tú estás dibujando mapas. Parece que la topografía te dibuja el criterio y no te deja notar el aire de vigilancia que se respira. Atmósfera de tiranía. Mientras tanto, yo... sigo acá, sola, solísima. Conteniendo el espíritu que rebalsa de los cauces de esa niña de tus ojos. ¡Ya! ¡Lávate las manos! ¡Sécate, que tengo unas tortas fritas para merendar! Aquí tienes, toma. (*Le da una toalla*.) ¿Qué llevas ahí, hombre? ¿Qué invento traes ahora para la niña? ¿Una almohada azul? No, José. Las pequeñas únicamente usan tonos rojizos, moñitos en la cabeza. Ese es el color unitario, ¡por Dios!

JOSÉ MARÍA: ¡Ay, Rosas, Rosas y Rosas! ¿Qué esperabas que trajera, querida, una flor roja federal, que me convierta en un hipócrita? ¡Que estás loca, mujer!

TEODORA: Ven, siéntate aquí, amor mío. Se trata de sobrevivir en esta tierra de caudillos. Se trata de frenar, de pensar, de reflexionar. ¡Tómame un cimarrón y ya no grites más, por favor!

JOSÉ MARÍA: ¡Que quema! La yerba se lava, Teodora. A ver, llama a Juanita. ¿A qué le temes tanto, mujer? Que quiero cantar con ella el himno de la libertad que firmamos el 9 de julio de 1816, antes de que el rojo nos cubriera el alma.

¡Que se vuelva azul unitario nuestro hogar!

TEODORA: ¡Cállate, por todos los santos Evangelios, que se comenta que ya rondan los espías! ¡Que azul, no, que rojo punzó, sí! Han tenido el tupé de vestir de harapos colorados al pobre Jesucristo. Colorado de don Juan Manuel de Rosas y de Encarnación y Manuelita, las sonrisas cómplices de la buena sociedad porteña.

JOSÉ MARÍA: Que la yerba sigue verde y aguada. Verde lavado de la ciénaga, huesos de los héroes de mayo de la patria se revuelcan. Cenizas de huesos, polvo, la nada. Ven, amor. Trae a Juanita. Cantemos, bajito, las alas de libertad. (*Canta.*)

Oíd, mortales, el grito sagrado:

¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad!

Oíd el ruido de rotas cadenas,
ved en trono a la noble igualdad.

Se levanta en la faz de la tierra
una nueva gloriosa nación.

Coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido un león.

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor.

Todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra, y furor.

En los fieros tiranos la Envidia
escupió su pestífera hiel.

Su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.

A vosotros se atreve, argentinos,
el orgullo del vil invasor.

Vuestros campos ya pisa contando

tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener
a estos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.
El valiente argentino a las armas
corre ardiendo con brío y valor:
el clarín de la guerra, cual trueno,
en los campos del Sud resonó.

Mientras cantan, Juana baila, envuelta en una bandera azul cielo. Se detiene, se abriga con la tela y canta con sus padres la canción de emancipación. Se escucha la melodía del himno, de fondo, en piano.

Escena IV

Juana, joven, en el exilio de Montevideo, 1841. Escribe en su diario. Mientras lo hace, lee en voz alta.

JUANA: Mientras el país arde en la dictadura del asesino, yo estoy aquí, perdida y ahogada en libros. Isabel es muy pequeña, pero no lee como leía yo. Sigo siendo la luz de mi padre, condenada a este armazón de ética que me obliga a emancipar a otras. Me pesa el corsé de ser distinta. Mientras escribo estas líneas, recuerdo la felicidad de haber bordado la bandera que me pidió el general Lavalle. Veo, leo, miro y escribo. Recuerdo la ilusión de recuperar la nación desde el exilio, la otra orilla del Río de la Plata. El anuncio desde el exilio gritaba: “La bandera de mayo. Los valientes que combatirán por la restauración de nuestra libertad carecen de un estandarte que los guíe a la victoria”. ¿Quién mejor que las damas argentinas para ofrecérselo? ¡Qué honra, para mí, ser parte de la nómina de esta bandera que fue profanada por los impuros del despotismo! ¡El día de la

victoria ondulará y habrá sido la confección de las porteñas que bordaron con sus manos su honor! Pero, en mi alma, yo sabía muy bien que derrotar al tirano no era una cuestión de voluntad y arrojo. Desde pequeña, me acompañan la superstición y la aprehensión, un sentido del dolor que, como la tormenta, se percibe en el aire. (*Abre un cajón y lee una carta que le recuerda a un gran amor que no pudo ser.*) Querida Juana: tu pedido, tus ruegos no alcanzan a llenar el vacío de la culpa. No puedo ser un cobarde más. Me resisto a la tentación de la cobardía de no defender mi patria. Tu amor es mi mayor escudo. Quiero regalarte la patria que nuestros padres, con Rivadavia, soñaron. Salgo a recuperar la paz, nuestra tierra donde los sueños de las repúblicas hermanas tendrán un lugar. Espérame, entiéndeme, reza por mí. Rafael Martínez.

Ingresa José María.

JOSÉ MARÍA: Juana, hija, Lavalle ha sido vilmente asesinado. Los disgustos de la política me llevaron a Río, hija. Sé que ustedes, mis amores, me esperaron aquí. Ya no se trata de unitarios y federales, mi sol. La idea de que, en la arena revolucionaria, hay dos formas de organización política era falsa. Lo que hay son opresores y oprimidos, asesinos y víctimas. Nos vamos los cuatro a la tierra del emperador. Otro idioma, otra escuela para ti, mi niña maestra.

JUANA: Me llevo los versos de Adolfo Berro conmigo, papá. La amistad de Juan Bautista Cúneo, la joven Italia, la inteligencia y el valor de los Varela, los sueños de Rafael Martínez, Lavalle y Mitre. Nos vamos, pero con nosotros se vienen las ideas, revoluciones, desilusiones y el antirosismo, del más puro, en las venas. Hay dos clases de triunfos en el mundo: uno presente y transitorio, debido a la posición del individuo, a sus relaciones y a su empeño, que lo sostienen.

JOSÉ MARÍA: El otro triunfo, que desafía al sufrimiento y al

tiempo, es haber tenido el coraje de decir la verdad, toda la verdad.

Juana y José recitan parte del poema Mañanas de estío, de Adolfo Berro.

JUANA Y JOSÉ:

Deleite causa en verano
pasear la extensa rivera,
cuando la aurora en la esfera
tiende su manto fugaz.

Y ver las aguas lucientes
que dan continuo en las peñas,
cual las ideas risueñas
del hombre en la eternidad.

Allí en la orilla, las gotas
que el dolor trajo a la frente
seca el purísimo ambiente
que se adormece en redor;

Y el pensamiento, ya libre,
trasciende mares y tierra,
para abarcar cuanto encierra
en sí la humana mansión.

En desnudez el mendigo
pasa las noches heladas,
de las soberbias moradas
bajo el marmóreo dintel;

Y las migajas recogen

del destrozado sustento,
que el cortesano opulento
le echa tal vez con el pie.

¡Maldito el suelo que solo
brinda con tasa de hieles
a esos desnudos tropeles
que acosa el hambre o la sed!

Llena de ingratas ideas
se vuelve entonces la mente
al virginal continente
que vio Cristóbal Colon;

Que si algún torpe tirano
de entre la turba se eleva,
es ese, tiempo de prueba
para las almas templar;

Hasta que llega el instante
en que con mano de hielo
le postra Dios en el suelo
y dice airado: “no más”.

Escena V

Río de Janeiro, 1843. Juana y Francisco se conocen en Río, a la salida del teatro. Se escucha, de fondo, Schottische. El músico es ovacionado, baja del escenario y Juana se acerca a él y rompe con la timidez y abstracción del violinista.

JUANA: Tu música es sublime, debo decírtelo. Me llamo Joanna

Paola Manso. Mi padre es topógrafo del municipio. Hemos emigrado del Uruguay hace apenas unos meses.

FRANCISCO: (*Con acento portugués.*) Niña bella, esta pasión es mi vida. La música es el destino que salvó mi orfandad. Nada soy ni tengo. A veces, creo que no es posible para ellos sentir lo que yo. ¿Crees, tú, menina, que los sonidos son puentes de un idioma que trasciende las letras? ¿Es posible que haya vida fuera de esta selva de ignorancia? ¿Habrá valor en las notas que, salvajes, nacen de este instrumento indómito?

Juana se queda sin palabras por unos momentos.

JUANA: Las almas se encuentran, se entienden, se escuchan. Tu violín tiene un mensaje claro que habla del fin de la soledad.

FRANCISCO: ¿Dónde podré verte otra vez?

JUANA: Colegio de Santa Clara. Búscame. Soy la directora de una escuela de señoritas. Búscame, viajero del mar. (*Francisco se queda a oscuras. La luz va hacia Juana, quien mira al público.*) “En este mundo, existía otra alma huérfana como la mía, otro corazón que se sentía ignoto y solitario. Se encontraron en el mismo sendero y, como dos hermanas separadas hace tiempo, se acercaron, se reconocieron y se volvieron uno solo. Desde ese instante, mi joven artista vislumbró el futuro y en su pecho, revivió el deseo de gloria. La suerte hizo el resto. No hay una persona en el mundo más tímida que él y al mismo tiempo, no hay triunfo o éxito que pueda sorprenderlo o enorgullecerlo. Jamás conocí un corazón más puro que el suyo y la bondad natural de su alma es perfectamente angelical”.

Escena VI

Nueva York, 1846. Margaret Fuller está sentada delante de un escritorio. Redacta el editorial del New York Tribune sobre el concierto de Noronha.

MARGARET: En Río de Janeiro, *Signor* Noronha se conoció fortuitamente con *Donna* Joanna Paola de Manso. La dama, nativa de Buenos Aires, es una poetisa muy reconocida y distinguida de América del Sur. *Donna* Manso es la autora de un gran número de tragedias que se llevaron a escena muchas veces en Río de Janeiro, pero son sus poemas líricos los que se han ganado elogios y odios por su fuerte tendencia política. El espíritu de libertad que impregna esas obras ha suscitado la ira y furia del tirano del Río de la Plata, de quien recibió la condena de muerte. Logró escapar de Buenos Aires y llegó a Montevideo, donde se reiteraron las amenazas indirectas y directas contra su vida. De allí, se refugió en Río de Janeiro, donde su padre había obtenido trabajo como ingeniero agrimensor público. En agosto de 1843, el coronel Manso, padre de la dama, regresó con su familia a Montevideo. Allí, la poetisa recibió una nueva amenaza contra su vida: la bala de un asesino por fortuna no atinó al blanco. Nuevamente, partió a Río de Janeiro, mientras que su madre, que tuvo el valor de regresar a Buenos Aires, encontró que sus propiedades habían sido confiscadas y fue encarcelada. El señor Francisco de Sá Noronha —como antes se ha mencionado— conoció a la escritora en Río de Janeiro. La afinidad mental que ya existía entre ellos y los talentos poéticos que ambos poseían, aunque en diferentes modos de expresión, llevaron a una unión de almas que culminó en matrimonio. El señor y la señora Noronha llegaron desde Bahía, Pernambuco, a Filadelfia y de allí, a Nueva York. (*Deja de escribir y reflexiona.*) ¡Qué vida maravillosa y trágica! Un padre coronel y topógrafo, una madre encarcelada, un marido violinista y una mujer que sufre, escribe y toca el piano. ¡Es tan joven! Para la precocidad siempre se exige un gran precio, tarde o temprano. ¡Cuánta fuerza, pureza y sabiduría habrán sido necesarias para que esta mujer se mantenga alejada de la

falsedad! ¡Anhelo viajar como *donna* Manso! ¡Europa! ¡Italia! La Italia de don Garibaldi y Mazzini. Esta revolución que tengo en la sangre puritana, contenida por un padre que ahogó mi infancia en letras de latín. ¿Y si trascender es más que contemplar? ¿Qué soy sin acción? ¿Alcanza con declamar reclamos de igualdad y vindicación? ¡Quiero amar como *signor* Noronha y *donna* Manso! ¡Mejor ser herida, cautiva y esclava, que andar siempre con armadura! (*Toma un libro del escritorio y se lo pone sobre el pecho.*) Este es mi escudo, pero ya no. ¡Este fue mi escudo! Si el genio especial de las mujeres es eléctrico en movimiento, intuitivo en función y espiritual en tendencia, ¡*donna* Manso es mi inspiración! (*Toma el libro, lo pone sobre su cabeza, gira sobre sí misma, imita el sonido de un barco a vapor.*) ¡A viajar!

Escena VII

Una pensión en Nueva York, 1846. Juana escribe Manuscrito de la madre, para su hijita Eulalia, que está por nacer, mientras espera que Francisco llegue desde Washington.

JUANA: (*Hablándole a su vientre.*) Siento que eres niña. Lo sé. Te imagino un destino de poemas, así que, para ir entrando en climas en medio de este frío atroz que me hiela los huesos, vamos a jugar. Estimado público presente, presentamos el gran oratorio en tres partes del violinista de su excelencia, el emperador de Brasil. Personajes: Colón (debe ser barítono), América (una soprano). (*Juana juega a cantar en ese tono.*) El pueblo, los marineros, las náyades y los indios. ¿Quieres ser una náyade, Eulalia de mi corazón? Coro de náyades: sean valientes, desconsolados marineros. Miren a las náyades del océano a su alrededor: cuando la tempestad brama, nosotras seguimos, para protegernos de su tremendo tumulto. En medio de olas estruendosas y vientos fuertes, escuchamos su quejumbroso gemido: de cuevas de

coral, debajo de las olas, de las profundidades del océano venimos, para protegerlos de peligro y daño. (*A su vientre.*) Así serás tú, bebida mía, un milagro en la tempestad, la esperanza de una tierra nueva donde las mujeres anuncian la venida de mejores tiempos, una era de una América fémica a la que le falta crecer en derechos y vindicaciones. “Nunca olvides esto; si eres pobre, para recordar que lo fuiste desde la cuna; si llegas a ser rica, para que trayendo a la memoria los sufrimientos de tu madre tengas lástima de los infelices y sacrifiques tu lujo a la caridad del pobre no envileciéndote los pasajeros bienes de la fortuna”. Te regalé un padre que vive en notas musicales y no teme morir de hambre. Este Colón portugués posee un hambre de fama, de creación y de locura que lo arrastran por los gritos y desdenes. El público es su pan, su cáliz, su paz. Yo lo amo, pero temo por ti, hija de mi alma. Temo por el mundo que viene, pero escribo, sigo escribiendo. Mientras lo espero a él, te imagino como la América misma. Mi bebida, eres la nueva tierra para mí. De mis entrañas, la inspiración, el pan, el sustento, mi propia voz. Seré tu continente, niña. Serás mi América, mi tierra, mi sueño, mi descubrir, Eulalia. Escucha a esta tierra nueva hablar en mi cuento.

Soy la Virgen del Mundo,
en mi seno, un tesoro vasto,
y un cielo de oro y púrpura
cubre con un velo mi frente real.
Hay en mi frente perlas y rubíes brillantes,
y esmeraldas, tenues y claras,
¡porque soy la belleza desconocida,
y la flor del Oeste!
¡Un jardín inmenso, sin cultivar!
Ceñido de dos océanos enormes,

Como *arcanum* es misterioso,
en la creación, yo también lo soy.
¡Libre, como mis desiertos nativos!
¡Bella, como sus flores son!
¡Del Universo, de la Estrella,
y la virgen del Mundo!

Apagón.

Escena VIII

La Habana, Cuba, 1848. Se escuchan tambores, alegría, las risas de dos niñas. Juana y Francisco pasan por el carnaval. Bailan, se besan, se sacuden, hacen una ronda. Juana canta, inventa una canción.

JUANA: (*Canta.*) La condesa de O'Reilly apoya mi obra de teatro. El huérfano lo firmo yo, ensayo, canto y actúo. La vida es bella, la vida es alegría cubana, somos familia. Sueño con regresar al calor de Brasil, sueño con el sueño de emancipar a otras. Estamos en ronda, niñas, jóvenes y viejas, dispuestas a amar. La mujer que escribe, la actriz que muere en escena y revive en las calles. Los matrimonios de mulattos y blancos se dan la mano, el destino cuenta de derechos civiles y sufragios. A la distancia y con la panza llena, me doy cuenta de que Margaret Fuller y las jóvenes de Cape May son mariposas libres, como quiero ser yo. Canten, niñas, conmigo. El futuro tiene colores, las castañuelas españolas dejarán de ser cadenas clericales de dolor. Yo soy Juana Manso de Noronha y les voy a hablar al oído cuando vuelva a Río. Les voy a escribir de matrimonios de amigos que se aman y se potencian. Francisco sueña, pero ahora yo también. Sueños compartidos de una familia de talento. El equinoccial nos espera, desde Nueva York, regresaremos, aunque antes debemos bailar y celebrar. ¡Viva la alegría habanera!

Escena IX

Río, 1852. Juana escribe para el Jornal de Señoras, mientras discute con Francisco los pormenores de la historia.

JUANA: ¿Cómo se llamaba la enanita valiente, Francisco? ¿La que conocimos en Cuba?

Francisco no responde, mira al cielo, escribe.

JUANA: ¿Francisco?

FRANCISCO: ¿Sí?

JUANA: Que si recuerdas el nombre de la niña valiente, en Cuba. Leonarda...

FRANCISCO: Rita. Sería Ritinha en portugués, Joanna.

JUANA: Cierto. Ritinha, la cubana. Necesito contar un cuento y, en esta historia, ya no será valiente. Es requisito que las jóvenes comprendan que son víctimas de la dominación hispana. Escribiré que sus padres no dejaron que se comprometiera con Tomás Pouce, la estrella enana de la América del Norte.

FRANCISCO: Pero tú sabes que es mentira, amiga. Fue él quien no pudo vivir esa historia de amor en la Habana. Fue él quien salió corriendo al norte, con dieciséis años.

JUANA: No importan los hechos, sino las interpretaciones. Tu música interpreta tu mundo. Mis letras liberan. Es diferente. ¿Cómo podrán las niñas entender que la América democrática deja ser al talento, mientras que la España americana y clerical ahoga los brotes de libertad? ¿Que no es lo mismo ser mujer en esta parte del mundo que en aquella? ¿No sabe, *voce*, que las fábulas enseñan?

FRANCISCO: Haz lo que quieras, Joanna. Solamente te pido que revises *Esmeralda* para que la inspiración me ayude a ponerle música. Tus letras y mi pasión. No me esperes hoy a la noche, *meu amor*, tengo una fiesta.

JUANA: ¿Otra vez?

FRANCISCO: Nos esperan en Europa, amor.

JUANA: Las niñas son muy pequeñas, amigo mío. Mi padre...

FRANCISCO: *Você* prometiste seguirme hasta el fin, Joanna.

Fue un acuerdo. ¿Recuerdas, tú? Río no reconoce mi talento. Me niego a recibir migajas por este fuego que quema el violín. Solo soy libre en la expresión de mi arte y *você* lo sabe mejor que nadie. Almas gemelas, iguales, fin de la solitude.

JUANA: ¿Las salidas nocturnas, las fanáticas adoradoras de tu arte son parte del acuerdo, también? La música no cocina. Los sonidos no abrigan. Somos padres de dos niñas. Europa es un desierto de dudas. No puedo acompañarte, amor. No resisto tus ausencias. Silencios, miradas, mujeres.

FRANCISCO: Se hace tarde. Me esperan. Si supieras que hay un destino que me aguarda, si pudieras ser la niña de Nueva York... En cambio, decides escribir un *jornal* para otras antes que más obras para mí. Decides cuestionar el casamiento y oscurecer esta unión. *Eu* soy luz, soy violín. Europa me espera. Piénsalo, por favor...

Juana se queda sola. Lloro. Se mira en el espejo, revisa la gordura que empieza a cubrir las redondeces que antes enloquecía a su amor. Se habla a sí misma.

JUANA: Que se vaya solo, que siga sus sueños. Ahora, yo también tengo los propios. Un diario, un escenario, una actriz y dramaturga. Moriré de hambre, hambre de mí, sed de ser, una pobre madre que lucha, actriz de libreto propio, emancipación de otros. ¡Viva mi libertad!

Escena X:

Río, 1857. Juana escribe en su diario. Lee en voz alta.

JUANA: Colón quedó lejos. Nuestro viajero volvió a estas tierras de esclavitud y calor con ínfulas europeas. No tolera el pago de miseria que le ofrece Caetano en Río. Es una celebridad europea y los collares de oropel parecen armazones de vestidos de mujer. No lo dice, pero lo leo en sus horas de encierro. Tampoco soporta mi carrera de actriz y dramaturga, pero le sirven, como siempre ha sido. Eulalia brilla y mi pequeña rizos de oro, Herminia, no comprende los desdenes del mundo. Pero la música es el lenguaje que libre la hará. A los Noronha nos llaman la *troupe* familiar, y él nos lleva al norte en búsqueda de saciar esa sed de aplausos. Mi libro, *Consolaciones*, se empezó a vender. El mulato Paula Brito es mi sostén. *Rosas* tendrá que volver a escena, como sea. Y si tengo que terminar en la cárcel para que respeten mi condición de dramaturga, pues que vengan los barrotes. Miedo no tengo. El dolor ya es parte de mí. Pero, mi obra, mi *Rosas*, mi valor no se tocan. El tirano terminó su reinado, pero ni en Montevideo ni en Buenos Aires se atreven a subirlo a las tablas. Yo no soy de esa estirpe, soy esta planta exótica que sobrevive en el desierto y a la que la barbarie la vuelve más fuerte. Estoy esperando que el Conservatorio apruebe la última escena... La rendición. El fin del imperio clerical de la Mazorca. ¿Hereje, yo? ¡Ay, qué susto que tengo! ¿Cola del diablo? ¡Toque a ver si se mueve! ¿Por qué no le preguntan al fantasma de Camila, que los mira mientras las porteñas rezan el rosario en la catedral? ¡Hipócritas! ¡Asesinos! Llegará el día en que regrese a mi patria y lea mis palabras al tirano.

Ingresa Paula Brito.

JUANA: *Irmão mio*, estoy por cerrar la historia de Camila O’Gorman, para publicarla en el diario de Río de Janeiro y hacer publicidad del reestreno de *Rosas*. Dime, ¿qué te parece?

BRITO: Joanna, he venido a traer un adelanto de la venta de *Consolaciones*. Sé de tu necesidad imperiosa y quiero colaborar en el mantenimiento de tu bella familia. Sé que Francisco se encierra horas y días a componer y pierde noción del pan sobre la mesa. A ver, amiga, dame ese escrito. (*Lee y, mientras lo hace, se emociona hasta las lágrimas.*) Diario de Rio de Janeiro, 5 de octubre de 1857. Un episodio de la tiranía de Rosas. Camila O’Gorman, por Juana Paula Manso de Noronha. Juntamente con el clérigo, es fusilada la infortunada joven, y es fusilado igualmente el ser inocente que llevaba en su seno. Montevideo, 28 de agosto de 1848. Camila y Gutiérrez no son más que dos esqueletos desollados, magros y nauseabundos, abandonados en la tumba solitaria que los recibió, ensangrentados y desfigurados, cuando rodaron por el cadalso en la arena de tan espantoso espectáculo, y, sin embargo, la historia de los amores y la súplica de estos jóvenes infelices quedarán grabadas para siempre en la memoria del pueblo. Y, con el paso de los siglos, se convertirá en una de esas leyendas fantasmagóricas que las madres cuentan a sus hijos, cuando en las noches de invierno la familia se amontona alrededor del hogar... Allí no había ni un sacerdote ni una joven de familia: eran dos almas en delirio; dos amantes sordos a todo lo que no era su amor; este sublime egoísmo los protegería del remordimiento, contra los hombres, lo dice el señor, ¡contra Dios! Los reos se encontraban ya en la alameda, un camino que los conducía a Palermo. (*Brito detiene la lectura.*) Juana, yo leeré la introducción, pero, este diálogo magnífico y tan real... ¿Puedes representar, *você*, a Rosas y yo a Cutiño? ¿Cómo se atreve *você* a tanto, Joanna? ¿Has sumado ficción a estos hechos, pícara Juana? Ya sé, no lo sabré. Nunca lo dirás. Alas de emancipación que justifican la decoración, ¿verdad? (*No hay respuesta de Juana. Comienza el recitado y el diálogo actuado.*) En aquel momento, el dictador, sentado

frente a una elegante chimenea, donde crepitaban troncos de leña seca, saboreaba un cimarrón mientras fumaba un cigarro y escuchaba, con aire sombrío y desinteresado, a un sujeto alto y delgado que le decía que la vaca peluda estaba inconsolable por la muerte del toro peludo y que no había forma de aparearla con un macho y que no quería permanecer cerca de otro bicho. El narrador asentía, mientras el tirano fruncía el ceño. Rosas afirmaba que si la peluda fuera una mujer no pondría tantos reparos como un animal en recibir consuelo. En ese momento, se oyó el galope de un caballo y, al instante, puso pie en la tierra un hombre pálido de fisonomía feroz que abrió rápidamente la puerta de vidrio que daba al largo porche de entrada, que guarnecía del sol y la lluvia las habitaciones de Palermo.

JUANA: “¿Qué cuenta, coronel Cutiño?”, exclamó Rosas al ver al recién llegado.

BRITO: “Acaban de llegar el padre Gutiérrez y Camila O’Gorman”.

JUANA: “Fusílenlos”, respondió Rosas con total laconismo y, viendo que Cutiño parecía como aferrado al suelo, le preguntó de modo feroz: “¿A qué le tiene miedo?”.

BRITO: “Sepa usted perdonar, pero no sé cómo decirle que...”.

JUANA: “Diga”.

BRITO: “La joven está en cinta, en un estado muy avanzado”.

JUANA: “¡Qué cura más pícaro!”, mientras se reía con sarcasmo. “Bueno, entonces, si está embarazada, que le bauticen al gurís en la panza y, enseguida después, los fusilamos. Mande a buscar un cajón donde entren los dos cadáveres y entiérrelos juntos, porque así lo digo”.

BRITO: Cutiño hizo una reverencia, abrió la puerta, subió al caballo y desapareció. (*Brito juega a que cabalga un cimarrón. Sale de escena.*)

Apagón.

Escena XI

Buenos Aires, 1867–1875. Juana recibe una carta de Sarmiento, que se encuentra en Estados Unidos. Eulalia le acerca la carta.

EULALIA: Madre, es una carta del señor Sarmiento, desde Nueva York, para usted.

JUANA: ¡El poeta Longfellow ha traducido parte de mi poema a Lincoln, que se publicó en la segunda edición de Sarmiento de *Vida de Lincoln*! Hay una mujer, mi niña, que teje en las sombras para mí. Mi doña María Mann, ejemplo de virtud y ética, es el ángel tutelar de Domingo y, ahora, también el mío.

EULALIA: ¿Por qué lloras, mamá?

JUANA: (*Lee.*) Yo nunca he podido concebir eso que llaman reglas del arte: el arte, para mí, es la inspiración, fantástica, fogosa, tiránica en toda la grandeza de su intimidad primitiva: indómita en su esencia, audaz en su objeto y libre como nos la diera Dios en la ejecución de su obra. El arte nunca ha podido ser para mí ese montón de reglas que hombres sistemáticos y calculistas meditaron, escribieron y pronunciaron para servir de base de freno al pensamiento, al don de Dios! (*Pausa.*) Sarmiento me escribe que: “así traducida por el gran poeta de la época, guarde como amuleto contra las picaduras de la espina de la vida, esta tirita de papel balsámico para aplicar a nuevas llagas”. Me pregunto si servirían para secar las lágrimas de *misses* Mann cuando se enteró de las piedras y el asa fétida que arrojaron a mi único vestido de salir en Chivilcoy. Una mujer que da conferencias, escribe y piensa es un verdadero escándalo en esta América hispana. María debe saber la verdad. Esta atmósfera anticlerical me carcome la voluntad. Necesito que ella sepa. (*Escribe.*) 11 de agosto de 1867. Señora María Mann: el mismo doctor Thayre me ha favorecido rega-

lándome el segundo tomo de las *Lecturas* de *mister* Mann, poniendo a mi disposición otros *Reports* muy interesantes. Esta clase de lecturas me consolará en el completo naufragio de mis ilusiones y de mis esperanzas, lo que no debo ocultar a V., puesto que, en mi modo de ser y de pensar, la sinceridad está arriba de toda otra consideración, y este amor inalterable de la verdad y de la justicia son los laureles de mi derrota, puesto que hay derrotas que son un triunfo. El señor Sarmiento creo que más bien trata de engañarse a sí mismo, que no supone ceder a ilusiones cuando conoce también el modo de ser de su país y el mío. Yo he luchado con una osadía y un arrojo de los que solo mis numerosos artículos en los diarios podrían dar a V. una idea, y solo enmudeceré para combatir la injusticia cuando deje de existir o la fuerza me lo vede.

Juana arroja la pluma, se levanta, se acomoda el pelo, agacha la cabeza y, al levantarla, mira al público con resignación y dolor. Apagón. Luz. Se quedan acostadas en el escenario Eulalia y Juana. Por la derecha, ingresa Mary Mann con una carta en la mano.

MARY MANN: (*Lee.*) Juana Manso de Noronha dejó esta tierra el 24 de abril de 1875, negándose a ceder a la presión de un sacerdote que la instó a confesarse y comulgar para que sus huesos tuvieran descanso eterno en sagrada sepultura. Al borde de la muerte, la señora declaró que moriría hereje. El pastor Junor, junto a otros amigos, inscribió en su tumba el siguiente epitafio: “Aquí yace una argentina que, en medio de la noche de indiferentismo que envolvía a su patria, prefirió ser enterrada entre extranjeros, antes que dejar profanar el santuario de su conciencia por los impostores de sotana”. En el mismo acto, su amiga, Juana Gorriti, declaró: “Juana Manso, gloria de la educación, sin ella nosotras seríamos sumisas, analfabetas, postergadas, desairadas. Ella es el ejemplo, la virtud y el honor que ensalza la valentía de

la mujer, ella es, sin duda, una mujer”.

Mary toma el retrato de Juana Manso que está entre las hojas de la carta, lo contempla y se arrodilla.

Escena XII

Actualidad. En off, se escucha a una niña cantando canciones de cuna en inglés y español. El fantasma de Juana está parado, en el costado del escenario, frente a la Joven. Clava su mirada en ella.

JUANA: ¡Emancipar a la mujer! ¿Cómo? ¿Puede ese trasto de salón? *Emancipate women! What! Can that piece of furniture?* Esa máquina procreativa, *that procreative machine, that frivolous toy, that fashion doll...* Ese frívolo juguete, esa muñeca de las modas... *Possibly be a rational being?* ¿Será un ser racional? *(Mientras da esta conferencia individual en ambas lenguas, toca el cuerpo de la Joven: su cadera, sus codos, sus mejillas, con la intención de sanarla, en una especie de sesión de reiki. Coloca la gigantografía de una niña con lazos rojos en el pelo en medio de las dos, pero un paso atrás, para que se acerque, pero no impida el contacto entre ellas. La Joven la mira, azorada.)* Las muñecas de hoy usan corsés de colágeno, se ajustan la boca, se la rellenan de sustancias extrañas. Homeopatía de la juventud eterna. Cobardes. De mí, quedó esta última mamushka. Perdí todo lo que nunca quise ser: el objeto de un deseo efímero. ¡Te cambio grasa por lecturas, niña mía! ¡Te regalo emancipación en pastillas de rebeldía! Es en cuotas, en *installments*, porque duele en las entrañas salir del closet de las niñas perfectas. ¿Feministas? ¿Las que bajan la cabeza y salen en Instagram? ¿Las de los filtros? ¿Empoderadas con labios de relleno, luz tenue y esos ritmos de denigración? Eso es ser estúpidamente sumisa, poner la cabeza en el cadalso y creerse libre porque es por propia voluntad. *(Saca una varita mágica del vestido.)* Con esta varita mágica de madera del pasado, te declaro mi

Cenicienta de luz: polvo de cuestionamientos. (*Se escucha: cling, cling, cling.*) Manos sin manicuras. (*Cling, cling, cling.*) Guantes rojos de sangre y vómitos. (*Cling, cling, cling.*) Palabras, letras, vocales, gritos.

JOVEN: (*Toma la gigantografía, la rompe en pedazos y abraza sus restos en el piso.*) ¡Es mi alma, Juana! ¡No es así! ¡Te equivocás, no es tan simple! ¡No es un cuentito, por Dios! Yo quiero volver a ser la que era antes de las miradas, cuando era yo la que descubría el mundo y no esta mezcla de gente que me mira a mí y me juzga. ¡Bullying de las tetas gigantes a los diez años! ¡Ni siquiera sé si quiero ser un objeto de deseo para hombres o mujeres! No hay más certezas en el siglo XXI. No sabemos contra qué o quién peleamos. Una pica-dora de carne virtual que desnuda el dolor con cada exposición. ¿Cuál es el precio, querida heroína, a pagar por no ser perfecta y amada? ¿Quedarse sola? ¿Qué puede hacer un hada madrina del siglo XIX con esta complejidad? (*Se ríe con sarcasmo.*)

Juana Manso se enoja, sujeta la varita mágica como si fuera un arma y le apunta al corazón. La Joven se levanta y, con el palo que saca del armazón de la foto gigante, enfrenta al duelo, pero, esta vez, apunta a la cabeza de Juana.

JOVEN: ¿Te querés llevar esta alma nueva? Tomala. Te la regalo. Es toda tuya.

JUANA: Te dejé una nota en un sueño. ¿Te acuerdas? Niña, no es esta la batalla a librar. Es un viaje solitario al interior. Nadie te salva, sal al sol, *off* a los dispositivos, desconexión. Una autora de la otra América de apellido de loba, la señora Wolf, ha podido poner en palabras mis propias letras. Yo se las dicté en su idioma: “Una cultura obsesionada con la delgadez femenina no está obsesionada con la belleza de las mujeres, está obsesionada con su obediencia. La dieta es el sedante político más potente en la historia de las

mujeres: una población tranquilamente loca es una población dócil”. ¿Sabías que yo era Juana, la loca, la gorda indomable? En 1866, un erudito de la pedagogía decía de mí que tomara, por Dios, algunos calmantes, para atemperar la irritación de mi sangre. Que mis nervios estaban en una excitación alarmante y, forzoso era decirlo, que mi razón se hallaba en inminente peligro. Me recomendó que tomara mucha sanguinaria y procurara combatir esa hidrofobia de que me hallaba atormentada, pues, si hasta ahora derramaba el veneno sin tasa con mi pluma, disparatando tan desatinadamente, era de temer que, cuando arrecien los calores, saliera yo a morder gente, enloqueciendo con mis locuras a todo el mundo. (*Se ríe.*) Si era loca en vida, ahora, de muerta, grito más fuerte. ¡Grita conmigo, niña! ¡Que se escuche bien fuerte y claro! ¡Muñeca de las modas, no! ¡Trasto de salón, jamás! Cero dorado, ¡nunca más!

La Joven se rasca el abdomen y la cabeza, se desploma, se levanta.

JOVEN: ¿Es así, Juana? ¿Esa libertad es posible hoy?

JUANA: ¿Qué viene a ser eso? ¿Concederle el libre ejercicio del libre arbitrio? Pero si reconocemos en ella que Dios le dio un alma compuesta de las mismas facultades morales e intelectuales..., ¡entonces la habremos hecho bonita! ¡Y dejará de ser un valor nulo!

Las dos explotan al unísono en un grito visceral. Bajo la luz azul de un reflector y la imagen de una luna proyectada, se abrazan.

Escena XIII

Actualidad. Lluve a cántaros, se escuchan truenos. En el escenario están una Maestra y tres jovencitas con guardapolvos blancos. Se corta la luz. La Maestra saca una linterna de la cartera, luego una carpeta azul, y empieza a dar la clase. Se toca la pierna izquierda, le duelen los huesos a causa de la humedad. Antes de empezar a leer, se toca la sien, como queriendo borrar un

recuerdo, una voz que la martiriza. En off, se escucha la voz de la Directora.

VOZ DE LA DIRECTORA: Vos sos profesora de inglés, ¿no? Bueno, enseñá. *I, you, we, they, he y she*. ¿Dónde estudiaste historia y feminismo? Mirá, la inspectora fue clarita con que tenía que aprovechar tu talento, pero, para mí, querida, hay que bajarte del pony. Alguien debe recordarte una palabrita: ¡CU–RRI–CU–LUM! Otra vez: CU–RRI–CU–LUM. CON–TE–NI–DOS...

La Maestra sacude la cabeza.

MAESTRA: Había una vez, dos mujeres de las ambas Américas del siglo XIX que soñaban en ficciones con la emancipación de las jóvenes y la reforma de la educación y la sociedad. Bah, darnos una profesión, una educación que nos hiciera libres.

JOVEN 1: ¿Quién dijo que somos libres? Mamá limpia casas y yo tengo que cuidar a mis hermanitos todas las mañanas.

MAESTRA: Esperá. Dame un ratito. Escuchame. Se llamaban Mary Mann y Juana Manso. Una era de Estados Unidos y la otra, de acá, de las Pampas. Las dos inventaron sus propios manuales, fueron maestras y denunciaron, por ejemplo, la esclavitud.

VOZ DE LA DIRECTORA: ¿Maestras yanquis? ¿Documental? No, de ninguna manera. CU–RRI–CU–LUM. Punto y raya.

MAESTRA: Nos quedamos solas hoy. No vino nadie más a la escuela. Faltaron muchos, ¿no? Nosotras cuatro estamos acá. Algo podemos hacer. Digo, no hay luz, no hay internet. Escuchen este cuento de 1842, del Ángel de Sarmiento. Así la llamaba a Mary. Gracias a ella, tenemos escuelas normales, música, gimnasia, jardines de infantes, escuelas para sordomudos. Bueno, gracias a que le abrió puertas y le dio conexiones a don Domingo, ustedes son tres sarmientitas,

porque vinieron y no faltaron. Están acá.

JOVEN 2: Dale, señor. No des más vueltas y léenos.

MAESTRA: En inglés y español. Los sonidos hablan, aunque entendamos poco desde lo consciente. (*Lee.*) Capítulo uno. Las campanillas de invierno. Una hermosa mañana de primavera, mientras una suave brisa del sur empezaba a derretir el hielo y la nieve, una niña de ojos azules fue corriendo al jardín de su mamá para ver las campanillas y azafranes. Ahora que abril había llegado, era el tiempo en el que las flores que amaba se asomaban por encima de la nieve. La pequeña Mary las amaba a todas, pero aún más a las campanillas, porque eran las primeras, y sus delicadas campanitas blancas y hojas verdes contaban bellas historias de primaveras y veranos. Con sus deditos, pudo pronto sacar la nieve de donde estaban saliendo y gritó de alegría al ver cómo se asomaban, elegantes, las cabecitas de una fila entera de hermanitas blancas, mientras sonreían bajo la brillante luz del sol. Al inclinarse, casi tocando las dulces flores con sus mejillas de color rosa, una voccecita, como de hada, le dijo: “Gracias, hermosa, por haber barrido esa fría nieve y dejarnos ver esta bella luz. *You look very much surprised to hear me talk, but I am so happy, and you look so gentle, that I will go on, and when you hear how unhappy I have been, I know you will always be my friend, and will come every spring to clear away the snow that covers us*”.

JOVEN 3: No entendí nada, pero suena dulce. Una vez, mamá me leyó *El principito*. ¿Lo conocés, profe? Creo que era de mi abuelo Pedro.

MAESTRA: Sí. Cien años después. Mary escribió estos cuentos en 1842.

JOVEN 1: Me gusta mucho, profe. A veces, yo también escribo cuando tengo mucha bronca y dolor. Cuando me siento encerrada y pienso que podría tener hijos yo. Cuidar los

míos por lo menos, ¿no?

MAESTRA: También podrías terminar la escuela y estudiar un oficio, una profesión, una carrera. Aquí es gratis. Hay becas. Falta todavía. Vos pensalo. A mí, escribir me salvó la vida cuando era como vos. ¡Gritar en el medio del campo sirve, también! (*Ríe.*) Vamos con nuestra Juanita, ahora. Esta es sobre una muchacha a la que querían casar con el tío loco, quien había tenido hijos con una mujer de color. Un lío. 1854, en el *Album de Señoritas*, doce años después de Mary Mann. Escuchen: “¡La hipócrita de la mulata! ¡Quién se fía en la virtud de la canalla! Los hijos de Camila se llamaron: el primero, que era un varón, Mauricio; la mujer, que era la menor, Emilia. Emilia, porque ese nombre pronunciaba a veces el loco involuntariamente, y porque ella, Camila, sabía que ese era el nombre de la joven a quien su amo amara en Inglaterra. ¡Pobre raza negra, que los blancos han colocado a la par de los animales irracionales, despojándola hasta de los instintos que aquellos poseen...! Solo entre ellos podían murmurar, casi al oído, de sus dolores, de sus martirios, de sus afecciones. Inteligencia, conciencia, afecciones, todo está proscripto para ellos... Cuitadas caras negras, donde es tan raro ver la risa, que el llanto baña tan inútilmente, porque el negro no es de carne y hueso, se le puede martirizar hasta verlo expirar, se le puede rasgar el corazón en pedazos sin recelo... Miserio esclavo, ¿de qué le sirven los nombres de esposo, de padre, de hijo, de amante, de hermano? ¡El negro ha nacido para vivir engrillado a los pies del blanco! Ha nacido para adorarlo de rodillas como a un dios. Para renegar de todo cuanto existe de sagrado para él en la tierra: la libertad, la patria, ¡la familia! ¡Y a esos infelices se les trae encadenados, amontonados en buques infectos y se les bautiza y se les hace cristianos! ¡Y son cristianos los que cometen tal atrocidad, tal sacrilegio! ¡Y la Iglesia ha permanecido indiferente durante tantos siglos!”.

JOVEN 2: ¡Valiente, Juanita! ¡Me gusta!

JOVEN 3: ¿Vos dijiste que Mary también se había metido con la esclavitud?

MAESTRA: Sí. Su hermana, Elizabeth, fue la que instó a Sarmiento y quería instruir a Juana Manso sobre la educación infantil. ¡Nuestros jardincitos! Bueno, esta mujer, Lizzie, una feminista y trascendentalista (después, busquen la palabra), publicó una novela, en 1887, que escribió la hermana. La publicó de forma póstuma, cuando ya se había muerto. Trataba sobre un romance entre un blanco poderoso y una joven de color en Cuba. Parece que estaba basado en una historia de amor real, de la que Mary fue testigo cincuenta años antes...

JOVEN 1: ¡Leela ya! En inglés, también. El sonido me tranquiliza. Suena lindo. Sobre todo, cuando no trato de entender y solamente lo dejo ser.

MAESTRA: (*Lee.*) Capítulo dos. La Habana. En la ciudad de la isla, hacía un hermoso día de dorado sol y suave brisa. En el mirador del gran patio que flanqueaba toda la mansión de don Miguel Arbrides, conversaban con mucha seriedad algunas damas. Bajo el mirador, o la plaza que rodeaba toda la casa, se hallaban las dependencias domésticas. Eran inusualmente grandes, ya que al ser don Miguel, un próspero esclavista, poseía, además, de sus propios dependientes, un número de esclavos que estaban listos para ser llevados al mercado. Don Miguel poseía varios recintos, hasta cincuenta millas de la capital. Desde esos depósitos, con cierta frecuencia y de noche, se trasladaba a la ciudad un grupo más reducido de bozales, como se llamaba a los negros recién llegados. En los recintos domésticos, un médico con experiencia los revisaba y atendía las enfermedades que el viaje les había causado. Una vez que el profesional declaraba que estaban en condiciones, entonces eran llevados al

mercado que se hallaba cerca de la ciudad.

VOZ EN OFF: Chapter two. Havana. It was a lovely day, of Golden sunshine and balmy air, in the Island City. On the veranda of a spacious courtyard, enclosed on all sides by the mansion of Don Miguel Arbrides, sat some ladies, earnestly engaged in conversation...

Suena la campana del recreo. La Maestra se queda sola, baila, mira hacia el costado del escenario. Hay un bollo de papel. Lo toma y lo abre.

MAESTRA: (*Lee.*) 10 de febrero de 1880. Señor coronel Domingo Faustino Sarmiento. ¿Hay alguna biografía de la señora Juana Manso? Por favor, envíemela, si la hay. Tal vez usted ya la ha escrito. Si así no fuera, ¿lo haría? Ella debe ser inmortalizada. Mary Mann.

La Maestra sonríe, toma las carpetas, dobla el papelito como si fuera un tesoro, camina hacia el costado del escenario. Se escucha L'Eulalia. Telón.

Estamos orgullosos de presentar este Segundo libro del *Premio Hispanoamericano de Dramaturgias para las Nuevas Infancia*. “Nuevas infancias, nuevos desafíos”. Este proyecto, que nació en 2022, fue creciendo gracias a la participación de los artistas hispanoamericanos que se han sumado con obras de un alto nivel estético y con temas y estilos que ponen en primer plano la riqueza creativa de nuestra región y nuestro idioma.

Con este nuevo volumen queremos difundir y visibilizar la obra de grandes dramaturgos contemporáneos con el deseo de conquistar a los pequeños y jóvenes lectores/espectadores del mundo.

Jorge Dubatti/Nora Lía Sormani/Rodrigo Ures

**PREMIO
HISPANOAMERICANO
DE DRAMATURGIAS
PARA LAS NUEVAS
INFANCIAS II**

"Nuevas infancias, nuevos desafíos"